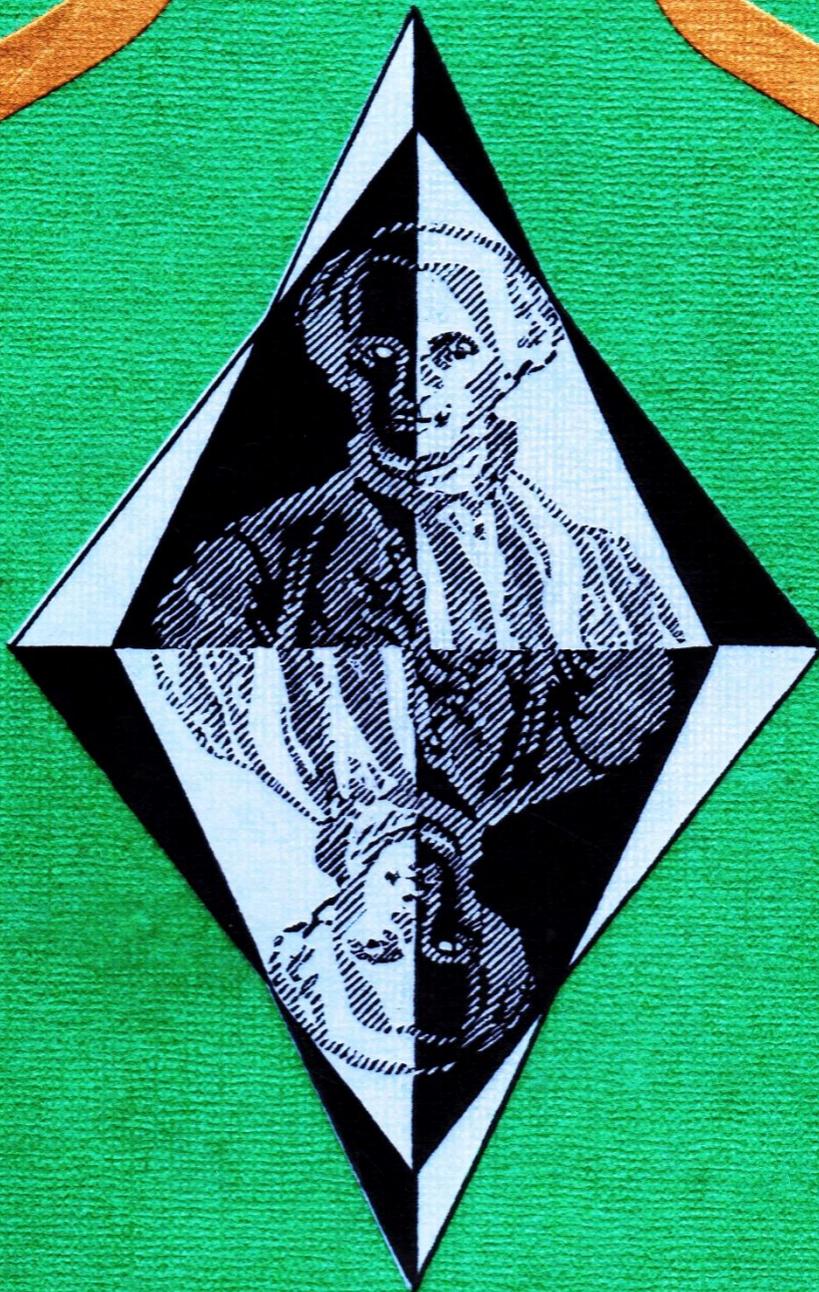


Pierre Ceria y François Ethuin

**EL ENIGMATICO
CONDE DE
SAINT-GERMAIN**



“Hay otros mundos, pero están en éste”

ELUARD

Pierre Ceria y Francois

Ethuin

**EL ENIGMÁTICO
CONDE DE
SAINT GERMAIN**



PLAZA & JANES, S.A.

Editores

Título original:

L'ÉNIGMATIQUE COMTE DE SAINT GERMAIN

Traducción de
DOMINGO PRUNA

Primera edición: Febrero, 1972

© Editions Albín Michel

© 1972, PLAZA & JANES, S. A., Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de

L'ÉNIGMATIQUE COMTE DE SAINT GERMAIN

Printed in Spain — Impreso en España

Depósito Legal: B. 3.732 - 1972

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN POR EL RE-EDITOR	07
PROEMIO	10
¿QUIÉN ES?, ¿DE DÓNDE VIENE?	13
UNO: — Y FRANCIA SE ENCAMINÓ POR LAS GRANDES SENDAS DEL DESCUBRIMIENTO	22
DOS: — LO EXTRAÑO NO REPUGNA A NADIE	48
TRES: «HE VIVIDO VARIAS VIDAS ANTERIORES»	72
CUATRO: — LA MAGIA TIENE SUS ARMAS SECRETAS	86
CINCO: «EL PODER DETIENE AL PODER»	97
SEIS: — LAS PERIPECIAS DE LA AVENTURA HOLANDESA	116
SIETE: «SIEMPRE ATACADO, JAMÁS VENCIDO»	136
OCHO: «UNA REVOLUCIÓN HACE EN DOS DÍAS LA LABOR DE CIENTO AÑOS, Y PIERDE EN DOS AÑOS LA LABOR DE CINCO SIGLOS»	146
NUEVE: NO HUBIERA QUERIDO REVIVIR LO QUE HABÍA VIVIDO	153
DIEZ: TAN SÓLO LA REPUTACIÓN ES ÚTIL	165
ONCE: ES NECESARIO RETORNAR A LAS FUENTES	173
DOCE: — DONDE TODO VUELVE A ESTAR EN ENTREDICHO	180
TRECE: — ¡QUÉ INQUIETANTE ES EL DESCUBRIMIENTO DE LOS MISTERIOS VEDADOS!	203
CATORCE: «TODA COSA OCULTA DEBE SER PUESTA AL DESCUBIERTO. ASÍ ES COMO DESPUÉS DE MÍ, APARECERÁ UN SER QUE REVELARÁ MUCHAS COSAS»	214
FIN	230

***Este libro está dedicado a Aquel que sabe...
«Los siglos son para él, lo que los días para los
mortales»***

INTRODUCCIÓN

(POR EL RE-EDITOR)

Pierre Ceria y Francois Ethuin; te dan una posible explicación acerca del cómo y dónde adquirió las facultades y poderes paranormales que le hicieron tan famoso y enigmático al conde Saint Germain. Ellos plantean que **Saint Germain, fue en el siglo XVIII uno de los más altos Iniciados Rosacruz y estuvo en contacto permanente con los Maestros del Tíbet, a quienes debió seguramente su formación, y su tarea de apoyar la evolución en Europa; como la hace ahora en América del Norte en su cargo actual de Avatar del Rayo Violeta para el planeta Tierra...** pero nos adelantemos; y veamos ahora lo que nos dice Pierre Ceria y Francois Ethuin:

«Rosa Cruz de grado elevado, iniciado auténtico, ocultista y mago, el conde de Saint Germain constituye el ejemplo más patente de vidas sucesivas».

«Soy todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será. ¡Y ningún mortal ha podido descubrir jamás lo que hay bajo mi velo...!»

«La labor a la que se consagró Saint Germain era el cumplimiento del cometido de los Rosa Cruz: ayudar al progreso de la ciencia, dirigir la humanidad hacia la religión no dogmática y estimular la evolución general. En el campo científico, se adelantaba a su época en varios siglos, y estuvo en Europa, como también en África y en las Indias, trabajando en la ejecución de un plan determinado para ayudar al mundo que no le comprendía, haciendo en todas partes el bien y dando muestras de una caridad inagotables...».

«En su libro The Masters, Annie Besant afirma que Christian Rosenkreutz, fundador

de la Orden de los Rosa Cruz, reapareció una primera vez con el nombre de Hunyadi Janor. En el siglo XV con los rasgos del monje Robert; en el siglo XVI, fue Francis Bacon y en el XVIII el conde de Saint Germain».

«Saint Germain estuvo en la mítica Shamballa... Ese mundo subterráneo de san Bonifacio y este Rey del Mundo de Kirchberger serían, de hecho; el reino y el soberano de la Gran Logia blanca o Agartha, que en tibetano significa Agha, Gran Asamblea; Ar, espíritu universal, y Ta, pureza integral... Para R. Guénonn, su centro se habría desplazado en el transcurso de las edades. Situado primero en el Polo, luego en Thule, es decir, en la Atlántida según todas las probabilidades, existirían aún bajo tierra tragaluces de aquel vasto imperio... Un hecho es cierto. Hermes Trismegistro pronunció esta plegaria antes de desaparecer: «Oh Egipto, tiempo llegará en que no quedará nada de tus religiones sino vagos relatos en los cuales la posteridad ya no creerá. En la Tierra y en el Mar, reina Zeus subterráneo... Los tiempos serán mejores bajo la dominación de aquellos que ahora están establecidos en una gran ciudad bajo la montaña de Libia».

«Saint Germain estaba dotado sin duda alguna de numerosos poderes, pero la adivinación y la magia jamás han podido detener el curso de los acontecimientos... Fue iniciado en Oriente: Saber morir para tornarse inmortal. Saber abstenerse para merecer el obtener, tales son los primeros secretos de la vida nueva a la cual acabamos de iniciarte... La intuición de Dios será el comienzo de ellos si sabes ser infatigable en tu perseverancia; las inteligencias firmes llegan entre nosotros a la Profecía y a la Teúrgia. El primero de esos poderes resucita al pasado, hace renacer las razones del presente y revela el porvenir. El segundo permite crear obras semejantes a la de Dios, cuando se han descubierto los secretos de la vida universal».

«Adiós, amigos míos, me retiro en los Himalayas. Regresaré dentro de ochenta y cinco años...». Y; ciertamente regresó, más al haber tomado la Ascensión el 1ro. De Mayo de 1784, ya no volvió a reencarnar, sino que a voluntad aparecía y desaparecía, este insigne iniciado de origen Uraniense, que ama a la Tierra, más que ningún terrestre.

MEIREM.

PROEMIO

El incendio de las Tullerías destruyó, en 1871, la biblioteca particular del emperador, quien se había hecho entregar por los archiveros de la policía el dossier secreto del conde de Saint Germain.

Una vez más, caía el velo sobre el hombre que fascinó al siglo XVIII y a quien el XIX intentaba descubrir.

¿Por qué Napoleón III quería penetrar el misterio de aquel personaje enigmático, sobre el cual circulaban ya las opiniones y rumores más fantásticos? Sin duda porque el emperador, apasionado por la magia y la astrología, estaba intrigado por las obras que relataban las Memorias más o menos auténticas del conde de Saint Germain.

En cualquier caso, no podría ignorar la advertencia que el taumaturgo lanzara en 1790, o sea, seis años después de su «muerte» oficial, al barón Linden y a Rudolph Gráffer:

«Adiós, amigos míos, me retiro en los Himalayas. Regresaré dentro de ochenta y cinco años».

1790-1871. Con sólo cuatro años de diferencia, las fechas se corresponden... Quizás él lo esperaba.

Tras el XVIII y el XIX, el siglo XX se interroga todavía sobre las múltiples actividades de Saint Germain, y el misterio sigue envolviendo a este fabuloso personaje a quien varios autores no han vacilado en calificar de charlatán.

Sin embargo, sus juicios tendenciosos prueban que se han limitado a exponer las líneas principales de su vida, sin explicarla.

Rosa Cruz de grado elevado, iniciado auténtico, ocultista y mago, el conde de Saint Germain constituye el ejemplo más patente de vidas sucesivas.

Ahora bien, el problema de la inmortalidad sigue siendo inexplicable si no se vincula a la Gran Tradición esotérica. Es lo que hemos hecho, y Saint Germain ha cobrado, en consecuencia, una distinta dimensión.

La mayoría de los ocultistas y teósofos que estudian la magia, la alquimia, el

tantrismo y la reencarnación escriben únicamente para los iniciados. Sus obras suelen ser oscuras. Para eludir ese escollo, hemos abordado ese mundo como testigos, intentando hacerlo familiar.

Con la ayuda de «misteriosos desconocidos», y a través de los secretos de la Gran Tradición, hemos buscado todo cuanto podía servir para el análisis de los actos y del pensamiento de Saint Germain. Finalmente, hemos descubierto un universo extraño y a veces alucinante.

Este libro pone al descubierto varios secretos de alta magia y de alquimia. Atando cabos, algunos quizás hallarán el elemento fundamental que les faltaba para franquear los límites del Mundo invisible.

Pero entonces, ¡Que el Destino les guarde!

Con prudencia hemos avanzado en el dédalo del Conocimiento, donde; según la tradición de Isis, todo se junta finalmente: **«Soy todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será. ¡Y ningún mortal ha podido descubrir jamás lo que hay bajo mi velo...!»**

Levantando a su vez un pico de ese velo, cada cual descubrirá con asombro un universo enigmático y al conde de Saint Germain, de quien algunos afirman que vive todavía...

¿Y cuál es el hombre prudente?

Aquel que conoce a los demás.

CONFUCIO.

¿QUIÉN ES?, ¿DE DÓNDE VIENE?

Para dos eruditos, Kurt Seligman y Jean-Louis Bernard, el conde de Saint Germain sigue siendo un enigma, puesto que terminan sus estudios con estas dos preguntas (1). No fueron los únicos en interrogarse. Sus amigos lo llamaron sucesivamente marqués de Montferrat, marqués de Aymar, conde de Belmar o de Ballamy, caballero Schoening y conde Soltikov. En cuanto a sus enemigos, le dieron igualmente los patronímicos más diferentes.

Ahora bien, Saint Germain parece ser el principal artífice de la incertidumbre que se cierne sobre sus orígenes y su nombre. En efecto, una carta que envió en 1758 al marqués de Marigny, superintendente de Bellas Artes y hermano de Madame de Pompadour, está firmada: «Denis S. M. conde de Saint Germain». Otra, al príncipe Augusto de Brunswick, lleva la firma del conde de Weldone (2), y el misterio se torna más denso puesto que al adquirir, cerca de Nimega, la propiedad de Ubbergen, afrancesó el nombre convirtiéndose en «Monsieur de Surmont».

En 1777, De Alvensleben, embajador de Federico II en Dresde, hacía llegar al rey de Prusia una nota en la cual afirmaba que Saint Germain había nacido príncipe de Rackoczy: «Tiene dos hermanos cuyas ideas eran tan triviales que les ha dejado someterse a su miserable suerte. Él, en cambio, tomó en determinado momento el nombre de Saint Germain, que significa Hermano Santo». Ocurre que el taumaturgo confirmó esta filiación, puesto que a su último amigo, el príncipe Carlos de Hesse, le confesó ser hijo del príncipe Rackoczy de Transilvania y de su primera esposa, una tal Tekely.

— «Cuando supe — le dijo — que mis dos hermanos habían aceptado, por sumisión al emperador Carlos VI y a la emperatriz, tomar los nombres de San Carlos y de San Elisabeth, decidí hacerme llamar Sanctus-Germanus, es decir, el Hermano Santo» (3).

(1): Kurt Seligman, *Miroir de la magia*; J.L. Bernard, *Initiation et Sciences, números 49-51.*

(2): Este nombre significa «Bienhechor».

(3): *Mémoires de Carlos de Hesse.*

Aparentemente, esta afirmación no constituye una prueba. En efecto, el barón de Gleichen, un diplomático célebre por sus impulsos hacia Ja duquesa de Choiseul, confió un día a unos amigos: «He oído decir que entre varios nombres había llevado el de marqués de Montferrat. Ahora bien, el viejo barón de Strosch me ha dicho haber conocido en Florencia a un marqués de Montferrat que pasaba por ser hijo natural de la viuda de Carlos II y de un banquero de Madrid» (1).

¿Era español, italiano o alemán? Toda Europa se planteó la cuestión. «Señor le preguntó un día la princesa Amelia, hermana de Federico II—, ¿De qué país sois?».

«Soy, señora, de un país que, por soberano, jamás ha tenido hombres de origen extranjero» (2).

Sólo una familia de Europa reunía esta condición, el linaje masculino de los Wittesbasch, que reinó en Baviera, el Palatinado y los Dos-Puentes, de 1180 a 1777. Ahora bien, Ana María de Neuburgo, reina de España, descendía de los Wittesbasch por su hermano Felipe -Guillermo, príncipe palatino del Rin.

En Madrid, en los medios allegados al rey Carlos II, maniobraba un personaje asombroso, Juan Tomás Enríquez de Cabrera, duque de Rioseco, conde Melgar; undécimo y último Almirante de Castilla, apodado el «banquero de Madrid» a causa de su inmensa fortuna. No es imposible que el conde de Saint Germain hubiese nacido de los amores de éste con la reina Ana María de Neuburgo, viuda de Carlos II de España. Esta ascendencia explicaría el apoyo que Saint Germain dio a la insurrección jacobina de 1746 y la acogida que Luis XV había de depararle diez años más tarde.

En efecto, María Clementina, sobrina de Ana María de Neuburgo e hija de Amelia y de Jacobo Sobieski, primogénito del rey de Polonia, casó con el príncipe Jacobo Eduardo Estuardo, llamado el Caballero de San Jorge. Fue, pues, la madre del pretendiente Carlos Eduardo. Por otra parte, a partir de 1700, Austria y Francia se disputaron la sucesión de España.

(1): *Souvenirs del barón de Gleichen.*

(2): *D. Thiebault.*

Luis XV había elevado al trono a su nieto el duque de Anjou, pero el hijo de Ana María de Neuburgo podía ser considerado como un pretendiente eventual y Luis XV bien le debía algunas atenciones (1).

A la madre de Madame de Genlis, que le preguntaba sobre sus orígenes, Saint Germain respondió un día: «Todo cuanto puedo decir sobre mi nacimiento es que a los siete años yo vagaba por los bosques con mi preceptor... ¡y que habían puesto precio a mi cabeza! La víspera de mi fuga, mi madre, a la que no hube de volver a ver, ató su retrato en mi brazo...». Ahora bien, según Carlos de Llesse, Saint Germain vivió en Florencia durante su exilio. Juan Gastón de Médicis, gran duque de Toscana, que le protegió, era tío político de Ana María de Neuburgo, debido al matrimonio de su hermana Ana con el elector palatino Guillermo de Neuburgo. Último descendiente de Catalina de Médicis, prima o hermana de leche del mago Cosme Ruggieri, el gran duque de Toscana poseía las ciencias más altas, y no sería de extrañar que Saint Germain hubiese descubierto en Florencia sus primeros conocimientos ocultos.

Si los orígenes del taumaturgo siguen siendo un misterio, sus palabras crearon otros muchos.

— « ¿Cómo era Francisco I? — Le preguntó un día la marquesa de Pompadour— Es un rey que me hubiera gustado conocer»

— «Muy amable — Respondió Saint Germain —, ¡Pero qué lástima que hubiera sido tan ardiente!».

De buena gana le habría dado consejos para preservarle de sus desdichas, pero no los hubiera seguido, pues parece que hay una fatalidad para los príncipes que cierran sus oídos; es decir, su espíritu, a las mejores opiniones, sobre todo en los momentos críticos» (2).

— « ¿Y el Condestable?, ¿Qué decís de él?».

— «Ni demasiado bien ni demasiado mal».

— «Parece ser que la Corte de Francisco I era magnífica».

(1): J. L. Bernard.

(2) Mémoires de Madame de Hausset.

— «Magnífica, Madame, pero la de sus nietos la superaba, y en la época de María Estuardo y de Margarita de Valois, era un encanto, pues el templo de los placeres y el del ingenio se mezclaban en ella. Ambas reinas eran sabias y deleitaba oírlas».

— « ¡Pero diríase que vos lo visteis!».

— «Tengo mucha memoria — respondió Saint Germain — Y; he leído mucho la Historia de Francia. A veces me divierto, no a que lo crean, sino a dejar que crean que he vivido hace mucho tiempo».

Madame de Hausset, que fue confidente de la Pompadour, recuerda la sorpresa de la favorita cuando le afirmaron que el conde de Saint Germain contaba varios siglos de edad.

— «Pero, en fin — dijo Madame —, no decís vuestra edad y os dais por bastante viejo. La condesa de Gergy, que era, según creo; embajadora en Venecia hace cincuenta años, pretende haberos conocido tal como sois ahora».

— «Es verdad, Madame, que conocí, hace mucho tiempo, a Madame de Gergy».

— «Pero, según lo que ella afirma, vos tendríais más de cien años».

— « ¡Quizá! Pero tampoco es imposible que esa dama, a quien respeto; chochee».

En 1777, el archiduque de Austria, Maximiliano José I, escribía a su hermana, la princesa María Antonieta de Sajonia, para informarle de que en Leipzig «Vivía un hombre que contaba doscientos años de edad y que si tenía esta edad sin aparentarla, debía ser un adepto».

En Viena, la cena acababa de terminarse en casa del conde de Lamberg, y en medio de la mesa las flores oponían sus colores con los de los *armagnacs* y de los licores. En vez de acompañar a sus amigos hasta la sala de billar, el conde de Lamberg prosiguió su ensueño. Durante el ágape, cada cual había evocado el recuerdo de Saint Germain y su amigo le parecía presente aún. Entonces, pidió tinta y papel a un criado y escribió estos versos:

Tengo CCC años en mi historia.

Tengo CC para mis amigos.

Tengo L donde hay que beber.

Tengo XXV con Isis.

Tras lo cual, fue a reunirse con sus invitados.

Igual misterio se cierne sobre su aspecto. Morin; secretario de la Legación danesa, quien en 1735 encontró a Saint Germain en Holanda; afirmó que éste no había envejecido ni de un día en el espacio de veinticinco años (1).

Según el retrato del conde Rotari, que ya figuraba en la colección de la marquesa de Urfé, el conde de Saint Germain no tiene más de cuarenta y cinco años. La frente es despejada, los ojos separados, su nariz apunta sobre una boca de sonrisa ligeramente irónica. El óvalo de su rostro hace suponer una silueta de una corpulencia normal. Su casaca, adornada con brandeburgos y bordeada de pieles, se abre sobre un chaleco de seda y una chorrera de encaje. Su actitud es la de un gentilhombre (2).

Sin embargo; Jules de Saint Félix atribuye al conde de Saint Germain un aspecto más fantástico: «Si nos atenemos a ciertas Memorias de la época, escribe, fue en Holstein, en 1785, cuando Cagliostro y Lorenza Feliciani, su mujer; tuvieron el honor de conocer al conde de Saint Germain, quien descansaba entonces su inmortalidad en aquel país... Alejandro de Cagliostro le había pedido una audiencia secreta a fin de ir a prosternarse ante el Dios de los Creyentes y Saint Germain le asignó dos horas de la noche. Llegado el momento, Cagliostro y su mujer vistieron una larga túnica blanca ceñida por un cinturón aurora y luego se presentaron en el castillo. Un hombre de 1,80 metros de estatura, enfundado en una toga gris; los condujo a un salón débilmente iluminado. Tras haber aguardado algunos instantes, vieron abrirse dos grandes puertas y aparecer un templo resplandeciente. Dos hombres, que sostenían cada uno un pebetero de oro del que se desprendía suaves y discretos perfumes, rodeaban al conde de Saint Germain, sentado en un altar. El “Dios” ostentaba en el pecho una placa de brillantes cuyos destellos apenas eran soportables». Después de distintos ceremoniales, el conde de Saint Germain se dirigió a Cagliostro:

«Llamado desde mi más tierna infancia a las grandes cosas, me dedicaba a conocer cuál era la verdadera gloria...

(1): Citado por O. R. Georgi D. C.

(2): Este retrato, señalado por Firmin Didot, se contradice con el que nos fue indicado y en el que el conde de Saint Germain luciría barba.

... La política me pareció la ciencia de engañar; la táctica, el arte de asesinar; la filosofía, la orgullosa manía de desatinar; la física, bellos sueños sobre la naturaleza y los extravíos continuos de gentes transportadas a un país desconocido; la teología, el conocimiento de las miserias a las que conduce el orgullo humano; la historia, el estudio triste y monótono de los yerros y de las perfidias. De ahí deduje que el hombre de Estado, era un embustero hábil; el héroe un ilustre loco; el filósofo un ser raro; el físico un ciego digno de compasión; el teólogo un preceptor fanático; y el historiador un charlatán...».

Al término del ágape con que finalizó aquel encuentro, Saint Germain recomendó a Cagliostro que siguiera diversas normas esenciales, entre ellas la conveniencia de «rehuir, aborrecer y calumniar a las gentes ingeniosas; halagar, amar y cegar a los necios; difundir, con misterio, que Saint Germain contaba quinientos años de edad; hacer oro y embaucamientos en todas partes»(1).

Jules de Saint Félix no se llamó a engaño sobre la fecha de la muerte de Saint Germain. De hecho, confirma esta reflexión de Etteila, a quien anunciaron su muerte en 1784.

«Es una noticia falsa —dijo—. Existen dos personajes del mismo nombre; uno, mi querido Maestro, el verdadero cabalista, con vida; otro, el conde de Welldone, llamado de Saint Germain, que murió en olor de excelente químico, pero no de alquimista»(2).

Así, cada vez que se piensa poder limitar la existencia de Saint Germain a un período preciso y darle tal o cual nombre, aparece un nuevo hecho.

Se le cree español, y he aquí que Wittemens escribe (3):

«Me falta hablar de los principales Rosa Cruz franceses, en primer lugar del más notable de ellos, el conde de Saint Germain. Esta figura enigmática, considerada por unos como un semidiós, por otros como un charlatán y un impostor porque no podía explicar la

(1): Jules de Saint-Félix, *Aventures de Cagliostro*.

(2): Aliette de nombre verdadero. Este peluquero alquimista que habitaba en la casa número 48 de la calle de l'Oseile; escribió en su obra *Le Demier du Pauvre*: “Así, el mundo que pereció antaño por el agua, debe perecer por el fuego; y es menester que nuestros cuerpos se pudran y sean clarificados por el fuego, antes de presentarse ante Dios”.

(3): *Histoire des Rose-Croix de Frunce au XVIII siecle*.

naturaleza de sus poderes, ha suscitado por lo general más asombro que veneración...».

«La labor a la que se consagró Saint Germain era el cumplimiento del cometido de los Rosa Cruz: ayudar al progreso de la ciencia, dirigir la humanidad hacia la religión no dogmática y estimular la evolución general. En el campo científico, se adelantaba a su época en varios siglos, y no había elegido solamente a Europa, en casi todos cuyos países había habitado, como teatro de sus ocupaciones. Estuvo también en África y en las Indias, trabajando en la ejecución de un plan determinado para ayudar al mundo que no le comprendía, haciendo en todas partes el bien y dando muestras de una caridad inagotables...».

Aquel a quien Wittemans llama el más notable de los Rosa Cruz franceses, desempeñó por lo demás; un papel importante en numerosas conferencias místicas, en las que se vio rodeado de un respeto particular a causa de sus extraordinarias cualidades.

En su libro *The Masters*, Annie Besant afirma que Christian Rosenkreutz, fundador de la Orden de los Rosa Cruz, reapareció una primera vez con el nombre de Hunyadi Janor. En el siglo XV con los rasgos del monje Robert; en el siglo XVI, fue Francis Bacon y en el XVIII el conde de Saint Germain.

Cabe hablar de herejía? – No; de creer a Frater Syntheticus (1):

«El espíritu del fundador Christian Rosenkreutz se ha reencarnado en varios países de Europa. Cuando las circunstancias lo hacían necesario, o un nuevo aspecto de sus quehaceres lo exigía, abandonaba su cuerpo por la muerte y tomaba otro. En estos días, ha tomado cuerpo y, aunque desconocido por el mundo, es una fuerza activa en los asuntos de Occidente».

Los hechos son, por tanto, turbadores; y el conde de Saint Germain parece alcanzar una dimensión que se nos escapa. Cuando el razonamiento no parece ya posible, únicamente la hipótesis abre ciertos caminos y hace surgir nuevas luces.

¿Acaso no ha dicho Albert Einstein?:

«El más bello sentimiento que cabe tener es el sentido del misterio. Es la fuente de
(1): Revista *Licht en Waarheid*. 1925.

todo arte verdadero, de toda verdadera ciencia. Quien no ha conocido esa emoción, quien no posee el don de maravilla y de arrebató, más valdría que hubiese muerto. Sus ojos están cerrados...».

UNO

... Y Francia, se encaminó por las grandes sendas del descubrimiento.

El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

Apenas el Rey Sol se había extinguido en la majestad de sus últimos rayos, cuando París y Versalles se desentumecieron las piernas sobre la piedra de su sepulcro. Pese a las nubes que surgían en el horizonte, lo artificioso establecía su dictadura. La religión seguía sirviendo de decorado al régimen, pero un viento nuevo soplaba de la Antigüedad: «La Voluptuosidad es fecunda, decían los filósofos; hay que acatarla”.

La alegría y la despreocupación invadían las costumbres y las artes. El abate Francois de la Chau ganaba el Gran Premio de un concurso de la Academia sobre los atributos de Venus:

*Amor, no busques más a tu madre,
En los cantos de Cnido y de Pafos.
Venus, abandona Citerea
Para tomar parte en nuestras obras.*

Tensa como un arco desde hacía dos siglos, Francia se relajaba. Tras haber sido aquella reina de Europa que había impuesto sus costumbres, su claridad y su disciplina, abría desde la Regencia sus ventanas al viento marino.

Inglaterra se mostró la más fascinante de las sirenas. Libertina y tolerante desde que Guillermo de Orange había asegurado la tranquilidad de su reinado garantizando la de las mentes, su pensamiento cruzó la Mancha. Llegando de Londres, Bollingbrock señalaba, ya en 1724, la existencia en París de varios clubs, entre ellos el del Entresuelo que agrupaba al abate de Saint-Pierre, el marqués D’Argenson y Montesquieu.

Los franceses, que durante generaciones no habían tomado otras iniciativas que las de la Iglesia, multiplicaron rápidamente sus asociaciones. Se reunían en casa de «Hure, en el Louis D’Argent, faubourg Saint Germain», o «en casa de Chapelot, tabernero del barrio

de la Rapée».

París veía nacer la Francmasonería, «especulativa» en comparación con la «operativa» del siglo precedente, y sus reuniones no desagradaban a la nobleza, deseosa de mezclarse con las mentes avanzadas. La Francmasonería evolucionaba y por primera vez participaba en todas las tendencias corporativas y espirituales, en tanto que durante la Edad Media únicamente los Maestros de obras, los arquitectos, aparejadores y canteros gozaban de los privilegios que les otorgaban una jurisdicción y derechos particulares.

Pese a las etnias diferentes, se habían organizado corporativamente en sus lugares de trabajo. Sus logias lindaban directamente con la obra y una logia matriz cuidaba de arbitrar los conflictos profesionales.

Desde la construcción del Templo de Salomón en el monte Moriah por el Maestro arquitecto Hiram, sus secretos conservaban un prestigio mágico y nadie podía aún explicar las bases de aquel Arte Regio que les permitía elevar hacia el cielo audaces campanarios y curvar colosales bóvedas sobre las cuales se alzaban las catedrales...

La arquitectura religiosa se desmoronó durante la Reforma y la guerra de los Cien Años, de suerte que la mayoría de las logias desaparecieron. Únicamente Inglaterra y Escocia conservaron células locales y; a principios del siglo XVIII; el cincel, la escuadra, el compás y el nivel constituyeron el símbolo de un equilibrio.

En 1721, el pastor Anderson extendía la Carta de la Nueva Institución, publicada en Londres dos años más tarde con el nombre de «Constitution of the Free Masons», y desde su nacimiento, la Gran Logia de Inglaterra influyó, allende el canal de la Mancha, en la creación de otras logias.

En cuanto al Rito Escocés Antiguo y Aceptado, pasó a Francia con los partidarios de los Estuardo expulsados de Inglaterra (1).

Luis XV, quien a los veinte años encontraba normal que su primer ministro, el viejo cardenal De Fleury, estuviese locamente enamorado de su joven amante, no tardó en inquietarse por las pasiones que suscitaba la frecuentación de aquellos clubs, y para poner coto a su desarrollo ordenó, en 1730; el cierre de las logias más importantes.

(1): *El Rito Escocés Antiguo y Aceptado es practicado por la Gran Logia de Francia.*

En cuanto a las *Constituciones de Anderson*, permitieron fundar el Gran Oriente de Francia.

Ocho años más tarde, los organizadores, que habían tomado la costumbre de reunirse secretamente, manifestaron su alegría al saber que el Parlamento de París, deseoso de defender la independencia del reino frente al Vaticano, rehusaba rubricar la bula de Clemente XII que condenaba a los francmasones. En cuanto a los católicos, no hicieron ningún caso a las instrucciones de Roma, pues numerosos religiosos participaban ya en las sesiones de las logias.

En 1751, Benedicto XV tampoco causó mayor revuelo cuando hizo pública su encíclica «Próvidas contra los impíos», pues los francmasones contaban ya con importantes protectores, entre ellos el conde de Clermont, descendiente de los Conde y príncipe de la sangre.

Además, por influencia de Martínez de Pasqually, otras logias habían hecho su aparición en Lyon, Marsella y Burdeos. Y el clero, desbordado, no pudo reaccionar ante el trastorno de las ideas.

La Iglesia hubo de enfrentarse igualmente con las mujeres que, en un siglo XVIII, ebrio de libertad; inauguraban sus propios clubs consagrados al encanto, al ingenio y al amor.

Recién nacidos, aquellos clubs dieron sus primeros vagidos en el Palladium francés, y Fénelon; muerto veinte años antes, no pudo protestar de que se le asignara la «Presidencia de honor» de una de aquellas asociaciones. Los estatutos de la Orden Andrógina de la Felicidad y de los Felicitarios, exigían de sus adeptos que pasaran por los grados de grumete, de patrón y de jefe de escuadra. Su reglamento precisaba que, para abordar, el neófito debía jurar, si era hombre; no fondear jamás en el puerto donde ya se encontraba anclado uno de sus miembros...

Aquellos clubs que alentaban la filosofía del Amor no tenían evidentemente ninguna relación con los de la Gran Tradición, y la Orden Hermafrodita de Leñadores y Leñadoras sólo duró el tiempo de cantar:

Según el tronco,

Un buen leñador aprovecha su destreza.

***Unos requieren firmeza,
Otros, flexibilidad.***

En aquella época, Luis XV, completamente transformado por su experiencia con Madame de la Vrillière, hacía tiempo que había olvidado al duque de la Trémoille. Su inclinación por las mujeres se había tornado necesidad. Éstas se sucedían en su lecho a una cadencia vertiginosa, desde que a Madame de Pompadour, aquejada de una salpingitis aguda, los médicos le prohibieron el tálamo del Muy Amado y la práctica de juegos que le encantaban. La antigua superintendente de sus amores se había convertido en la de sus placeres, y para distraer al rey, Cotillón II transformó, a partir de 1753 el Ermitage en una «casa de fieras» donde mantenía suntuosamente a las chicas más bellas del reino (1).

El Parque de los Ciervos recibía en sus elegantes celdas a las víctimas reclutadas por agentes mediante la violencia o el soborno. Aquellas «alumnas», entre nueve y quince años de edad, ignoraban el sitio donde se encontraban. Aquellas que rechazaban su destino eran casadas inmediatamente o metidas en un convento. Por el contrario, las más dóciles disfrutaban de una etiqueta particular. Criados de librea verde se encargaban del servicio de las muchachas nobles, y otros vestidos de gris se ocupaban de las plebeyas (2).

Para Madame de Pompadour, el Parque de los Ciervos resolvía bastantes problemas, pero los fondos regios menguaban a gran velocidad. Los gastos del rey, basados en cincuenta mil libras mensuales, sólo servían para pagar a la servidumbre, los funcionarios de la casa, la comida y el cuidado de las alumnas. Los reclutadores cobraban aparte. No se contaban en aquellos créditos las indemnizaciones a las familias, ni las dotes concedidas a las muchachas cuando las casaban, ni las primas por sus hijos naturales. París vivía en la mayor libertad, y Duclos emitirá este juicio sobre los franceses:

Aquellos gastos fabulosos eran objeto de «pagos al contado», como se denominaban las sumas entregadas por el Tesoro real mediante la simple firma del rey, sin

(1): Cotillón fue el sobrenombre que Federico II dio a la Pompadour; por haber sido Cotillón I la duquesa de Chateauroux; y Cotillón III será la Du Barry.

(2): Luis XV se entretenía vistiendo personalmente a sus jóvenes amantes, pero cuidando, al desnudarlas, de instruir las acerca de sus deberes religiosos.

que se mencionase su destino (1).

«Es el único pueblo cuyas costumbres pueden depravarse sin que el fondo del corazón se corrompa ni que el valor se altere. Aúna las cualidades heroicas al placer, al lujo y a la molicie. Sus virtudes tienen sin duda poca consistencia, pero sus vicios carecen de rencor».

En Versalles y en París, numerosos súbditos, irritados por las deportaciones masivas de hombres, de mujeres y de niños destinados a poblar la Luisiana, no dejaban de criticar a Luis XV, que se interesaba más por aquellos trigales, que por el hambre que reinaba un poco en todas partes. Cada cual se preguntaba cómo podía el Muy Amado gobernar su reino cuando soñaba en los cementerios a la hora en que los sepultureros abrían las tumbas. Éste fue el clima que descubrió el conde de Saint Germain en París cuando, en febrero de 1758, vino de Alemania.

Había conocido al mariscal De Belle Isle durante su estancia en Inglaterra, y con toda naturalidad se instaló en su casa.

¿...Desde cuándo no había venido?

Durante varios días se dedicó a la organización de su vida parisiense, y al mariscal De Belle Isle, entonces ministro de la Guerra, no pareció preocuparle ver a Rogent, el ayuda de cámara de Saint Germain; acumular en su hotel particular las innumerables cajas traídas por la valija del correo cotidiana. Incluso se complació mucho en evocar, los primeros tiempos; los malos momentos pasados en Londres, y luego, ganado por la curiosidad; se decidió por fin a abordar la cuestión que tenía ganas de plantearle desde su llegada.

«Entonces, amigo mío — Le preguntó aquella noche, ¿Me hablaréis por fin de vuestros proyectos?»

Saint Germain pareció no haberle oído. Roger acababa de dejar ante él una tetera y un vaso de plata. Sacó del bolsillo de su chaleco un frasco plano de oro con tapón de esmeralda, lo abrió delicadamente y luego contó cuidadosamente siete gotas de un líquido oleoso que dejó caer en el fondo del vaso.

(1): La cota de alerta será alcanzada pronto, y el Parlamento reprochara al rey gastos evaluados en 100 millones de libras.

Para el taumaturgo, las cinco primeras gotas representaban el pentagrama, es decir la cabeza, los brazos y las piernas, pero también al hombre y los cuatro elementos, Agua, Tierra, Fuego y Aire. Las dos últimas concernían al elemento masculino y al elemento femenino, indispensables a todo acto de magia. Así, se encontraba inscrito en primer lugar en el fondo del vaso el famoso triángulo, uno de cuyos lados representaba la formación, otro la reformación y el tercero la transformación. Luego, construido en sus diversas dimensiones, y gracias a las cuatro últimas gotas, el Heptamerón, una de las figuras fundamentales de la alta magia.

Saint Germain vertió por último su té, que tomó acto seguido el color del café.

— «Es tan negro como aquel brebaje que los ingleses nos servían al despertar — dijo sonriendo — Pero, es verdad — añadió —, ¡Me preguntabais acerca de mis proyectos! Pues bien, son relativamente sencillos. Tras veinte años de investigación, he puesto a punto nuevos procedimientos de tinte de las sedas y estoy seguro de interesar a las manufacturas francesas».

— « ¿Ah, sí?»

— « Ciertamente. Mis trabajos me han costado mucho dinero, pero lo esencial es haber tenido éxito. Quiero proponerlos al rey, y ésta es la razón de mi presencia en París».

— « ¿Pensáis realmente interesar a Su Majestad en ese género de cosas? — Preguntó, Bellestle alzando los ojos al cielo—. Yo no estoy seguro de ello. Yo, en vuestro lugar, vería antes al marqués de Marigny».

— « ¿Por qué?»

— « Es el superintendente de Bellas Artes y hermano de Madame de Pompadour. Le he encontrado varias veces en Versalles y podrá hablarle de vos, si supiera exactamente lo que deseáis”.

— « No pido nada para mí, es decir, casi nada —respondió Saint Germain, dejando su taza — Estoy dispuesto a regalar mis descubrimientos a Francia a condición de obtener el libre uso de edificios para alojar a mis obreros e instalar mis cubas de tinte. Me harían falta igualmente algunos acres de tierras para plantar los árboles necesarios para la fabricación de mis colorantes. Lo mejor, veis, sería una de las residencias reales, a unas doscientas leguas de París, por ejemplo. Así mis desplazamientos no serían demasiado

penosos y podría, sin alejarme demasiado a menudo; vigilar fácilmente el trabajo de mis gentes».

En abril, Saint Germain decidió por fin exponer su plan al marqués de Marigny. Tras haber evocado la importancia de sus descubrimientos, que él estimaba dignos de un rey, terminaba su carta con estas palabras: «Tendré la gloria y la satisfacción de entregar a Su Majestad mis derechos indiscutibles sobre la más rica manufactura que jamás ha existido y de dejar todo el provecho de ella a su reino. ¿Es necesario añadir que amo sinceramente al rey y a Francia?, ¿Cabe engañarse sobre el desinterés y lo loable de mis beneficios?».

La novedad no parece exigir un proceder muy particular respecto a mí. Que Su Majestad y Madame de Pompadour se dignen considerar la oferta en todas sus circunstancias y al hombre que la ha hecho. Hace un año que hablo de esto. Hace tres meses que estoy en París. Me confío, Monsieur; a un hombre recto y franco. ¿Podría equivocarme?»

Aquella carta no dejó indiferente al marqués de Marigny. Nuevos procedimientos de tintura no podían sino desarrollar el comercio de la seda, muy importante para las finanzas de Francia en una época en que las producciones de Lyon y de Tournai, principales manufacturas que trataban las sedas de Piamonte, debían ser mejoradas.

El arte de fijar los colores encerraba muchos secretos, pues la permanencia de los tonos estaba sometida entonces a controles tales como el escaldado y el zumo de limón caliente o frío.

A aquellos métodos empíricos y delicados se añadían las complicaciones debidas a las guerras, que podían perjudicar al aprovisionamiento de las manufacturas, pues la cochinilla, el azafrán y el añil venían de las islas. Aquellos riesgos decidieron al marqués de Marigny a aceptar las ofertas del conde de Saint Germain, y puso en seguida a su disposición una parte del castillo de Chambord.

Saint Germain llegó a orillas del Loira un mes más tarde, pero, según una carta de Collet, arquitecto y controlador de los edificios del rey, no disfrutó de las instalaciones que él esperaba. En efecto, en aquel castillo de trescientos sesenta y cinco chimeneas, que durante dieciséis días retemblaron todos los cuartos de hora cuando las salvas de artillería anunciaron la muerte del mariscal de Saxe, le fueron otorgados «dos alojamientos para una

parte de su gente; así como tres piezas, cocina y despensa, en la planta baja, para sus operaciones».

Collet añadía: «Para ello no he tenido que variar nada en esa parte del castillo, salvo algunas reparaciones urgentes».

El conde de Saint Germain permaneció poco tiempo en Chambord, pues la guerra de los Siete Años había de impedirle recibir su material de Alemania. En cambio, conoció al abate Tascher de la Pagerie, canónigo de la catedral, quien, cuatro meses más tarde, escribirá a De Marigny:

«Se espera de un momento a otro el regreso de Monsieur de Saint Germain, quien despierta curiosidad en el país. He tenido ocasión de cenar dos veces con él. Me parece tener muchos conocimientos y razonar por principios».

Ahora bien, los trabajos de Chambord no concernían únicamente a los colorantes de la seda y de haberse enterado de ello, el abate Tascher de la Pagerie hubiera quedado extrañado de las reuniones que agrupaban, bajo las directrices de Saint Germain, a la princesa de Anhalt, madre de Catalina la Grande, y a la marquesa de Urfé (1).

Si el canónigo de Chambord ignoraba que la isla de Saint Jean D'Amboise se llamaba antaño la isla de Oro en homenaje a la transmutación de los metales, la marquesa de Urfé, que poseía en su hotel parisiense un laboratorio de alquimia, no dudaba en acudir a las orillas del Loira con la esperanza de descubrir en ellas, un elemento apropiado para el progreso de sus investigaciones. Muchas pruebas relativas al pasado esotérico de esa región nos persuaden, todavía hoy, de que existía en ella; en el siglo XVIII, un punto de fijación espiritual y material favorable a la magia y al ocultismo.

Por lo demás, cabe explicar las razones que impulsaron a Saint Germain a instalarse en Chambord, puesto que un manuscrito sobre *La progression de l'oeuvre minérale* figura en los archivos de Blois, acompañado de esta nota:

«El mismo secreto ha sido hallado en el gabinete de Monsieur de Saint Germain en Chambord». ¡Pero hay más!.

(1): Según Geoffroy West.

«Únicamente lo fantástico tiene posibilidades de ser cierto».

TEILHARD DE CHARDIN

Aquellas reuniones y este manuscrito constituyen la prueba de que Saint Germain se entregaba a investigaciones alquímicas, por lo demás indisociables de las que conciernen a los colorantes. Pero el valle del Loira presentaba para él otros atractivos. Algunas de esas regiones fueron altos lugares iniciáticos, y si una de las iglesias de Amboise fue construida en el sitio de un templo pagano y de un obelisco, la casa solariega de Clos Lucé albergó a Leonardo da Vinci hasta su muerte (1).

«Aquel interés por el valle del Loira — Escribe Jean Louis Bernard —, ¿No procedería de una intención oculta, y no sería la alquimia un simple pretexto? Ahora bien; el conde de Saint Germain y el pintor de la Gioconda se asemejan en bastantes aspectos. Son dos precursores que abrieron el ciclo de la ciencia moderna... ».

Un mismo deseo de hacer progresar la ciencia animó a Leonardo da Vinci, aquel «bastardo de genio», y al conde de Saint Germain, «bastardo de la reina de España».

Siendo ambos unos iniciados, no podían sino encontrarse a dos siglos de distancia.

El primero difundió su enseñanza en escritura espejular, por miedo a que gentes imprudentes utilizasen sus planos relativos a la inmersión submarina, los buques de ruedas, los ingenios insumergibles, las bombardas, la aviación y los paracaídas.

El segundo, al margen de sus trabajos sobre las técnicas de tintura, no soñaba sino con barcos de vapor y ferrocarriles para mejorar el comercio y las relaciones entre los pueblos. Como Saint Germain, Leonardo da Vinci siempre dio pruebas de una profunda cultura hermética: así, los almocárabes que dibujó en uno de los troncos de árboles de la Sala Delle Asse del «Castello Sforzesco» de Milán, es la réplica de la Cruz Ovalada, que P. V. Piobb analiza como sigue:

«Constituye un trazo continuo de curvas que se junta en el centro, representando con ello el movimiento continuo de las fuerzas en todo ser viviente, movimiento que toma

(1): Amboise vio nacer igualmente a Louis-Claude de Saint Martin, el filósofo desconocido. Y Mesmer, fundador de la teoría sobre el magnetismo animal, murió allí.

toma la apariencia centrípeta o centrífuga según se contempla de un lado u otro de cada óvalo».

«Esa cruz es la clave con ayuda de la cual se opera la separación de los elementos fundamentales, según la sexta proposición de la Tabla de Esmeralda, cuyo enunciado es como sigue: “Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, despacio y con gran industria”» (1).

En su *Tratado de pintura*, Leonardo da Vinci escribió: «La Ciencia perfecta es la distribución de la Oscuridad y de la Luz... », Y los tres árboles de la Sala Delle Asse explican su pensamiento. La base representa las tinieblas, la copa, la luz y los árboles de ramas entrelazadas en torno del tronco central las fuerzas de la naturaleza. Para los no iniciados, sólo se trata de una técnica de fresco. Para los otros, es un símbolo esotérico.

Así, cabe suponer la firme voluntad de Saint Germain de entrar en comunicación con Leonardo da Vinci, en un marco favorable a las evocaciones que, según la tradición esotérica, son atributo de los Grandes Iniciados (2). Los sacerdotes egipcios las practicaron, y, en nuestros días, los lamas tibetanos, que han alcanzado el más alto grado de perfección espiritual, operan todavía la «materialización de la sombra de un muerto... » (3).

De todas formas, es imposible que Saint Germain hubiese utilizado alguna de las prácticas orientales de los magos del Tibet y de Mongolia, pues sus tradiciones están destinadas al fracaso en Occidente a causa de las diferencias de clima y de altitud y; sobre todo, en función de la correspondencia de los planetas.

En el siglo XVIII, sólo un ritual permitía realizar esta operación de alta magia según la tradición occidental.

(1): *Formulaire de Haute Magie (edición Dangles, 1937).*

(2): *No lejos de la casa solariega de Cloux se encuentran piedras planas de formas redondeadas semejantes a las tablas propicias a la magia.*

(3): *Sumamente peligrosa, la práctica de tales evocaciones hizo perder la razón a Eliphas Levi, cuyo verdadero nombre era Ashe Constant, gran ocultista del siglo XIX, que quiso evocar la sombra de Apolonio de Tiana, contemporáneo de Cristo. Apolonio, profeta y curandero, gran iniciado del Colegio pitagórico, evocó, en cambio, la memoria de Aquiles e hizo aparecer, dícese; junto a la tumba de éste, un fantasma de dos metros que se elevó a seis metros de altura.*

Tras haber observado durante siete días un ayuno completísimo y haberse abstenido de toda relación sexual, el operador procede a una ablución total mediante agua bendita para desprenderse de toda mancha.

Vestido con una toga de lino blanco y provisto de un pentáculo dibujado en un pergamino sacado de la piel de un chivo virgen y luego consagrado al día y a la hora de Mercurio en la Luna creciente, pronunciará después esta invocación: «Amor, Amacor, Amides, Theodonias, Anitor, que me ponga este ropaje de salvación a fin de poder llevar a cabo lo que deseo, por vos Muy Santo Adonay cuyo reinado es eterno». Luego añadirá: «*Lavabis me et supervis vem dheladubor*».

En el interior de tres círculos de nueve pies, trazados con ayuda de su espada mágica a treinta centímetros uno de otro (1), escribirá la hora en que ha comenzado la operación; el nombre del ángel que preside la hora de la noche, luego el sello del ángel correspondiente a esa hora y el nombre cabalístico de la estación. Escribirá, igualmente, el nombre de los espíritus que presiden la fecha y la hora, y, por último, el nombre del jefe del signo reinante. Añadirá el nombre de la Tierra, los del Sol y de la Luna, correspondientes a la estación.

Dentro del círculo superior, inscribirá un cuadrado y el nombre de los cuatro ángeles que presiden el día y la hora de la operación, es decir, el rey y sus tres ministros, Karakaza, Kore, Amatiel y Komisokoz. Dibujará luego un pentágono en el interior del círculo y en cada uno de los ángulos del cuadrado inscrito. Dentro del círculo inferior, escribirá cada uno de los cuatro nombres divinos entre cruces, y luego Alpha del lado de Oriente, y Omega del lado de Occidente. El círculo, así perfecto, será incensado y rociado con agua lustral (2).

Tomando entonces la espada que lleva grabadas en su hoja las palabras «Agla» y «On» rodeadas de dos cruces, el operador penetrará dentro del círculo y, volviéndose hacia

(1): Los círculos mágicos deben hacerse con carbón de leña rociado con agua bendita o madera de la Cruz bendita. (Grimoire papa Honorius.) El papel de la espada es importante: Ulises, que evocó a Tiresias, puso sangre en una fosa. Acto seguido, mil sombras se abalanzaron sobre él. Sacando su espada y dirigiéndola hacia ellas, las echó.

(2): El agua lustral es la condensación de aquella en la cual una varita de acero de punta redonda y enrojada al fuego ha sido sumergida tres veces.

los cuatro puntos cardinales, invocará los ángeles de los siete planetas, los de los siete días de la semana, los de los siete colores y los de los siete metales.

Os pongo por testigo, por la sede de Adonay, por Agnios, Otheos, Ischirios, Athanatos, Paracletus, Alpha y Omega y por estos tres nombres: Agna, On y Tetragrammaton, que debéis llevar a cabo hoy lo que os pido... » (1).

En diciembre, el conde de Saint Germain renunció definitivamente a quedarse en Chambord y se instaló en Versalles en casa del mariscal de Belle Isle. Éste había puesto a su disposición una parte de su hotel particular y uno de sus apartamentos en el faubourg Saint Antoine, donde ambos se entregaban a operaciones de magia.

— ***Sólo deberíamos asombrarnos de poder asombrarnos todavía...***

De todas sus experiencias, el Couteux de Canteleu recuerda la de las ambiciones mediante espejos catóptricos que siguen siendo un problema para la ciencia y que en parte hicieron la reputación de Saint Germain, así como la de Nostradamus, algunos siglos antes.

Al lado de su amigo, el mariscal de Belle Isle descubrió entonces el universo infernal de la alta magia, las placas de acero bruñidas y cóncavas, el perfume del azafrán oriental que conviene a Anael; y las invocaciones consagradas a Jehová, Elohim, Mitraton y Adonay, durante las noches de una luna nueva.

En aquel París de placeres, de lujo y de frivolidades, a la hora en que las compañías de ronda comenzaban a vigilar las calles, solían trazar el doble círculo mediante un leño carbonizado y en forma de cruz, antes de hacer los conjuros de llamada.

(1): Aún en nuestros días existe en el bosque de Meudon un paraje llamado Roble de las misiones, donde junto a un roble hay un menhir y algunos dólmenes que presentan una disposición circular. El círculo mágico es perfecto, y la piedra central sirve de altar. El roble, entidad vegetal poderosa, se encarga de recibir los choques exteriores y de proteger a los experimentadores. El roble está a su vez cercado y este pequeño círculo excéntrico forma con el gran círculo un rostro lunar. La orientación del roble de la piedra central y de la piedra de mando está sabiamente calculada. La mesa de eco, el menhir, perpendicular al eje, decuplica la potencia de proyección.

Luego, tras haber invocado el espíritu del espejo; interrogaban como Nostradamus lo hiciera en presencia de Catalina de Médicis, a los fantasmas cuyas formas aparecían.

Aquellas veladas del faubourg Saint Antoine aumentaron la estima de Charles Louis Auguste Fouquet, duque de Belle-Isle, para con Saint Germain; hasta el punto que decidió presentar en la Corte a aquel que por afecto, llamaba «el Hijo de sus viejos días».

La marquesa de Pompadour tenía, ciertamente, una propensión particular por lo inédito y las personas raras. Pero, intrigada ya por las confidencias de su hermano, quien, desde hacía varios meses, recibía a Saint Germain en su hotel del muelle de Anjou y su despacho de la calle Saint Thomas, quedó inmediatamente seducida por la prestancia del desconocido.

«Aparentaba cincuenta años. De aspecto fino y espiritual, vestía con gran sencillez pero con gusto, y lucía suntuosos brillantes» (1).

Su urbanidad ingeniosa, su cortesía, la libertad y el decoro de su conversación, le abrieron muy pronto los apartamentos de la favorita, luego sus salones privados donde tenían lugar las cenas íntimas del rey.

— *¿Existe una solución de los Misterios?*

La marquesa de Pompadour, quien, por no contrariar las aficiones de su antiguo amante, soportaba las interminables partidas de naipes que enfrentaban al rey de Francia con sus amigos, fue inmediatamente sensible al misterio que rodeaba a Saint Germain.

¿Quién era exactamente? No hubiera podido precisarlo, pese a los informes que su hermano había exigido del lugarteniente de policía, pero Saint Germain supo explotar de tal suerte sus talentos de narrador y de músico, que lo invitó en seguida a las veladas teatrales que ella aún daba. Recibido a cada paso por la favorita, suscitó muy pronto los celos de los cortesanos, que decidieron hurgar en su pasado para enterarse más.

Desgraciadamente para ellos, los más intrigantes no pudieron remontarse con anterioridad a 1745, fecha de su estancia en Londres.

(1): Souvenirs de Madame de Hausset.

En aquella época, Francia acababa de negar su ayuda a Jacobo III, apoyado por Los Estuardo, en el curso de una güeña destinada a derrocar al príncipe de Hannover.

En setiembre de 1745, Carlos Eduardo, hijo del pretendiente; había organizado una marcha sobre Londres, tras haber sido proclamado, en Escocia, regente de Inglaterra y de Francia.

Fue tal la emoción en la Corte de Jorge II, que el Gobierno decidió suspender la ley del *habeas corpus* para poder detener legalmente a las personas sospechosas de Jacobismo, y principalmente a los extranjeros convictos de opiniones peligrosas para la seguridad del Estado.

«Tratan de saber si tienen armas, sobre todo los católicos. Por lo que escribe Horace Walpole el otro día detuvieron a un hombre extraño, conocido con el nombre de Saint Germain» (1). Una carta que le encontraron encima, estuvo a punto de perderlo. Estaba firmada por el hijo del pretendiente, quien «Le agradecía calurosamente sus servicios y le rogaba los continuase». Le acusaron de espionaje, pero para Monsieur Chiquet, encargado de Negocios de Francia, su arresto fue más bien provocado por la envidia de quienes pensaban «que hacía demasiado buen papel, pagaba bien y no reñía con nadie».

No fue encarcelado por la inculpación de alta traición, sino tan sólo condenado a arresto domiciliario bajo la vigilancia de un mensajero de Estado. Interrogado repetidas veces por el duque de Newcastle, se negó sistemáticamente a dar las razones de su presencia en Inglaterra, a la par que exigía ser recibido por Jorge II: «Es el único — dijo — a quien aceptaría descubrir mi nombre y mis cualidades». Newcastle no pudo menos que reconocer su buena fe, tanto más por cuanto ninguna queja se había presentado contra él y no había infringido las leyes inglesas... ».

—En todo el esplendor del silencio...

Saint Germain recobró finalmente la libertad, antes de que sus amigos Lord

(1): Cartas, de Horace Walpole, diciembre 1745.

Holdernesse, ex embajador de Inglaterra en Venecia, el marqués de Saint-Gilles, embajador en La Haya, pero que moraba en Londres, el conde Danneskeold-Laurwig, almirante de Dinamarca, y el comandante general Yorke, futuro ministro de Inglaterra, hubieran comprendido las causas exactas de su arresto.

Para ellos, Saint Germain era un ser aparte. Le creían oriundo de Sicilia y sabían el interés personal que tenía por él, el príncipe de Gales. Habían asistido a varios de sus conciertos en casa del conde de Grantham, en Albermale Street, y todos en Londres reconocían sus talentos de compositor. Su mayor éxito databa de la noche en que el príncipe de Lobkovitz, protector de Gluck, le había felicitado por su cultura musical.

En agradecimiento, Saint Germain le dedicó una obra titulada: *Música razonada, según el buen sentido, para las damas inglesas que aman el verdadero gusto en este arte*. La verdad era que parecía apasionarse mucho más por Euterpe que por el espionaje, como lo atestiguan las múltiples partituras que publicó durante veinte años en casa de Mr. Walsh, su editor de Catherine Street. Así fue como puso música a los poemas de W. Hamilton, de Aaron Hill y del italiano G. Brivio, y su *Sirvienta transformada en paloma*, al igual que sus *Seis sonatas para dos violines con bajo, arpa y violonchelo*, parecían situarle muy lejos de la querrela de los Estuardo y de la Casa de Hannover.

La detención de Monsieur de Belle Isle, que se encontraba encerrado en una residencia de Windsor en compañía de un tal Swedenborg, fue menos agradable. A ambos se les había prohibido dirigir la palabra a quienquiera que fuese, su correspondencia era vigilada y compartían la misma habitación, a la vez dormitorio y sala de estar. Monsieur de Belle Isle, que había conocido largas noches de vigilia bajo las tiendas del campo de batalla, todavía lo aguantaba, pero Swedenborg, que se encontraba en Londres para cuidar de la impresión de su tercera obra sobre el reino animal, no paraba de quejarse del trato que le infligían. Aquel místico que Balzac llamará el «Buda del Norte» se pasaba las horas afirmando a Monsieur de Belle Isle que él conversaba con los ángeles «en las maravillas del cielo y del infierno», y trataba de convencerle de las razones que le habían impulsado a renunciar a lo «material» para consagrarse a lo «espiritual».

Exculpado a su vez, Monsieur de Belle Isle volvió a Londres en espera de la autorización para abandonar Inglaterra y, naturalmente, se mezcló con el círculo de los

extranjeros hostigados por la policía de Jorge II.

Entre los salvados de aquel «terror Jacobita», descubrió al conde de Saint Germain, quien aguardaba, a su vez; su retorno a Europa... Las dificultades que habían tenido, cada cual por su lado, un gusto común por lo extraño, los atrajeron uno a otro, y aquellas horas penosas suscitaron una amistad que debía reunirles doce años más tarde.

A principios de 1746, Saint Germain abandonaba Inglaterra al mismo tiempo que el mariscal de Belle Isle. Por fin podía regresar a Europa, donde una carta de Horace Walpole al caballero Horace Man le había precedido:

«Es menester que os hable otra vez de una especie de loco que vive en Londres con el nombre de conde de Saint Germain. No quiere decir quién es ni de dónde sale. Se limita a afirmar dos cosas sorprendentes: En primer lugar, que vive con nombre supuesto; luego, que jamás ha tenido tratos con ninguna mujer. Canta, toca admirablemente el violín, compone, pero no parece muy equilibrado. Debe de ser italiano, español o polaco. Ha vivido en México. Allí logró hacer fortuna no se sabe cómo, y huyó a Constantinopla con joyas».

De 1746 a 1758, nadie oyó hablar de Saint Germain, y todavía hoy; únicamente la hipótesis de J.-L. Bernard puede explicar aquellos doce años de silencio.

«El conde de Saint Germain pasó un año en Inglaterra y luego dejó la escena política. Fue en Alemania, en sus tierras; donde prosiguió a partir de entonces sus investigaciones sobre la química de los colorantes y, verosímilmente, también sus investigaciones sobre el pasado esotérico de Alemania. Ninguna otra región ha producido, en efecto; tantos alquimistas, “Doctor Faust” y poetas visionarios...Y en resumidas cuentas, es la tradición germánica que proporcionará la mejor explicación del seudónimo de Saint Germain, “Sanctus Germanus”, que en el plano psíquico se ha adueñado de las claves de las diferentes tradiciones que accionan lo inconsciente de los pueblos de Occidente. ¿Alquimia y tradición germánica?. Occidente, ese reino de los muertos, según los egipcios; conocía desde la Edad Media las reuniones de los Iluminados». (1)

«Se celebraban en Alemania, con preferencia cerca de las minas de hierro o de co-
(1): Los discípulos de Raimundo Lulio.

bre, allí donde la aspereza del suelo y el aspecto desolado del paisaje parecían en armonía con los Arcanos de la Gran Obra».

Es seguro que Ernesto de Baviera, Federico de Wurtemberg, Enrique de Brunswick y Mauricio de Hesse mantenían relaciones permanentes con los alquimistas; de suerte que Michel Maier ha podido escribir:

«Germania, donde está situado el gran cuartel general de los Rosa Cruz, no es tan sólo el país geográficamente conocido con este nombre, sino la tierra simbólica, germen de las rosas y de los lirios, donde las flores crecen perennemente en los jardines filosóficos cuya entrada no posee ningún intruso».

Saint Germain prosiguió la Gran Obra, más allá de todo cuanto pueda imaginarse y sobrepasó sin duda los prodigiosos resultados de Nicolás Flamel. Con una constancia y una paciencia que quizá no tengan por igual, gastó una parte de su fortuna para poner a punto nuevas técnicas de tinte que beneficiarían a la humanidad entera.

Con todo; y proseguir sus trabajos, pasó aquellos doce años en una especie de retiro. Se dedicó a desarrollar sus conocimientos junto a los grandes iniciados alemanes, y aguardó la edad de aquella madurez deslumbrante que le permitiría aparecer e imponerse en la Corte de Francia.

Tal era en 1758 la semblanza que los curiosos y los envidiosos podían trazar de Saint Germain, y después de todo, los rumores que circulaban entre los cortesanos no pudieron constituir un obstáculo a la amistad que Luis XV sintió inmediatamente hacia él.

El rey tenía un perfecto conocimiento de la genealogía de quienes le interesaban. Cuando abrigaba alguna duda, Lebel, su ayuda de cámara, obtenía fácilmente de los confidentes de la policía las informaciones que le faltaban, pero en lo que concierne a Saint Germain, parece ser que Luis XV no tuvo que recurrir a estas medidas. En efecto, Madame de Hausset, camarera y confidente de la Pompadour, precisa:

«El rey no podía soportar que se le hablase del conde de Saint Germain con desprecio y burla».

A las recepciones oficiales, Luis XV prefería las cenas íntimas en el Petit Trianon; y el parquet de uno de los comedores, conserva las marcas de una trampilla por las cuales subían las mesas completamente puestas para evitar la presencia de los criados.

Los arrebatos de mujeres jóvenes y neuróticas no le impedían interesarse en las conversaciones de sus invitados.

«El rey — Escribe Monsieur Capefigue — Escuchaba con verdadero interés los viajes a través de Asia y África, las encantadoras anécdotas que Monsieur de Saint Germain narraba con ingenio, tanto más; por cuanto parecía mejor informado acerca de las intimidades de cada Corte que sus embajadores y sus encargados de Negocios».

Pese al miedo y al pánico que Luis XV tenía a todo lo que no comprendía, sentía por Saint Germain una extrema simpatía, tanto más por cuanto éste; para distraerle, explotaba un perfecto conocimiento de la historia y una profunda ciencia de la credulidad humana. Por último, para influirle; usaba gustosamente de la afirmación, uno de los mejores factores de la acción sugestiva (1).

— «Para juzgar a los hombres, no hace falta ser ni confesor, ni ministro, ni lugarteniente de policía», le dijo una noche Saint Germain.

— « ¿Y rey?»

— « ¡Ah! Sire, vos habéis visto la niebla que había hace algunos días. No se veía a cuatro pasos. Los reyes, hablo en general; están rodeados de esas nieblas más densas aún que hacen nacer en torno de ellos los intrigantes, los ministros infieles y todos aquellos que se ponen de acuerdo para hacerles ver los objetos desde un ángulo diferente de la verdad...»

Saint Germain poseía un notable talento de narrador. Cuando trasponía las puertas de un salón, las mujeres cesaban de charlar, en tanto que los jugadores interrumpían sus partidas de cartas para prestarle atención. Su prestigio aumentó aun después que hubo aportado una solución al célebre caso Dumas, del que se hablaba desde principios de siglo.

«*Maître* Dumas, ex fiscal del Châtelet, había amasado, a los noventa años, una fortuna considerable. Ahora bien, sus vecinos de la rué de l'Hirondelle sospechaban que se entregaba a la magia desde que su propia familia había confesado que se encerraba todas las noches en la estancia más alta de su edificio a fin de estudiar los astros».

Todos en el barrio pretendían igualmente que cada viernes, hacia las tres de la tarde

(1): E. Marquiset.

un hombre montado en una muía negra se paraba ante su puerta, trepaba hasta el desván y allí permanecía varias horas sin que nadie hubiese podido saber nunca el objeto de aquellas visitas. Los vecinos, preocupados, hablaron con agentes de policía, quienes no observaron nada anormal. El 13 de diciembre de 1700, el jinete llegó, contra su costumbre, a las diez de la mañana.

Subió inmediatamente al primer piso, y nadie se habría inquietado por aquella visita imprevista si Madame Dumas no hubiese oído el grito de espanto de su marido. “Durante dos horas, hubo de recalcar en el curso de la indagación, percibí las voces de mi marido y de su huésped. Hacia mediodía, el jinete se marchó por fin y el fiscal Dumas me hizo saber que no almorzaría”. Cuando su hijo regresó con un amigo suyo, puntualiza el atestado de la policía, ella le enteró de lo que había ocurrido. Subieron hasta el desván y derribaron la puerta. ¡La pieza estaba vacía, el fiscal Dumas había desaparecido!. Acudieron ingenieros, albañiles, carpinteros. Sondearon las paredes, registraron la habitación... Nada. La policía no pudo explicar la desaparición del anciano. Las sospechas recayeron rápidamente en su familia, pero todos murieron sin que el misterio quedase esclarecido».

En aquel entonces, el marqués de Villaray refirió aquella historia a Luis XV niño. El recuerdo de aquel enigma había permanecido vivo en la mente del rey y se le ocurrió someterlo a Saint Germain.

— «A propósito, Monsieur, vos que sabéis tantas cosas de este mundo y del otro, ¿no podríais decirme qué fue de *Maitre Dumas*?»

— «Podría, Sire... Pero... ».

— «Pero ¿qué, Monsieur?».

— «Temería, al descubrir lo que sé, exponer a Vuestra Majestad a ciertos peligros”.

— «¡Monsieur, me haríais un favor!».

— «Como queráis, Sire». «En la calma de uno de los pequeños salones del Trianon, Saint Germain se puso a trazar en una hoja de papel líneas embrolladas y signos astrológicos que estudió con atención... (1)».

(1): Pierre Lhermier.

No pueden admitirse las explicaciones de P. Lhermier, quien se conforma con un esoterismo gráfico para referir, a su manera, cómo descubrió Saint Germain la solución del caso Dumas.

La facultad de ciertas personas en conocer, gracias al contacto de las cosas, las circunstancias principales con las cuales pueden relacionarse es mucho más importante.

«La psicometría, uno de los primeros grados de la magia personal, permite hallar el rastro de alguien con ayuda de un objeto que le haya pertenecido» (1).

Saint Germain pidió que le trajesen unas piezas incautadas en el transcurso de la indagación; el rey se hizo entregar inmediatamente por su lugarteniente de policía, Monsieur de Sartines, una de las copelas que *Maitre* Dumas utilizaba para sus investigaciones alquímicas. Tras haber determinado sobre un plano el emplazamiento exacto de la rué de l'Hirondelle, el taumaturgo se puso el crisol sobre la frente y luego, provocando el vacío absoluto en su espíritu, trató de vislumbrar las últimas horas de *Maitre* Dumas. Las imágenes no tardaron en presentarse. Primeramente sin color e imprecisas, se tornaron cada vez más nítidas; y Saint Germain pudo seguir a *Maitre* Dumas en las últimas circunstancias de su vida.

A partir de entonces puede reanudarse el relato de Pierre Lhermier:

«Sire — Confesó Saint Germain —, o bien los obreros que buscaron al fiscal Dumas se habían dejado sobornar por personas interesadas en que el caso no se aclarase, o bien no poseían más que un mediocre conocimiento de su oficio. He aquí lo que sucedió: En un ángulo de la habitación, junto a la puerta, varias hojas del parquet son móviles. Tapan la salida de una escalera que desciende a través del pavimento y de la muralla. Al final de esa escalera, se sube hasta una cueva. Fue en ese sitio donde el fiscal Dumas se retiró. Agotado, absorbió un fuerte narcótico y no volvió a despertar».

— «¿Era entonces el Diablo quien acudía a verle?», interrogó Luis XV».

— «Sire, que Vuestra Majestad se haga Rosa Cruz y levantaré el último velo que cubre ese misterio. Actualmente, me es imposible responder a su pregunta, pues de hacerlo me expondría a los más graves peligros».

(1): P. V. Piobb, Formulaire de haute magie.

Madame de Pompadour escribió a Monsieur de Sartines dándole cuenta de las hipótesis de Saint Germain. El lugarteniente de policía mandó efectuar indagaciones y, algunos días más tarde, dirigió este informe a la favorita:

«Se encontró la hoja móvil del parquet, la escalera de caracol, la habitación subterránea y en ésta, en medio de gran número de instrumentos de astrología y de química, el cadáver vestido aún de *Maitre Dumas*.

Estaba tendido en el suelo y a su lado había una copa de ágata y un frasco de cristal rotos. ¡Uno de los pedazos del frasco contenía aún un sedimento de opio... ».

« Sire, haceos Rosa Cruz».

Por primera vez, Saint Germain confesaba su pertenencia a una sociedad secreta. Era una prueba de confianza absoluta, pues no ignoraba que Luis XV rehusaba recibir en la Corte hasta a los príncipes francmasones.

Ahora bien; ¿Qué eran aquellos Rosa Cruz de los cuales en aquella época nadie había penetrado todavía el misterio?.

En el siglo XVIII, a causa del trastorno de las ideas, habían desaparecido de Europa sin dejar rastro, considerando que no podían hallar ya en ella los elementos necesarios para la puesta en práctica de sus teorías.

El origen de la sociedad Rosa Cruz se remonta a la más alta antigüedad egipcia, y sus primeras reglas fueron instituidas por Totmés III (1). Doce miembros, nueve hermanos y tres hermanas, se reunían solemnemente el jueves anterior a la luna llena tras el equinoccio de primavera (2). Pero en el siglo XVIII, sólo se recordaba en París un cartel fijado en 1623 en las paredes de la capital por orden de Jonathan Carl von Frisen, «Imperator de los Rosa Cruz».

«Nosotros, diputados del Colegio principal de los hermanos de la Rosa Cruz, hacemos estancia visible e invisible en esta ciudad por la gracia del Altísimo hacia el cual se vuelve el corazón del Justo.

(1): Spencer Lewis, *Imperator of Rosae Crucis Society, 1925.*

(2): *Con el desfase del tiempo, corresponde al viernes santo.*

Mostramos y enseñamos, sin libros ni marcas, toda suerte de lenguas de los países donde queremos estar, para sacar a los hombres; nuestros semejantes, de errores y de muerte. Si alguien siente deseos de vernos, por curiosidad solamente, jamás se comunicará con nosotros. Pero si la voluntad le lleva realmente y de hecho a inscribirse en el registro de nuestra confraternidad, nosotros; que juzgamos los pensamientos conjuntamente con la voluntad real del lector, seremos capaces de darnos a conocer a él y a nosotros».

...La Ciencia tiene horror a lo Sobrenatural; la Religión tiene horror a la Ciencia.

P.V. PIOBB.

Francia, hija primogénita de la Iglesia, no había respondido al llamamiento lanzado por una orden en total oposición con Roma. El propio Richelieu había escrito en sus Memorias: «Prefiero remitirme al Padre Gauthier y a varios más que han escrito acerca de la Compañía de los Rosa Cruz y de los Invisibles, a hablar de sus pertinencias».

Al reconocer públicamente que los representaba, Saint Germain obedecía sin duda a los jefes supremos de aquella Fraternidad, para la cual Francia debía volver a ser la piedra angular necesaria para el establecimiento de un vínculo entre los pueblos, de modo que ya no hubiera más ni opresor ni oprimido. En realidad, se descubrió para saber la reacción del rey; o bien éste se apartaría de él y en las altas esferas se sabría que Francia no estaba dispuesta a apoyar la política de los Rosa Cruz; o bien aceptaría en su camarilla a un miembro de la Orden, que a partir de entonces podía provocar en Versalles un clima favorable a la paz.

Para los Rosa Cruz, herederos directos de la tradición egipcia, sesenta siglos no habían trastornado sus tradiciones, y sus secretos permanecían intactos.

Los magos de las Pirámides habían sentado las bases de una ciencia cuya evolución es casi imposible seguir desde la conquista de los persas. No obstante, sus enseñanzas no se perdieron. Algunas corrientes, las de los cátaros, los albigenses y los templarios, por

ejemplo; las transmitieron hasta Christian Rosenkreutz, quien benefició de los mismos conocimientos que Amenoteb II, sucesor de Totmés y que creó una lengua y una escritura mágicas para permitir a los Rosa Cruz transmitirse sus secretos sin temor a revelarlos.

«La Fraternidad hermética de Egipto tenía sus oficiales, sus secretos, sus contraseñas, sus métodos particulares para la enseñanza de la Ciencia, de la Filosofía y de la Religión. De creer a sus miembros actuales; el elixir de vida, el arte de hacerse invisible, el poder de comunicar con el otro mundo, sería una parte de la herencia de su Sociedad... Aparentaban de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad y poseían una vasta erudición y un conocimiento perfecto de las lenguas. Nunca permanecían mucho tiempo en el mismo lugar y desaparecían sin llamar la atención» (1).

A pesar de la vastedad de sus poderes, Saint Germain no conocía todos los secretos Rosa Cruz, que únicamente los iniciados supremos pueden adquirir al correr de los siglos, pero poseía seguramente el de la longevidad.

«A veces me divierto; no en hacer creer, sino en dejar creer que he vivido mucho tiempo».

Esta reflexión de Saint Germain, aunque hecha para desconcertar a sus allegados, no constituye ningún mentís a una vida de varios siglos, puesto que la longevidad superior a las normas conocidas era una de las artes fundamentales de los Rosa Cruz.

El propio Descartes habría sido aceptado, durante una estancia de veinte años en Suecia, por la cofradía de los Rosa Cruz tras haber confesado a su cuñado Chanu, embajador de Francia en Estocolmo, que abandonaba el estudio de la geometría para dedicarse únicamente a la química, la medicina y la cábala.

«No murió en 1650 — Escribe Huet — Su entierro sólo fue una comedia para permitirle retirarse en Laponia a fin de aislarse del mundo, persuadido como estaba de prolongar su vida hasta quinientos años» (2).

Esto explicaría el párrafo de la carta que el autor del *Discurso del Método* mandó al cura Picot: «Gracias a mi Ciencia, muy vasta, creo poder alcanzar una edad muy avanzada».

(1): Sédir, *Histoire des Rose-Croix*, Adyar, 1925.

(2): Huet, *Mémoires nouveaux pour servir à l'histoire du Cartésianisme*, 1962.

En cuanto a Christian Rosenkreutz, declaró a Wolfgang Reischenbach, durante su iniciación: «Pensad que he necesitado medio siglo de estudios tesoneros y de renunciaciones para adquirir la más pequeña de las luces que vos quisierais poseer a costa de un deseo únicamente. El saber que me pedís transfigura al iniciado y le permite realizar milagros elevándole hasta los astros. Otorgado al profano, desempeñaría unas funciones tan peligrosas como una antorcha confiada a un ciego».

Perennemente joven, Saint Germain había recibido una parcela de aquella fantástica herencia.

El artículo 26 del reglamento de los Rosa Cruz de Oro, ¿Acaso no puntualiza que: «El adepto rejuvenecerá por medio de la piedra y repetirá esta práctica a cada cambio de domicilio»?.

Esta «piedra» es de hecho, el oro potable de los taumaturgos. Partiendo del principio de que todos los cuerpos están compuestos de azufre, de mercurio y de sal, afirman que la salud y la vida humana permanecen en equilibrio y sin ninguna alteración mientras estos tres cuerpos mantengan la unión, la tensión y la temperatura requeridas.

Contra la enfermedad y el envejecimiento, la farmacopea hermética utilizaba el azufre, el mercurio y la sal, extraídos de lo mineral, lo vegetal y lo animal; con ayuda del sílice, del diamante, de la verbena de los druidas y del loto de los egipcios.

Entre todos los remedios, el oro poseía propiedades universales y actuaba sobre todos los órganos. El oro potable podía, a la par que sanaba las dolencias, iluminar el microcosmos humano. Ingerido según un rito hoy en día perdido, proporcionaba una longevidad excepcional.

Uno de los ejemplos más extraordinarios de este fenómeno fue relatado por el *Diario* de Leipzig del 26 de mayo de 1761. En aquella época, dos profetas encarcelados no paraban de romper sus cadenas. Veían de noche y certificaban haberse hallado en 1453 en Constantinopla, donde conocieron a Constantino Paleólogo. Declaraban tener cuatro siglos de edad y afirmaban que podían vivir durante mil años.

El secreto del signo de la Rosa Cruz es tan vasto como su misterio. Según la hipótesis de Rosheim, Rosa procedería del latín *Ros*, Rocío, y Cruz de *Crux*. «El Rocío — escribe — es el cuerpo que posee el mayor poder para disolver el oro. La Cruz; en lenguaje alquímico,

representa la Luz».

El autor del *Summun Bonum* estima que las letras F. R. C. significan: «Fe, Religión, Caridad», y el símbolo de la Rosa Cruz representaría la madera del Calvario vivificada por la sangre de Cristo (1).

El doctor Ferran sostiene otra tesis: «La Rosa Cruz, personifica para los iniciados la idea divina de la manifestación de la vida. La rosa colocada en el centro de una cruz simboliza la unidad viviente y el infinito. Las líneas de la cruz, prolongadas al infinito, representan las tres dimensiones».

Para Christian Rosenkreutz, los primeros pétalos de la rosa son los deseos del instinto carnal. La segunda envoltura es la del alma que debe romperse para alcanzar la Virtud. Los pétalos interiores son las antenas del espíritu.

Transmitido por Pitágoras, iniciado en las tinieblas de los subterráneos egipcios por el archiprofeta Sonchis y por Platón, quien permaneció trece años junto a los magos Ochoaps, y Etymon de Sebbenitis, legado por Alberto Magno, Pico de la Mirándola, Dante y Paracelso; este simbolismo sigue viviente: **«Vosotros mismos sois la piedra filosofal. Vuestro corazón es la materia prima que debe ser transmutada en oro puro».**

Emisario de los Rosa Cruz, Saint Germain; ocultándose detrás de sus actividades de industrial, seguía las instrucciones de su Orden, diseminada en el mundo y dirigida por uno solo, con miras a establecer desde el punto de vista material una medicina universal; en el plano intelectual, el canon del saber integral; en el terreno social, la Sinarquía étnica, es decir, una monarquía universal. Deseaba igualmente la fraternidad total y una religión que pudiera aplicarse a todos (2).

Si cabe reprocharles a los Rosa Cruz el no haber desvelado a los ojos del mundo el conjunto de sus secretos, es porque observaban las palabras de Cristo: «No deis cosas santas a los perros, y no arrojéis vuestras perlas a los cerdos, por miedo de que las pisoteen y os despedacen».

(1): La abreviatura INRI colocada en la Cruz del Gólgota es traducida normalmente por Jesús de Nazaret Rey de los Judíos. Esotéricamente, significa: Ignis Natura Renovatur Integra, es decir: la Naturaleza entera se renueva por el Fuego.

(2): Sédit. Ob. Cit.

DOS

— *Lo extraño no repugna a nadie*

— « ¿No encontráis que en él hay algo de grave? ».

— « Diría incluso de respetable, hija mía, y si me atreviese, de buena gana le interrogaría por saber si todo lo que cuentan acerca de él es verdad... Pero me intimida ».

Stéphanie-Félicité du Crest tenía trece años y su encuentro con el conde de Saint Germain le causó impresión. Desde hacía casi seis meses, lo veía cada día y, arriesgando irritar a su madre, no paraba de hablarle de aquel hombre singular.

— « No, no tengo ganas de verle... ¡No, sobre todo no verle! Vamos a ver, son las nueve y media. ¿Qué hace él? Ah, sí, sus ojos son negros. ¡Cómo me gustan! Y su manera de decirme: “¡Sois una chiquilla” No, no soy una chiquilla. Por lo demás, conozco a muchas que a mi edad están ya casadas ».

— « Tu chocolate se va a enfriar, y no saldrás sin haberlo tomado ».

Sin dejar de mirar a su madre, Stéphanie, pensativa, se llevó a los labios la taza de su desayuno.

— « ¿Veis, mamá? —dijo riendo— Anoche ni siquiera oí la orquesta de Monsieur Gossec, tanto me asombraba Monsieur de Saint Germain ».

Lo conoció en casa de Alexander-Joseph de la Pouplinière, quien abría al «Todo París» su castillo de Boulainvilliers. En aquella época, nadie hablaba ya de las desdichas del recaudador de impuestos. Diez años atrás, el duque de Richelieu, afortunado amante de su mujer, había alquilado una casa contigua a la suya. Mandó igualmente hacer un boquete en los muros para pasar a la vivienda de su amante accionando la placa de una falsa chimenea.

Desde su divorcio, la edad y un castillo aislado entre Passy y Auteuil habían puesto la vida amorosa de Monsieur de la Pouplinière al abrigo de nuevas molestias. El escándalo que estalló cuando se desembarazó de su esposa infiel se iba disipando cada día más, y él recibía fastuosamente a banqueros, cortesanos y comediantes, de suerte que su morada

albergaba una de las sociedades más inteligentes de París.

— «Monsieur de Saint Germain ha viajado mucho, ¿verdad?» — preguntó la joven Stéphanie.

— «Sí, seguramente — respondió su madre —, pero no consigo creer que haya visto tantas cosas y conocido a tanta gente».

— « ¿Es cierto lo que se asegura?».

— « ¿El qué?».

— «Dicen que para hablar tan bien del tiempo pasado, ha debido vivir varias veces”.

— «Pobre hija mía, ¿Todavía crees en esas patrañas? - Si hubiese vivido otras vidas sería el Diablo».

— «Eso creo yo, y no veo por qué el Diablo iría a misa. Ahora bien, el domingo pasado lo vi salir de la iglesia».

Stéphanie y su madre salieron de su hotel particular y en su carruaje se dirigieron al faubourg Saint-Honoré.

« ¿Sabéis lo que me dijo anoche?» —preguntó Stéphanie.

— « ¿Quién?»

— « ¡El conde de Saint Germain, vamos!».

— «No, ¿Y qué?».

— «Bueno, pues, nos acercábamos al salón de música. Cuando tengáis diecisiete o dieciocho años, me dijo, ¿Os gustaría seguir aparentando esa edad durante mucho tiempo?».

— « ¿Y qué contestaste?».

«Que me encantaría. Y añadió — dijo la niña, sonriendo — ‘¡Pues bien, os lo prometo!’».

Todo el mundo habló de un misterioso elixir. La propia Madame de Pompadour le dijo una noche:

— «Parece ser que habéis dado a Madame de Gergy un brebaje asombroso por sus efectos, y ella pretende que durante mucho tiempo aparentó no tener más que veinticuatro años. ¿Por qué no se lo dais al rey?».

— « ¡Ah, Madame! — Respondió Saint Germain— Tendría que estar loco para dar

al rey una droga desconocida».

— *Un olor a azufre que emana de la Magia.*

Para Jeanne Camus de Pontcarré, última marquesa de Urfé, la juventud era sólo un recuerdo. Por lo demás, nunca había tratado de conservarla, demasiado ocupada por su devoradora pasión por las ciencias cabalísticas y la alquimia. Había leído toda la biblioteca de su padre, rica en manuscritos de la Edad Media y en libros de magia que contenían preciosas recetas para la fabricación de filtros encantadores.

Se había hecho traducir para ella sola, uno de los más célebres tratados alemanes de alquimia: *La cadena de oro de Homero*. A los cincuenta años, había gastado buena parte de su fortuna sin avanzar un paso, y de su universo enigmático Cariatoli dijo:

« ¡Conozco a una marquesa que ha gastado más de cincuenta mil ducados para ver al Diablo! ».

Al Arte Regio no le importaba en absoluto que la Iglesia lo condenara. La alquimia, surgida de las oscuras callejuelas de la Edad Media, seguía zigzagueando al azar de cajones sacados a medias. Pero estaba segura de alcanzar un día el antiguo saber humano.

La marquesa de Urfé proseguía infatigablemente sus trabajos y el estudio de los fluidos humanos, minerales y celestes. Animada por la loca esperanza de descubrir el secreto del oro, esperaba redescubrir, gracias a Saint Germain, las técnicas perdidas de Nicolás Flamel. Su laboratorio privado estaba amueblado con una simple mesa cubierta de un paño rojo bordado con la Estrella de Salomón que formaba dos triángulos, uno negro y otro blanco (1).

Dos candelabros dorados al mercurio y adornados con pentáculos del Sol servían de tirantes a la espada mágica metida en su vaina negra y a los jarrones que contenían el agua natural, así como el aceite de oliva consagrado a las operaciones.

(1): *Estos dos triángulos son la imagen del Microcosmos y representan el equilibrio del mundo. Los blancos constituyen las fuerzas de la evolución, y se oponen a los negros, que representan las de la involución.*

En un armario estaban guardados el azafrán y la madera de áloe, el clavo, la mirra correspondiente al Sol, la semilla de adormidera, el benjuí y el clavel rojo reservados a la Luna, así como todas las plantas y los perfumes destinados a los Planetas y a los Astros.

Aquel arsenal químico se juntaba con los dibujos astrológicos y cabalísticos, que, a su vez, se mezclaban con los metales y los alambiques que el Athanor dominaba.

Para el cura Migne, los adeptos pretenden que Dios enseñó la alquimia a Adán, quien refirió el secreto a Enoch, el cual lo transmitió a Abraham, a Moisés, a Job; y luego a Paracelso; a Nicolás Flamel, a Gobineau de Montluisant; quien afirma que en la fachada de Notre-Dame de París figura una historia completa de la piedra filosofal.

«El Padre Eterno — escribe —, extendiendo los brazos y sosteniendo un ángel en cada una de sus manos, anuncia la proyección de la obra terminada».

La marquesa de Urfé estaba convencida de ello e, inclinada sobre sus retortas, intentaba comprender desde hacía veinte años el sentido de las fórmulas de Zorime *el Paranapolitano*, uno de los primeros en escribir sobre la transmutación de los metales. En el silencio de su laboratorio, se esforzaba en descubrir bajo qué constelaciones lograría repetir las experiencias de Felipe II de España. No ignoraba que si éste gastó una fortuna para lograr la conversión de los metales, consiguió sus fines tras haber hallado la fórmula del elixir de Aristeo.

Aunque no hubiese probado, como le aconsejaban, mezclar plomo, hierro y antimonio con vitriolo, escupitajos... y orina con materias fecales, no por ello dejaba de estar segura de multiplicar un día el oro y la plata, desde que Elías Ashmole escribiera: «Mi padre, Blackhouse, enfermo en Fleet Street y hallándose, hacia las once de la noche, en trance de muerte, me reveló el secreto de la piedra filosofal». Sucesivamente entusiasmada o desalentada, trataba de realizar su obra, y el menor descubrimiento le hacía esperar que un día franquearía las fronteras de lo Ignoto.

De todas las recetas empleadas en aquella época para fabricar oro, ésta parece la más simple: «Tómese 100 gramos de limaduras de plata y una cantidad igual de azufre, mézclese y póngase en una copela que se introducirá en un horno a fuelle».

Calentar primero ligeramente revolviendo la materia, y cuando el azufre se inflame, evitar que la materia se pegue al fondo de la copela. Déjese enfriar. Tomar la masa restante.

Pesar su contenido en azufre, y pulverizarlo todo al mortero. Meterlo de nuevo en la copela y volver a asar. Repetir la operación ocho veces. En la última calentar hasta el rojo oscuro para que fermente el exceso de azufre. Tomar esta materia y fundirla en un crisol con los reductores ordinarios. Tomar el lingote, majarlo. Una vez disuelto el lingote, quitar el polvo oscuro que queda en el fondo de la cápsula. Lavarlo bien y luego secarlo. Tomar una copela, echar en ésta dos veces más de plomo que de polvo y copelar. Queda en la copela un grano amarillo inatacable por el agua regia y los ácidos. Es oro que ha sobrepasado el límite de oxidabilidad, oro ordinario, pero que conserva su valor específico. Es oro de 24 quilates».

El conde de Saint Germain se negó siempre a dar a la marquesa de Urfé indicaciones precisas sobre sus investigaciones, pues se acordaba de las terribles amenazas de Arnau de Vilanova: «Aquel que revela el secreto, es maldito», y de Ramón Lull: «Te juro por mi alma que si revelas esto serás condenado» (1).

En cambio, no dudaba en guiarla cuando se cercioraba que ella acababa de progresar por sus propios medios. La marquesa acabó teniendo a Saint Germain por una inteligencia superior, abierta al estudio de los hombres y de las situaciones, no por un hechicero de varita mágica.

— Cara a cara con el arcipreste de la mentira...

Fue en casa de ella donde el taumaturgo encontró a Jacobo Casanova por primera vez. «Ese hombre, en vez de comer — escribe el veneciano — Habló desde el principio hasta el final de la cena, y le escuché con la mayor atención, pues nadie hablaba mejor que él. Se mostraba prodigioso en todo, quería asombrar y positivamente, asombraba».

(1): Según Paul Lacroix, el monje fraile Ramón Lull transformaba láminas de amenita en plata y láminas de plata en oro. Nacido en Palma de Mallorca en 1235, fue lapidado en Túnez en 1315. Se afirma que habría sido perseguido por brujo si no hubiera conseguido fabricar seis millones de falsa moneda por cuenta de Jacobo I de Inglaterra, con ayuda de los cuales el monarca inglés había prometido emprender una nueva Cruzada. Dejó numerosos discípulos, Lullistinos o iluminados, que explotaron su muerte pretendiendo que su alma aparecía a determinadas horas y aportaba a sus discípulos el arte de transformar los metales en oro.

«Tenía un tono decisivo, que, sin embargo, no molestaba; pues era sabio, hablaba bien todas las lenguas, gran músico, gran químico, de rostro agradable y Maestro en granjearse la amistad de todas las mujeres, pues al tiempo que les daba afeites que les embellecían la piel, las halagaba, no con hacerlas rejuvenecer, pues esto, decía él, era imposible, sino con guardarlas y conservarlas en el estado en que las encontraba mediante un agua que le costaba mucho, pero que les regalaba».

«Aquel hombre, muy singular y nacido para ser el más descarado de todos los impostores, decía impunemente, para salir del paso, que tenía trescientos años, que poseía la medicina universal, que hacía todo cuanto quería con la Naturaleza, que fundía diamantes, y que hacía uno grande entre diez o doce pequeños sin que el peso disminuyera, y con la más bella agua».

«Para él, eran bagatelas. Pese a sus baladronadas, sus disparates y sus embustes evidentes, no tuve fuerzas para encontrarlo insolente, pero tampoco le encontré respetable: a pesar mío, lo encontré asombroso, pues me asombró».

«La frugalidad del conde de Saint Germain era un hábito. «Durante la cena a la cual asistía el caballero de Bruhl, no comió carne, excepto una pechuga de pollo, y limitó su manjar a la sémola, las legumbres y el pescado... ».

La regla Rosicruciana que recomienda al hermano no ingerir nada mientras su huésped no haya catado los platos, no explica completamente el ascetismo de Saint Germain. Tenía la higiene alimenticia por la mejor de las salvaguardias contra el desgaste del cuerpo y el debilitamiento de las facultades intelectuales. Sus comidas, que solía prepararse personalmente, eran de una extremada sencillez: Una mezcla de harina, trigo y avena le servía de alimento, lo cual permitiría al barón de Gleichen escribir en sus Memorias:

«Observaba un riguroso régimen, se purgaba con folículos de sena; y esto era lo que aconsejaba a sus amigos para vivir mucho tiempo».

Al despertar, tomaba un poco de té compuesto de media libra de *fol sennae*, 125 gramos de *ura sambucy* y 125 gramos de *foeniculli*. Su ayuda de cámara hacía macerar aquel preparado durante veinticinco horas en dos litros de alcohol, lo filtraba y servía cada mañana a su señor diez gotas del extracto en un vaso de agua hervida.

Los Rosa Cruz llegan hasta a afirmar que un adepto puede vivir cinco meses ingiriendo simplemente tres píldoras fabricadas de la manera siguiente:

«Pulverizar dos onzas de remolacha blanca y mezclarlas con harina pura. Añadir tres dracmas de harina de centeno y tres granos de piedra filosofal (polvo rojo). Ligar el conjunto en aceite de lino para obtener píldoras en el momento de la conjunción de Júpiter y de Marte, en el grado 25 de Acuario».

Paracelso asegura haber conocido a sabios capaces de no ingerir nada durante veinte años:

«Si queréis vivir sin comer escribe — No tenéis más que preparar la tierra como se prepara para los gnomos. Esa tierra, aplicada sobre el ombligo; destilada por el hígado y el bazo y renovada cuando está demasiado seca, permite vivir sin comer ni beber».

Pero, ¿cuáles son esos gnomos? Como las ondinas, los silfos y las salamandras, vivirían en uno de los cuatro elementos del mundo sutil, y René Schwaeblé afirma que san Agustín y el Papa Inocencio VIII admitieron su existencia. Los gnomos custodiarían los Tesoros de la Tierra, las ondinas los del Agua, los silfos los del Viento y las salamandras los del Fuego.

Paracelso creía en su existencia, como el duque de Bouillon, gran maestro de la Orden de la Felicidad y de los Felicitarios, que trató de persuadir al conde de Saint Germain de que perteneciera a la Orden que había fundado según las teorías del conde de Gabalis (1). Según Paracelso y el abate De Villars, los gnomos, los silfos, las ondinas y las salamandras se asemejarían al hombre, sin, empero; igualarlo.

Esas criaturas — dicen — son reproducciones groseras del ser humano, como nosotros somos imágenes imperfectas de Dios.

(1): La obra consagrada al conde de Gabalis fue escrita en 1670 por el abate Montfaucon de Villars. Por haber revelado en este libro valiosas informaciones Rosicrucianas, el autor fue llevado a los tribunales de la Santa Vehme, pero se negó a comparecer ante sus jueces y lo encontraron en la carretera de Lyon, con el puñal véhmico clavado entre los hombros. Para Chacornac, el abate Montfaucon de Villars dio a su héroe el nombre de conde de Gabalis en memoria de los Gabali, habitantes del Gévaudan o Gabalicus Pagnus. Era oriundo de Toulouse, y hacia el siglo X el Gévaudan pertenecía a los condes de Toulouse.

No quita, según ellos, que sus mujeres y sus hijas son de una belleza perfecta, puesto que proceden del más puro elemento. Sus ropas, sus ciudades, sus costumbres, su policía y sus leyes son admirables. Están compuestos de las partes más puras del elemento que habitan, y no mueren sino al cabo de muchos siglos, dado que, al estar hechos más que de un elemento, no tienen cualidades contrarias. Pero — añaden — No se puede por menos que compadecerlos, puesto que reconocen no tener ninguna esperanza en el gozo eterno del Ser Supremo (1).

Saint Germain, por supuesto, rehusó pertenecer a la Orden del duque de Bouillon, pero halló un mundo igualmente extraño en casa de Jeanne Camus de Pontcarré. Frente a Casanova, quien prefería las veladas mundanas donde la futilidad y el amor acariciaban a las máscaras de terciopelo, aparece como un monstruo cargado de una tradición milenaria.

Ninguna simpatía podía surgir entre los dos hombres. Si uno y otro basaban sus leyendas en sucesos cotidianos, el primero, consciente de su misión, observaba las muy estrictas reglas de su Orden, mientras que el segundo, iniciado en raros secretos, provocaba el escándalo entre sus contemporáneos.

Con el paso del tiempo, sus diferencias se acentuaron aún más. Bajo el velo de lo sobrenatural, Casanova disimulaba el aventurero. Bajo el del ocultismo y las vidas sucesivas, Saint Germain proseguía su búsqueda del destino del hombre. A aquellas divergencias fundamentales se añadían las de sus relaciones. Los dos hombres se codearon durante años, pero Saint Germain jamás lesionó los intereses de Casanova, quien; repetidas veces, le causó graves perjuicios. ¿Por qué esta generosidad y esta paciencia de uno frente a la envidia y la rivalidad del otro? - Sin duda porque, para Saint Germain; Casanova, jugador y timador, embustero y Don Juan, constituía la tara necesaria a esa balanza sin la cual los hombres no pueden llegar a la noción de equilibrio.

(1): Algunos años más tarde, cuando Madame de Urfé mostró a Casanova las piedras preciosas destinadas a Passano, supuesto agente de su palingenesia, este amenazó con revelarlo todo si no le entregaban cincuenta mil escudos. Para librarse de este chantaje, Casanova consultará a su oráculo en presencia de Madame Urfé; y pretenderá haber obtenido este mensaje: "Siete Salamandras han transportarlo el verdadero Quérilinth a la vía Láctea, y Passano es en realidad el genio malo de Saint Germain, que ha sido transformado por un gnomo mujer para destruir Semíramis". (Biografía de Casanova por T. Rives.)

Casanova podía inquietarse por las muestras de simpatía que el rey y Madame de Pompadour testimoniaban a su rival.

El abate de Bernis, que acababa de ser sustituido en el Ministerio de Asuntos Exteriores por el duque de Choiseul, conservaba el agradable recuerdo de aventuras italianas a costa de las religiosas del claustro de San Ángel. Su compañero de locuras se llamaba Casanova. Y como sentía hacia él una amistad cariñosa, decidió encomendarle una misión lucrativa en Holanda, recomendándole, sin embargo, que desconfiase de Saint Germain, quien; familiar de la Corte, podía contrarrestar sus planes.

Para sanear las finanzas francesas afectadas por la guerra, Monsieur de Bernis deseaba, por consejo de varios banqueros, vender en Amsterdam bonos de Estado franceses y comprar allí valores seguros, más fácilmente negociables que las rentas.

Pidió a Casanova que sometiese su plan al controlador general, Monsieur de Boullongne, quien, tras haberlo aceptado en principio, hizo mandar por veinte millones de efectos al conde de Affry, embajador de Francia en La Haya. A cambio de su concurso, Casanova debía percibir una crecida comisión, pero éste temía un fracaso, pues ciertos financieros afirmaban que Saint Germain había sido encargado de una misión idéntica a propuesta del mariscal de Belle-Isle.

En un plano mucho más personal, la intimidad de Saint Germain y de Madame de Urfé le desconcertaba en extremo, pues codiciaba la inmensa fortuna de su amiga.

Esperando enemistarlos, juró a su víctima futura que Saint Germain poseía poderes considerables, seguro de que ella acabaría por cerrarle la puerta si el conde se negaba a prestarle su concurso de adivino y de mago.

— «Pero ¿por qué no me ayudáis más?» — Preguntó aquélla; una noche, a Saint Germain.

— «Poned vuestra mano en la del Conocimiento —le contestó él—. ¡Por ella podréis salir de las tinieblas, pues todo túnel tiene su fin!».

A esta postura, el veneciano prefería las del amor. Lo aprovechó para compartir la cama de aquella dama madura, pavoneándose bajo las caricias de su amiga.

Ésta acabó por morir convencida de que él poseía mejor que Saint Germain el secreto de la piedra filosofal y el poder de comunicar con los espíritus elementales. Poco

antes de fallecer, la había subyugado completamente y; al borde de la locura, ella concibió el inimaginable proyecto de hacer que Casanova efectuase el traslado de su alma en el cuerpo de un niño, nacido de la unión de un hombre y una mujer de origen divino. Murió, por fin, persuadida de que llevaba en sus entrañas el hijo milagroso bajo la forma del cual ella esperaba revivir.

— *¿Es de este mundo la verdadera riqueza?*

Todo aquello le costó, naturalmente, muy caro, y en sus Memorias; Casanova confesó sin sonrojo que el sobrino de la sorprendente marquesa de Urfé le echó en cara un día el haber estafado más de un millón de libras a su tía (1).

La admiración de la marquesa de Urfé y la prevención de Casanova expresan perfectamente las dos corrientes que se crearon entonces en torno al conde de Saint Germain, una de envidia, otra de simpatía. Y fue sin duda alguna en Versalles donde esta última se manifestó mayormente.

Madame de Pompadour, quien para obligar a los cortesanos a permanecer en pie sólo había amueblado con un sillón el salón donde los recibía, acogía a sus amigos en todo el esplendor de sus habitaciones privadas. Saint Germain hubo de conocer en ellas al caballero de Hénin y al doctor Quesnay durante una cena que Luis XV animaba con palabras libertinas. La favorita, que admiraba una vez más las joyas de su nuevo amigo, llegó a preguntarle si era cierto que él podía hacer desaparecer las manchas de los diamantes.

«Que Lebel me traiga uno — dijo el rey — y lo veremos».

Madame de Pompadour rogó a Madame de Hausset que avisara al ayuda de cámara del rey. «Parece ser — dijo mientras le esperaba — que es posible romper un yunque tratando de machacar un diamante a martillazos, y que esos mismos diamantes pierden su dureza sumergidos en sangre de chivo. ¿Es verdad?».

En aquel instante, Lebel depositaba sobre una mesa un joyero y una balanza. Luis XV escogió un diamante de tamaño mediano, lo pesó y luego, dirigiéndose a Saint Germain,

(1): Unos 40 millones de pesetas.

le dijo:

— «He aquí una piedra valorada en 6.000 libras, pero valdría 4.000 más si no estuviese manchada».

La tendió a Saint Germain, quien la examinó moviéndola a la luz de las velas.

— « ¿Os encargaríais de hacerme ganar 4.000 libras?» —Preguntó el rey.

Saint Germain continuó con detenimiento el examen del diamante, y respondió:

— «No es imposible. Dentro de un mes, pienso poder traerlo a Vuestra Majestad».

«No habían transcurrido cuatro semanas — cuenta Madame de Hausset — Cuando Saint Germain solicitó ser recibido por el rey para entregarle el diamante que éste le había confiado. Lo sacó de una tela de amianto y lo presentó a Luis XV, que no pudo descubrir el menor defecto. Lo hizo pesar y, como tenía visiblemente el mismo peso, encargó a Monsieur de Gontaut que lo hiciese tasar por su joyero. La oferta fue fijada en 9.600 libras, y por curiosidad el rey decidió conservarlo».

— «Debéis de ser rico en millones —dijo a Saint Germain—; sobre todo si poseéis el secreto de fabricar grandes diamantes con pequeñas piedras. ¿No tenéis otros secretos de esa índole?»

— «En efecto. Y si Vuestra Majestad los deseara, podría hacer aumentar algunas de sus perlas para tornarlas de más hermosas aguas».

En el siglo XVII, los diamantes eran todavía raros. Tavernier había traído cierta cantidad de ellos del Indostán y ofrecido a Luis XV, veinte piedras de un peso de 7 a 112 quilates, entre ellas el famoso Diamante Azul. El Regente de 141 quilates que Felipe de Orleans había comprado a William Pitt para regalárselo a Luis XV, era tan célebre como el Koh-i-Noor, «La montaña de luz».

Desde hacía cierto número de años, los diamantes procedían de América del Sur, pero aún era difícil reconocer los auténticos de los falsos, y únicamente escasos joyeros podían apreciar la calidad de una piedra frotándola con un diamante puro para escuchar sus vibraciones.

Pero lo que ya intrigaba a quienes los poseían, eran las leyendas de mala suerte relacionadas con sus facetas, así como las propiedades maravillosas que se les atribuía. Azules, verdes o amarillas, algunas de aquellas piedras eran reputadas de malditas. Otras

poseían el poder de preservar del veneno, de alejar la peste y de deshacer los encantamientos (1).

El diamante, símbolo de riqueza, centraba las investigaciones de los alquimistas que, pese a la fórmula encerrada en el libro VII de las *Sutilidades* de Jérôme Cardan, seguían a la búsqueda de nuevos procedimientos para disolver el carbón y descomponer el sulfuro de carbono a fin de obtener el diamante artificial.

En el siglo XVIII, la técnica más practicada, consistía en someter a una elevadísima temperatura una mezcla de negro de humo, de litio, de esencia de parafina y de aceite de hueso para obtener una formación de cristales transparentes, idénticos a los del diamante.

Existían, sin embargo, muchos más secretos, principalmente los de los Rosa Cruz, y pese a la regla que les vedaba fabricar perlas y diamantes mayores que los que tenían curso, sacaban de sus retortas fortunas considerables.

Siendo Rosa Cruz, Saint Germain conocía, por tanto, el arte de reproducir químicamente las piedras raras, «tanto más —estima Chacornac— por cuanto debía el conjunto de sus conocimientos al gran duque de Toscana, que tanto se esforzó en ampliar el campo de las ciencias». Sin duda Saint Germain era muy joven cuando vivió en Florencia, pero había conservado las preciosas fórmulas de su protector. Fue, en efecto; Cosme III, padre de Juan Gastón de Médicis, quien; uno de los primeros en Italia, intentó experimentar sobre la naturaleza del diamante con ayuda de espejos candentes (2).

Cuando Madame de Hausset declara que Saint Germain recibió una piedra manchada y que devolvió al rey una piedra de las más hermosas aguas, es posible, habida cuenta de la diferencia de peso, imperceptible pero suficiente para constituir una prueba, que aquél hubiera practicado el «lavado» del que habla Jérôme Cardan en su *Libro de las sutilidades*.

(1): Agnés Sorel fue, dícese, la primera mujer en Francia que lució un collar de diamantes.

(2): El gran duque de Toscana realizó personalmente un experimento que sigue siendo célebre. Para verificar que el diamante era combustible, metió una cantidad de ellos valorados en 6.000 florines mezclados con rubíes, en crisoles. Los calentó al máximo durante veinticuatro horas. Cuando abrió los crisoles, los rubíes no habían sufrido ninguna alteración, mientras que los diamantes habían desaparecido completamente.

Le fue igualmente posible hacer copiar, por un joyero de Amsterdam, el brillante que Luis XV le había confiado. En tal caso, disponía de un mes para llevar a cabo aquel trabajo. A partir de ahí, cabe preguntarse de dónde provenía la piedra que fue tallada de nuevo. No se trataba de un diamante artificial, puesto que el joyero al cual Monsieur de Gontaut encomendó su peritación propuso 3.600 libras suplementarias.

De ser cierto que Saint Germain fuese hijo de Ana María de Neuburgo y del Almirante de Castilla, su fortuna personal debía de ser considerable. De una parte, mucho antes de ser condenada al destierro, la reina había cuidado de enviar al extranjero su oro y sus joyas para hacer frente a cualquier eventualidad...

Por otra, al salir de España, el Almirante de Castilla se llevó en sus baúles más de tres millones de efectos que, añadidos a los 100.000 escudos de renta en fincas rústicas que poseía en España y en Sicilia, lo convertían en un hombre fabulosamente rico.

Esto por lo que se refiere a diamantes y perlas. En cuanto a las colecciones de pinturas de Saint Germain, debían provenir en parte de la galería del Almirante, considerada en la época como la más bella de Europa:

«Así —según Chacornac —podría explicarse la “mina” de Saint Germain, que el duque de Choiseul tratará en vano de descubrir, tanto más cuanto que el Almirante tenía igualmente importantes depósitos de dinero en Bancos de Venecia, Génova y Amsterdam».

Cualesquiera sean las explicaciones que puedan darse a la inmensa fortuna de Saint Germain, no por ello dejó de confirmar éste sus conocimientos sobre las piedras preciosas.

Quince años después de su estancia en París, mandaba esta carta al conde de Lambert:

«El chambelán del emperador de Alemania las fabricó conmigo, y el príncipe T... pagó, hace seis años, 5.500 luisas por un diamante salido de mis hornos. Después, lo revendió a un loco con un beneficio de 1.000 ducados, y hace falta, efectivamente, ser rey o loco, como decía el conde de la Barre, para comprar un diamante tan caro.

Madame de S... posee uno de las mismas aguas, pero está mal tallado y parece un pedazo de cristal de Bohemia. Ahora bien, M..., un hombre como yo; se halla muy perplejo en la elección de sus prácticas.

Si Pott, Margraff y Rouelle han declarado que nadie podía fabricar diamantes;

es porque ignoran ciertos principios. (1)

Que estudien más a los hombres en vez de los libros y descubrirán misterios que no existen ni en la Cadena dorada de Homero ni en el Picatrix (2). Los grandes descubrimientos sólo se ofrecen al viajero. Aprendí la fundición de las piedras durante mi segundo viaje a las Indias, con el coronel Clive. Hasta entonces, sólo tenía pequeños conocimientos sobre ese maravilloso secreto y mis tentativas no eran más que ensayos. Descubrí la Gran Obra en la época de que os hablo...» (3).

Sus joyas eran, en todos los casos; de una rara calidad, y Madame de Pompadour no vaciló, una noche; en pedirle que se quitase las hebillas de sus zapatos y de sus ligas para admirarlas mejor. Cuando se acercó a la favorita, tras habérselas retirado, Monsieur de Gontaut las examinó detenidamente.

— «No crea que el rey las tenga tan hermosas — murmuró Madame de Pompadour — Vos, ¿qué creéis?» — «Un joyero ofrecería por ellas lo menos doscientos mil francos» — declaró Monsieur de Gontaut, quien, al devolverlas al conde de Saint Germain no pudo menos de admirar los rubíes que adornaban sus mangas (4).

Si heredó una inmensa fortuna, el barón de Gleichen estima que Saint Germain supo hacerla fructificar. Aquel diplomático solía visitar a Madame de Lambert, que poseía uno de los más bellos hoteles particulares de la Rué de Richelieu. Demasiado espaciosa para ella y sus dos hijas, desde que enviudó; había puesto todo el primer piso a disposición del conde de Saint Germain, de quien su marido había sido amigo y banquero.

Un año después de su llegada a París, Saint Germain prefirió el ambiente de aquella morada a la del mariscal de Belle-Isle; y en vez de volver directamente a su casa, solía

(1): J. H. Pott hizo importantes investigaciones sobre los topacios de Sajonia. A. S. Mangraff se consagró al topacio y al lapislázuli; y el francés G. F. Rouelle realizó numerosos experimentos sobre el diamante.

(2): Aurea Catena Homeri, libro de Alquimia. Picatrix, médico árabe; fue apodado por Rabelais 'El reverendo padre del diablo'. Alfonso X en el siglo XIII, hizo traducir sus obras.

(3): Según T. P. Barnum; brahmanes hindús, iniciaron a Saint Germain en la cristalización artificail del carbón puro.

(4): Madame de Hausset.

hacerse anunciar en la de Madame de Lambert para mezclarse con los amigos que ella reunía por la noche.

«Discutíamos con De Grimm y Diderot sobre los méritos de Mademoiselle Arnould»
(1) — «Interpreta una Colette de ópera bastante amanerada — respondió Diderot — Y no me gusta su forma de llevarse la mano al peinado cuando se arregla el vestido».

— «En efecto —convino De Grimm —, encuentro su ingenuidad perfectamente falsa... ».

De pronto se abrió la puerta del salón y entró un hombre elegantemente vestido de seda color pulga. Tiró espada y sombrero sobre el diván, se arrellanó en un sillón y tendió sus manos hacia la chimenea:

— «Os escuchaba desde la escalera — dijo —. No sabéis lo que os decís. Por lo demás; sólo yo puedo hablar de comedia, un arte que, por otra parte; he agotado como la música».

Todos se miraron, extrañados:

— «Quién es?» — Pregunté a Diderot.

— «Es un tal Monsieur de Saint Germain. Tiene ciento cincuenta o ciento sesenta años, y se rejuvenece cuando se encuentra demasiado viejo».

— «Pardiez, Monsieur — repliqué — Si ese hombre tuviese el secreto de rejuvenecerse de una hora, duplicando la dosis podría rejuvenecerse de un año, de diez y de veinte para retornar al vientre de su madre».

— «Es lo que dije el otro día a un escocés amigo mío. Para mí, me dijo, si entrase en él una vez, creo que no volvería a salir nunca. Pero es tarde y he prometido ir a cenar en casa de Madamc de Houdetot. ¿Os venís?»

De Grimm y Diderot se fueron tras haberse despedido del conde de Saint Germain, quien parecía no tomar ya parte en la conversación. Hablaba de pintura y criticaba la *Sagrada Familia* de Rafael, que figuraba en las colecciones del gabinete real.

— «Es una obra más bien mediocre — dijo — Y poseo otra de mucha mejor calidad».

(1): Memorias del barón de Gleichen.

— «Caballero — dije entonces — Esa *Sagrada Familia* que he visto en Italia es una obra maestra... ¿Cómo podéis emitir un juicio semejante?»

El conde de Saint Germain me miró un instante.

— «Caballero — me dijo por fin — No parecéis falto de carácter y merecéis que os muestre algunos de mis cuadros. ¿Queréis acompañarme?»

Miré a Madame de Lambert.

— «Id, amigo mío — me dijo — Es un honor que os hacen. Monsieur de Saint Germain habita en el piso de arriba. Una de mis hijas parece gustarle y tengo buen derecho a tratar de “yerno” a ese hombre de inmenso mérito. Id, caballero, sois joven. Toda vuestra vida os acordaréis de haber conocido en mi casa a Monsieur de Saint Germain».

Seguí al conde de Saint Germain hasta el primer piso. Su estancia era magnífica, totalmente desamueblada, pero alumbrada por cien velas de cera rosa. Con un ademán, recorrió una cortina y descubrió varios lienzos, ricamente enmarcados.

— «Ahí tenéis» — me dijo.

Entre los lienzos colgados de la pared había, en efecto, una *Sagrada Familia* de Murillo, incomparablemente más bella que el Rafael de las colecciones reales.

«Ahí tenéis — Me dijo — Lenzos que representan un tributo de rey».

«Varios pintores amigos míos así lo piensan, La Tour y Van Loo entre otros. Pero, a propósito, ¿Entendéis de piedras?».

— «Bastante».

— «Entonces, venid, pienso asombraros».

Saint Germain corrió la cortina y llevó a De Gleichen hacia la otra parte de la estancia. Se sacó un llavero del bolsillo y abrió un arcón adornado con clavos de cabeza de diamante. Estaba lleno de perlas, de brillantes, de bezoares, de berilos, de esmeraldas y de rubíes tan claros como la sangre de un pichón.

Había, sobre todo, un ópalo de un tamaño excepcional y un zafiro blanco grande como un huevo, cuyo brillo apagaba el de todas las piedras que yo le compraba. «Tengo el atrevimiento de jactarme — continúa De Gleichen — de entender en joyas, y puedo aseguraros que la vista no podía descubrir ninguna razón para dudar de la finura de aquellas piedras, tanto más por cuanto no estaban montadas».

— «Caballero, ¿sería indiscreto preguntaros de dónde provienen esos tesoros?».

— «En absoluto — respondió Saint Germain — Algunas de esas piedras me fueron donadas, las más pequeñas, cierto es; en el transcurso de mis viajes en las Indias. Las otras...».

— « ¿Las otras...?».

— «Las otras las he fabricado yo».

¿Puede creerse a De Gleichen? — Para Madame du Deffand; mentía en sumo grado, «No porque disfrazase la verdad, sino porque la alteraba».

Para Louis-Claude de Saint-Martin, «Habría dado treinta verdades por una mentira».

¿Era realmente poco digno de crédito aquel diplomático? - Residía en París tras una prolongada estancia en Italia, donde trabó amistad con el conde de Stainville, entonces embajador de Francia y después, duque de Choiseul y ministro de Asuntos Exteriores de Luis XV.

Representaba en París al margrave de Bayreuth y trataba de obtener el pago de las sumas otorgadas por Francia a la Casa de Anspach, a cambio de su neutralidad durante la guerra... Pero su estancia se prolongaba, pues sus gestiones se habían vuelto muy difíciles a causa del estado de las finanzas francesas.

¿Podía el margrave de Bayreuth otorgar su confianza a un megalómano? - Es posible, pero el duque de Choiseul seguramente no; pues un día hubo de encomendar al barón de Gleichen una misión de confianza en Dinamarca. Aquel diplomático dio sin duda alguna prueba de cierta imaginación al escribir sus Memorias, pero tantos misterios rodeaban a Saint Germain, que este foizaba la simpatía con todo y desconcertaba a las personas más escrupulosas. De Gleichen, aunque hubiese acomodado sus recuerdos, no pudo transformar la verdad hasta el punto de aceptar ser tenido por un embustero.

—No lloréis muchachas; lloraríais demasiado tiempo.

Esa simpatía, Saint Germain la suscitaba tanto en Versalles como en casa de Madame de Marcháis, hija del recaudador De Laborde, en casa de la princesa de

Montauban, del marqués de Beringhen, de Mademoiselles de Alencé, que moraban en la plaza Royale, y en casa de Monsieur de Nicolai, primer presidente del Tribunal de Cuentas, quien le trataba con consideración.

«Todos aquellos que estudiaban las ciencias positivas buscaban su compañía. Eruditos y orientalistas le sondearon. Le encontraron más hábil que ellos en la lengua de Homero y en la de Virgilio. Hablaba el sánscrito, el chino y el árabe, y les demostró que había vivido en Asia».

En cambio, la envidia no iba a tardar en manifestarse, y su prestigio dio origen a las más extraordinarias historias. A través de todas las anécdotas que le concernían, aún hoy es difícil discriminar la verdad, a no ser que ésta tenga, por una vez, dos caras. ¿Fueron escrupulosos los memorialistas en sus recuerdos, o bien intentaron acrecentar el «aura» de misterio que rodeaba a Saint Germain para impresionar a sus editores y hacer creer al lector que descubriría a un ser excepcional?.

Si hay en este amasijo de historias cierto número de fábulas propias para desacreditar al taumaturgo, hay que admitir igualmente que la mala intención no siempre es fruto exclusivo de la imaginación. Aquélla, que suele tener necesidad de bases firmes para alcanzar sus objetivos, es, a veces, hija primogénita de la memoria.

Por lo tanto, puede abrirse el dossier de los rumores que circulaban durante el siglo XVIII sobre el conde de Saint Germain.

Mademoiselle de Lenclos acababa de festejar sus dieciocho años. Era agraciada y aguardaba el amor. Una mañana, al despertar, le anunciaron la visita de un hombre de edad. Se vistió apresuradamente y lo recibió en su tocador.

— «No temáis nada de mí — le dijo él — Pero quiero estar seguro de que nadie sabrá lo que voy a deciros».

— «Pero, ante todo, señor, ¿quién sois?».

— «El conde de Saint Germain, un hombre a quien la Naturaleza obedece y que posee todos los bienes del mundo».

— «¿Y luego?» — preguntó ella, impertinente.

— «Puedo ofreceros la grandeza y los honores supremos. La riqueza y todos los goces que ésta procura, o, simplemente; la belleza eterna. Podéis escoger una de las tres

cosas y os la concederé».

— «Sin vacilar, escojo la belleza» —respondió ella, riendo.

— «Está bien — dijo Saint Germain, sacándose del bolsillo una tablilla rojinegra — Juradme primeramente el más absoluto silencio, y luego escribid vuestro nombre y vuestra edad en esta tablilla de madera».

Incrédula, le miró de hito en hito un breve instante. Después, con el estilete que él le ofrecía, grabó torpemente sus iniciales. La del nombre en el centro de lo negro, la del apellido en el corazón de lo rojo. El conde de Saint Germain le puso entonces su bastón en el hombro izquierdo.

«Está bien, poseeréis todo cuanto deseáis y os otorgo el poder de atraer a quien queráis. Desde hace seis mil años, sólo he encontrado cuatro mujeres dignas de este poder: Semíramis, Helena, Cleopatra y Diana de Poitiers... Vos sois la quinta».

Mademoiselle de Lenclos se miró en el espejo que coronaba la chimenea de su tocador. No notó ningún cambio.

Saint Germain ya se marchaba.

— «Adiós, hija mía — dijo, inclinándose — No volveréis a verme... O, mejor dicho, sí, pero una sola vez... ».

— « ¿Cuándo?» —preguntó ella, irónica.

— « ¡Desgraciadamente, tres días antes de morir!».

Y se fue.

Efectivamente, según las *Memorias anecdóticas de Luis XV*, volvió a verle ¡tres días antes de su muerte...!

París no fue el único autor de historias curiosas. Londres siguió la moda, y el *London Chronicle* publicó este eco en su edición del 3 de junio de 1760:

«El conde de Saint Germain parece tener otros talentos que la música. Nos dicen de París que dio a una de sus amigas un frasco de elixir de vida. La cual, para ocultar a su marido las razones de su rejuvenecimiento, escondió su tesoro en el cajón de una cómoda. Su camarera, al descubrir el frasco, creyó que se trataba de un medicamento y lo vació de un trago... Cuando su señora volvió, una muchacha jovencísima le abrió la puerta».

Bruselas intervino a su vez. En 1765, la condesa de Gergy encontró en la Grand Place

a Saint Germain. Éste se presentó, y ella creyó reconocer en sus rasgos la cara de un amigo.

— « ¿No vivía vuestro padre en Venecia a principios de siglo? — preguntó —. ¡Ya veis que soy muy vieja, pero pienso haberle conocido!».

— «No, Madarne — replicó Saint Germain —; hace mucho tiempo que perdí a mi padre, pero yo también he vivido en Italia y tuve ocasión de conoceros allí».

— « ¡Es imposible! - El hombre que conocí no tenía más de cuarenta años y vos ni siquiera aparentáis esa edad».

— « ¡Ay de mí, Madame, soy muy viejo!»

— «Pues entonces, debéis frisar los cien años».

— «No es imposible».

Saint Germain le recordó entonces ciertos detalles de la estancia de ambos en Venecia, detalles que solamente ellos podían conocer.

— «Sois el diablo» — Exclamó ella.

— «Por compasión, Madame, no pronunciéis jamás este nombre delante de mí».

En París, una joven desconocida le invitó a cenar. Intrigado, aceptó, y la noche convenida se presentó en la dirección indicada. Sorprendido de no ver a ningún invitado más, en el momento de la cena le confesó que nunca tomaba nada fuera de su casa, pero aceptó, sin embargo; un vaso de jarabe. Al sentarse, un mal gesto le hizo derramar el vaso. Cuando la joven se disponía a llamar a un criado, él notó el color de la aureola sobre el mantel.

— «Habéis querido envenenarme» —dijo, mirándola.

La joven se echó a temblar, sin poder rehuir el influjo hipnótico que sentía.

— « ¿Por qué lo habéis hecho?».

Sin fuerzas y ya en poder de él, ella respondió finalmente:

— «Para robaros los diamantes».

Saint Germain esperó a que estuviese completamente dormida. Concentró entonces su pensamiento sobre la pieza contigua y luego se fue.

Al día siguiente, la policía descubrió a la joven que seguía dormida. En la cocina, sus criados, tumbados en el suelo, estaban igualmente sumidos en profundo sueño.

Monsieur de Palois ponía por condición a la boda de su hija con el vizconde de B.

R..., que ella efectuase, antes de casarse, una estancia en el Parque de los Ciervos a fin de hacerse con una dote. La joven decidió envenenarse antes que ofrecer sus quince años al rey, y por carta le hizo saber sus intenciones. Luis XV, asustado, encargó en seguida a uno de sus oficiales que comunicara a Mademoiselle de Palois que renunciaba a ella, pero su emisario llegó demasiado tarde al Parque de los Ciervos. Trastornado, el rey citó inmediatamente a Saint Germain y le rogó que acudiese a la cabecera de aquella alumna difícil. Tras haberla examinado, él dibujó un círculo sobre su cabeza, y luego vertió entre sus dientes algunas gotas de un licor verde. A los pocos segundos, el cuerpo de la muchacha se contrajo bruscamente y luego recayó, inerte.

— « ¡La habéis matado! » — Exclamó un médico.

— « ¡No, al contrario, está salvada! » — Replicó Saint Germain.

Unas horas más tarde, Mademoiselle de Palois abandonaba el Parque de los Ciervos con quinientas mil libras, que constituían la retractación pública del rey (1).

Un día, el cardenal de Rohan, que acababa de asistir a una recepción dada por el conde de Saint Germain, dijo a Roger, ayuda de cámara de éste:

— « Amigo mío, me cuesta creer lo que dice vuestro señor. Que haga oro, lo admito, ¡pero que pretenda tener dos mil años y haber conocido a Poncio Pilato, es excesivo! ».

— « ¡Oh, Monseñor —replicó Roger—, no podría afirmarlo! Sólo llevo cuatrocientos años al servicio del señor conde ».

A propósito de la historia siguiente, Pierre Lhermier escribió: « Nos hallamos ante un relato, la extravagancia del cual fue sin duda inspirada por una aventura auténtica cuyas proporciones exageraba la imaginación del conde de Saint Germain ».

Tras una considerable serie de aventuras, el conde de R... no podía soportar ya la idea de tener una amante: « Necesitaría — decía — una especie de vampiro hembra ».

Pese al consejo de sus amigos, se personó una noche en un cementerio, se rodeó de un círculo mágico e inició las invocaciones rituales. *Todo siguió en calma, hasta el momento en que oyó una voz de mujer y vio acercarse una silueta. Salió del círculo y acto seguido propuso a la aparición llevarla a su casa.*

(1): J. Peuchet, Mémoires tirées des Archives de la Police.

— «No —respondió ella—, sólo perteneceré a un marido».

— «*Que no quede por eso —dijo él—; me casaré contigo. He aquí mi anillo.*

Dame el tuyo en prenda de noviazgo».

Pasaron toda la noche en medio de las tumbas y se separaron al amanecer, tras haberse prometido mutuamente encontrarse de nuevo, por la noche, en el mismo sitio.

Desgraciadamente, el conde de R... olvidó su juramento y; tras haber pasado la velada con unos amigos, volvió a su habitación. Ya avanzada la noche, notó una presencia junto a su cama. Pronto vislumbró una sombra y luego sintió alzarse las sábanas y que un cuerpo frío se deslizaba hacia el suyo. Espantado, salió gritando y no volvió hasta que despuntó el día. Su cama estaba vacía...

A la noche siguiente, en ocasión de otra recepción, distinguió entre los invitados a una muchacha desconocida y, naturalmente, procuró conocerla. Le dijeron que era italiana, pero cuando se acercó a ella para invitarla a bailar, reconoció en su mano izquierda el anillo que dos días antes había dado a la aparición del cementerio.

El conde de Saint Germain contaba que M. de R... se moría de miedo cuando él lo conoció, pues el espectro le perseguía.

«Le invité a volver a su casa y a rezar. Un poco antes de medianoche me reuní con él en su habitación y dibujé en el suelo un triángulo solar. Tras las fustigaciones de rigor, pedí al conde de R... que entrase en él, recomendándole no salir bajo ningún pretexto. A medianoche en punto, la puerta se abrió y apareció el espectro de la joven».

— « ¿Qué queréis?» — Le pregunté.

— «Ese hombre es mi marido — dijo ella —, y bien lo sabéis vos».

— «No, pues no eres de este mundo y te ordeno que le devuelvas su anillo».

— «Aquí no, ciertamente».

— « ¡Entonces, en el cementerio!».

«No relataré la lucha que hube de sostener — prosiguió Saint Germain —, pero salí vencedor de ella. Finalmente, ordené a M. de R... que arrojase el anillo, que todavía llevaba, sobre la tumba donde el espectro se había sentado, y éste se desvaneció. Al alba, el anillo estaba empotrado en la piedra».

Esta historia es sin duda increíble. Figura, sin embargo, en las *Mémoires de Múdame*

Adhémar, una de las obras de Lamothe-Langon.

Si el conde de Saint Germain no hubiese asombrado a sus contemporáneos, Lamothe-Langon no habría intentado seguramente pasmar a sus lectores.

TRES

«He vivido varias vidas anteriores»

P. Mac Orlan.

Durante su estancia en Inglaterra, Saint Germain se hizo anunciar una tarde en casa de Lady Townshend, tapándose los oídos: «Estoy aturdido por una carga de disonancias», exclamó. Fuera, estaban adoquinando Eaton Square y una carretilla acababa de volcar piedras. Saint Germain quizá tenía el oído tan sensible como el de Ramcau, pero aquí acaba cualquier comparación entre ambos. Sus melodías y sus sonatas entran perfectamente en los gustos de la época, pero las armonías de *¡Oh, sí conocierais su poder encantador! y ¡Qué alegría cuando vio el rostro de mi Fanny!* no permitieron a estas obras encantadoras rebasar el marco de los salones donde los amigos de Saint Germain las aplaudían.

En cambio, tocaba el violín de manera notable y a menudo le pedían, durante las veladas musicales a las que le invitaban, dar muestras de sus talentos.

Por lo demás, poseía otros muchos.

— «Fijaos lo que me ha regalado el conde de Saint Germain. ¡Qué bonito es!».

Stéphanie du Crest mostró a su madre una caja de carey negra adornada con un ágata.

— « ¡Es realmente preciosa! Y tengo la impresión que él te llena de obsequios».

— «No me lo parece —replicó Stéphanie—. Pero no es todo, vais a ver cómo cambia con el calor».

Stéphanie dejó delicadamente la caja junto a la chimenea. Pasaron unos minutos. El ágata desapareció para convertirse en una miniatura que representaba una pastora portadora de un cesto de flores.

— « ¿Y cómo haréis volver el ágata?» —preguntó Madame de Bourbon-Lancy a su hija.

— «No es difícil. Si vuelvo a calentar la caja, la miniatura desaparecerá a su vez. Es gracioso, ¿Verdad?».

A sus cualidades de físico, Saint Germain añadía innegables dotes de pintor.

«Mi padre, que sabía mucho de pintura — escribió Madame de Genlis —, admiraba la del conde de Saint Germain. Sin ser cosa del otro mundo, no por ello dejaba de resultar muy agradable. Había encontrado un secreto de color verdaderamente maravilloso, que hacía extraordinarios a sus cuadros. Su pintura era de género histórico y nunca dejaba de adornar con pedrerías sus figuras femeninas. Utilizaba sus colores para pintar esmeraldas, zafiros, rubíes, que tenían realmente el brillo, los reflejos y la nitidez de las piedras que imitaban.

La Tour, Van Loo y otros pintores que han visto sus cuadros, admiraban el sorprendente artificio de sus colores deslumbrantes que, sin embargo, tenían el inconveniente de apagar las figuras. Por lo demás, destruían la verdad con su asombrosa ilusión. Se hubiera podido sacar un gran partido de aquellos singulares colores, pero Monsieur de Saint Germain jamás quiso dar su secreto».

Sus dotes para las lenguas eran excepcionales. Monsieur Gleichen asegura que hablaba el francés con un ligero acento piamontés, Madame de Créquy creía reconocer en él ciertas entonaciones alsacianas, pero ambos se ponían de acuerdo para afirmar que hablaba perfectamente el inglés, el italiano, el español, el portugués y el alemán.

En cuanto al abate Lacanu, declara: «Conocía el sánscrito, el chino y el árabe, lo cual prueba que había vivido en Asia».

Sin duda, los políglotas eran numerosos en el siglo XVIII. Los negocios requerían frecuentes viajes al extranjero, y los estudios literarios o científicos exigían el uso de los textos originales, habida cuenta de la falta de traducciones.

Desde su más temprana edad, los niños eran confiados a preceptores, al mismo tiempo que se formaban en las artes tradicionales y en el manejo de la espada. El medio favorecía igualmente el desarrollo de las dotes particulares, y Saint Germain vivió sus primeros años en un ambiente musical y artístico auténtico.

Durante su exilio, Ana María de Neuburgo conservó la afición a las fiestas suntuosas que diera en Madrid... Se había llevado consigo a un grupo de músicos a quienes encomendaba la interpretación de sus composiciones personales.

En cuanto al Almirante de Castilla, poseía un talento indiscutible para la pintura, la escultura y la música. Por último, hablaba y escribía varias lenguas y le agradaba rodearse

de sabios y de astrónomos (1).

Además, si es cierto que Juan Gastón de Médicis se encargó de la educación de Saint Germain, cabe recordar este rasgo de carácter del gran duque de Toscana:

«Era muy versado en las ciencias y en el estudio de las lenguas que había cultivado a fondo. Conocía no solamente el toscano y la lengua latina, sino que dominaba perfectamente el inglés, el alemán, el bohemio, el francés, el español y el turco. Era un músico excelente y gustaba de retirarse, para trabajar, en un rincón de los magníficos jardines Boboli, lindantes con el palacio Pitti. Una especie de casino dominaba una terraza desde donde se desplegaba un dilatado horizonte sobre la ciudad y los alrededores de Florencia» (2).

¿Debemos atribuir las cualidades artísticas de Saint Germain a motivaciones de familia y de su preceptor, o bien hay que concederle, sencillamente, ese genio espontáneo de la infancia que, por situarse fuera de todo contexto familiar, no ha cesado de suscitar las más diversas hipótesis?. Ni el ambiente ni la herencia influyeron en Mozart, Bach, Lulli o Beethoven. Copérnico era hijo de un panadero; Kaepler pasó parte de su infancia oyendo las discusiones de los parroquianos de la taberna de su padre, y Newton nació de pobres campesinos.

Si la valentía busca a menudo los humildes, tampoco el talento despierta siempre en medios favorables, y la improvisación, captada durante la infancia, no abre todas las puertas. En cambio, muchos hombres han tenido herederos mediocres: Alejandro, Cicerón, Carlomagno, Enrique IV, Pedro el Grande y Goethe, principalmente.

Ahora bien, existe una teoría, la de la memoria de los siglos, que aún hoy provoca violentas polémicas. ¿No sería la de Shakespeare, cuyo genio y su inmensa obra plantean todavía numerosos interrogantes?

Es el caso de Roger Bacon, el doctor admirable, que se sitúa propiamente fuera de su tiempo. No se puede imaginar, en efecto, que aquel monje fabuloso hubiese podido escribir tantas obras y elaborar tantos proyectos sin poseer la memoria de los siglos.

(1): H. Reynald.

(2): Vita de Gio Gastone, 1886.

A sus proyectos de carros armados y de aviones, añadió los de máquinas «Que permitirían pasearse por el fondo de los mares y de los ríos, sin ningún peligro para las vidas...». «Pueden hacerse muchas otras cosas, como puentes sin pilares», escribía también.

El siglo XVIII era sin duda rico en historia y en tradición, pero, ¿Acaso Bacon no descubrió en el transcurso de otras vidas las investigaciones efectuadas durante los siglos precedentes?, ¿No acumuló igualmente las huellas de esas egregios eternamente vivos?. En la Edad Media, la información era lenta, y las exploraciones, aventuradas y limitadas. ¿Cabe creer que un visionario haya podido, en una sola existencia, elaborar un sinfín de proyectos, y rechazar la idea de que sea heredero de vidas sucesivas?

La memoria de los siglos no es solamente la de los pueblos conocidos; es, igualmente, la de las civilizaciones anteriores, que tan sólo sospechamos; teoría que arroja cierta luz sobre la siguiente anécdota contada por De Grimm:

«Un día en que entré con el conde de Saint Germain en una iglesia de París, me pareció extrañado por una imagen de Cristo».

— «Estoy muy impresionado —me dijo— por el parecido de ese Cristo con el original que conocí perfectamente».

— «No estaréis hablando en serio».

— « ¡Claro que sí! — replicó Saint Germain — ¡Muy en serio!»

La palabra «original» puede prestarse a confusión. ¿Saint Germain hacía alusión a la escultura que sirvió de modelo a la que estaba admirando, o bien; con una falta de respeto evidente, hablaba del propio Cristo?-

¿Por qué no?

«En su extrema vejez —escribe J. L. Bernard—, Saint Germain fue atormentado por su propio enigma. El peso de los siglos le abrumaba, pues en el plano espiritual la inmortalidad no es ningún privilegio. El alma humana, surgida de lo absoluto, se impregna de una esencia inmortal, pero la inmortalidad terrena, adquirida por muy escasos y solitarios seres, es condicionada por la continuidad de la memoria».

Ahora bien, la memoria de Saint Germain no es un fenómeno excepcional y puede compararse con la de algunos seres privilegiados.

Pitágoras pretendía haber sido sucesivamente Hermitano, Euforbo y un argonauta. Recordaba haber vivido durante la guerra de Troya, y a sus discípulos que un día le preguntaron: « ¿Qué hacíais, Maestro, en aquella época?»; les contestó: «Mientras vosotros erais poderosos y los hombres temblaban ante vuestra autoridad, yo era gallo».

Acusado por sus contemporáneos de conocer los secretos demoníacos y de practicar la magia; Empédocles, filósofo y médico de Agrigarte, afirmaba acordarse de sus vidas precedentes durante las cuales había sido alternativamente chica y chico.

Juliano el Apóstata, por su parte, pretendía haber sido Alejandro de Macedonia en el transcurso de una de sus vidas anteriores, y Lamartine narró cómo sigue su visita a los Santos Lugares en su *Voyage en Orient*:

«No tenía en Judea, ni Biblia ni guía de viaje a mano, nadie que me diera el nombre de los lugares y el nombre antiguo de valles y montañas. Sin embargo, reconocí en seguida el valle de Terebinto y el campo de batalla de Saúl. Cuando fuimos al convento, los Padres me confirmaron la exactitud de mis previsiones. Mis compañeros no podían creerlo. Asimismo, en Séfora, señalé con el dedo y llamé por su nombre una colina coronada por un castillo en ruinas como lugar probable del nacimiento de la Virgen. Al día siguiente, al pie de una árida montaña, reconocí la tumba de los Macabeos, y acerté sin saberlo. Exceptuando los valles del Líbano, nunca hallé en Judea un lugar o una cosa que no fuese para mí como un recuerdo. ¿Habremos vivido, pues; dos veces o mil veces?, ¿No será nuestra memoria sino una imagen empañada que el soplo de Dios reaviva?».

Son numerosos todos aquellos que en lugar de la simple impresión de lo «ya vivido» oyen los ecos del pasado y se acuerdan de los menores detalles de sus existencias sucesivas. Joseph Méry las profundizaba con tan sinceridad que llegaba a dar la impresión de su certeza: «Amigo de Horacio y de Virgilio, he conocido, afirmaba, a Augusto y a Germánico, combatido en la Galia y en Germania. En aquella época —añadía—, me llamaba Minius», y, efectivamente, cuando visitó la Biblioteca Vaticana, dos novicios le hablaron en latín. Pudo responderles, sin haberla aprendido nunca, en la misma lengua.

Ponson du Terrail, no obstante ser adversario reconocido del espiritismo, afirmaba, en el *Journal de la Presse* del 20 de setiembre de 1868, haber vivido bajo Enrique IV.

El general Patton creía en su reencarnación, ese traslado del espíritu a otra

envoltura humana. Afirmó repetidas veces haber combatido en las filas de las legiones de César y luchado contra los hunos. Admitido en la Orden de la Caballería, decía haber participado en las Cruzadas para liberar los Santos Lugares. En el curso de la Primera Guerra Mundial, cuando se encontraba en Langres con su regimiento, un oficial francés le propuso visitar la ciudad romana. Aunque nunca la hubiese visto, Patton contestó:

«No merece la pena, la conozco muy bien».

...Y dio efectivamente, sin cometer el menor error, un sinfín de explicaciones sobre la disposición de las ruinas (1).

En cuanto a Pierre Mac Orlan, es muy explícito: «Soy incapaz de hablar de lo que no conozco. Sólo cuento lo que he vivido. Afortunadamente, he vivido varias vidas anteriores. Esto me ha permitido conocer a aquel «chivato» de Villon o bien a Miss Fanny Hil en Londres en 1760» (2).

...Lo más verdadero que lo Verdadero: Comprender lo Incomprensible.

J. COCTEAU

Esos casos propios de Occidente son sin duda excepcionales. Lo son mucho menos en Oriente, donde las concepciones religiosas son hasta tal punto, diferentes; que reconocen la necesidad de las reencarnaciones sucesivas.

El budismo dicho por las tradiciones orales o secretas, es muy diferente del que es divulgado. Los Maestros tibetanos enseñan que un «Damngag» —cuerpo de doctrina tradicional— ha sido comunicado en el curso de los siglos. Según esta tradición, todo se mueve continuamente, y la sucesión de los acontecimientos que constituyen los fenómenos se desarrolla a una velocidad vertiginosa.

El tiempo presente pertenece ya al pasado, y nadie puede discernir la profusión de acontecimientos momentáneos y coexistentes que son la causa de todo cuanto percibimos.

(1): Before ihe colors Fade, por Fred Ayer, y Nouvelles preuves de survie. Por H Bouvier, Éditions Astra.

(2): Fierre Me Orlan, Combat del jueves 8 de mayo de 1969.

Este torbellino es infinito, incluso para el átomo, que es un mundo semejante al nuestro. Un árbol, una piedra o un animal están compuestos de partículas infinitesimales en perpetuo movimiento, y la constitución de un objeto no es el mismo durante dos fracciones de segundo sucesivas.

Un gesto clásico en los adeptos de esta teoría es hacer castañetas con los dedos. A cada castañeta, la composición de su conglomerado físico varía, pues ciertos elementos se han escapado de ella y otros han entrado. Desde hace mucho tiempo, la ciencia ha descubierto esos hechos, pero los tibetanos los afirmaban mucho antes de las técnicas modernas.

Un ser humano se asemeja a una asamblea compuesta de una cantidad de miembros que no cesan de discutir. Recién llegados toman sitio en ella. Algunos miembros desmejoran; otros, de débiles y temidos se tornan violentos. Estos miembros, que son nuestros instintos, nuestras creencias y nuestras ideas, son los descendientes de causas y de fenómenos que se remontan a la Eternidad.

«Imaginad — dicen en el Tíbet — un número infinito de hogueras. De cada hoguera brotan chispas: diferente es su tamaño, diferente su trayectoria en el espacio. Algunas reavivan brasas a punto de apagarse, otras se unen a hogueras ya ardientes y las transforman en incendios. Así ocurre con nuestras palabras, nuestros pensamientos, nuestros actos y nuestros ejemplos. Lo queramos o no, recibimos las chispas surgidas de otras hogueras vivientes».

El vocablo «Kunji», que significa la «base de todo», es traducción del término sánscrito *Alálay-vijnána*, que quiere decir: «Almacén de la consciencia». ¿Qué es ese almacén?: Es la resultante de los innumerables momentos de consciencia, de las ideas, y de las representaciones mentales que se han producido sin haber sido percibidas. Este almacén constituye el germen de todos los momentos de consciencia, y las energías salen de él para luego regresar. Esta ronda, el Korwa, gira por efecto de los pensamientos, y el mundo es memoria en el sentido de vuelta a empezar.

El olvido es una merced de Dios. Es la eterna juventud con el candor que ésta trae consigo.

A esta teoría relativa a la memoria de los siglos se añade la de las vidas sucesivas.

¿Cabe imaginar, en efecto, que una sola existencia baste al hombre para elevarse hasta Dios? (1). La Iglesia niega esa doctrina, pero no siempre ocurrió así. Conforme a la palabra de Cristo, los primeros Padres de la Iglesia la aceptaban de buena gana, y Hermas, discípulo de san Pablo, simbolizaba incluso la ley de las reencarnaciones sucesivas en forma de piedras blancas cuadradas y talladas (2).

« ¿Por qué esas piedras han sido sacadas de un lugar hondo y empleadas luego en la estructura de esa Torre, puesto que estaban ya animadas por el espíritu? - Era necesario, me dijo el Señor, que antes de ser admitidas en el edificio fuesen elevadas por medio del agua. Sólo podían entrar en el reino de Dios despojándose de la imperfección de su primera vida».

Por «piedras animadas por el espíritu» debe entenderse la materia que encierra el alma y que vive en las profundidades de la sima basta que sean pulidas y empleadas en la estructura de la torre espiritual que la elevará hacia horizontes desconocidos. El agua, para los judíos de La Cábala, representaba el elemento o materia prima cósmica. Por último, para Hermas, «Despojarse de la imperfección de su primera vida» quería decir: «Reencarnándose para librarse de su impureza».

Orígenes, a quien san Jerónimo tenía por el Mayor Maestro después de los Apóstoles, desarrolló en su libro *De los Principios*, la idea de la supervivencia de las almas, y en su *Histoire de l'Église*, el abate Berault-Bearcastel expone su opinión sobre las teorías de aquél:

«Según este doctor de la Iglesia, la desigualdad de las criaturas humanas sólo es consecuencia de sus propios méritos, porque todas las almas han sido creadas simples, libres, ingenuas e inocentes por su ignorancia misma; y todas, también por ello, absolutamente iguales. El mayor número cayó en el pecado; pero por grave que sea la caída no entraña jamás el retorno del espíritu culpable al estado de bruto; le obliga solamente a volver a empezar nuevas existencias, sea en este mundo, sea en otros mundos; hasta que, cansado de sufrir, se someta a la ley del progreso y se perfeccione».

(1): *Le Chevalier errant*, 1922. Élise de Beauvais.

(2): *Libro del pastor*, III, XVI, 3 a 5.

La teoría de Orígenes fue condenada por el Concilio de Calcedonia y por el V Concilio de Constantinopla:

«Si alguien dice o piensa que las almas de los hombres preexisten, que han cobrado saciedad de la contemplación divina, que el amor de Dios se ha enfriado en ellas y que han sido enviadas a otros cuerpos como castigo, anatemizado sea».

Ah oí a bien, según Elise de Beauvais, se ha condenado menos la teoría de Orígenes que su forma. Si hubiese sido admitido que almas volvían a la tierra, no por cansancio, sino porque querían adquirir nuevas virtudes; el anatema no habría sido lanzado.

Las existencias sucesivas de Saint Germain, ¿Pueden ser explicadas por la egrégora, esa supervivencia del pensamiento común a una civilización, a un pueblo o a una tradición y cuyos iniciados pretenden que puede ser fijado en un hombre cuando ha sido escogido para convertirse en el representante directo del pasado?.

El genio no sería la consecuencia de una simple predestinación; surgiría de una sucesión de reencarnaciones y correspondería a una acumulación realizada en el transcurso de numerosas existencias.

Los racionalistas y los cartesianos sólo admiten las demostraciones del razonamiento. Las tradiciones antiguas; en cambio, no consideran imposible la Inmortalidad. En efecto, la existencia de personas que han alcanzado un estado espiritual muy elevado y vivido varios siglos no es ningún hecho nuevo.

El Antiguo Testamento cita a Enoch, Melquisedec y Elías, que preside la Gran Obra Hermética y encarna la naturaleza del Fuego Filosófico. Después, residiría en la «Ciudadela sagrada» que, según la tradición hindú, es la morada de los Inmortales, esos seres dotados de una longevidad excepcional y cuya vida continúa mientras dura un Cielo, uno de los instantes del mundo en relación con la Eternidad (1).

Según el Nuevo Testamento, San Juan Evangelista debe vivir hasta que venga el Cristo glorioso, y Chacornac añade.

(1): Para Rene Guénon. Enoch (Sevidna Isis) y Elías (Seyidna Dhul Kefe, ambos subidos al cielo; no pasaron por la muerte corporal. Está dicho que deben manifestarse de nuevo (Apocalipsis, XI); y la tradición islámica los sitúa a ambos en la esfera solar.

«A estos ejemplos de todos conocidos, hay que añadir los que nos proponen las tradiciones orientales con los “Inmortales” del taoísmo y esos yoguis del Himalaya, viejos de varios cientos de años y; sin embargo, esplendorosos de juventud, de los cuales muchos viajeros europeos han oído hablar en las Indias... ».

Por su parte, la tradición islámica reconoce a varios personajes una longevidad singular. El Imán oculto de los chiítas, desaparecido el siglo IX en el mundo subterráneo de Samarra de Irak, debe retornar antes de que finalice el ciclo para agrupar a los pueblos que han permanecido fieles a la tradición y combatir al Anticristo.

Según Henri Massé, la comunidad chiíta, que espera su retorno; sigue considerándose dirigida por el Imán invisible al cual todos deben jurar fidelidad. «En 1910 — puntualiza —, el Parlamento persa inició sus trabajos en presencia del Imán oculto».

El Khidr, «el Maestro de los Solitarios», misterioso compañero de Moisés, sigue siendo tenido por viviente. Renovaría su juventud todos los ciento veinte años y recorrería el mundo practicando la alquimia. Ciertas leyendas de Occidente coinciden con las de Oriente. Los héroes de la leyenda del Grial, Arturús y Merlín, estarían momentáneamente dormidos y despertarán para combatir al Anticristo cuando éste querrá apoderarse del «Saint Vessel» (1).

Carlomagno no habría muerto. «En el Wurdenberg, su corona de oro en la cabeza, su cetro en la mano, su luenga barba cubriéndole el pecho, tiene en torno suyo a sus principales señores, y allí espera no se sabe qué... La tradición dice que es el secreto de Dios».

El emperador Federico Barbarroja permanecería, desde hace bastantes siglos, con su Corte, bajo la montaña de Kísfhauser y debe vivir hasta el Juicio Final. «Algún tiempo antes del día fatal reaparecerá, y el Árbol Seco del Imperio florecerá de nuevo» (2).

Pero el caso de inmortalidad más extraordinario es el de Nicolás Flamel (3). El siglo XIX, en Brusa, Turquía, Paul Lucas evocó con un derviche la memoria del célebre alquimista.

(1): V. E. Michelet, *Le secret de la Chevalerie*.

(2): W. Thomas y J. Evola.

(3): Nicolás Flamel, nacido en Pontoise entre 1330 y 1345, “muerto” el 22 de marzo de 1418. Su lápida sepulcral se halla actualmente en el musco de Cluny.

«Le dije que, a pesar de su piedra filosofal; estaba bien muerto. El derviche se echó a reír. No, me replicó, se equivoca usted. Flamel y su mujer no saben todavía qué es la muerte. No hace tres años los dejé a ambos en las Indias y él es uno de mis amigos más fieles».

Las tradiciones; por ser distantes unas de otras, prueban ciertamente que la longevidad puede rebasar los límites normales de la vida.

El artículo 26 del reglamento de los Rosa Cruz de Oro es, por lo demás, formal: «Rejuvenecerá por medio de la piedra y repetirá esta práctica a cada cambio de domicilio».

«La búsqueda del secreto de la inmortalidad ha sido tan apasionadamente proseguida en China como la de la piedra filosofal en Occidente — escribe Madame David Neel —. Hay quien pretende, por lo demás, que lo que era esotéricamente designado en nuestros países como la transmutación de los metales viles en oro, significaba para los iniciados, el arte de hacerse inmortales, y los antiguos taoístas chinos se jactaban abiertamente de poseer ese secreto» (1).

A principios de siglo un autor afirmó haber encontrado en las Indias una clase de hombres extraños que, en señal de reconocimiento, empuñaban una larga cuerna de antílope. «Nadie — escribe aquél —, conoce sus nombres; y nadie piensa en preguntárselos porque todo el mundo sabe muy bien que están liberados de los límites externos del nombre y de la forma, estos dos elementos constitutivos de la individualidad vulgar. El tipo que les es común se halla en las esculturas de los más antiguos monumentos de la India y, cosa más curiosa aún, hemos reconocido ese mismo tipo en Europa, en agentes importantes de un poder oculto».

Estas teorías explicarían por qué Saint Germain pudo ser varios personajes sucesivos, con todo; y conservar el mismo rostro. Su caso tiene que ver, por lo demás, con las doctrinas tibetanas, según las cuales; los *tulkus*, que son la reencarnación de otros seres, cambian periódicamente su cuerpo gastado por una envoltura, como quien tira un traje viejo y se pone otro nuevo. Ocurre así que, un mismo difunto se multiplica *post mortem* en varios *tulkus* que existen simultáneamente.

(1): En el país de los bandidos gentilhombres.

El Tachi-Lama es no tan sólo el *tulku* de Eupagmed, sino también el de Subhu ti, discípulo del Buda histórico. El Dalai Lama es la reencarnación de Chenrezigs y la de Gedundup, discípulo y sucesor del reformador Tsong-Khapa. No es raro; por último, que un lama, ya de por sí *tulku*, prediga en el momento de morir la región donde renacerá. A veces, hasta da indicaciones precisas sobre sus futuros padres y la situación de su vivienda.

Cuando es descubierto un niño que responde a las condiciones indicadas, un lama se encarga de someterlo a la prueba siguiente: cierto número de objetos pertenecientes al difunto se mezclan con otros, absolutamente semejantes; y el niño debe designar los primeros. Demuestra así que reconoce las cosas que fueron suyas durante su existencia anterior.

Pero los tibetanos afirman que únicamente los hombres ilustrados pueden convertirse en *tulkus*.

«Quien no ha practicado ningún adiestramiento mental, está condenado a vagar en cualquier parte y finalmente se vuelve loco... Al contrario, el hombre ilustrado es un viajero que sabe dónde debe ir y que conoce la meta de su periplo. Su espíritu permanece ciego y sordo a las tentaciones que surgen en su camino y nada le apartará de su vía. Ese hombre encauza las fuerzas engendradas por la concentración en un cuerpo cuyo creador es él»

«Existe un estado de equilibrio — escribe R. Enmanuel —, más para alcanzarlo hay que elevarse por encima del punto de suspensión, es decir; por encima de la manifestación. Es la postura del iniciado allí donde ya no existe dualidad, allí donde los contrarios se funden en la Armonía. Los raros humanos que han alcanzado ese punto ya no conocen la muerte. Han divinizado su cuerpo».

Entre esos seres de síntesis con inteligencia sorprendente, hay que citar a Aristóteles: «Quiero dar a conocer el mayor de los secretos —dijo a Alejandro—, pues no solamente procuraría el bienestar de la República y de los particulares, sino que prolongaría también la vida. La operación que purgaría a los metales más viles de las partes corrompidas que contienen para que se tornen plata u oro puro, sería susceptible de eliminar las partes corrompidas del cuerpo y prolongaría la vida durante varios siglos».

Por haberse inspirado en las religiones tibetanas e hindúes o en la tradición de los Rosa Cruz, numerosos teósofos están hoy día convencidos de las vidas sucesivas de Saint

Germain.

Otros, más prudentes, se ciñen a una longevidad extrema y explican con la magia su juventud aparente. J. L. Bernard abraza ambas teorías. Piensa que, según el tantrismo, la longevidad corporal puede ser prorrogada durante varios siglos, y que este particularismo supera a la magia negra; pues el uso de plantas, de minerales y de efluvios de sangre animal, no es suficiente para mantener a un monstruo de longevidad (1).

En cambio, los Rosa Cruz declaran simplemente: «El hombre que se acuerda ininterrumpidamente de sus vidas sucesivas, se torna inmortal... Pierde su edad». Para ellos, la reencarnación es un problema natural.

En 1779, el príncipe de Hesse escribió, a propósito de Saint Germain: «Mi amigo contaba ochenta y ocho años». Ahora bien; según Maurice Heim, «Cuando llegó a París, en 1578, debía de tener sesenta y siete años». En cambio, si era hijo de Ana María de Neuburgo y del Almirante de Castilla, en 1758 sólo podía tener sesenta años; pues Saint Germain afirmó a Madame de Genlis que fue llevado a Italia a la edad de siete años.

Ahora bien, tanto si tenía sesenta, como setenta y siete años; todos aquellos que le trataron entonces, afirmaron que aparentaba tener cuarenta o cuarenta y cinco años.

(1): *La magia negra absorbe y agota la vitalidad de otros órganos humanos. En el Tíbet, sólo la secta de los Gorros Rojos se atreve a practicar esas operaciones.*

CUATRO

La magia tiene sus armas secretas.

Simpático, curioso, raro e inquietante, el conde de Saint Germain vio aumentar rápidamente el número de sus adversarios.

En aquella época, el espíritu crítico era una segunda naturaleza, y el turbulento siglo XVIII no podía desentenderse de él.

Tres clanes formaron la oposición. En primer lugar, los amigos de la reina, que podían meterse con un amigo de la Pompadour sin ser acusados de tomar posición contra la favorita; luego los cortesanos y los hombres políticos, para quienes los sentimientos del rey por Saint Germain podían poner en peligro sus costumbres, sus planes y sus ambiciones, y, por último, los grandes burgueses, envidiosos de la nobleza, hicieron el resto.

La cábala fue montada rápidamente y el complot destinado a perjudicar el prestigio de Saint Germain llevado a cabo de mano maestra.

Como arma, sus enemigos eligieron la sátira.

En aquel entonces, un tal conde de Albaret contaba en su compañía de cómicos con un hombre curioso: Gauve. Aquel ex comerciante en forrajes era de padre francés y de madre inglesa y, por tal motivo, algunos años antes había sido encargado de hacer espionaje en el ejército británico por cuenta de Francia.

Era también un asiduo del Palais-Royal y todo el mundo le conocía en el muelle de Grands-Augustins, donde las chalanas descargaban los vinos de Máconnais y la volatería del Yonne. Tanto en el mercado de la Vallée como en las posadas vecinas se reían a carcajadas de los relatos de sus aventuras más o menos auténticas. En «Chez Laurent» o en el «Procopé», nuevos cafés de moda, le llamaban Milord Gower, por lo mucho que divertía a sus conocidos contando la manera como había embaucado a los ingleses.

Milord Gower no habría, a buen seguro, utilizado nunca sus talentos sino para hacerse convidar, si uno de sus oyentes no hubiera quedado impresionado por su parecido con el conde de Saint Germain. El negocio fue concluido pronto. Quienes habían decidido

lanzar a través de París una caricatura del taumaturgo compraron la discreción del farandulero, le vistieron con elegancia, le enseñaron su papel, y de la noche a la mañana, o casi, le abrieron las puertas de numerosos salones.

Todos aquellos que se hubieran creído obligados a pagar sumas considerables por recibir en sus casas al amigo y confidente del rey, acogieron al sosia de éste con los brazos abiertos, persuadidos de conocer por fin al personaje más fabuloso de la Historia. En cuanto a Milord Gower, tomándolo en serio y literalmente conquistado por su papel, remontaba los siglos con deleite. Hablaba de Jesucristo con familiaridad y no dudaba en contar los detalles de su amistad: «Era el mejor hombre del mundo. «¡Mas, ay, que era demasiado romántico y repetidas veces le predije que acabaría mal!»

Milord Gower llegaba hasta a afirmar que no había dudado en hacerle un postrer favor interviniendo cerca de la mujer de Poncio Pilato. Añadía igualmente que había visto a menudo a la Virgen María, a santa Isabel y hasta a santa Ana, su anciana madre. «Sin mí —decía— no habría sido canonizada nunca. Afortunadamente, me encontraba en el Concilio de Nicea, y tanto insistí con ciertos obispos amigos míos para convencerlos de que era una santa mujer, que finalmente le expidieron su diploma».

La credulidad y la ingenuidad del burgués gentilhomme aún no se habían disipado y Milord Gower obtuvo un éxito considerable.

Pese a su extravagancia, el camelo duró bastante tiempo. Exactamente hasta el día en que Saint Germain, finalmente puesto sobre aviso por unos amigos, comprendió que Milord Gower le perjudicaba. Su reacción fue inmediata.

Ahora bien, ¿de qué medios disponía para reducir el personaje al silencio y hacerlo desaparecer?

Hubiera podido quejarse al fiscal del rey, pero ello no habría dejado de suscitar un proceso desagradable. Las confrontaciones, los informes de la policía, así como los alegatos, pronto habrían rebasado los límites del tribunal para suscitar numerosas polémicas y llegar finalmente a la Corte. Saint- Germain no podía permitírselo.

En el siglo XVIII, nadie estaba al abrigo de una estocada o de un pistoletazo, y Saint Germain contaba con suficientes amigos capaces de encomendar a un espadachín que eliminara a Milord Gower. Pero en caso de arresto, el interrogatorio al cual el ejecutor de

aquellas bajas acciones hubiera sido sometido no habría dejado de acarrear confesiones inmediatas, y Saint Germain, amenazado ya por los mismos que habían creado su doble, no hubiera podido salir de apuros fácilmente.

¿Cartas de amenazas o simplemente de advertencia? Habrían demostrado la ventaja tomada por sus enemigos, y su difusión, tanto en París como en Versalles, podían ser desastrosas.

Contaba, en cambio, con armas más discretas: el hechizo o la hipnosis adecuada para protegerle de las acusaciones de sus adversarios y anular cualquier pesquisa policíaca.

Los taumaturgos utilizan varios métodos de hechizo, pero estos sortilegios pertenecen a la magia negra, y Madarne de Genlis es formal: «Daba pruebas de los mejores principios, escribe en sus Memorias, y cumplía puntualmente todos los deberes exteriores de la religión».

Saint Germain, que practicó numerosísimas operaciones de magia, nunca se entregó a las prácticas de la brujería, contraria a sus creencias. Además, la demonomanía es proscrita en la tradición de los Rosa Cruz. Le quedaba el hipnotismo.

Esta fuerza fluídica, origen de toda cosa, es el Od de los hebreos, el Aur de los cabalistas, el Mercurio universal de la alquimia, la Luz astral de los magos, el Éter de los físicos. Una de las modalidades de esta fuerza única es inherente al organismo humano, así como a la materia. Puede, en ciertos casos, provocar fenómenos inexplicables (1).

Normalmente, Saint Germain hubiese podido, a distancia, sugerir a Milord Gower que renunciase a sus imitaciones, pero en tal caso habría necesitado mantenerlo constantemente en su poder, y la operación no habría dejado de ser difícil.

Tras haber examinado todas las operaciones de alta magia a las cuales el taumaturgo pudo haberse entregado con vistas a neutralizar a Milord Gower, hasta el punto de aterrorizarlo, y quizá también de hacerle perder el juicio, sólo una parece posible: la proyección en lo astral.

Este desdoblamiento psíquico, cuya práctica se remonta a la más alta antigüedad, todavía es practicada hoy día por ciertos adeptos tibetanos de alto grado, pero resulta tan

(1): Jules Regnault, *Sorcellerie, ses rapports avec les Sciences biologiques*.

peligroso que sólo puede realizarse en presencia de un Maestro, y, en todo caso, de uno o dos ayudantes.

Si bien permite transportar el doble propio a cualquier lugar y a cualquier distancia, puede ser fatal; en la medida que las larvas más fuertes que la operación se vuelven contra uno mismo... La no recuperación del cuerpo astral puede igualmente provocar la locura o la muerte de quien se halla en proyección.

Según las teorías espirituales, **el hombre está constituido por un cuerpo físico y un cuerpo astral, a los cuales conviene agregar el alma, por ser el prana, el lazo vital que une ambos elementos del individuo. Circula a través de los centros de fuerzas llamadas Nadis, las tres principales de las cuales se llaman: Sushumma, Ida y Píngala. Sushumma se encuentra en el interior de la médula espinal, y las otras dos serpentean en torno de ella, estando situado el punto de partida de Ida a la izquierda del cuerpo y el de Píngala a la derecha.**

Estos tres elementos constituyen el centro primordial de las fuerzas llamado Kundalini, o también, Fuego Serpiente (1) que se sitúa a la altura de la última vértebra lumbar. Este chakra (2) principal comunica, por setenta y dos mil ramificaciones, con los diversos chakras del cuerpo, situados al nivel del bazo, el ombligo, el corazón, la laringe, la frente y el cráneo.

En el Tíbet, únicamente ciertos grandes iniciados pueden despertar progresivamente sus centros de fuerza. Hacen remontar progresivamente su Kundalini a lo largo de su columna vertebral hasta la liberación total. Pero esto es tan sólo una de las manifestaciones en el hombre de la Gran Tradición esotérica. La proyección en lo astral exige la observancia de reglas mucho más peligrosas.

(1): Asimismo, el caduceo de Mercurio representa efectivamente una vara y dos serpientes enroscadas. En 1962, J. D. Watson y F. Crick, ambos biólogos, obtenían el premio Nobel de Medicina por haber descubierto en 1953, la estructura del ADN; el ácido que constituye el secreto de la reproducción de la vida. Con una forma esquemática, una molécula de ADN se asemeja a una doble hélice en la cual la adenina es reunida a la timina, y la guanina a la citonina, por un átomo de hidrógeno.

(2): Vocablo sánscrito que significa "rueda".

Tras siete días de ayuno y de abstinencia, que deben desembarazar su cuerpo de toda impureza, el operador debe cercar su lecho con algodón blanco trenzado antes de penetrar en el interior del espacio así trazado. Una vez fijados al pie de su lecho dos pentáculos consagrados al sol, y encendido incienso oriental en una copela de barro, tiene que delimitar, con la punta de su espada, siguiendo el círculo de algodón, la muralla encargada de vedar a las larvas (1) el acceso de esta superficie.

Luego de invocar a Mitraton, el ángel propicio a las evasiones, escribirá en un pergamino hecho con la piel de un chivo virgen el objeto de la operación, pergamino que será grabado mediante un punzón de oro mojado en sangre de golondrina. Tras haberse desvestido, el adepto se tenderá en el lecho, con la cabeza hacia el Norte. A partir de este instante, deberá esforzarse en alcanzar el relajamiento más absoluto. Cuando sienta disminuir su respiración, entumecerse su cuerpo y sus miembros, sólo guardará presente en la mente el objeto mismo de la operación. Su ayudante tomará entonces un espejo para comprobar, acercándolo a sus labios y sus narices, el cese progresivo de su respiración. Cuando éste sea absoluto, juntará las manos del operador sobre la guarnición de su espada, y pondrá una de las suyas encima, agarrándose con la otra a un mueble o a la cama. Tras un rato más o menos largo, verá los ojos del operador, hasta entonces completamente abiertos, perderse en el infinito, y sus labios exangües se tornarán cadavéricos cuando concentre su voluntad al nivel de su tercer ojo y de su glándula pineal (2).

Esta fuerza, tensa como un arco que desempeña el papel de imán, atraerá a todas las de los plexos hacia la del ombligo, hasta que surja un resplandor en el costado derecho de su cuerpo. Apenas perceptible, como los que emiten las luciérnagas, se volverá cada vez más vivo y tornará una consistencia irreal a medida que se separe de la envoltura física del mago. La exteriorización, efectuada únicamente por la potencia de la voluntad, presenta entonces a dos seres: uno inmóvil tendido en su lecho, con la mirada velada; otro, el mediador, en salida sideral, de pie a su lado.

(1): Larvas: vestigios vitales de los niños muertos al nacer o de los suicidas guiados por deseos insatisfechos.

(2): El tercer ojo está situado entre los dos ojos, en la base de la frente.

Esta operación excepcional de alta magia sólo es realizable a costa de enormes sufrimientos. Todos quienes la han practicado han sentido, en efecto, la impresión de que les arrancaban la piel cuando su doble abandonaba su cuerpo. Es una de las obras trascendentales de la teúrgia (1).

Aterrado al ver el fantasma de Saint Germain, Milord Gower tuvo que abandonar París, o, al menos, el barrio del Palais-Royal, pues nadie explicó nunca su súbita desaparición.

Por lo demás, J. L. Bernard confirma la hipótesis de esa proyección en lo astral: «Cuando el conde se sume en el estado cataléptico — escribe —, reviste las apariencias de la muerte y pretende, al despertar, haber transferido su consciencia hacia otras esferas de existencia; cautiva e interesa... Demuestra que es un iniciado».

¿Cautivar e interesar, a quién?

¿Al rey y a la Pompadour? Sin duda. Pero también a Monsieur de la Pouplinière, a Madame de Urlé y al conde de Wedel-Fries, embajador de Alemania y gran amigo del recaudador general, así como a todos aquellos y aquellas a quienes sus talentos distraían.

¡Pero hete aquí a un personaje brillante y rico a quien cada cual atribuye un sinfín de orígenes, que pasa por poseer todos los poderes, al cual el rey concede su amistad, y nadie le conoce la menor aventura femenina en este siglo XVIII que, sin embargo, autorizaba las costumbres más libres!. Imposible.

Es evidente que, si el régimen al que Saint Germain se sometía le conservaba un equilibrio físico e intelectual absoluto; su modo de vida no era demasiado adecuado para guiar a las mujeres hasta su alcoba y abrirles horizontes perversos. Sin embargo, el silencio que todavía reina sobre su vida íntima proviene seguramente de la discreción con que él quiso rodearla.

(1): El desdoblamiento espiritual es aún más complejo y pertenece a la iniciación egipcia. El candidato estaba acostado en un féretro de piedra en cuyo fondo había una cruz. Drogado, caía en un estado de muerte aparente que duraba tres días. Durante este tiempo, conducido por su Maestro, recorría los diversos planos del mundo espiritual. Sus visiones eran comentadas por el hierofante. Terminado el período de tres días, recobraba la posesión de su cuerpo físico. Esta manera de proceder le permitía comprobar la veracidad de las enseñanzas que había recibido.

No se puede, en efecto, explicar al taumaturgo sin tener en cuenta ciertas teorías de los Grandes Iniciados.

Esos seres excepcionales deben, electivamente; hallar su equilibrio sexual antes del período de abstinencia que precede a una opinión de magia, pues cualquier inhibición puede crear un estado psíquico desfavorable a la pureza de las operaciones.

En un plano mucho más general, si el artículo 43 del reglamento de los Rosa Cruz prohíbe a los Hermanos el casarse, no les priva en absoluto de las relaciones sexuales propias para mantener una armonía física necesaria a sus actividades.

En sí, el acto carnal puede ser considerado como simple. En cambio, para esos iniciados las relaciones sexuales suponen una cierta revelación.

El hombre conoce tres períodos distintos: El de la infancia y su irradiación; que dura hasta el extremo límite de la adolescencia; el de la edad adulta, considerado como una fase de consumo y que se extiende hasta el final de la edad madura; por último, el tercero; período de reducción, que desaparece con la muerte del organismo viviente.

El niño absorbe más fluido del que consume y, a través de él, irradia un exceso de vitalidad. La igualdad creada por la madurez se rompe al principio de la vejez. Cuando el gasto vital supera la adquisición de fuerzas, se presenta la muerte.

Las fuerzas internas de un ser no evolucionan como sus fuerzas físicas. Su potencia permanece acumulada y en tensión en diversos puntos del cuerpo: en el vientre, en torno del corazón y junto a la columna vertebral.

El barón de Gleichen insinúa en sus Memorias que el conde de Saint Germain preconizaba la doctrina de Lucrecio, que es la negación de la divinidad y el goce de los placeres sensuales (1), pero parece ser, por el contrario, que, lejos de ser un Don Juan, él no hizo sino observar las leyes del tantrismo.

«En el extraño equilibrio vital que le caracteriza — escribe J. L. Bernard —, la mujer parece ser un factor determinante. Le acompaña hasta la gran crisis, que preludia su muerte supuesta. Le es psíquicamente indispensable.

(1): Lucrecio invocaba así al amor: “Madre de los hijos de Eneas, encanto de los hombres y de los dioses, benéfica Venus. Tú, que bajo los signos del Zodíaco conduces el mar y la tierra, por Ti todos los hombres han sido engendrados y han recibido al nacer las luces del sol”.

Se valía del catalizador femenino con vistas a extraer ciertas energías vitales del medio humano».

El tantrismo, según Serge Hutin, constituye la vía liberadora especial que se ha desarrollado en el seno de las diversas tradiciones espirituales.

El tantrismo no es típicamente oriental, es decir, tibetano o egipcio, y su símbolo está representado en el frontispicio de una de las obras de K. Swinburn-Crymer (1):

Una mujer tiene una copa en la mano derecha y un pedazo de pan en la izquierda. Cada uno de sus senos lleva una rosa blanca; de un codo a otro, se despliega un ropaje que pasa por detrás de ella. El brazo ascendiente reúne en una vía simbólica el fuego que está representado en el lugar del sexo y el 3er. ojo, el de la iluminación; que se halla inscrito en la frente de la mujer.

El polo positivo del hombre, base de toda energía, no puede manifestarse sin la aportación del elemento femenino correspondiente al polo negativo. Según la tradición, el tantrismo permite ir más allá de las posibilidades humanas y autoriza la claridad de audiencia, el recuerdo de las vidas pasadas, el desdoblamiento de lo astral y la inmortalidad, facultades de las que disponía el conde de Saint Germain.

Por último, el tantrismo — escribe S. Hutin —

«Será para sus adeptos una reintegración. Hubo una caída original, es decir, aprisionamiento de las almas en el cuerpo y las apariencias físicas. Para llegar a la reintegración, el tántrico (2) utiliza un fuego que no es sino la sexualidad... ¿Qué hace, en efecto, a través de sus relaciones físicas? Hace subir en él lo que llama la kundalini (3), energía adormecida en la parte baja de la espina y a nivel de los órganos sexuales».

Así como para construir un edificio hay que comenzar por sus cimientos, así conviene, para pasar del hombre caído al estado glorioso de Adán antes de la caída, actuar a nivel del sexo. **Si no empieza por estimular su sexualidad, el iniciado tántrico no podrá esperar el despertar de su centro psíquico, situado en medio de su cráneo y que acciona la percepción directa del universo dinámico.**

(1): *The Fraternitas Rosae Crucis. (Quokertown, Pennsylvania, 1929).*

(2): *El adepto tántrico.*

(3) *Femenino del vocablo kundali, que significa enroscado.*

También en la alquimia de laboratorio hay que ensuciarse las manos para preparar la piedra filosofal.

Haciendo subir en él la energía kundalini, el tántrico despertará sucesivamente todos los chakras, que le permitirán obtener un dominio total de su propio cuerpo y del cosmos, en razón del paralelismo existente entre el macrocosmos y el microcosmos.

Una vez revelada, esta energía evolucionará en torno de la columna vertebral como espiral comparable a las anillas de una serpiente, y el tántrico alcanzará finalmente la iluminación total. Raros serán, sin embargo, aquellos que, habiendo alcanzado la perfección, obtengan de las potencias superiores la merced de preparar el elixir de larga vida y alcanzar la inmortalidad.

Las pinturas y estatuas tántricas que representan a una mujer sentada en las rodillas o las caderas de un hombre que la mira a los ojos, no son solamente eróticas. Finalidades oscuras de actos pasionales e instintivos, demuestran que el hombre tiene necesidad de una compañera durante su viaje terreno.

Poseedor, como el alquimista, de todas las claves de la vida, el iniciado tántrico podrá reconquistar los poderes sobrehumanos del Adán glorioso. Podrá, a voluntad, vencer a la enfermedad, la vejez y la muerte...

En el transcurso de sus transportes, el organismo absorbe una gran parte de sus propias secreciones. Así, el cumplimiento del acto carnal (el coito), no provocaría el desgaste de las facultades físicas y psíquicas, sino que, por el contrario, permitiría su renovación.

Excepción hecha de Stéphanie du Crest, la cual evoca una intimidad de varios meses con Saint Germain, y de una hija de Madame de Lambert, que; afirma el barón de Gleichen, estuvo enamorada de él, ninguna otra mujer aparece en la vida del taumaturgo.

Es evidente que un adepto tántrico no puede pensar en relaciones sexuales, sino con un iniciado, pues al observar las reglas de la Naturaleza, la unión de los cuerpos no deja por ello de seguir la larga fila de las tradiciones, y el secreto favorece al sortilegio.

La coyunda (enlace o coito), no se acompaña de ningún filtro, de ningún pentáculo ni de reliquia alguna. Los únicos atractivos son los del cuerpo, y el acto sólo se establece en función de creencias ocultas. No es magia, sino una especie de misticismo angustiante,

nacido para reunir en un erotismo compartido a dos seres que se esfuerzan por observar en el fondo de una alcoba las reglas de su doctrina.

Por lo demás, al conde de Saint Germain no se le conoce ningún descendiente.

Por último, supo protegerse contra las pasiones, que hubieran contrariado sus fines. Sus amantes, se guardó muy bien de quererlas por no transgredir el reglamento de los Rosa- Cruz, que proscriben el matrimonio.

Quizá se conformara con chicas que le vendían su cuerpo a cambio de una bolsa importante o de una joya rara. Tuvo en otros salones que los de citas, asedios que sostener; pero fueron demasiado breves para suscitar habladurías.

¿Qué buscaba, entonces, en el acto carnal?. Además de su equilibrio físico, seguramente el medio de recuperar sus propias fuerzas, pero, en cualquier caso, no se abandonó nunca hasta el punto de mancillar la lógica de su vida.

Por último; existe un vampirismo sexual absolutamente ajeno al vampirismo tal como generalmente se define. Hoy día, ricos en sangre y en tinta, los vampiros espantaban en el siglo XVII a los campesinos de Lorena y de Prusia, de Rusia y de Bohemia. Para destruir al antepasado que les hostigaba, familias enteras iban al cementerio para desenterrarlo y traspasarle el corazón. Mezclaban luego su sangre bermeja con harina para hacer pan, que frotaban con ajo y se comían a fin de librarse definitivamente de sus amenazas.

Para nutrir por endósmosis su fluido vital y renovarse el cuerpo, algunos seres pueden, al contacto de individuos más jóvenes; recuperar los elementos que necesitan para revivificarse. ¿Cómo explicar este vampirismo sin establecer comparaciones? - Cuando se quema un leño, no se hace sino extraer el sol condensado en él, y, de una manera más general, todo alimento no es sino la absorción de nuevas calorías.

La vida sexual de Saint Germain correspondía, pues, a fines bien precisos: sacar las fuerzas que le faltaban de las reservas vitales de las mujeres; hallar un equilibrio físico propicio a sus experimentos, y, por último, en aquel siglo XVIII por el que atravesó, no asombrar a la gente con una castidad excepcional.

CINCO

«El Poder detiene al Poder».

Montesquieu.

De talla media, más robusto que esbelto, y de una fealdad que podía resultar simpática, el duque de Choiseul desempeñaba, desde diciembre de 1758, las funciones de secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Tras haber sido, como lo confesaba él mismo «un maestrillo sin talento, pero dotado de cierta filosofía», sus éxitos militares le habían merecido la estima de Madame de Pompadour. Mariscal de campo y luego embajador, supo ganarse su confianza informándola de un complot tramado contra ella. Desde entonces, la favorita le recibía con frecuencia en sus habitaciones particulares para testimoniarle su agradecimiento.

Aquellas entrevistas no desagradaban a Choiseul, pues esperaba obtener informaciones sobre la correspondencia privada que la Egeria de Luis XV mantenía con las Cortes de Austria y de Rusia. Ella pronto lo había comprendido y le hacía gracia. En lugar de hablarle de Viena o de San Petersburgo, le hacía preguntas acerca de la princesa Kinski, una amante de la cual él no podía desembarazarse, y de la princesa de Robelq que desde hacía algún tiempo compartía sus noches.

En el plano político, De Choiseul dominaba a Luis XV, pero le respetaba. «Es el más excelente de los hombres —dirá más tarde—, el mejor y más fácil de los señores, pero es despreocupado, indiferente y no tiene apego a nada ni a nadie. Además, trata de los asuntos del Estado como si gobernase otro».

En lo cual De Choiseul se equivocaba, por lo menos en parte.

Su estrella brillaba. Conde de Stainville, al principio de su carrera ganó en el juego cien mil escudos que le habían permitido organizar su casa. Duque de Choiseul, consideraba que su modo de vida debía correr parejas con su carrera y sus títulos.

Amaba con locura su vida privada, y jamás, sin duda, desde Fouquet, ningún ministro había hecho alarde de tanto lujo.

Desde las dos de la tarde, su mesa principal acogía a los cortesanos y extranjeros de

marca que moraban en Versalles. Treinta y cinco cubiertos la guarnecían, y otra, más pequeña, aguardaba a los invitados de última hora. En cambio, mucho más ahorrativo en sus funciones oficiales, puso término a los gastos exagerados de Asuntos Exteriores reduciendo de 58 a 7 millones de libras el presupuesto de su Ministerio.

Abandonada, su mujer se expansionaba con los goces del espíritu. Prefería los músicos, los pintores y los escritores a los financieros y los diplomáticos, con excepción, sin embargo, del barón de Gleichen, por quien sentía afecto, sin duda porque le testimoniaba desde su llegada a París un amor respetuoso.

Saint Germain frecuentaba las veladas literarias de la duquesa de Choiseul y, naturalmente, el ministro de Asuntos Exteriores deseó conocer mejor al personaje que ella recibía. Al principio, no se había extrañado de las andanzas «De un hombre del cual se decía que vivía en Francia como había vivido en Inglaterra y en Alemania, cuya fortuna no provenía del juego y que no había cometido estafas ni malversaciones».

Pero como hombre de estado que temía la calumnia, ordenó que se llevase a cabo una investigación sobre la procedencia de los fondos con que contaba Saint Germain. El lugarteniente de policía, Bertin de Belle-Isle, encargado de aquella misión, no descubrió nada sospechoso. De Choiseul se enfadó, él, que había prometido a sus amigos «Mostrarles algún día de qué cantera extraía Saint Germain su piedra filosofal».

Trató de no dejar traslucir nada de ello, pero aquella falta de pruebas le llenó de amargura, tanto más cuanto que la amistad del rey y de la Pompadour para con Saint Germain comenzaba a importunarlo.

Aquella noche, su hotel particular era digno de la Corte. El duque de Choiseul abarcó con la mirada el aspecto de sus salones. El hombre de los placeres y de los fastos podía estar satisfecho: todo Versalles estaba presente.

— «Decididamente —confesó, acercándose a Madame de Beauvais —, cuanto más tiempo pasa, más me convenzo de que todo viene a mí sin que haya de esforzarme. Y —añadió, inclinándose hacia ella — espero seguir disfrutando de esa dicha».

Ya se formaban las mesas. Iba de una a otra, saludando a sus invitados, a quienes los criados presentaban pichones de pajarera y perdiz al parmesano, *patés* y jamones, vinos del Loira y de Champaña.

Rodeada de amigos íntimos, entre ellos Monsieur de Solar y el barón de Gleichen, la duquesa de Choiseul prestaba atención a sus conversaciones sin probar ningún plato.

— «Pero, ¿qué os pasa, Madame? ¿Acaso no os agrada esta cena?» — Preguntó De Choiseul.

— «Me parece excelente, pero prefiero observar el régimen que Monsieur de Saint Germain me ha prescrito. Por lo demás, mis amigos me han excusado».

Choiseul miró en torno suyo como si buscara a alguien.

— «A propósito, no le veo. Lástima, pues tenía una noticia importante que comunicarle».

— «Monsieur de Saint Germain no ha podido venir, pero me ha rogado que os transmita sus excusas».

— «No tiene importancia, Monsieur de Gleichen está a vuestro lado. Así es que debéis de estar encantada».

— «Sí, tanto más por cuanto seguimos el mismo régimen».

De Choiseul, que se dirigía hacia otra mesa, mudó de parecer:

— «Madame, Monsieur de Glcicheri tiene sin duda derecho a escoger lo que le plazca. Por lo demás, sé que siente una afición particular por los aventureros... ».

— «Por favor» —imploró Madame de Choiseul, viendo que De Gleichen se levantaba.

— «... Pero vuestra salud me es preciosa —prosiguió Choiseul—, y os prohíbo seguir los consejos de un hombre tan equívoco como loco».

— « ¡Monsieur!».

— «Perfectamente. Por lo demás, es extraño que se permita al rey estar a solas con ese Monsieur de Saint Germain, siendo así que Su Majestad nunca sale si no es rodeado de guardias, como si Versalles y París estuviesen poblados de asesinos» (1). El duque de Choiseul había alzado la voz con toda intención, y al reunirse con otros invitados se felicitó de haber estado descortés.

(1): Mémoires del barón de Gleichen. Un año antes, Luis XV había sido apuñalado por Damien.

No ignoraba los sentimientos del barón de Gleichen hacia su mujer, pero tampoco admitía que el rey convidase tan a menudo a las cenas del Trianon a Saint Germain y al mariscal de Belle-Isle, cuando a él lo tenían apartado de aquéllas.

De hecho, detestaba al mariscal de Belle-Isle, «viejo soldado de mente joven y osada», cuya actitud respecto a Inglaterra difería totalmente de su programa político.

El ministro de Asuntos Exteriores deseaba ante todo «vencer a Inglaterra tras haberla combatido, conservar la independencia de Prusia y precaverse de las miras ambiciosas de las Cortes rusa y austríaca» (1).

El ministro de la Guerra, por el contrario, deseaba una paz por separado con Inglaterra, a la que admiraba profundamente por su valor y la fidelidad a su rey. «Tan pronto se ataca a los ingleses — decía — ya no existe facción y su espíritu regula las decisiones de Westminster» (2).

Francia, que a pesar del tratado de Aquisgrán era aliada de Austria desde 1756, había sido arrastrada a la guerra de los Siete Años. «En realidad, aquélla era una nueva guerra de los Cien Años. No se trataba de crear el Imperio inglés o francés, sino, sencillamente, del Imperio mundial conseguido gracias a las victorias en el mar... Para reconstruir su marina, Francia necesitaba paz en el continente. Inglaterra jugaba el juego inverso y buscaba una aliada. Había de hallarse con Prusia» (3).

Inglaterra, que no estaba oficialmente en guerra, había aceptado, a cambio de la evacuación de los Países Bajos consentida por Luis XV, levantar el bloqueo de Burdeos y Nantes y restituir Cap-Breton y Louisbourg. Ahora bien, ello no correspondía a los planes del duque de Choiseul, pues el Canadá comenzaba a agitarse.

Aquella participación de la Acadia, provocada por agentes ingleses, servía a Newcastle, cuya «política» no podía admitir que los franceses se atrevieran a reclamar toda la América del Norte. En cuanto a De Choiseul, no soportaba la idea de una derrota de Francia en los mares. A falta de poder, en lo inmediato, aplicar sus esfuerzos en la ruta del

(1): *P. Calmette.*

(2): *Chevrier: La vie politique du maréchal de Belle-Isle.*

(3): *André Maurois, Histoire d'Angleterre.*

del San Lorenzo, limitaba su acción al canal de la Mancha y el mar del Norte. Dado que los ingleses habían capturado, desde 1756, 300 navios franceses, logró, siguiendo los consejos de su predecesor, el abate de Bernis, desarrollar el armamento de los corsarios. Tres fragatas de 100 toneladas, dotadas de 12 cañones, 6 pedreros y 100 hombres de tripulación, intentaban oponerse a la supremacía de Inglaterra.

Ahora bien, la noticia que De Choiseul hubiera querido dar a Saint Germain se refería a la brillante acción del *Mar ondear*, una de las más audaces fragatas francesas que acababa de obligar al *Ackerman*, buque de una compañía inglesa, a entrar en el puerto de Dunkerque.

De hecho, el suceso nada hubiese tenido de excepcional si, al examinar el cuaderno de botánica que el almirante de Dunkerque le había transmitido, De Choiseul no hubiese descubierto que Saint Germain poseía una opción de 50.000 escudos sobre aquel barco mercante. Francia tuvo que atravesar por tres años de guerra antes de que se vislumbrasen varios movimientos en favor de la paz.

El primero fue obra del duque de Newcastle y de Lord Granville, secretarios de Estado del Reino Unido. Por la valija diplomática de Bruselas, mandaron a Monsieur de Gramont, uno de sus amigos escoceses domiciliado en París, una carta destinada a la marquesa de Pompadour, pero nunca recibieron respuesta.

La segunda tentativa fue encomendada al embajador de Malta en París, Monsieur de Foulain, quien, a petición del rey de Prusia, presentó al duque de Choiseul unas proposiciones de paz. El ministro de Asuntos Exteriores le respondió secamente:

— «No estamos en guerra con el rey de Prusia y, por consiguiente, no podemos tratar con él de una paz particular. Son sus enemigos o sus aliados quienes pueden hacer su paz. No nosotros» (1).

Por fin, el 25 de noviembre de 1759, el duque de Brunswick, Mariscal de campo de las Provincias Unidas, solicitaba a Monsieur De Affry, embajador de Francia en La Haya, que transmitiese a Versalles una carta del conde de Holdernes y del barón de Kniphausen.

(1): Mémoires de Dutens, tomo I.

«Escrita en nombre de SS. MM. británica y prusiana, en la que se expresaba el deseo de las Cortes de Londres y de Berlín de restablecer la paz» (1). Esta vez, el duque de Choiseul estimó excesivas las pretensiones de Inglaterra y las rechazó pura y simplemente.

Cómo hacerse espía al servicio del rey.

El ministro de Asuntos Exteriores, deseoso de instaurar un régimen en el que la realeza sólo desempeñase un papel borroso, cometió sin duda alguna el error de creer que Luis XV no intentaba, a su vez, gobernar.

A la muerte del cardenal De Fleury, responsable de su diplomacia, el Muy Amado había decidido seguir en adelante las instrucciones de Luis XIV al duque de Anjou:

«No os dejéis gobernar. Sed el Señor. Escuchad y consultad a vuestro Consejo, pero decidid».

Es evidente que Luis XV jamás pretendió imponerse en los asuntos interiores de Francia. En política extranjera, sus decisiones fueron escasas. No obstante, desconfió constantemente de sus ministros, y la diplomacia secreta que él había instaurado había de procurarle alegrías comparables a esas revanchas que regocijan a los débiles.

Si bien solía celebrar sus audiencias privadas en el gabinete del Consejo, a menudo le ocurría interrumpirlas para dirigirse a sus habitaciones particulares.

Los hombres de Estado pensaban generalmente que aprovechaba aquellas ausencias, variables según su talento y las personas que recibía, para tener a Madame de Pompadour al corriente de sus conversaciones.

Así sucedió a menudo, pues Luis XV carecía de firmeza, pero también le ocurría suspender sus audiencias para preparar sus respuestas durante aquellas escapatorias.

Un rey debe saberlo todo, incluso lo que sus ministros ignoran, y con el príncipe Louis-François de Conti, que había merecido su confianza, había organizado un servicio de información cerca de todas las Cortes de Europa instaurando el espionaje a gran escala.

Ahora bien, si ya ocurría que por «razón de Estado», una declaración de guerra su-

(1): Mémoires del duque de Choiseul-Stainville.

cediese a la entrada de las tropas en territorio enemigo, los servicios paralelos no eran, ni con mucho, exclusivos de Francia. La invasión de Sajonia ordenada en 1758 por Federico II es un ejemplo de la importancia de los servicios de información en el decurso del siglo XVIII.

Por haber hecho interceptar el rey de Prusia diversos documentos secretos, según los cuales Austria, Rusia y Sajonia, apoyada por Francia, podían desencadenar un ataque, provocó una guerra que había de durar siete años. Sus propios servicios habían desbaratado los de Viena, no obstante ser éstos los mejor organizados de Europa. Remuneradas con largueza y beneficiándose de importantes ventajas, las grandes familias austríacas pertenecían a aquellos servicios clandestinos, y la de Thurn y Taxis, responsable de los Correos de los pequeños Estados alemanes, cuidaba de los agentes diseminados en la mayoría de las ciudades del Sacro Imperio.

Al otro lado del canal de la Mancha, Inglaterra hacía tiempo que había organizado un sistema análogo. Así, el «Post Office Act» de 1711, que autorizó la censura de la correspondencia privada, permitió al duque de Newcastle hacer vigilar por el Postmaster General el correo de casi ciento doce soberanos y hombres de Estado europeos. Pero si el «Secret Office», fundado en 1741, fue uno de los instrumentos del Foreign Office, el «Cabinet Noir» de Luis XV sólo sirvió a su política personal.

En su Libro Rojo, que fue encontrado en las Tulierías al día siguiente de la Revolución, Luis XV llevaba al día la lista de sus agentes, las cantidades objeto de un libramiento a cargo del Tesoro y, por último, las extraídas del tesoro particular del rey y que Lebel, su ayuda de cámara, debía entregar en dinero efectivo a los enviados especiales. En aquel cuaderno anotaba las capitales donde residían sus representantes: Londres, Berlín, Constantinopla, Varsovia y San Petersburgo. Por último, señalaba en aquel dossier los gastos ocasionados por su correspondencia secreta y la ayuda a los aliados, o sea, aproximadamente diez mil libras mensuales (1).

(1): Francia abonó a la Corte de Austria, de 1757 a 1764, la suma de 56 millones de libras, o sea unos 70 millones de pesetas anuales.

Aquel Libro Rojo mencionaba igualmente el cifrado de los mensajes y los nombres que convenía a diversas personas para preservar su anonimato. Según aquel código secreto, a él, lo apodaban *el Abogado*. El príncipe de Conti era Mr. «M»; el conde de Broglie se llamaba *el Sustituto*; Monsieur Tercier, alto funcionario de Asuntos Exteriores, *el Fiscal*, y Monsieur Durant, *el Presidente*. El duque de Nivernais era *el Meloso*; el duque de Choiseul, *el León rojo, o la Porcelana*; el caballero de Éon, *el Intrépido, o Cabeza de Dragón*. En cuanto al conde de Guerchy, embajador de Francia en Londres, era *el Novicio, o el Carnero cornudo*, según las ocasiones.

El equilibrio europeo, provisionalmente instaurado por el tratado de Aquisgrán, inquietaba a Luis XV, quien buscaba la alianza con Polonia. Ahora bien, para aquel proyecto era previamente necesario, la conformidad de Rusia. Francia, que acababa de sufrir dos fracasos importantes en San Petersburgo, ya no contaba allí con representantes diplomáticos, y por tratar de reanudar las relaciones con Rusia el príncipe de Conti propuso a Luis XV enviar al caballero de Éon.

De censor real para la Historia y las Bellas Artes, éste se convirtió en espía al servicio del rey. Recibió como instrucciones el mandar a Versalles los resultados de sus negociaciones en forma de cartas comerciales relativas al mercado de pieles y, para evitar cualquier indiscreción, se imaginó un código según frases entresacadas sobre su misión de cobertura.

Así «el arnillo está de moda» significaría que el partido ruso predominaba. Si el caballero de Éon escribía: «el lobo carnicero está en alza», se sabría en Versalles que el partido austríaco era potente. Por último, las «pieles de petigrís» le permitirían cifrar el efectivo de las tropas a sueldo de Inglaterra (diez pieles representaban treinta mil hombres).

El servicio, del cual el caballero de Éon fue uno de los agentes más importantes, contaba igualmente con el barón de Breteuil, a quien Luis XV hubo de precisar que recibiese al conde de Broglie y a A. Tercier, cuando ocupaba su cargo en San Petersburgo:

«Le haréis cumplir las instrucciones que habéis recibido ya del duque de Choiseul, o que recibiréis de él antes de vuestra partida. Le comunicaréis todo lo que sabréis por él, a fin de que redacten instrucciones particulares y secretas sobre lo que saben es mi

voluntad en cuanto a los asuntos de Rusia y de Polonia. Os encarezco, bajo las penas más severas, guardar el secreto sobre estas instrucciones, y cuento con vuestra obediencia y vuestra fidelidad».

Si el rey sabía a veces amenazar para ser obedecido, su agradecimiento se manifestaba generalmente según la importancia de los servicios prestados... Al caballero de Éon, elegido como confidente por la emperatriz de Rusia, cuando los embajadores precedentes habían sido puestos en las fronteras, Luis XV le escribirá:

«Continuaréis trabajando en calidad de secretario del barón de Breteuil durante su estancia en San Petersburgo. Tendréis tres mil libras de honorarios del ministro de Asuntos Exteriores. Os haré entregar todos los años, a partir de éste, doscientos ducados, que añadiré a vuestro honorarios ordinarios, a fin de demostraros mi satisfacción por los servicios que me habéis prestado y que, espero, seguiréis prestándome» (1).

El intendente de Correos era personalmente responsable de la correspondencia redactada por el príncipe y luego por el barón de Broglie, que le sucedió. Tercien y Dubois-Martin, secretario del barón de Broglie, cuidaban de descifrar los mensajes y de transmitirlos al rey, quien se contentaba con dictar al jefe de su «Gabinete negro» las líneas generales de sus respuestas, y de poner en las cartas que salían la simple mención «Aprobado» seguida de su firma.

Mas, ¡ay!, Luis XV era demasiado veleidoso para afirmar su voluntad. Si bien deseaba vivamente concluir una paz por separado con Inglaterra, cuya marina le causaba pérdidas importantes, jamás se atrevió a oponerse abiertamente a la política anglófoba del duque de Choiseul.

Mientras seguía buscándose el medio de tratar con Londres, uno de sus agentes en Prusia interceptó una carta de Federico II a su ministro Von Finckenstein. El rey tuvo desde entonces la certeza de que podría llevar a buen fin sus negociaciones secretas.

— «Ya no me queda nada —escribía el rey de Prusia—, y en verdad creo que todo está perdido. No sobreviviré a la ruina de mi país».

(1): La importancia de esas sumas no debía impedir que el caballero de Éon escribiera un día: "Siempre creí haber asido a la Fortuna por los cabellos, pero me he percatado de que usa peluca".

Su ejército sólo contaba ya con cien mil hombres, y si Inglaterra no lo hubiese sostenido financieramente, no habría escapado al desastre. Entretanto, Luis XV no lograba actuar, y fue necesario que interviniese el mariscal de Belle-Isle para que se decidiese a entablar negociaciones con Inglaterra.

Durante más de una semana, estudió el dossier de sus agentes para poner todas las posibilidades de su lado. Aparte del caballero de Éon, indispensable en Rusia, ninguno le pareció capaz de una apertura con Londres. Finalmente, sólo un hombre le pareció susceptible de llevar a buen fin aquellas negociaciones: el conde de Saint Germain, cuya amistad y adhesión apreciaba y que mantenía relaciones continuas con varias personalidades inglesas.

El mariscal de Belle-Isle, a quien confió su proyecto, aprobó desde luego su elección y, sin tardar, expuso a su amigo el plan de Luis XV, que había de permitir a Francia limitar sus fracasos en el mar y proseguir en tierra sus esfuerzos de guerra.

¿Por qué pensó Luis XV en el taumaturgo? - Sin duda porque a través de las apariencias de su vida mundana, le sabía profundamente adicto a la monarquía. Seguramente porque, no siendo francés, su presencia en el extranjero no peligraba inquietar a los servicios de información adversos.

Por último, porque Madame de Pompadour había aprobado su proyecto, y el mariscal de Belle-Isle le aseguró que Saint Germain encontraría en La Haya a varios amigos suyos, principalmente a Sir Joseph Yorke, nuevo ministro de Inglaterra en Holanda.

Es, en efecto; a Amsterdam y a La Haya donde Luis XV decidió enviar a un nuevo agente secreto con el pretexto oficioso de discutir las condiciones de un empréstito... Y el 14 de febrero de 1760, el ministro de la Guerra entregaba a Saint- Germain una carta blanca firmada por Luis XV.

Las Provincias Unidas, federación de siete países, realizaban un compromiso poco cómodo entre las formas de gobierno monárquicas y republicanas. Cada provincia era dirigida por un Stathouder, y la Federación, sometida al control de un Stathouder general, especie de monarca híbrido con poderes limitados.

Las tendencias de la familia de Orange, favorable a Inglaterra, se oponían a las concepciones republicanas y francófilas de los grandes mercaderes de Amsterdam, tanto

más por cuanto Guillermo V, elegido Stathouder general a la edad de tres años, no había podido, por minoría de edad durante la guerra de los Siete Años, orientar diferentemente la política neerlandesa.

El clima parecía, pues, particularmente favorable al viaje de Saint Germain. Se ha pretendido a menudo que aceptó aquella misión con el único objeto de ser agradable al rey y a la marquesa de Pompadour.

Ahora bien, el pertenecer a un servicio secreto planteaba ya numerosos problemas. Si los oficiales se entretenían en hacerse rizar y empolvar sus pelucas antes de un ataque, el siglo XVIII no brindaba ninguna ventaja a los agentes especiales que arriesgaban contratiempos políticos, sino una estocada o un pistoletazo, y Saint Germain no podía ignorar que en caso de fracasar, su presencia en La Haya sería desautorizada por Luis XV.

En Constantinopla o en San Petersburgo hubiera podido contar con la demora de los correos para ponerse a cubierto en la medida que surgiesen dificultades imprevistas. Pero La Haya estaba demasiado cerca de Versalles para contrarrestar fácilmente un ataque del duque de Choiseul y de sus amigos. Y en el mejor de los casos, actuar sin que el ministro de Asuntos Exteriores fuese tenido al corriente de sus andanzas.

El segundo mundo

De hecho, Saint Germain aceptó aquella misión porque sabía que encontraría en Holanda a los que jugaban la carta de la sinarquía. Este proyecto se remontaba a la noche de los tiempos. Y él le era profundamente adicto. No podía ignorar, según J. L. Bernard, que «Francia, piedra angular de la monarquía europea, representaba el eje principal de las corrientes comerciales y de los movimientos políticos».

En plena guerra, la influencia de Versalles seguía siendo fuerte y Federico II no podía oponerse a ella, pues los Rosa Cruz consideraban a Francia como una de las estructuras principales sobre las cuales ellos deseaban reconstruir Europa, nueva sociedad en la que «los tres mundos, cristiano, judío y musulmán, estarían jerárquicamente ensamblados para la paz y la prosperidad».

Heredero de una gran parte de los secretos Rosa Cruz, Saint Germain, eslabón de

una larga cadena ininterrumpida desde los Templarios, intentaba pues; establecer aquel orden y aquel equilibrio universales que los siglos habían rechazado.

Mucho antes que los Rosa Cruz del siglo XVIII, Carlomagno había querido garantizar el desarrollo de la civilización franca creando un Estado basado en federaciones autónomas.

La idea no debía pasar de ahí.

Después de que Hugo Capoto reinstaurara los grandes Estados, Enrique IV murió por haber reanudado el proyecto de una sinarquía europea.

¿Cómo podía Saint Germain estar seguro de obedecer órdenes superiores sin servir intereses particulares?

En *Le Secret de la Chevalerie*, V. E. Michelet da un elemento de respuesta, que por ser alucinante pertenece a la eterna tradición:

«Los destinos de nuestra civilización — escribe — están puestos en la balanza olímpica, uno de cuyos platillos lleva el sello providencial, y el otro el sello total. Hay en alguna parte, en la oscuridad de una cripta e incluso aparentemente confundidos en la multitud, reyes desconocidos que presienten el movimiento de esa balanza y que echan en los platillos el peso de sus acciones y de sus encantamientos. El mundo tiene jefes secretos. Los racionalistas más resueltos recelan del esfuerzo de esos agitadores subterráneos...».

Racionalista, V. E. Michelet ignora el azar. Historiador, no ha cesado de analizar los acontecimientos, de igual modo que un médico forense hace la autopsia de un cadáver.

Ahora bien, cabe preguntarse cómo un hombre tan positivo pudo admitir tamaña concepción del mundo. Se obtiene una respuesta si se tiene en cuenta una de las principales teorías relativas al Universo, según la cual todo no es más que accidente en el Gran Libro de la Eternidad.

Los hechos no son más que los diferentes capítulos de una Historia que se remonta al período pre adámico y cuyo fin no puede imaginarse. Los siglos sucesivos han podido, según sus tendencias, las ramas de los árboles que se alzan hacia el cielo, sin impedir su crecimiento. Así ocurre con los hombres.

Cualesquiera sean sus pasiones, evolucionan a cada segundo, segundos que son siglos en comparación con la eternidad, y pese a sus aspiraciones, sus actos no tienen

mucha más importancia que un parpadeo en comparación con la Historia eterna. No se trata de minimizar los esfuerzos sucesivos de las generaciones, sino de situarlos en relación con el contexto general. ¿Qué representan, en efecto, dos mil años frente a millones de años? - En la medida en que el promedio de edad del hombre aún no alcanza el siglo, ¿Cuáles pueden ser, con relación a los tiempos, las tendencias, los modos de vida, las guerras y los tratados?.

Sería menester vivir lo menos tres o cuatro siglos para digerir las existencias del Athanor universal. Quizá únicamente con esta condición se podría participar en la evolución del mundo... ¡Y quizá ni eso!.

Importantes con relación a un período determinado, las reglas de vida sólo tienen un valor relativo en un tiempo más dilatado. Su prestigio se esfuma completamente si se admite que el mundo funciona según un sistema dictado por inteligencias superiores, iniciadas en el más alto grado y que son las únicas en participar en la eterna evolución de la Tierra, indisociables de los demás sistemas solares.

«Conscientemente o no — ha escrito R. Emmanuel —, el Hombre forma parte del Cosmos y debe, a toda costa, evolucionar con éste».

Pero, ¿Cuáles pueden ser esos jefes secretos y esos agitadores subterráneos de los que habla V. E. Michelet?

El mundo, tal como suele entenderse; extendería sus ramificaciones bajo los continentes y los océanos para establecer invisibles comunicaciones entre las diversas regiones de la Tierra. Las leyendas, únicas en admitir lo Imposible, pretenden que esta idea es anterior a la humanidad pre diluviana.

Esta concepción del mundo la repetía ya san Bonifacio tras haber leído a Virgilio: «Viviría bajo tierra una raza de hombres, no salidos de Adán, y que; por no haber tomado parte en el pecado original, no podrá pretender a la Redención».

Kirchberger fue el primero en hacer alusión directamente al Rey del Mundo en una carta dirigida a Claude-Louis de Saint-Martin.

«En cuanto a Sophia y al Rey del Mundo, Martínez de Pasqually no nos ha revelado nada de todo ello, pero yo no afirmaré que no lo supiese».

Ahora bien, Martínez de Pasqually contestó indirectamente a Kirchberger

escribiendo a Willermoz: «Rogad por la salud, la tranquilidad de alma y de mente de ese Jefe Principal que nos es ignorado, así como por todos vuestros hermanos Rosa Cruz, y al cual he de silenciar hasta que él se dé a conocer».

Todo esto parece delirante. Hay, sin embargo, seres que, por haber doblado el cabo de las ideas convencionales, aportan su testimonio a favor de esta teoría.

En su libro *Bestias, hombres y dioses*, Osendowski cuenta, en efecto, la aventura que vivió en el Tíbet:

«Una noche de invierno, varios jinetes llegaron al monasterio y pidieron que los lamas se reuniesen en aquella pieza. Entonces, uno de los forasteros subió al trono. Todos los lamas cayeron de rodillas, pues habían reconocido al “Rey del Mundo”. Éste hizo predicciones, y después; sin avisar, él y sus compañeros desaparecieron. Detrás de él, ningún rastro, salvo los pliegues del tapiz que cubría el trono, que se alisaron como si nadie se hubiese sentado en él. Dirigí la mirada del lado del trono.

Cosa maravillosa y difícil de creer, vi... realmente ante mí a un hombre fuerte, musculoso, de tez bronceada, expresión severa marcada en la boca y las mandíbulas. A través de su cuerpo transparente cubierto por un manto blanco, vi inscripciones tibetanas en el respaldo del trono. Cerré los ojos, luego los abrí de nuevo; no había nadie, pero el cojín de seda del trono parecía moverse...».

Este mundo subterráneo de san Bonifacio y este Rey del Mundo de Kirchberger serían, de hecho, el reino y el soberano de la Gran Logia blanca o Agartha, que en tibetano significa Agha, Gran Asamblea; Ar, espíritu universal, y Ta, pureza integral (1).

Para R. Guénonn, su centro se habría desplazado en el transcurso de las edades. Situado primero en el Polo, luego en Thule, es decir, en la Atlántida según todas las probabilidades, existirían aún bajo tierra tragaluces de aquel vasto imperio.

Lhasa, Roma, Jerusalén, las dos Tebas y Creta habrían sido construidos, en efecto; sobre el mismo plano que ese centro único y superior, al cual R. Enmanuel atribuye

(1): Paul Le Cour afirma que en espera del retorno de Cristo, el apóstol Juan se habría refugiado en ese mundo subterráneo, y Balzac, francmasón, escribía en Lettres a L'Etrangère: “Ante Dios, soy de la religión de san Juan, de la Iglesia mística, la única que ha conservado la verdadera doctrina. Éste es el fondo de mi corazón».

dieciocho millones de años de existencia. (1).

Un hecho es cierto. Hermes Trismegistro pronunció esta plegaria antes de desaparecer: «Oh Egipto, tiempo llegará en que no quedará nada de tus religiones sino vagos relatos en los cuales la posteridad ya no creará. En la Tierra y en el Mar, reina Zeus subterráneo... Los tiempos serán mejores bajo la dominación de aquellos que ahora están establecidos en una gran ciudad bajo la montaña de Libia». ¿Leyenda o realidad?.

El marqués Saint-Yves de Alveydre intentó, a principios de siglo, reconciliar el Oriente y el Occidente. Su libro, titulado: **LA MISSION DE L'INDE EN EUROPE** (*La misión de la India en Europa*) están consagrados enteramente al Agartha, y no vacila en describir la organización, las costumbres, las leyes de ese mundo subterráneo (2).

«Desde hace quinientos cincuenta y seis siglos — escribe — La Humanidad ha pasado del estado de naturaleza al estado social, y los fastos del Agartha son piadosamente conservados en lugares inaccesibles. Desafiando el cerco de la profanación, su reino se extiende en la superficie y en el interior de la Tierra. El suelo y el subsuelo de América le pertenecieron durante la más alta Antigüedad, y aún hoy; en Asia, cerca de medio millón de hombres conocen su existencia y su grandeza. Sin embargo, no se encontrará ningún traidor para indicar el lugar preciso donde reside su consejo, su cabeza pontifical y su corazón jurídico. Si este secreto fuese divulgado, todo ejército de conquista, aunque fuese de un millón de hombres, vería repetirse la respuesta atronadora del Templo de Delfos a las innumerables hordas de los sátrapas persas. Llamando en su auxilio a las potencias cósmicas de la Tierra y del Cielo, aun vencidos, los Templarios y los Confederados del Agartha podrían volar una parte del planeta y provocar un gigantesco cataclismo para aniquilar al ejército y a la patria de origen de los profanadores».

(1): *Mientras nos disponíamos, H. P. Blavatsky y yo, a ir a las indias, estaban en curso negociaciones para que la Logia blanca emigrase del Tíbet hacia otro retiro que ofreciese las máximas garantías y donde no fuese molestada por uno de esos movimientos de piezas en el tablero de ajedrez político (H. S. Olcott, Lotus bleu, N. 56),*

(2): *Dorbon el mayor, 1910.*

En verdad, los soldados del Agartha, sin cesar renovados y perfectamente unidos en la muerte; están persuadidos de poder proseguir su combate en el seno mismo de lo Invisible.

Para los Grandes Maestros del Himalaya, el Agartha representa el cero místico entre los 22 templos que figuran los 22 arcanos de Hermes y las 22 letras del alfabeto sagrado. Este cero místico es lo Imposible de encontrar. El cero, es decir, todo o nada. Todo por la Unidad armónica, nada sin ella.

El círculo más aproximado de su centro misterioso se compone de doce miembros, «Iniciados Supremos» que corresponden a la zona zodiacal. En el transcurso de las ceremonias mágicas, llevan los siete nombres de los siete poderes celestes, terrestres e infernales.

Las bibliotecas que tratan de todas las artes y de todas las ciencias antiguas desde hace quinientos cincuenta y seis siglos, son inaccesibles a toda mirada. Las de los citados anteriores se conservan bajo los mares que sumergieron el antiguo continente austral y ocupan las construcciones subterráneas de la antigua América pre diluviana.

Desde hace ciclos de siglos, altos iniciados graban en tablas de piedra todos los hechos relativos a las cuatro jerarquías de las ciencias que forman el cuerpo total del Conocimiento. Cada uno de estos sabios realiza su obra en la soledad, lejos de toda luz visible; bajo los mares, bajo los desiertos, bajo las llanuras y las montañas del Globo.

Pero malhayan los imprudentes que se pusieran a excavar la tierra. No encontrarían en ella sino un desengaño seguro y una noche inevitable. Únicamente el Soberano Pontífice del Agartha con sus principales asesores reúne por entero; en su total conocimiento, en su suprema iniciación, el catálogo sagrado de esa biblioteca planetaria, espantoso memorial del espíritu humano.

Entre la terrible acumulación de experiencias que encierra el Agartha, las que interesan a la selección humana han sido llevadas al extremo. Sus sabios se han atrevido a todo para profundizar; sea el misterio de las especies, sea los límites inferiores o superiores de la organización fisiológica de la Humanidad.

Uno de sus antiguos seminarios de selección era un grupo de siete islas hoy desaparecidas, precisa Saint-Yves d'Alveydre. Se encontraba en lo que nuestros hidrógrafos

llaman la Gran Corriente de Malabar.

«Esos isleños — dijo un viajero que aseguró haber vivido siete años entre ellos — tienen todos más de seis pies de alto. Sus huesos son elásticos, se doblan y vuelven como tendones a su forma primera. Más abiertas que las nuestras, sus orejas tienen una cavidad doble separada por una lengüeta medianera. Su lengua, gracias a una operación quirúrgica, es bífida de la punta a la raíz. Esta conformación les permite articular todos los sonidos de todas las lenguas del mundo y poder hablar simultáneamente a dos interlocutores. Su alfabeto está formado de siete caracteres que pueden tomar cuatro posiciones diferentes para llevar a 28 el número de sus letras. El límite de su vida es de un siglo y medio, y cuando han alcanzado este término de longevidad, pasan conscientemente de la vida a la muerte provocándose ellos mismos su último sueño. A las grandes horas de rezo, durante la celebración de los Misterios cósmicos, aunque los hierogramas sagrados sean murmurados en voz baja en la inmensa cúpula subterránea, se produce en la superficie de la Tierra y en los cielos un fenómeno acústico extraño. Los viajeros y las caravanas que erran a lo lejos en los rayos del día, o en las claridades nocturnas, se paran; hombres, bestias y dioses escuchan... Se les antoja que la misma Tierra abre los labios para cantar...».

Al terminar su libro, el marqués Saint-Yves de Alveydre declaró que se negaba a decir más sobre ese mundo alucinante:

«De todos modos, debo hacer una excepción en cuanto al jefe de mi país, e imprimo previamente lo que tendré el honor de exponerle si él considera pertinente mandarme llamar. A solas; de viva voz, le diré el trámite que hay que seguir para pedir al Agatha la admisión de quienes deseen verificar lo que se profesa en esta sinarquía. Una vez iniciados, dirán a su regreso, y en la medida en que creerán poder hacerlo, si es verdad o no que esa Metrópolis existe, si es verdad o no que el esoterismo de todos los Libros santos del mundo es una broma, una invención de los cabalistas de la Edad Media, o una realidad formidable que interesa a las cuatro jerarquías del total conocimiento».

Esta teoría ofrece todavía hoy ejemplos inesperados. Un reportero cineasta, Jacques Alexandre, que en 1967 efectuaba un reportaje sobre la NASA; pidió al profesor Von Pauli, responsable de un puesto importante en el Centro de Investigaciones de Huntsville, su opinión sobre los platillos volantes: «No tan sólo existen — le respondió éste

—, sino que tenemos la prueba de ello. Procederían de otras galaxias y en nuestros laboratorios conservamos seres que los pilotaban. Miden de 90 centímetros a un metro veinte y sus cuerpos son gelatinosos...».

Después, una oficina de estudios americana habría demostrado que esta teoría era pura fábula. Ahora bien; Jacques Alexandre vio de nuevo al profesor Von Pauli en octubre de 1963. A nuevas preguntas, éste respondió: «Ya no creemos que los platillos volantes provengan de otras galaxias; serían enviados desde el interior de la Tierra, donde viviría un pueblo en la atmósfera gaseosa que separa el núcleo de fuego de la corteza terrestre».

¿Infierno o Paraíso?

En el transcurso de los milenios, la grande y verdadera Tradición ha permanecido única.

¿Fue Saint Germain uno de los engranajes terrestres de ese mundo fantástico? Evidentemente, resulta imposible afirmarlo.

No obstante, a principios del siglo XX, un médium ha pretendido haber participado por clarividencia en una reunión del Agartha, instalada actualmente en las soledades del Himalaya. Allí habría visto al conde de Saint Germain; todavía con vida, enjoyado y vistiendo un uniforme cargado de adornos (1).

Pero en espera de franquear los siglos futuros, Saint Germain atravesaba simplemente por el siglo XVIII, época dramática para la monarquía francesa, que retemblaba ya bajo los repetidos golpes de las ideas nuevas.

(1): *M. Mager. La heauté invisible, Fasquelle, 1937, p. 146,*

SEIS

- Las peripecias de la aventura holandesa.

El conde de Saint Germain llegó a Amsterdam el 20 de febrero de 1760, menos de una semana después de haber recibido las órdenes del rey. A pesar del mal estado de los caminos, su viaje se había desarrollado sin incidente. Encargados de cuidarlos; los campesinos no lograban, a razón de treinta días de trabajo obligatorio durante el mal tiempo, rellenar los baches que las intemperies causaban en el transcurso del invierno. Si los caballos evitaban los hoyos, las diligencias rebotaban a cada vuelta de ruedas y los pasajeros llegaban a destino completamente molidos.

Las sillas de posta sólo cubrían doce kilómetros por hora, y durante su viaje a través del norte de Francia y Flandes austríaco, Saint Germain tuvo tiempo de trazar sus planes.

La guerra que la Historia llamó de los Siete Años, respetaba a los Países Bajos; que al socaire de su neutralidad seguían enriqueciéndose. «Nosotros, gentes de Amsterdam, vamos a todas partes donde hay dinero que ganar, por todos los mares y todas las costas. Por amor de la ganancia, exploramos las puertas del vasto mundo».

Para mostrar cierto lirismo, esta oda que Vondel dedicó a María de Médicis cuando su visita a las Provincias Unidas explica perfectamente el espíritu mercantil de los holandeses que Descartes expresó así: «En esta gran ciudad donde me encuentro, por no haber ningún hombre, excepto yo, que no ejerza de mercader, cada cual está tan atento a su provecho que podría quedarme toda la vida sin ser visto nunca por nadie».

Más comerciantes que conquistadores, los Países Bajos mantenían su prestigio con la ayuda de una marina que prolongaba la edad de oro del siglo XVI.

En el cruce de las rutas fluviales de la Europa septentrional, y a algunas horas de Inglaterra y de Francia, los holandeses vivían al ritmo de la «Verecnidge Ostendiche Compagnie», sociedad con un capital de 6.500.000 florines. Dirigida por el Comité de los 17, apodado Señores 17, la VOC había dado al puerto de Amsterdam una tal prosperidad que su prestigio superaba al de La Haya, capital diplomática. En un siglo, 3.741 naves habían

zarpado de Amsterdam para las costas del Lejano Oriente, y en sus estadísticas la VOC no contaba ni las urcas ni las fragatas que efectuaban el gran cabotaje, ni los buques extranjeros que recalaban a orillas del Ijseelmer.

Pese a la ausencia de industrias, de no ser la de diamantes y metales preciosos, la riqueza de Amsterdam era considerable. Su confort, influido por Inglaterra, se había instalado a lo largo de los canales, en el interior de sólidas casas de piedra y ladrillo que, alzadas sobre pilotes, parecían desafiar al tiempo. Coronadas de desvanes, sus ventanas formaban otros tantos espejos que jugueteaban con los reflejos del agua y dejaban filtrar apenas los claroscuros de Verineer sobre salones rebosantes de caobas de Chippendale, de porcelanas, de arañas y de tapices.

En ellas, las noches de recepción los grandes negociantes bailaban el minué vestidos de terciopelo recamado. Sus mujeres, felices de verles olvidar durante algunas horas los retrasos de las carabelas, el comercio y las cotizaciones del florín, mantenían el equilibrio de sus peinados escalonados, acompañando el lucimiento de sus opulencias con grandes carcajadas que se desvanecerían en la tibieza de la alcoba.

A la última parada de la posta, Saint Germain alquiló un carruaje para dirigirse a la posada «La Estrella de Oriente», muy cerca de la plaza del Dam. Ardían fuegos de leña cuando entró en el apartamento que había reservado y que, al cabo de largas jornadas de diligencia, le pareció confortable.

— «El baño del señor conde está preparado» —le dijo Roger, mientras calentaba la cama.

Saint Germain estuvo largo rato relajándose en el agua tibia; luego, vestido con la bata que Roger había hecho calentar junto a la chimenea, se instaló para una frugal cena. «Roger — dijo, tomando un poco de sémola —, mañana mismo haréis saber a los directores de la Compañía de las Indias Orientales que deseo verles lo antes posible».

Permaneció unos instantes junto a la chimenea contemplando las llamas que lamían los leños y volvió a su habitación.

Algunas páginas de *Il Pastor Fido* (1), que los censores habían puesto en el índice,
(1): *Obra de Guarini.*

pero cuya inmoralidad elegante le gustaba, le procuraron la evasión que buscaba; luego, sintió que la fatiga hacía presa en él, y se hundió en las arenas movedizas del sueño.

Eran las diez de la mañana cuando, envuelta Ámsterdam en la bruma, se presentó en casa de los hermanos Adrien y Thomas Hope, dos de los más ricos negociantes de la ciudad. El mayor, primer diputado provincial, le propuso en seguida que abandonara su hotel y se instalase en su casa. El otro, francmasón de alto grado, le aseguró que les presentaría a todos los notables de Ámsterdam, principalmente al alcalde, Hasselaar, a Coq y Vaugiens, amigos del caballero De Lambert, su ex banquero, así como a los dirigentes de la Compañía de las Indias, que le recibirían a petición suya.

Aquella amistad que le testimoniaban lo tranquilizó. Ni la guerra ni su ausencia prolongada parecían contrariar la realización de sus proyectos. No obstante, cuando le preguntaron acerca de los objetivos de su viaje, evitó darle un carácter oficial, temeroso de que la Embajada de Francia se preocupase de su presencia.

Desgraciadamente, no pudo impedir que los rumores tomaran cuerpo. Primeramente confusos y sin objeto, se precisaron rápidamente y apenas le causó extrañeza enterarse de que se hallaba en Holanda para vender las joyas de la Corona de Francia. Sus negociaciones con los diplomáticos ingleses no se habían iniciado todavía, cuando D’Affry le hizo saber que deseaba verle.

En su hotel de La Haya, el embajador de Francia había reunido a varios financieros y hombres políticos para presentarle a Saint Germain, a quien conociera unos meses antes en Versalles, en casa del marqués de Beringhen.

— «Afortunadamente —le dijo, al acogerle—, Monsieur D’Astier, nuestro comisario de Marina y Comercio, me ha informado de vuestra presencia. De lo contrario, estoy seguro de que me habría visto obligado a esperar mucho tiempo el placer de volver a veros. Si os parece bien, voy a presentaros a mis amigos. En primer lugar, a Monsieur de Bentinck. Es presidente del Consejo de los Diputados comisarios y podrá seros útil. ¿No es así, querido amigo?» —dijo, dirigiéndose a su invitado.

El, como huésped perfecto, añadió, refiriéndose a él—: «Parece ser que Monsieur de Saint Germain tiene grandes proyectos... Espero que os hablará de ellos, pues personalmente los ignoro todos».

— «Espero — dijo Saint Germain —, hablaros pronto de ello».

¿Deseaba, antes que nada, descubrir quién, entre los miembros de la Embajada de Francia, era el agente del rey? ¿D’Affry? - ¡Tal vez! - Aquel gentilhomme suizo, militar y diplomático ocasional, le parecía adicto a Francia y no se le antojaba muy diferente, en sus funciones de embajador, del hombre afable que había conocido en Versalles. Se dijo que podría hacer de él un aliado en la medida en que no obedeciese servilmente al duque de Choiseul.

Por su parte, el embajador de Francia no lograba explicarse la presencia en Holanda del conde de Saint Germain y los rumores que circulaban sobre éste. Militar, D’Affry acataba las órdenes, y todo cuanto era ilógico le desconcertaba. Hábil diplomático, pero de fecha reciente, le costaba acostumbrarse a las situaciones ambiguas, así como a las instrucciones secretas, y las hipótesis no le parecían constructivas.

Ahora bien, algunas semanas antes había recibido la visita de Casanova, venido para negociar veinte millones de rentas francesas de acuerdo con el controlador general, Monsieur de Boullongne, y Monsieur D’Affry no comprendía por qué el ministro de Finanzas no había coordinado gestiones análogas. Le pareció, pues, normal pedir explicaciones al duque de Choiseul, comprobando antes la legitimidad de los rumores relativos a Saint Germain.

Antes de mandar su carta por la valija diplomática procuró entrevistarse con Casanova, esperando ver en éste un elemento que le permitiese formarse una opinión definitiva acerca de Saint Germain. Sabía la poca confianza que podía concederse al veneciano, puesto que había señalado al duque de Choiseul «su compostura deplorable y sus charlatanerías sobre sus aventuras personales y la Corte de Francia».

Se acordaba igualmente de la respuesta del ministro de Asuntos Exteriores: «Haríais bien con cerrar vuestra puerta a ese intrigante». Pero D’Affry era prudente. Además, Casanova, cliente fiel de las salas de juego y mezclado ya en Holanda en otros escándalos, le parecía el único capaz de facilitarle los datos necesarios para su informe.

Durante la cena a la que le había convidado, Monsieur D’Affry apenas prestó oído a sus confidencias, y cuando pasaron a la biblioteca donde había hecho servir el café le preguntó bruscamente:

— «A propósito, ¿Conocéis al conde de Saint Germain?».

— «Sin duda, pero, ¿Por qué?».

— «Pues bien — respondió D’Affry, sentándose en un sillón —; después de haberle visto en Versalles y recibido en la Embajada, no me ha presentado, como vos; ninguna carta credencial de Monsieur de Choiseul, por lo que me veo obligado a responder que no le conozco cuando me preguntan sobre sus negociaciones».

Ignorando los términos de las cartas que se referían a él, Casanova pareció halagado.

— «Es culpa suya, no mía — Prosiguió D’Affry, encendiendo un cigarro — Es más, llego a convencerme de que es un impostor. Pero podéis estar seguro de que dentro de unos diez días estaré mejor enterado».

i La trampa era grande! O bien Casanova se apresuraría a referir aquellas palabras a Saint Germain y éste se descubriría; o bien Casanova le diría lo que sabía. Contra todo lo que era de esperar, el veneciano no respondió. Perfectamente a sus anchas en la intriga, estimaba rápidamente las ventajas de una nueva mentira. Por fin, dejando su taza, dijo con tono muy natural:

«Pues bien, señor embajador, confieso haberle visitado en el hotel del príncipe de Orange. Los dos heiducos que estaban en su antesala...».

— « ¿Heiducos?»

«Son sus criados. Los viste a la moda húngara y les hace llevar sable. Curioso, ¿verdad?».

— «En efecto, y ¿qué más?».

— «Su presencia me intrigaba, pues también yo estoy encargado por Monsieur de Boullongne de importantes transacciones».

— « ¿Y qué os preguntó?» —interrogó D’Affry, sin prestar atención a la alusión de Casanova.

— «Nuestra conversación fue bastante breve...».

Hizo una pausa, como si sopesase sus palabras, y añadió:

— «Imagino, me dijo, que estáis aquí para actuar a favor de la Corte, pero eso os será difícil, pues la Bolsa está escandalizada por la operación que ese loco de Silueta acaba

de hacer (1). Espero que este contratiempo no me impedirá encontrar cien millones. He dado mi palabra de ello a Luis XV, a quien puedo llamar amigo mío, y no le engañaré. Dentro de tres o cuatro semanas, mi negocio estará hecho».

— « ¿Y qué respondisteis?».

— «Que vos no dejaríais sin duda de ayudarlo».

El veneciano se paró en seco ante el asombro de Monsieur D’Affry.

— « ¿Puedo saber lo que sigue?».

— «Señor embajador, yo no sé...».

— « ¡Os lo ruego!».

— « ¡Como queráis! Pues bien, me declaró, simplemente, que no os necesitaba en absoluto. Incluso afirmó que no trataba de veros para que no pudieseis jactaros de haberle ayudado... Su orgullo me parece desmesurado. Y, al término de nuestra conversación, añadió al despedirme: « No tengo más que ir a Amsterdam, mi crédito me basta, y ya que todo el trabajo será mío, pretendo igualmente tener toda la gloria... He aquí, señor embajador, el hombre en quien el rey confía para un empréstito de cien millones...».

Llegado a Amsterdam el 20 de febrero, hasta el 6 de marzo no habló abiertamente Saint Germain de su misión a D’Affry. Estaban sentados uno al lado del otro, frente a la chimenea de uno de los salones de la Embajada y, durante su conversación, el agente del rey aludió, no a las gestiones realizadas a la paz que estaba encargado de buscar, sino a las concernientes al restablecimiento de las finanzas francesas. Monsieur D’Affry se levantó para atizar la lumbre, se enjugó las manos y se volvió hacia Saint Germain:

— « ¿Puedo haceros una pregunta?».

— « ¡Os lo ruego!».

— « ¿Acaso el controlador de Finanzas, Monsieur Bertin, está al corriente de todo eso?».

— « ¡No lo creo! Por lo demás, estoy en La Haya sólo para establecer una caja de descuento, así como una sociedad que pueda responder de ella, a fin de facilitar el crédito del Reino con Bancos holandeses».

(1): Silueta era seguramente el apodo de uno de los agentes de Luis XV.

Tras algunos minutos de reflexión, Monsieur D’Affry continuó por fin:

— «Caballero, os he encontrado en circunstancias que me demuestran vuestras cualidades, pero comprendedme bien, no podré hacer nada por vos si no me presentáis una carta credencial».

Sonriente, Saint Germain sacó su porta documentos:

«Señor embajador, de todos modos debéis creerme. He aquí una carta blanca de Su Majestad y dos mensajes del señor mariscal de Belle-Isle».

— Abriendo la envoltura de piel, tendió los papeles a Monsieur D’Affry, quien, sin entretenerse en la lectura de la carta blanca del rey, recorrió rápidamente las cartas del ministro de la Guerra.

— «Recibí la del 26 cuando ya me encontraba en Holanda» — Preciso Saint Germain.

Eran elogiosas y daban a entender que el mariscal de Belle-Isle deseaba vivamente el éxito de su misión, pero no aportaban ninguna precisión sobre las gestiones de Saint Germain.

— «Desgraciadamente, señor — dijo D’Affry, devolviéndolas al taumaturgo —, estas cartas no me dicen nada. No puedo hacer nada por vos y, podéis creerlo, lo siento».

Adivinando que D’Affry mandaría un informe al duque de Choiseul, Saint Germain decidió forzar las cosas. Al día siguiente se presentó en casa de Sir Joseph Yorke, ministro de Inglaterra en La Haya.

— « ¿Qué puedo hacer por vos? — Le preguntó en seguida el embajador — Sois el hombre del que más se habla en las Provincias Unidas».

Sin preámbulos, Saint Germain le expuso «la situación de Francia, su deseo de paz y su intención de concluirla rápidamente a fin de contribuir a un acontecimiento favorable para toda Europa», y para demostrarle que hablaba en nombre del rey, Saint Germain le presentó los documentos que poseía.

Sir Yorke los examinó, luego se levantó, dio unos pasos antes de volver a su escritorio y, finalmente, se acercó a una mesa de licores.

— «Un poco de jerez —dijo, cogiendo un frasco—. ¡Ah! Es verdad que vos nunca bebéis».

— « ¡Os lo ruego! — Murmuró Saint Germain—. A propósito, ¿Podéis garantizarme que esta conversación quedará entre nosotros?».

— « ¡A fe mía, no he revelado jamás, en toda mi carrera, secretos de Estado! — Respondió Sir Yorke, riéndose — Pero puesto que lo exigís, conforme, os lo prometo. Comprenderéis, no obstante, que no puedo precisaros las intenciones de mi Gobierno. Esta misma noche transmitiré un informe a Londres y os comunicaré en seguida la respuesta que haya recibido. Pienso que está bien así. ¿No?».

— «Perfecto —dijo Saint Germain, despidiéndose— Muchas gracias».

Había visto a D’Affry el 6; el 7, a Sir J. Yorke, y el 9, visitaba a De Beritinck, amigo íntimo del duque de Newcastle y totalmente adicto a Inglaterra.

Tras haberle explicado el objeto de su misión, cenaba la misma noche en casa de Kauderbach, residente del rey de Polonia y gran elector de Sajonia.

Saint Germain estuvo inimitable. Temeroso de ser considerado como un simple intermediario del rey de Francia, jugó sus mejores cartas. En el curso de la cena, buscó primero su estilo, luego arriesgó algunos alardes, deslizando aquí y allá, como acostumbraba, diversas alusiones a los tiempos pasados. El asombro dio paso a la curiosidad. Lógico, razonable, levantando la voz solamente cuando lo estimaba indispensable, encaminó la conversación hacía sus trabajos personales y luego habló sin orden ni concierto de sus investigaciones. Se dirigía a cada comensal, evocando sus viajes y sus recuerdos, hablando de la sociedad y de su egoísmo, de música y de pintura. Dosisificaba sus gestos y sus palabras exhibiendo joyas de incalculable valor, para finalmente declararse indiferente a todos los bienes de la tierra.

«Tímidamente me importa el título de ciudadano» — dijo, por último, aquella noche.

Naturalmente, llegaron a preguntarle acerca de la situación política y financiera de Francia.

Entonces, como escribió Kauderbach, Saint Germain expuso su punto de vista sobre la Corte y las personas allegadas al rey:

«El mal básico de Francia es la falta de firmeza de Luis XV. Quienes le rodean conocen su bondad y abusan de ella. Sólo están en torno a él, adictos a los hermanos París,

que son la desdicha de Francia. Ellos son los que lo han corrompido todo y hasta han desbaratado la política del mejor ciudadano que existe en Francia, el mariscal de Belle-Isle. De ahí la envidia y la desunión entre los ministros que parecen servir a un monarca diferente. Desgraciadamente, el rey es demasiado bueno y se cree por encima de la traición. Esas personas, de las cuales los citados banqueros lo han rodeado, conocen su escasa firmeza, y lo halagan hasta el punto de que les hace caso. El mismo defecto se encuentra, desgraciadamente, en la favorita. Conoce el mal, pero no tiene valor para ponerle remedio» (1).

¿Habría sido tan desconcertante en su franqueza si no hubiera encontrado en Holanda a aquellos Rosa Cruz de los cuales se había hecho reconocer y con quienes creía poder contar?. Habiendo afirmado, sin segundas intenciones, su adhesión a Francia, Saint Germain pudo, durante el mes de marzo, trazar la lista de los hombres de Estado y de los financieros favorables a su misión.

El más sincero de sus amigos era el conde de Bentinck. Residía en La Haya, y Saint Germain aceptó instalarse en su casa tras haber abandonado su apartamento del «Hotel D'Orange». En el transcurso de largas conversaciones a solas, su huésped le expresó tan abiertamente su admiración por Francia que decidió informar de ello a la marquesa de Pompadour:

«Habitó en casa del señor Roon, con quien me une muy buena amistad. Creo haber procedido bien, pues Francia no tiene amigos más sensatos, más sinceros y más firmes».

Además, una carta de Saint Germain, fechada el 11 de marzo, confirma su admiración por la favorita y la confianza que Luis XV había de otorgar al conde de Bentinck. Tras haber garantizado a la marquesa de Pompadour sus sentimientos, «Seguramente dignos de la bondad de corazón y de la belleza de alma que los han hecho nacer», le alaba una vez más los méritos de su huésped:

«Creo que, en vista de su poder, su sinceridad y su rectitud; el rey puede esperar de él grandes servicios. Si el rey piensa que mis lazos con ese señor pueden serle de alguna utilidad, no escatimaré en nada mi celo por servirle, y mi adhesión voluntaria y desinteresada».

(1): Carta al conde Wackcrbarth, ministro del rey de Polonia.

da a su persona sagrada debe serle conocida. Vos sabéis la fidelidad que os he dedicado, Madame; mandad y seréis obedecidas. Podéis dar la paz a Europa sin las dilaciones y los estorbos de un Congreso. Vuestras órdenes me llegarán con toda seguridad si las dirigís a casa del señor conde de Roon, en La Haya, o, si lo juzgáis más a propósito, a casa de los señores Thomas y Adrien Hope, donde me alojo cuando voy a Amsterdam. Lo que tengo el honor de escribiros me ha parecido tan interesante que me reprocharía guardar silencio respecto a vos, Madame, a quien nunca he ocultado nada ni jamás ocultaré nada. Si no tenéis tiempo para contestarme, os suplico lo encomendéis a alguien. Pero no tardéis, os lo conjuro; por toda la adhesión, por todo el amor que le tenéis al más amable de los reyes...».

Afanoso, a pesar de todo, de proteger sus propios intereses, Saint Germain añadía un *post scriptum* a aquella carta. Imploraba a Madame de Pompadour que volviese a intervenir cerca del Consejo real a fin de que se dictase sentencia sobre el *Ackerman*.

«Es el apresamiento más injusto y escandaloso que se haya hecho nunca en el mar. Estoy interesado en él por 50.000 escudos, y «Émery y Cía», de Dunkerque, tienen el encargo de hacerse restituir el navío. Os suplico una vez más que procuréis que se me haga justicia en el Consejo real, donde esa causa inicua debe ser llevada pronto. Hacedme el favor de recordar que, el verano pasado, me prometisteis no tolerar que nos hiciesen injusticia».

El *Ackerman* seguía, en efecto, sujeto a vigilancia en el puerto de Dunkerque, y Saint Germain esperaba conseguir que fuese levantado el embargo para que el navío se hiciese a la mar y él pudiese de nuevo percibir dividendos sobre sus transportes.

Desgraciadamente, aquella carta no había de llegar nunca a manos de Madame de Pompadour. El duque de Choiseul, recientemente nombrado superintendente de Correos, poseía ya el «Secreto de) Correo» y lo usaba hasta el punto de confiscar lisa y llanamente las cartas que consideraba contrarias a su política. La de Saint Germain le pareció inadmisibles y, en el primer correo diplomático, transmitió a su embajada en La Haya instrucciones precisas.

«Os mando — escribía el duque de Choiseul — una carta de Saint Germain a Madame de Pompadour que demuestra la absurdidad de ese personaje. Es un aventurero

de marca mayor que, además, me parece bastante tonto».

Incontestablemente, Monsieur D’Affry quedó perplejo. Sin poder explicarse la hostilidad del duque de Choiseul para con Saint Germain, portador de una carta blanca del rey, continuó la lectura y evaluó las dificultades que aquella carta iba a suscitar.

«Ignoro de qué forma el ministro de Finanzas enfoca su ridícula conducta en Holanda — le escribía De Choiseul —, pero vos tenéis orden de prevenirle que si me entero de que se mezcla en política, conseguiré del rey que a su regreso en Francia sea encerrado en una mazmorra hasta el fin de sus días».

El resto de la carta era igualmente imperativo. D’Alfry debía prohibir a Saint Germain que se inmiscuyese en asuntos que, aparentemente no le atañían, y cerrarle las puertas de la Embajada. Además, debía informar inmediatamente a los hombres de Estado con cargo en La Haya, a los Stathouder de las provincias y a los banqueros de Amsterdam que el duque de Choiseul condenaba a Saint Germain.

«Aventurero insoportable», tal era la manera con que su ministro calificaba a un hombre que de buena gana habría considerado como un amigo. Durante más de una hora, meditó sobre su ascenso, los cambios de política y la fatalidad. Militai, escogió la obediencia, persuadido sin embargo, de que su actitud provocaría un alboroto general entre los financieros y los diplomáticos que parecían ganados por el conde de Saint Germain.

La carta estaba fechada en 19 de marzo... Supersticioso, juró desconfiar en adelante de esta fecha; luego, llamó a su secretario a fin de despachar los asuntos corrientes.

«...No siempre he comprendido las cosas por la palabra, pero sí las palabras por el conocimiento de las cosas».

En espera de la respuesta de Madame de Pompadour, Saint Germain había pedido una nueva cita a Sir Yorke. El ex comandante general le recibió con cortesía, pero esta vez el taumaturgo tuvo la impresión de que le ponía en un aprieto. « ¿Habéis recibido respuesta de Londres?».

La pregunta, impaciente estalló. Sir J. Yorke hizo una pausa para encender de nuevo su pipa y contestó:

«Nada de Monsieur d’Arcy, pero Holdernesse, a quien conocisteis en Londres, me

ha mandado una carta que, os lo confieso, me ha contrariado...».

Se dirigió hacia su escritorio, tomó un documento lleno de timbres y volvió al lado de Saint Germain, junto a la chimenea.

«La postura de su majestad es categórica — prosiguió — Admite que podéis representar a su cristianísima majestad a alguna persona del Concejo real, pero me recomienda igualmente, no seguir entrevistándome con vos, ni siquiera a título oficioso. Comprendedme amigo mío, no soy más que el portador de mi Gobierno, que teme veros, en caso de necesidad, desautorizado por la corte de Francia».

Saint Germain trató de convencerle.

— «No insistáis, os lo ruego. La carta blanca del rey y la carta de nuestro amigo De Belle-Isle, no bastan. Londres estima con motivo por lo demás, que no estáis amparado por vuestra Embajada, y menos aún por Monsieur de Choiseul; y ahí os cito textualmente las órdenes de Holdernes:

— «... Aunque el Ministro de Asuntos Exteriores en Versalles esté amenazado de correr la misma suerte que el Cardenal de Bernis, aún es el Ministro aparente. Es, por tanto; deseo de su Majestad, que informéis al conde Saint Germain, que no podéis conversar con él, de temas tan interesantes, a menos que os facilite algunas pruebas auténticas de que su cristianísima Majestad, conoce y aprueba su Misión».

El conde de Saint Germain tuvo que inclinarse.

Al día siguiente iba a derrumbarse.

El 24 de marzo, en efecto; acompañado de De Kauderbach y del caballero De Bruhl, pasaba a recoger a D’Affry, igualmente invitado a cenar por el conde Golowkin. Como era demasiado pronto para ir a la Embajada de Rusia, D’Affry les convidó a champaña mientras enganchaban sus caballos.

Desde que recibiera la carta de Monsieur de Choiseul, D’Affry había intentado verse con Saint Germain, y aprovechó la ocasión para participarle las instrucciones que le atañían. Cuidó de no revelarles sino lo esencial, pero la reacción del taumaturgo fue inmediata:

— « ¡Es imposible!. No soy súbdito del rey de Francia y vos no podéis ordenarme nada. En cuanto a mi desgracia, no creeré en ella hasta que me mostréis una carta del rey».

— «Os aseguro... ».

Saint Germain no le dejó terminar. Pidió al caballero De Bruhl que le excusase con el conde Golowkin y corrió a casa de De Bentinck.

— «¡Yo que no tengo otros objetivos que mis buenos sentimientos hacia la Humanidad!. Ese pobre D’Affry se engaña si piensa amenazarme. He pisoteado el elogio y la reprobación, el temor y la esperanza, y el rey sabe muy bien que no temo ni a D’Affry ni a Choiseul».

En aquel instante, Saint Germain debió de pensar que si la obediencia puede ser discutida, muchos hombres encuentran en ella excusa para sus debilidades. No intentaría hacer comprender a D’Affry que, al margen de las rivalidades y las envidias, su papel consistía en buscar la paz para que los Rosa Cruz prosiguiesen su empeño, contrariado demasiado a menudo por las guerras.

Pero Saint Germain ignoraba sobre todo, que era víctima de una trampa y que Choiseul controlaba sus cartas a Madame de Pompadour:

«...Sólo he de rendir cuentas de mi conducta a Dios y a mi soberano...». «Miembro de la nobleza desde hace treinta años, soy conocido por no haber tratado nunca a aventureros ni impostores y no haber recibido a bribones».

Aquel orgullo inquietaba a Choiseul, habituado a las bajezas de los cortesanos. Si no ponía un freno a sus actividades, su prestigio personal podía ser puesto en entredicho. Aprovechó, pues, la primera sesión del Consejo real para valerse del informe de D’Affry y de las instrucciones que él había transmitido.

«Si no me he apresurado a hacer caso de las órdenes del rey — concluyó al terminar su explicación — Es porque estoy persuadido de que nadie, aquí, se atrevería a negociar una paz a espaldas del ministro de Asuntos Exteriores de Vuestra Majestad».

Al final de aquel Consejo, el abate De Veri anotó en su Diario:

«Luis XV captó suficientemente la justicia de aquellas reflexiones para sonrojarse, bajar la cabeza y callarse. Es su gesto habitual cuando se le hace comprender que no tiene razón».

El duque de Choiseul comprendió inmediatamente que Luis XV abandonaba a Saint Germain por debilidad y que el mariscal de Belle-Isle no intervendría tampoco. Sin perder un minuto, mandó nuevas instrucciones a La Haya, y para que llegasen rápidamente, las

confió al correo destinado a Martin de Lesseps, entonces embajador de Francia en Bruselas, quien se encargaría de transmitir las a D’Affry.

Versalles, 11 de abril de 1760.

«... El rey me ha ordenado encomendaros expresamente, no sólo que desprestigiéis, en los términos más humillantes y más expresivos, mediante vuestras palabras y vuestras acciones, a ese supuesto conde de Saint Germain, delante de todos quienes podréis sospechar que conocen a ese bribón en el ámbito de las Provincias Unidas. Su Majestad desearía, además, que pudieseis obtener de la amistad de los Estados Generales que mandasen detener a ese hombre, para que pueda ser trasladado a Francia y castigado conforme a la gravedad de su falta. Interesa a todos los soberanos y a la fe pública que se reprima la insolencia de semejante individuo, que tiene la ocurrencia de tratar sin misión los asuntos de una potencia como Francia. Creo que el caso en cuestión debe ser contemplado como si fuese tan importante, como los que de ordinario requieren la reclamación y extradición de un malhechor. Por lo que el rey confía en que, a consecuencia de vuestro informe, el tal Saint Germain será arrestado y conducido bajo fuerte escolta hasta Lila... ».

Tan pronto se supo en Amsterdam que el embajador de Francia reclamaba, en nombre del rey, el arresto de Saint Germain, todas las puertas se le cerraron a éste. Todas, salvo la de De Bentinck.

Para asegurar su protección, éste inició una primera gestión con Stein, gran pensionista de La Haya, y le pidió que concediese el derecho de asilo al conde de Saint Germain.

— «Está aquí como cualquier otro extranjero, y no se le puede acusar de un crimen como para que las Provincias Unidas le nieguen su protección».

«Sin duda — le respondió Stein — Desgraciadamente, esta Monsieur de Choiseul».

Ante aquella actitud, De Bentinck estimó prudente conseguir de Sir Yorke un visado para Inglaterra.

— «Imposible — le dijo el embajador — Monsieur D’Affry me ha puesto sobre aviso.

No solamente nada puedo hacer por vuestro amigo, sino que me gustaría verlo en manos de la policía».

« ¿No teméis ciertas dificultades, señor embajador, en el caso de que Monsieur de Saint Germain fuese detenido y registrasen sus efectos?».

— « ¿Qué queréis decir?».

— «Hace algunos días me habló de una carta en la cual vos le indicabais la única forma de conversar con él sin temor a ser desautorizado... ¿No creéis que...?».

Sir J. Yorke no dejó que De Bentinck continuase su chantaje y, para evitar cualquier contingencia, le hizo entregar sin tardanza un pasaporte en blanco.

¿Deseaba realmente D’Affry el arresto de Saint Germain?. Parece ser que, para seguir las instrucciones de su ministro, también multiplicó los aplazamientos, como si deseara dar tiempo a Saint Germain para organizar su marcha. En efecto, hasta una semana después de haber recibido la carta del duque de Choiseul, no comunicó sus órdenes a Monsieur D’Astier:

«El supuesto conde de Saint Germain, a quien visteis en Ámsterdam, es un aventurero y un impostor. Ha tenido la imprudencia, sin misión de Su Majestad y de su ministro, de negociar sobre los intereses esenciales del reino. A resultas de mi informe al rey y de las cartas que él mismo escribió a Versalles, Su Majestad me ha dado la orden de reclamar su extradición. Dado que se fue súbitamente ayer de La Haya y que tal vez esté en Ámsterdam, os autorizo y os mando en nombre de Su Majestad que pidáis inmediatamente a la magistratura de Ámsterdam, la detención de ese impostor y su encarcelamiento bajo una fuerte guardia hasta que hayamos convenido la manera más segura de conducirlo hasta los Países Bajos austríacos y luego hacia la primera de nuestras plazas» (1).

El conde de Saint Germain, que se escondía en L’Auberge du Marechai de Turenne desde que D’Affry había movilizado contra él, a las diversas policías de los Países Bajos, ignoró hasta el fin los escrúpulos del embajador de Francia.

(1): Bélgica dependía entonces de Viena, de ahí su nombre de “Países bajos Austríacos”.

— «Lo que más me extraña — dijo una noche a De Ben — Es ver que D’Affry ejecute las órdenes de Choiseul y exija mi arresto».

Persuadido de que podían prenderle antes de que la provincia de La Haya le concediese el derecho de asilo, decide finalmente irse a Inglaterra. Rechazando el dinero que le ofrecía su amigo, prefirió obtener de un usurero de la ciudad un préstamo de dos mil florines sobre tres de sus ópalos, y luego estudió el medio más seguro de abandonar los Países Bajos.

Las fronteras con el Flandes austríaco y Alemania estaban con seguridad vigiladas, por lo que De Bentinck le aconsejó que se trasladara al puerto de Hellevoetsluis, de donde salía un barco correo con destino a Harwich. Como Saint Germain desconocía los atajos que evitaban los caminos principales controlados por la policía, De Bentinck alquiló para él una carroza de cuatro caballos y encargó a un criado suyo que le condujese al puerto.

A las cinco de la mañana salía de su posada. Acudió a visitarle por última vez, De Bentinck; quien aguardó largo rato después de que el carruaje hubo desaparecido en la oscuridad y luego subió a la habitación que Saint Germain acababa de abandonar. Éste había olvidado encima de su mesa «Su espada y su cinto, un paquete de láminas de plata o de estaño, y dos botellas de un licor desconocido».

Despuntaba el día cuando Saint Germain llegó a Hellevoets-Luis. La bruma envolvía el canal, y al bajar del coche se preguntó si los marineros encargados de la chalupa de pasaje podrían transportarle hasta el *Príncipe de Orange*.

Hizo cargar su baúl, bajó la escala del muelle y se acomodó a bordo de la embarcación. Había marea baja. Los dos hombres tuvieron que desatracar a fuerza de remos. Por fin pudieron remar y, sigilosamente, al alba que no conseguía filtrarse a través de la niebla, se deslizaron despacio hacia el barco correo.

Estos acontecimientos se desarrollaron el 16 de abril, un día antes de que Monsieur Monsieur D’Affry, mandase su carta a Monsieur D’Astier. En cuanto a De Bentinck, esperó cuarenta y ocho horas para informar al embajador de Francia de la marcha de Saint Germain. Temía vehementes protestas. Por el contrario, fue amistoso y Monsieur D’Affry pareció, en el fondo, satisfecho de aquella noticia.

— «Debo reconocer — le dijo a De Bentinck — que vuestro amigo es un hombre notable. Por lo demás, todas esas historias son absurdas y; la verdad sea dicha, ni Londres ni París no me han comunicado informes verdaderamente malévolos acerca de él».

Convencido de sus cualidades de diplomático. De Bentinck se despidió del embajador, pero una vez sólo; éste llamó a su secretario y le dictó una carta destinada a los siete Stathouder de los países bajos:

— «Altos y poderosos señores: Un desconocido que se hace llamar conde de Saint Germain y a quien el rey, mi señor; se ha dignado conceder asilo en el reino, ha abusado de él.

« Hace algún tiempo se fue a Holanda, y poco después, en la Haya, sin conformidad de parte de su Majestad ni de su ministro; y sin ninguna misión, ese impúdico ha tenido la osadía de propalar que estaba autorizado a tratar de los asuntos de su Majestad. El rey, mi señor; me ordena expresamente participarlo a vuestros altos poderes, y públicamente, para que nadie en la extensión de vuestros dominios, sea engañado por ese impostor».

« Su Majestad me ordena además, que reclame a ese aventurero como un vagabundo que ha abusado en primer lugar del asilo que le habían concedido, entrometiéndose en hablar de la gobernación del reino con tanta falta de decoro como ignorancia, y pregonando, falsa y temerariamente, que estaba autorizado a tratar de los intereses más esenciales del rey, mi señor. Su Majestad no duda de que vuestros altos poderes, le prestarán el servicio que tiene derecho a esperar de vuestra amistad y vuestra equidad y de que ordenarán sea arrestado el supuesto conde de Saint Germain y llevado bajo fuerte escolta a Amberes para ser conducido de allí a Francia».

Así, D’Affry podía tener la conciencia tranquila. Había observado escrupulosamente las órdenes del duque de Choiseul, sin poder afirmar, no obstante; que éste estaría satisfecho.

La marcha de Saint Germain facilitó la respuesta de los Stathouder, que prometieron estudiar el asunto en caso de que el interesado regresara a Holanda.

Sin embargo, Saint Germain conservaba en Ámsterdam y en La Haya amigos seguros, como lo atestigua esta carta del conde de la Watu, que desgraciadamente, él

nunca recibió:

«Si el rayo me hubiera azotado, no habría podido quedar más anonadado de lo que estuve cuando supe que os habíais marchado. Voy a jugar mi último triunfo y a hacer todos los esfuerzos con la esperanza de estar en condiciones de ofreceros mis respetos personalmente, pues sé perfectamente señor, que sois el más gran gentilhomme que exista. Pero me apena que gentes menguadas se atrevan a causaros preocupaciones; dícese que el oro y las intrigas de todas suertes están en juego para entorpecer vuestros esfuerzos en pro de la paz. En cuanto al presente, puedo respirar un poco, pues me aseguran que Monsieur D’Affry se fue súbitamente, el jueves pasado, hacia su Corte; de lo cual deduzco, y espero, que tendrá su merecido por haber faltado a lo que os corresponde. Le tengo por causante de vuestra prolongada ausencia y, por consiguiente, de mi pesar. Si creéis que puedo seros útil, contad con mi fidelidad. No poseo más que mi brazo y mi sangre: los pongo gozosamente a vuestra disposición».

Abandonado por el rey, la Pompadour y el mariscal de Belle Isle, Saint Germain pudo meditar durante la travesía sobre las razones de su fracaso. Desgraciadamente, no poseía todas las piezas de su dossier. Lo imponderable, el grano de arena que había desviado la marcha de los engranajes y acarreado su derrota, se presentaba esta vez en forma de un convenio suscrito entre Prusia e Inglaterra. El 9 de noviembre de 1759, «ambos países se habían comprometido secretamente a no concluir ni paz ni tregua o neutralidad con las potencias en guerra sin acuerdo y consentimiento mutuo». Denunciado en 1760, aquel convenio no dejó de crear un estado de ánimo contrario a los proyectos del rey de Francia.

El mariscal de Belle-Isle, que lo ignoraba, había creído pertinente enviar a Saint Germain a Holanda. Éste, amenazado nada más llegar, no tuvo tiempo ni ocasión de analizar las razones profundas que habían llevado a Inglaterra a rechazar sus proposiciones. Además, Londres no deseaba desviar ninguna de las energías de Francia, con la que libraba una lucha marítima y colonial sin cuartel.

Saint Germain estaba dotado sin duda alguna de numerosos poderes, pero la adivinación y la magia jamás han podido detener el curso de los acontecimientos. A lo sumo, pueden preverlos. Saber bien lo que se sabe y saber lo que no se sabe, ésta es la verdadera ciencia.

El error fundamental de Saint Germain fue su confianza ilimitada en Luis XV y lo rechazo de sus debilidades. Coincidió con esto con el duque de Choiseul, quien, a su vez, sería desautorizado tras haber servido fielmente al rey.

Cierto que ambos hombres no se parecían, pero tuvieron algo en común: la desgracia.

SIETE

«Siempre atacado, jamás vencido».

Jorge II era rey.

La subida al trono de aquel típico producto del terruño inglés que había puesto fin a la dinastía de Hannover suscitó entusiasmo, los primeros tiempos al menos.

La realeza renovada remplazaba a la corrupción parlamentaria condenada por Newcastle. La masa, despreocupada de su porvenir, recobraba confianza, pues ignoraba todavía que John Wilkes llegaría a ser, tres años más tarde, un tribuno popular y que desencadenaría de nuevo las pasiones políticas.

La prosperidad de Inglaterra, la potencia de su flota, el viento de independencia que la mecía debían hacer que, un día, D. Moore dijese:

«Cuando visite otros países, el súbdito de Gran Bretaña sabrá apreciar más que nunca la Constitución del suyo... Notará que los beneficios y las ventajas de que disfrutaban sus compatriotas no son consecuencia de una sabiduría, de un valor o de una virtud suplementarios a los de las demás naciones del mundo, sino, en cierta medida, de su situación particular en una isla y, por encima de todo, de leyes justas y equitativas que hacen que un Gobierno templado y libre, enemigo jurado de la tiranía, deje a la mente del hombre el campo de sus propias fuerzas».

Por la parte de la ciudad, Londres era un bosque de agujas, de campanarios y de torres que emergían de los tejados. Su población era difícil de cifrar, tanto más por cuanto el Parlamento había rechazado un proyecto de empadronamiento considerado como un atentado a las libertades individuales y un medio de informar al enemigo.

Por la parte del río, el Támesis, a la altura del Puente de Londres, ya no era el «río de la salud», sino una verdadera cloaca a cielo abierto.

En el West End, las fachadas de los hoteles particulares eran de ladrillo pintado, pues las grandes familias londinenses evitaban cuidadosamente cualesquiera signos exteriores de riqueza con objeto de no pagar contribuciones sobre las apariencias.

Preferían el confort interior al prestigio de un decorado.

Ya no se cazaba en Regent's Park, convertido en barrio de los ociosos, pero todavía se luchaba a espada en Hyde Park, invadido por los ciervos y los gamos. En cuanto a las callejuelas de Whitechapel, eran abandonadas a partir de las siete de la tarde por miedo a ser atacado, pues Londres era, durante la noche, una de las ciudades más peligrosas del mundo.

A todo lo largo de las inmensas dársenas del Támesis, se vivía al ritmo del Lejano Oriente. Los docks de las Indias orientales y occidentales derramaban cada día las sedas y las especias, las maderas y las piedras preciosas. La gente se reunía en Gareway's Coffee House para saborear el té de China, que un siglo antes Carlos II tuviera por un regalo de rey.

Londres era esa ciudad lavada por la lluvia que los ingleses ya reencontraban con incomparable placer tras el sol de Oriente. Era un lugar geométrico donde se reunían todas las razas. Por último, era rica, y el Banco de Inglaterra superaba al de Ámsterdam.

«Quien posee el mar posee el comercio del mundo. Quien posee el comercio del mundo posee las riquezas del mundo. Quien posee las riquezas del mundo posee el mundo entero».

Esta reflexión de Sir W. Raleigh no podía hacer olvidar la de Pitt refiriéndose a Francia: «Ante todo, nos teme».

Tomada en conjunto, la política europea y colonial de Choiseul reflejaba su hostilidad con respecto a Inglaterra, y la diplomacia secreta de Luis XV, destinada a hacer de Francia el árbitro del equilibrio continental, incomodaba a Londres. Todos aquellos que se valían de París y de Versalles eran, pues, inoportunos.

El *Príncipe de Orange* bajó velas a la entrada del puerto de Harwich-on-Stour, en el condado de Essex.

El conde de Saint Germain se despidió de los capitanes Isaac Cron y Hunter y luego pidió a su ayuda de cámara que llevase su equipo al «Kings Arms Hotel», la mejor posada de la ciudad. Después se presentó en la oficina de extranjeros, donde un empleado le hizo la pregunta tradicional:

— «*Business, what kind of business?*»

Saint Germain no se enfadó por aquel trámite cortés y mostró su pasaporte.

— «Ahora, caballero, ¿a quién conocéis en Inglaterra?»

— « ¿Qué queréis decir?»

— «Debo escribir en mi informe el nombre de una persona de nacionalidad inglesa que sea digna de confianza y pueda responder de vuestra conducta moral y política durante vuestra estancia».

Saint Germain dio el nombre de su editor y siguió a los otros pasajeros a una sala atestada de baúles y de cajas de sombreros que un aduanero registraba concienzudamente en búsqueda de las tasas que aplicar según un baremo que consultaba a cada instante.

Por fin, a cambio de cuarenta y tres chelines, recibió un certificado de llegada y dejó su pasaporte en el «Allien Office», que le devolvían a los extranjeros cuando se marchaban.

Su estancia en Holanda le había obligado a tantos traslados que se sentía fatigado. Decidió quedarse algunos días en Harwich, tanto más por cuanto esta vez no deseaba alojarse en un hotel londinense y tenía necesidad de alquilar un piso. Escribió en este sentido a Mr. Walsh, su editor; rogándole que también le buscara un criado, pues Roger no hablaba inglés. En espera de su respuesta, Saint Germain estableció su empleo del tiempo: correspondencia por la mañana, paseo a la tarde a orillas del Stour y por la noche, lectura de las gacetas junto a la gran chimenea del «Kings Arms».

El tiempo transcurrió a una velocidad vertiginosa.

La carta de su editor le llegó ocho días después. Tomó en seguida la diligencia que, en poco menos de veinticuatro horas, iba de Harwich a Londres.

En sus Memorias, Casanova afirma que el duque de Choiseul había provocado la desgracia de Saint Germain en la Corte de Francia para utilizarlo en Londres en calidad de espía... La idea parecería ridícula, si el *Mitchell Papers* no hubiera publicado el 6 de mayo de 1760, un artículo sobre las actividades de diversos extranjeros que vivían en Inglaterra, y más particularmente las de Saint Germain: «Como resulta evidente que no estaba autorizado por la sección del ministro francés, Monsieur de Choiseul, en nombre del cual pretende hablar, y dado que su estancia aquí no podía ser de ninguna utilidad y podía acarrear consecuencias desagradables — se hablaba de tratos secretos —, se consideró preferible prenderlo nada más llegar...».

Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores se presentó en su casa y por orden de William Pitt procedió a interrogarle... Aunque aquella entrevista no hubiese podido producir el menor cargo contra Saint Germain, el *Mitchell Papers* le dedicó un nuevo suelto: «...Su conducta y su lenguaje estudiado entrañaban una mezcla que resultaba dificultoso definir».

Estas pocas líneas bastaron para apoyar una nueva cábala y le hicieron sospechoso. El informe transmitido al conde de Bute, secretario de Estado del Foreign Office, no fue exactamente desfavorable, pero por prudencia; el ministro invitó a Saint Germain a abandonar Inglaterra cuanto antes.

Tan pronto recibió aquellas nuevas instrucciones, Saint Germain buscó apoyos. Como Lord Holderness acababa de dejar su puesto de secretario de Estado y el duque de Newcastle se había retirado de la escena política, decidió dirigirse al barón de Knyphausen, ministro plenipotenciario de Federico II, a quien De Bentinck había cuidado de recomendarle antes de su partida de La Haya. Pero tuvo que conseguir previamente una autorización del Foreign Office para entrevistarse con aquel diplomático.

— «Me veo en la obligación de salir de Inglaterra, donde apenas acabo de llegar — le confesó Saint Germain — No pudiendo desgraciadamente, pensar en volver a Francia mientras Monsieur de Choiseul esté en el poder, me resta pues, Prusia y desearía un pasaporte».

— « ¿Por qué no lo pedisteis en La Haya?»

— «Ésta era mi intención, pero nuestro amigo De Bentinck me había conseguido ya un visado para Inglaterra».

El intercambio de cartas entre Londres y Berlín requirió algunos días. Por fin, De Knyphausen hizo saber a Saint Germain que estaba autorizado a personarse en Aurich, cerca de Emden, donde debería esperar las instrucciones de Federico II. Su pasaporte estaba extendido a nombre del conde de Cea.

Así, cambiaba de nombre una vez más. El misterio no cesaba de envolverlo y la curiosidad pública podía estar satisfecha. Por lo demás, bajo el título «Anécdotas sobre un misterioso extranjero», el *London Chronicle* del 31 de mayo publicaba este artículo (1):

«Espero que ese gentilhombre, a propósito del cual no se ha podido nunca descubrir

la menor cosa deshonrosa y cuyas ciencia e ingenio respeto sinceramente, no se tomará a mal mis observaciones a propósito del título que se ha adjudicado y que no creo sea el suyo por derecho de linaje o por merced real. Su nombre verdadero es, quizá, uno de los misterios que a su muerte asombrará al mundo más que todos los extraños incidentes de su vida. Pero tampoco negará él, supongo, que el nombre que lleva actualmente no sea un nombre prestado. La patria de ese extranjero es tan totalmente desconocida como su nombre: pero a propósito de ambos, así como de su juventud; numerosas suposiciones han sustituido siempre el conocimiento; y como era fácil inventar cualquier cosa, la perversidad de la naturaleza humana ha hecho escoger pasajes sin duda menos favorables que los que habrían sido facilitados por la verdad».

Provisto de su pasaporte, Saint Germain tomó de nuevo la diligencia de Harwich y luego el barco correo con destino a Hellevoetsluis. Su llegada a los Países Bajos fue señalada por este despacho de Rotterdam:

«El conde de Saint Germain, relevado de sus funciones de enviado especial, ha llegado a ésta. Mientras desempeñó el cargo en Londres, sostuvo varias conferencias con algunos de los lores del Consejo privado, lo cual abre un campo más amplio a las conjeturas».

Repitiendo la noticia, la *Gazette de Bruxelles* declaraba a su vez:

«El conde de Saint Germain ha sido puesto en libertad en Londres y ha llegado a Rotterdam. Incluso durante su cautiverio, sostuvo numerosas conversaciones con varios miembros del Consejo privado, lo cual da pie a nuevas suposiciones».

Si es cierto, como pretende Casanova, que W. Pitt adivinó la razón profunda de las gestiones del conde D’Affry, cabe preguntarse si el viaje a Londres del conde de Saint Germain no fue efectivamente organizado por Choiseul, afanoso de utilizarlo a su vez como espía.

A *priori*, la opción política de ambos y la sesión del Consejo real harían improbable ésta hipótesis, tanto más cuanto que el *London Chronicle* publicó el 30 de junio de 1960 la nota siguiente:

(1): Este artículo apareció con la firma de *Lady’s Magazine*.

«Nos dicen de París que varias personas han hecho gestiones cerca del rey en favor del conde de Saint Germain, de quien tanto se habla. Su Majestad estuvo a punto de perdonarlo cuando se descubrió que era un espía del rey de Prusia en la Corte de Francia y su representante cerca de Madame de Pompadour».

¿Fue para testimoniar su fidelidad a Luis XV que Saint Germain anuló su viaje a Prusia y se quedó en Holanda?; ¿Fue por acatar las órdenes de los Rosa Cruz? Ningún documento explica este súbito cambio de opinión. En La Haya y en Ámsterdam, encontró de nuevo, naturalmente, a De Bentinck y a Hasselaar, pero tuvo que dedicarse sobre todo, a calmar la curiosidad pública, agudizada por aquellas noticias.

Con excepción de un breve viaje a Altona, cerca de Hamburgo, en agosto de 1760, reanudó sus idas y venidas a través de los Países Bajos, lo cual permitió a Monsieur D’Affry enviar este nuevo informe al duque de Choiseul:

«Desde su regreso de Inglaterra, vagabundea por las provincias de la República y sus alrededores, con nombres supuestos y escondiéndose cuidadosamente» (1).

¿Quería evitar Monsieur D’Affry cualquier nueva complicación con Asuntos Exteriores, o bien escribió aquella carta esperando que caería en manos de los servicios de espionaje de las Cortes de Inglaterra y de Austria?

No es imposible, pues si se tiene en cuenta las Memorias de Casanova, cabe suponer que Saint Germain fue efectivamente, desde su regreso de Inglaterra; un agente de Monsieur de Choiseul. El veneciano cuenta, en efecto; la aventura que le ocurrió mientras paseaba por el Bois de Boulogne en compañía de Madame D’Urfé:

«Nos encaminábamos hacia el coche — dijo — cuando de repente Saint Germain se presentó ante nuestros ojos, pero tan pronto nos vio, dio media vuelta y fue a perderse en otro sendero; ¿Lo habéis visto?, pregunté. Trabaja contra nosotros, pero nuestro genio le han hecho temblar. Estoy estupefacta. Mañana iré a Versalles para dar esta noticia al duque de Choiseul. Tengo curiosidad por saber lo que dirá...».

Al día siguiente, supe por Madame D’Urfé la chusca respuesta que le dio el duque de Saint Germain en el Bois de Boulogne.

(1): Grosloy.

No me extraña — le dijo —, puesto que ha pasado la noche en mi gabinete».

Sea como fuere, las gestiones de Saint Germain permanecieron secretas y sus actividades no provocaron ningún nuevo incidente.

Parece incluso que se dieron órdenes para organizar el silencio en torno de su nombre. En efecto, el 12 de enero de 1761, la *Gazette des Pays Bas* publicaba esta nota:

«El supuesto conde de Saint Germain, ese hombre indescifrable de quien no se sabe con exactitud ni el nombre, ni el origen, ni el estado, que tiene rentas sin saber de dónde provienen, relaciones sin que se sepa dónde las ha adquirido, entradas en los gabinetes de los príncipes, sin que ninguno lo confiese y le reclame, ese hombre venido a la tierra sin que se vislumbre por dónde, se encuentra actualmente en La Haya, no sabiendo dónde asentar el pie y como exiliado de todos los países. Últimamente se ha dirigido a Monsieur D’Affry para obtener por su mediación, la libertad de existir en alguna parte».

Monsieur D’Affry ha escrito en consecuencia, al mariscal de Belle-Isle, cuya respuesta determina que si Luis XV quisiera hacer rigurosa justicia a Saint Germain, lo haría procesar como a un criminal de Estado; pero que Su Majestad, queriendo usar de indulgencia, se contentaba con ordenar a Monsieur D’Affry: «No tener ningún trato ni lazo con él, de cualquier manera que ello pueda ser, es decir; no escribirle, ni contestar sus cartas, ni permitir que se le acercase».

Dos meses más tarde, Monsieur D’Affry hacía saber al duque de Choiseul que Saint Germain acababa de comprar al conde de Welderren una propiedad situada en Ubbergen, cerca de la frontera alemana.

Tras haberla remozado, instaló en ella desde el mes de mayo un vasto laboratorio donde podía proseguir sus investigaciones sobre los colorantes. No parecía interesarse ya en absoluto en las cuestiones políticas, y la ciudad de Ámsterdam, convencida de poder archivar definitivamente el «caso Saint Germain», manifestó la intención de comprarle la exclusiva de sus descubrimientos.

— «El señor, Gronsveld nos ha hecho saber que le habéis hecho un gran favor preparando nuevos colores para la manufactura de porcelana de Woesp. Nos ha hablado igualmente de vuestros diferentes trabajos y vuestros métodos nos parecen interesantes. ¿Aceptaríais vendérmolos en prioridad?»; le preguntó un día el Stathouder de Ámsterdam.

— «Caballero — respondió Saint Germain —, no tengo interés en favorecer especialmente a determinada ciudad o determinada provincia».

— «Pero podríamos...».

— «No insistáis, os lo ruego. Más adelante, designaré personalmente a los beneficiarios de mis investigaciones». (1)

Cabría pues, imaginar que Saint Germain, vuelto a ser un simple industrial, quería recobrar la calma, tanto más por cuanto en su respuesta a D’Affry, fechada en agosto de 1762, el duque de Choiseul parecía renunciar a sus persecuciones.

«Hemos castigado al conde de Saint Germain por la insolencia y por la impostura de las palabras que había pronunciado — escribió — Dejemos que ese aventurero perfeccione por sí mismo el descrédito general en el que le hemos hecho caer...».

Cinco meses para tomar esta decisión parecen tan inverosímiles como una condena definitiva. En cambio, esta carta encierra un elemento que autoriza nuevas hipótesis. Hasta su desgracia, el duque de Choiseul probó su fidelidad absoluta al rey y Casanova no siempre mintió descaradamente.

¿Es realmente imposible que el ministro de Asuntos Exteriores hubiese, tras reflexión; propuesto a Saint Germain que fuera un agente doble? - Sin duda alguna, Choiseul había decidido abatirlo cuando la reunión del Consejo real, para afirmar su poder y su voluntad ante el rey y los demás ministros...

Pero, ¿Y luego? - Era un diplomático demasiado sutil para no buscar el concurso de un adversario, tanto más por cuanto, ambos; cada uno a su manera, deseaban servir a Francia.

Si se tiene en cuenta que, en aquella época, era muy posible que el correo no llegase a destino, cabe preguntarse si la carta del duque de Choiseul a D’Affry no estaría destinada en realidad a hacer pasar el conde de Saint Germain por un agente definitivamente desautorizado. En este caso, se encontraba «quemado» respecto a los servicios extranjeros, pero, al mismo tiempo, puesto en reserva por Choiseul, de suerte que ya podía circular a través de Europa con toda libertad...

(1): Memorias, de Hardenbrock.

Como había de hacerlo en San Petersburgo, donde se halló el mismo año, en estrecha relación con la nueva cofradía de los Rosa Cruz del Imperio como había de hacerlo más tarde en Bélgica, donde su amigo y confidente sería el conde de Cobenzl, espía al servicio de María Teresa de Austria.

OCHO

*«Una revolución hace en dos días la labor de cien años; y
pierde en dos años la labor de cinco siglos».*

VALÉRY.

En el curso de la primavera de 1762, el conde de Saint Germain se fue a Rusia, imperio destrozado que sobrevivía pese a la decadencia de Pedro III, cuya risa había resonado frente al catafalco de Elisabeth Ivanovna.

Aquel año, Pedro III abandonaba su trono por las caricias de Elisabeth Vorontzov, su amante, y tumultuosas veladas con los miembros de su guardia personal se desarrollaban bajo las bóvedas de mármol de sus palacios. El zar de todas las Rusias, odiado por su pueblo y despreciado por su mujer, Catalina de Anhalt-Zerbst, buscaba en el sadismo y la cólera el medio de ser lo que nunca fue.

A los treinta y cuatro años, Catalina de Anhalt intentaba adueñarse del poder. Su ambición corría parejo con los vejámenes que hasta entonces había sufrido. Sentía que el ejército, ofendido por llevar de orden del Zar, uniformes de estilo prusiano; no tardaría en inclinarse de su lado. La misma Corte, humillada por la admiración de Pedro para con Federico II, se manifestaba cada día más reprobatoria con respecto a su soberano.

Su corazón estaba con la zarina. La Iglesia parecía volverse hacia ella, y Catalina preparaba en secreto la caída de Pedro III. El conde de Saint Germain llegó a San Petersburgo cuando las noches de la capital estaban en su apogeo. Invitado del conde Pedro Rotari (1), habitaba no lejos del palacio imperial, en la Grafsky Pereontlock, muy cerca de la Perspectiva Nevski.

Pintor oficial de la Corte, y autor de retratos a lo Vinci, el conde Rotari era recibido por las familias más importantes de la capital, de suerte que introdujo en casa de los Yusupov y los Razumovski a su amigo Saint Germain, a quien sus talentos de músico y de narrador abrieron otras puertas. Su nombre voló rápidamente de salón en salón y estuvo en todos los labios cuando hubo dedicado una de sus melodías a la condesa Osterman (1).

(1): El conde Rotari hizo el retrato de Saint Germain, a petición de la marquesa de Urfé.

Brillante, su vida en San Petersburgo marcó una ruptura con los meses difíciles por los que había atravesado.

Personaje de múltiples facetas, asombraba a todos quienes le descubrían, y sus paseos en la Perspectiva Nevski le sosegaban el ánimo.

Sin embargo, ciertos autores han pretendido que se vio mezclado en los movimientos políticos, y uno de ellos no duda en relatar de forma convincente, pero bastante inesperada, su participación en la Revolución rusa:

«...En Rusia, la situación se agravaba. La muerte de la emperatriz Elisabeth acababa de llevar al trono al gran duque Pedro, que no ofrecía a su pueblo más que un mínimo de garantías. Su esposa, Catalina de Anhalt-Zerbst, que le engañaba de buena gana, acababa de romper con Poniatovski para abrir sus brazos a Gregor Orlov, primogénito de una familia de cinco hermanos, Alexis, Iván, Fedor y Nicolás, alias *el Rajado*».

Fue Gregor, un cara de ángel en un cuerpo de atleta, quien presentó Saint Germain a la zarina:

«He visto recientemente en Danzig — le dijo — a un brujo famoso cuyo nombre se me escapa por el instante. Ese hombre, a quien Luis XV y Madame de Pompadour otorgaron su confianza, ha burlado a Choiseul y a Pitt como quien juega. Si le tuviésemos, podríamos sernos aquí de gran utilidad».

La zarina se encogió de hombros; Gregor no insistió, pero mandó a buscar a Saint Germain en Danzig, donde el ex agente de Luis XV llevaba el nombre de Odart. Saint Germain aceptó la proposición de Gregor y acudió a Moscú, donde fue acogido por los conspiradores que soñaban con eliminar al zar y entregar el poder a Catalina. Pero ésta seguía titubeando, temerosa de que en el último momento el ejército se revolviera contra ella. Saint Germain comprendió la necesidad de galvanizar a la emperatriz.

Una noche, «le propuso evocar, con ayuda de espejos mágicos, la sombra de Pedro *el Grande*, el “zar rojo”, a quien Catalina admiraba por encima de todo. Pese a sus reticencias — no está bien molestar a los muertos, afirmaba —, acabó por aceptar; y una

(1): Según Cooper Oakley, aquella partitura, encuadernada en tafilete rojo, fue donada más tarde por Pyliaev a Chaikovski.

noche, vio por dos veces cómo el fantasma de Pedro *el Grande* le aconsejaba que desencadenase la Revolución».

Pedro III, que desde hacía algún tiempo vivía en Oranienbaum con la condesa Vorontzov, declaró públicamente, una noche de borrachera total, que se desembarazaría de su esposa. Inmediatamente, la conspiración cobró cuerpo. Catalina reunió a los hermanos Orlov, la princesa de Ashkova, su mejor amiga; el conde Panin, preceptor de sus hijos, Bibikov, uno de sus más fieles oficiales, y... el conde de Saint Germain.

El 21 de junio, Pedro III invitó a la zarina a una fiesta organizada en Oranienbaum. Ella ignoraba la afrenta que su marido le deparaba: entregar a su amante la Orden de Santa Catalina, fundada antaño en su honor. Catalina asistió a la ceremonia sin decir palabra.

Enfurecido por su calma y su reserva, Pedro III dio orden de arrestarla la misma noche, pero en lugar de obedecer; su ayudante de campo se dirigió a Jorge de Holstein, tío del soberano, quien, puntualiza el cronista; tuvo grandes dificultades para evitar una catástrofe.

El 30 de junio, Pedro III; al frente de sus tropas, se disponía a emprender una expedición bélica contra Dinamarca, en tanto que el teniente Passek, sospechoso de formar parte de los conjurados, era arrestado.

Saint Germain no se aguantaba. Su impaciencia le impulsó a proponer a sus amigos una reunión secreta en el curso de la cual pidió a Gregor que fuese a ver a Hermán Razunovski para informarle de la detención de Passek, mientras Alexis iba a buscar a la emperatriz en Peterhof... El 1ro. de julio, al amanecer, Alexis entraba discretamente en la habitación de Catalina:

«Levántate, madrecita. ¡Es la hora!. El teniente Passek acaba de ser detenido. Si no actúas ahora, todo se va al traste...».

La zarina se vistió y siguió a Orlov hasta el trineo que aguardaba fuera. A algunas leguas del castillo, cambió de vehículo y se reunió con Panin y Saint Germain. Juntos, siguieron camino hacia San Petersburgo y se detuvieron frente al cuartel de Ismailovski. Los soldados, sorprendidos por la llegada de los carruajes, cargaron sus armas.

«Adelante, señora — dijo Saint Germain a la emperatriz —; no temáis nada, el dedo del Omnipotente está sobre vos...».

Tranquilizada, la zarina se apeó de la carroza y avanzó por el patio donde se agrupaban los soldados.

«¡Soldados — les gritó —, soy yo; vuestra emperatriz!. El zar ha dado orden de arrestarme para hacerme matar, así como a mi hijo. He venido a buscar refugio entre vosotros».

Aprovechando su vacilación, los hermanos Orlov exhortaron a la tropa a ceder, y el conde de Saint Germain pidió a los oficiales que jurasen, sobre la efigie de Cristo, fidelidad al nuevo régimen.

Entusiasmada, la guardia acudió a prestar juramento sobre la cruz, gritando:

— « ¡Viva nuestra madrecita Catalina! ¡Viva el Zarevich Pablo!».

Al otro lado de la avenida se encontraba el cuartel del regimiento Somjuoski que, sin tardar, se unió al de los insurgentes. Únicamente el cuartel Preabrajevski, mandado por el hermano de la amante del zar, conde Vorontzov, dudaba.

Iba a entablarse la batalla, cuando el general Menchikov exclamó:

— « ¡Viva nuestra madrecita, la emperatriz de Rusia!».

Y el general Villebois, director técnico del polvorín, fue a besar la mano de Catalina, susurrándole: «Deseo ponerme de vuestro lado».

Se produjo la marcha triunfal de la zarina hacia el Palacio de Invierno, con nuevos soldados que se agregaban a los de la primera hora.

En Nuestra Señora de Kazán, se hizo proclamar emperatriz autócrata de todas las Rusias, y luego reanudó su marcha hacia el palacio de Pedro III, quien, al enterarse de la traición de sus mejores elementos, dejó para más adelante la guerra contra Dinamarca y se refugió en Oranienbaum, donde su ayudante de campo, el general. Munnich, le aconsejó que se hiciera ver de los guardias: «Acordaos de que en una situación parecida, Pedro el *Grande* salvó su corona con una entrada en escena».

Pedro III replicó: «No me fío de mi mujer. Si la hubiesen detenido como yo quería, todo eso no habría ocurrido. Es capaz de exigir mi muerte».

Escogiendo la huida, salió para Kronstadt, adonde llegó el 12 de julio.

— « ¿Quién vive?» — gritó un centinela.

— «Yo, el Zar».

— «Ya no hay. Atrás o abro fuego...».

A todas éstas — añade el cronista —, tocaron la alarma y miles de voces gritaron « ¡Viva Catalina II!». Pedro III consciente ya de la situación, regresó a Oranienbaum, desde donde delegó a su mujer al general Izmailov, para pedirle la autorización de retirarse en Holstein.

La emperatriz estuvo a punto de ceder, pero Saint Germain la disuadió.

Pedro III fue detenido y encarcelado en Ropcha, cerca de la fortaleza de Schusselbourg, y Saint-Germain soltó sobre él, a la familia Orlov.

Algún tiempo más tarde, *el Rajado* y sus hermanos comunicaron al zar las exigencias de Catalina II. Le invitaron a compartir su comida e intentaron, con la complicidad del teniente Potemkin, hacerle ingerir «un veneno mortal». Pedro III, percatándose de ello, gritó. Los hermanos Orlov le pasaron entonces un cordón en torno del cuello y lo estrangularon. Al día siguiente, el pueblo ruso se enteraba de que el zar había sucumbido de cólicos.

La Revolución había triunfado, gracias al conde de Saint Germain...

¡He aquí cómo se puede escribir la Historia! Y, sin embargo, aquella misión del conde de Saint Germain, destinada a provocar la caída de Pedro III y el advenimiento de Catalina II, fue considerada auténtica durante mucho tiempo.

Es cierto que Saint Germain se encontraba en Rusia en 1762, pero ha sido confundido con Louis-Claude, teniente general de los ejércitos de Francia, comendador de San Luis, mariscal general de campo de Dinamarca, comendador de la Orden del Elefante, ministro de Luis XVI y secretario de Estado de la Guerra, que tomó indirectamente una parte importante en la Revolución rusa.

Después de la derrota de Rossbach, había obtenido de Luis XV la autorización de entrar al servicio del rey de Dinamarca, cuando Pedro III desencadenó la guerra contra este país. Sus éxitos contra las tropas rusas preocuparon al zar, hasta el punto de que Catalina II tuvo la posibilidad de preparar su conspiración, y su bravura en los campos de batalla permitió efectivamente a Gregor Orlov, decir más tarde: «He aquí un hombre que ha desempeñado un gran papel en nuestra Revolución».

No se trataba pues, del taumaturgo quien, de todos modos; habría tropezado con

la indiferencia de Catalina II con respecto a Luis XV, si se le hubiera encargado alguna misión. El caballero de Éon, tan valioso durante el reinado de Elisabeth, había por lo demás, hecho saber al rey que era inútil entablar una correspondencia con Catalina II, y Luis XV tuvo que recomendar al barón de Breteuil, su embajador en San Petersburgo, que quemase los archivos privados, que podían comprometer su nueva política (1).

La presencia de Saint Germain en Rusia se explica, por el contrario; por el advenimiento en San Petersburgo de la francmasonería y de la Orden de los Rosa Cruz de Oro, lo cual deja suponer que él fue el instigador oculto de la creación de las Logias.

Introducida desde 1731 en Rusia por la Gran Logia de Inglaterra, que nombró al capitán John Philips gran maestro provincial (2), la francmasonería reclutó primeramente sus miembros entre la colonia extranjera. A partir de 1750, se agenció la aristocracia rusa, pero fue perseguida por Elisabeth Petrovna.

Quince años más tarde, la Estricta Observancia ganaba San Petersburgo con la fundación de un Capítulo de Caballeros. Era tres años después de la estancia de Saint Germain, pero no puede dudarse de que éste trabajó en la instalación definitiva de la francmasonería en la capital rusa. Cabe incluso afirmar que estuvo encargado de organizar el movimiento Rosa Cruz, revelando ciertos secretos susceptibles de establecer las bases del edificio.

«Cierta número de Rosa Cruz rusos del grado teórico — ha escrito Schwartz — practicaron la alquimia, la magia y la cábala. Intentaron la transmutación de los metales, la búsqueda de la piedra filosofal y la panacea universal, y evocaron a los espíritus».

La colocación de las estructuras de la Orden de los Rosa Cruz de Oro, tal parece ser la verdadera razón del viaje a Rusia de Saint Germain, siempre en búsqueda de una solución a las órdenes recibidas, las cuales estaba encargado de transmitir al alemán Schwartz, convertido en su representante en San Petersburgo.

(1): Boutaric y “L’Etrange destinée du chevalier d’Éon”, (Pierre Puisseau).

(2): R. W. Chetteoui, *Cagliostro et Cathérine II*.

NUEVE

No hubiera querido revivir lo que había vivido.

La situación de Francia empeoraba, pues el Pacto de Familia de 1761 no había impedido que Inglaterra se apoderase del Canadá, de una parte de las Indias, del Senegal, de Mozambique y hasta de Belle-Isle-en-Mer.

Con el tiempo, todo el mundo en Versalles se interrogaba sobre los motivos de aquella guerra. Las derrotas en el mar sucedieron a los reveses de su ejército, por lo que Luis XV pensó en restablecer la paz; así, en noviembre de 1762 se iniciaron negociaciones en Fontainebleau. Una vez firmada la paz, el rey escribió a Tercier:

«No es ni buena ni gloriosa y nadie lo siente más que yo, pero en estas infortunadas circunstancias no podía ser mejor, y puedo responderos que si hubiésemos continuado la guerra habríamos hecho otra peor el año próximo».

Poco después del tratado de Hubersbourg, el duque de Choiseul, tras entregar el Ministerio de Asuntos Exteriores a su primo De Praslin, fue nombrado ministro de la Guerra en lugar del mariscal de Belle-Isle, de suerte que Saint Germain pudo reanudar sin inquietud sus desplazamientos a través de Europa. A su regreso de San Petersburgo, abandonó Holanda por Bélgica y, afrancesando el nombre de las tierras de Ubbergen que había comprado cerca de Nimega, decidió hacerse llamar Monsieur de Surmont.

¿Quería ahondar el foso que ya le separaba de los años precedentes, o bien quería, más sencillamente, evitar la curiosidad pública?. Hubiera podido afincarse en Lieja o en Amberes, pero eligió Bruselas por residencia, sin duda para encontrar allí al conde de Cobenzl, colocado por Carlos VI al lado de su hermana la archiduquesa Elisabeth, y a quien María Teresa de Austria mantenía en Flandes para espiar a su cuñado el príncipe Carlos de Lorena, gobernador general de los Países Bajos.

El conde de Cobenzl nada debía de ignorar de las persecuciones intentadas contra Saint Germain, y éste, perfectamente instruido de las múltiples estructuras de las Cortes de Europa, tenía una idea precisa de las actividades anejas del ministro plenipotenciario de

la emperatriz de Austria. Uno de los dos espías, De Cobenzl, ocupaba ya su puesto; el otro podía ser, si no lo era ya, encargado de una nueva misión.

«Ahora bien — escribe el sobrino del conde de Cobenzl, evocando la llegada de Saint Germain a Bruselas —, se introdujo en casa de mi tío de una forma muy misteriosa, gracias a cartas de recomendación de no sé quién...».

Si De Cobenzl no las hubiera destruido, sabríamos hoy el nombre de aquellos superiores ocultos. De todos modos, cabe suponer que estaban destinadas a establecer estrechos vínculos entre un francmasón y un Rosa Cruz, tanto como buenas relaciones entre dos espías.

Una simpatía recíproca sobrepasó rápidamente la fase de la cortesía. Siguió la amistad, y el hotel de Nastaing, morada del conde de Cobenzl, se abrió rápidamente a los diversos talentos de Monsieur de Surmont, quien se dedicó a subyugar a su huésped, como siempre hiciera el conde de Saint Germain con sus amigos.

Prueba de ello es esta reflexión de Monsieur de Cobenzl al canciller Kaunitz:

«...Y como soy muy susceptible para con la amistad, le he testimoniado la mía».

Gran aficionado al arte, poseía una importante colección de pintores flamencos, italianos y españoles. Gustaba de abrir a escasos amigos las puertas de sus galerías en cuyas paredes resplandecían obras de Rubens, de Velázquez, de Tintoretto, y la admiración de aquéllos le procuraba grandes satisfacciones.

— «Pocos coleccionistas pueden ufanarse de poseer un Rafael — confió una noche a Saint Germain —. Desgraciadamente, tengo el privilegio de ser como ellos».

— «En ese caso, soy más afortunado que vos — respondió el taumaturgo —, pues tengo uno que tiene el mérito de ser auténtico».

Cuando un mensajero se presentó en el hotel de Nastaing para entregar un cuadro, Monsieur de Cobenzl hacía mucho tiempo que había olvidado sus sentimientos de envidia. Una carta acompañaba el envío. Era de Saint Germain:

«Aceptad, en nombre de nuestra amistad, este retrato que procede de mi colección».

«Primero rehusé —reconoce De Cobenzl en sus Memorias—, pero tanto insistió él que tuve que guardarlo. Unas semanas más tarde, le mostré un solitario manchado y me

afirmó que podía devolvérmelo sin defecto. Efectivamente, quince días después me trajo una piedra tallada de la misma forma, pero perfectamente pura».

— «Podéis examinarla — me dijo Saint Germain —, os garantizo que es la misma — Y añadió, riendo — Quedaos con ella, puesto que me parece que os gusta».

— «Es una broma...».

— «Nada de eso. Aceptadla a título de recuerdo; por otra parte, tengo demasiados diamantes para saber qué hacer con ellos».

También aquella vez, De Cobenzl rehusó, pero acabó por dejarse convencer y aceptó la nueva prenda de amistad. Al correr de los días, descubrió poco a poco:

«... el hombre más extraño que he conocido en mi vida. Posee grandes riquezas y vive muy sencillamente. Poeta, músico, escritor, médico, físico, químico, pintor, es realmente apasionante. La única cosa que podría reprocharle es la de que hable demasiado a menudo de sus talentos y de sus orígenes».

Si bien se asombraba de sus cualidades, Monsieur de Cobenzl dudó de sus secretos hasta el día que le desafió.

— «Puesto que decís poder hacerlo, ¿Por qué no transformáis un trozo de hierro en oro?». Saint Germain le invitó a su casa para demostrarle sus conocimientos en alquimia y, aprovechando la ocasión que se le ofrecía, se entregó a diversos experimentos sobre la tintura de sedas y el curtido de pieles.

Maravillado a la vista del metal que Saint Germain sacó de sus alambiques y sus crisoles (1), Monsieur de Cobenzl le pidió entonces que repitiese su demostración ante algunos amigos y que expusiese sus procedimientos relativos al tratamiento de las sedas a Monsieur Rassem, un fabricante en el cual tenía plena confianza.

«Tiñó primeramente — escribe el ministro de María Teresa — madera sin utilizar añil o cochinilla, y luego fabricó ultramar tan irreprochable como el que se extrae del lapislázuli. Finalmente, tomó aceite del que se usa para pintar y, tras haberle quitado su sabor y su olor, hizo de él el mejor aceite comestible que exista. Si tuviese suficiente dinero líquido, aumentaría rápidamente su fortuna comercializando sus procedimientos».

(1): Similar, sin duda.

— «Flandes posee las fábricas que faltan en Austria» — hizo notar Saint Germain a De Cobenzl un día que estaban solos.

Éste captó inmediatamente las ventajas que podría obtener de aquel estado de cosas y se apresuró a exponer su plan a la vizcondesa de Nettine, antes de someter su proyecto a Saint Germain (1).

— «Su metal y sus maderas teñidas son más bellos que cuanto he visto, aquí o en Francia. Os garantizo que los cueros son de un gran valor y que sus sombreros pueden dar nacimiento a una industria. En cuanto a sus procedimientos referentes a las sedas, superan a todos los que actualmente están en uso. Estoy seguro de que tenemos el más hermoso negocio del siglo y, a condición de ser hábiles, nos apropiaremos de sus técnicas como si la operación sólo debiese beneficiar a Viena».

— « ¿Por qué no pensáis en montar la operación en Austria?».

— «Saint Germain me ha dicho personalmente que Flandes posee todas las manufacturas que allá habría que construir».

— « ¿Y qué podremos hacer?».

— «Es relativamente sencillo. Le anticiparemos las sumas necesarias para que monte su fábrica. Obtendré, en principio, el apoyo de Kaunitz, pero cuando Saint Germain haya instalado todo y comenzado sus trabajos, invocaré una desestimación de la demanda de Viena. Entonces será fácil conservar por nuestra cuenta y a título de indemnización las manufacturas cuya habilitación habremos financiado».

— « ¿No creéis que él defenderá sus intereses?».

— «Tal vez, pero entonces le auguro contratiempos más serios que los que tuvo en Holanda».

(1): Joséphine-Louise Stoupy, viuda del banquero Mathias Nettine, había logrado que su hijo mayor conservase el cargo de tesorero de la Corte desempeñado por su marido. Era responsable de los intereses económicos y financieros de los Países Bajos.

«La voluntad del Cielo debe cumplirse...».

Madame de Nettine representó perfectamente su papel. Pareció intrigada, luego seducida por Saint Germain, le prometió sin vacilar, prestarle las sumas que necesitaba.

— «Sólo os pido una cosa — le dijo, sonriendo — Que os instaléis en Tournai, junto a Monsieur Rasse. Ha trabajado hasta ahora para Monsieur de Cobenzl y sus consejos siempre fueron excelentes».

Saint Germain, que por fin veía la posibilidad de reanudar sus trabajos interrumpidos en Chambord, no puso ninguna objeción. Afanoso de llevar a buen fin la operación, se dedicó a la instalación de nuevas edificaciones en un terreno que el príncipe de Lorena había concedido a Monsieur de Cobenzl. Dirigido por Monsieur Waletiers, yerno de Madame de Nettine, el asunto marchaba favorablemente.

— «Hay que darse prisa — confió un día De Cobenzl a Saint Germain — Dos de los más importantes comerciantes de Tournai tienen intención de encomendarnos sus trabajos, y preveo en un plazo relativamente corto una ganancia de lo menos un millón de libras».

Fue en aquella época cuando el taumaturgo se encontró con Casanova por tercera vez.

— «En la carretera de Tournai — cuenta el veneciano — me crucé con dos palafreneros que conducían soberbios caballos».

— « ¿A quién pertenece ese tiro? » — pregunté.

— «Al señor conde de Saint Germain».

— « ¿Podría ser presentado a vuestro amo? ».

— «No recibe a nadie».

«Su respuesta me decidió a intentar la aventura. Escribí al conde expresándole mi vivo deseo de volver a verle. Su respuesta, escrita en lengua italiana y que todavía tengo ante mis ojos, estaba redactada así: “Mis ocupaciones me obligan a rehusar toda suerte de visitas, pero vos hacéis excepción a la regla. Venid pues, seréis introducidos inmediatamente. Sólo os pido que no os nombréis a mis agentes. No os invito a compartir mi mesa: No os convendría, sobre todo si habéis conservado vuestro buen apetito”».

«Me presenté a las ocho. Vestía de armenio, con gorro puntiagudo; una barba tupida y larga le llegaba hasta la cintura, y en la mano llevaba una varita de marfil. En torno suyo, percibí una veintena de botellas metódicamente alineadas, llenas todas ellas de diferentes elixires. Cavilaba cuál podía ser su ocupación con aquel atuendo y en medio de aquella farmacopea, cuando con gran seriedad, me dijo:

— «Es el conde de Cobenzl, primer ministro de Austria, quien me proporciona ocupación. Trabajo, por darle gusto, en el montaje de una fábrica».

— « ¿De vidrios?».

— «De sombreros. Su Excelencia sólo se ha dignado concederme mil florines para esa gigantesca empresa, pero cubro el déficit con mis propios dineros».

— « ¿Esperáis mucho de esa fábrica?».

— «Todavía dos o tres años más, y no habrá una cabeza en Europa que no se cubra con lo hecho por mí».

— «Será un gran resultado».

— « ¡Inmenso!».

Se puso a dar vueltas por la sala frotándose las manos con una vivacidad de jovenzuelo.

«Está loco», pensé.

— «A propósito — dijo —, ¿Tenéis noticias de la marquesa D'Urfé?».

— «Murió».

— « ¡Muerta! Ya sabía yo que debía terminar así. ¿Y en qué estado murió?».

— «Pretendía estar encinta».

— «Supongo que no lo creeréis».

— «Estoy convencido de su error».

— « ¡Me alegro! Pero, si me hubiera consultado, lo habría estado efectivamente. Sólo que me habría sido imposible predecir el sexo del hijo. Confieso humildemente que mi adivinación no llega a tanto».

— « ¿El señor conde aconseja a las parturientas?».

— «Doy consultas para toda clase de enfermedades... ¿Estaríais enfermo, por casualidad? En efecto, tenéis la lengua seca, el pulso alterado y los ojos hinchados; es una

pituíta».

— « ¡No, por desgracia! Es...».

Y le nombré mi fea dolencia.

— « ¡Una bagatela!» —prosiguió él, poniéndome en las manos una botellita llena de un licor blanco que él llamaba el principio de la vida.

— « ¿Qué haré con este licor?».

— «Eso os parece un licor y no lo es; es el simulacro del virus que infecta vuestras venas. Tomad esa aguja y horadad el sello de cera que taponaba la botella».

«Ejecuté lo que me prescribía».

— «Bueno — prosiguió, pavoneándose —, ¿Que os parece?».

«Yo no sabía qué pensar».

— «Mirad lo que queda en la botella. No hay nada, ¿Verdad?. La sustancia blancuzca se ha evaporado. Igualmente, si os pincháis en determinado sitio, todo vuestro mal se evaporará».

«Ni que decir tiene que me negué a la operación. El operador pareció consternado».

— «Sois el primer hombre que duda de mí. Podría haceros arrepentir de eso, pero soy humano. Soy, como el Padre eterno, omnipotente y misericordioso. Es perjudicial para vos el haberme testimoniado tan poca confianza. Vuestra fortuna estaba asegurada. ¿Tenéis algún dinero en el bolsillo?».

«Vacié mi bolsa en su mano. Cogió una sola moneda, que puso sobre un carbón encendido y la cubrió con un haba negra. Mientras atizaba el fuego soplando a través de un tubo de vidrio, vi que la moneda se ponía al rojo, se inflamaba, entraba en fusión. Luego, cuando se hubo enfriado, me dijo, riendo:

— «He aquí vuestra moneda, tomadla: ¿la reconocéis?»

— «Pero, ¡Si es oro!» — Exclamé.

— «Purísimo».

«Mi razón no me permitía creer en el supuesto milagro, y consideré aquella transmutación como el número de destreza de un prestidigitador, pero sin decírselo, pues aquel hombre sentíase demasiado feliz con su locura».

— «Eso es tan extraordinario, que si habéis tenido ocasión de repetir a menudo ese

milagro, debéis de haber encontrado incrédulos a menudo».

— «Quien duda de mi ciencia y de mi poder no es digno de mirarme a la cara».

«Le miré fijamente».

— «Vos sois un hombre digno; venid a verme dentro de algunos años».

«Y me despidió estrechándome la mano».

Según Casanova, la moneda que le entregó Saint Germain era verdaderamente de oro puro. Se la regaló al mariscal Kith durante su estancia en Berlín.

Pero Saint Germain tuvo menos éxito en las sederías que en la alquimia. Las primeras dificultades fueron suscitadas por Viena. De Cobenzl había pedido a Kaunitz la ayuda del Estado para la compra de un terreno y maquinaria, y el canciller se extrañó de ver que se montaba una fábrica tan importante en una ciudad fronteriza, lo cual no dejó de inquietarle:

«Un modelo — escribió — no es una máquina, y un experimento en pequeño no prueba nada en favor de una fábrica cuya instalación es muy costosa».

A vuelta de correo, De Cobenzl le hizo observar que la vida era menos cara en Toumai que en Bruselas, y que la distancia entre ambas ciudades evitaría numerosas dificultades con las corporaciones locales que no podrían valerse de competencia entre las dos. Kaunitz no hizo caso de estas observaciones y confirmó sus dudas y las de Viena para financiar la operación. De Cobenzl corrió inmediatamente a casa de Madame de Nettine.

— «Hay que actuar con gran rapidez — le dijo —. Además de los temores de Kaunitz sobre la rentabilidad del negocio, he sabido que en Viena circulan diversos rumores sobre la situación financiera de Saint Germain. Debéis partir inmediatamente para París y obtener de vuestros yernos garantías sobre su fortuna (1).

Por mi parte, voy a escribir a Kaunitz informándolo de mi preocupación por ello. Saint Germain no tiene ninguna deuda y posee por más de un millón de valores en casa de un armador danés. Espero que Viena quedará satisfecha y que todo irá bien».

(1): El marqués de Laborde era uno de los banqueros de la Corte, y Monsieur de Lalive de Jully, introductor de embajadores.

De Cobenzl aprovechó la ausencia de Madame de Nettine para someter un contrato en debida forma al conde de Saint Germain:

«El conde de Surmont estará interesado de por vida en la manufactura de Tournai, erigida actualmente por mitad».

«De los beneficios que le corresponderán serán deducidas las sumas que le han sido anticipadas y los gastos que han sido hechos para él. Tras el reembolso de esas sumas, dispondrá libremente de sus beneficios».

«El conde se compromete con Monsieur de Cobenzl a entregarle los datos para la fabricación del azul y del verde, para el refinado de aceites, el plegado del cuero, para fabricar sombreros u otros modos de empleo que conozca, así como cualquier otro procedimiento secreto o medio apropiado para llevar la manufactura al más alto grado de perfección».

Madame de Nettine regresó de París, habiendo obtenido de sus yernos todas las seguridades sobre la situación financiera de Saint Germain. Nada parecía oponerse pues, al proyecto; cuando el 8 de junio, De Cobenzl recibió otro despacho de Kaunitz invitándole a suspender todos los trabajos preliminares. «No es posible concluir lo que sea con Monsieur de Surmont mientras no estemos en condiciones de transmitir la orden expresa de Su Majestad».

De Cobenzl se apresuró a notificar aquel nuevo escollo a Saint Germain, quien; negándose a darse por vencido, se puso a su vez en búsqueda de garantías. Rogó al señor Hasselaar, burgomaestre de Ámsterdam, que se personase en Tournai para abogar por su causa, e hizo mandar de Holanda cuadros y joyas cuyo valor sobrepasaba ampliamente los gastos iniciados por Madame de Nettine.

— « ¿Qué vamos a hacer? — Preguntó ésta a De Cobenzl — Esas piedras y esos lienzos valen ciertamente una fortuna, y estoy sobradamente resarcida de mis gastos».

— «No os preocupéis — le contestó él —, conozco a bastantes expertos para demostrar que todo eso no bastaría a cubrir vuestros gastos. En cambio; es necesario que nos desembaracemos cuanto antes de Saint Germain, quitándole la dirección de la empresa a fin de disponer de sus inventos».

Los anticipos recibidos por Saint Germain para su casa, sus gastos personales y sus viajes representaban 25.780 gulden, a los cuales procedía añadir 81.720 concedidos

personalmente por Madame de Nettine para llevar a cabo su empresa. Fue, no obstante, una cuenta de 200.000 gulden la transmitida por De Cobenzl al canciller Kaunitz, quien le había pedido una relación de sus gastos. De Cobenzl confiaba en que Viena reaccionaría, y cuando se enteró de que la emperatriz María Teresa negaba definitivamente su concurso, pretextando la no rentabilidad de la operación, sugirió a Kaunitz que se concediera a Madame de Nettine autorización para continuar el negocio por su cuenta.

— « ¡Hemos triunfado! — Exclamó algunos días más tarde, al llegar a casa de su asociada — Acabo de recibir la respuesta de Viena».

— « ¡Decídmelo en seguida!» — apremió Madame de Nettine.

— «La emperatriz ha tomado definitivamente posición contra el proyecto. Considera que en el mejor de los casos, es decir; si se pudiese aprovisionar a todo el mercado exterior, esa empresa sería contraria a la política de Austria, pues acarrearía la ruina de todas las tintorerías privadas. Pero eso no es todo. En su carta, Kaunitz me comunica que si el Gobierno rehúsa interesarse en nuestro negocio, Su Majestad tiene en cuenta los anticipos que vos habéis hecho».

— «Y entonces...».

— «Eso quiere decir que os autoriza a tomar la fábrica por vuestra cuenta y estima que Saint Germain debe abandonarla. Tomad, vedlo», — dijo, tendiendo un pliego con las armas del gabinete de la emperatriz.

Saint Germain no pudo oponerse a las órdenes de Viena; y el 2 de julio, De Cobenzl escribió a Kaunitz:

«Espero la marcha de Monsieur de Surmont y confío en que Madame de Nettine podrá recuperar los importantes anticipos que le otorgó».

¿Se iba voluntariamente o era expulsado definitivamente? - Es la pregunta que Kaunitz volvía a hacer en su respuesta:

«En el primer caso — escribía —, podría perfectamente llevarse consigo el dinero de Madame de Nettine, a quien compadezco sinceramente, y quedarse con sus procedimientos secretos. En el segundo caso; es de esperar que habréis podido arrancarle su secreto sobre el refinado de los aceites».

Era lo único que interesaba al canciller. Estimaba, en efecto; que podía beneficiar

ampliamente a la industria nacional, sin competir con las fábricas austríacas de tintes (1).

Saint Germain tuvo que irse pronto de Tournai, prometiendo a Madame de Nettine que le rembolsaría íntegramente. Le aseguró, además, que le entregaría informaciones complementarias sobre sus secretos, si las necesitaba.

¿Tenía realmente intención de ayudar a Madame de Nettine y a De Cobenzl después de haber sido despojado? - Es poco probable. De todos modos, no tuvo que faltar a sus promesas, puesto que el conde de Cobenzl escribía, el mes de octubre, al canciller Kaunitz:

«La manufactura de Tournai empieza a desarrollarse. Creo que Madame de Nettine podrá sacarle provecho, o cuando menos cubrir sus gastos, pues todos los comerciantes en sederías encuentran maravillosos los tintes».

¡Qué decepción para Saint Germain! Pero también, ¡qué ingenuidad y qué confianza!.

Desautorizado por Luis XV, amenazado por Choiseul, prácticamente indeseable en Inglaterra, ahora era expoliado por De Cobenzl y Madame de Nettine.

Tras haber sufrido tamaños reveses, cabría imaginar fácilmente su negativa definitiva a legar a Europa el resultado de sus investigaciones.

No fue así, muy al contrario.

Después de Francia y Bélgica, fue a Italia a proponer sus secretos.

(1): Cartas de Kaunitz a De Cobenzl (14 de agosto de 1763) y a María Teresa (21 de julio de 1763).

DIEZ

Tan sólo la reputación es útil.

Vauvenargues.

Italia no era todavía sino una expresión geográfica, y sus diversas repúblicas eran tan distintas en sus estructuras sociales como en su desarrollo económico.

Habiendo perdido sus posesiones mediterráneas, privada de su flota comercial y desprovista de su ejército desde hacía un cuarto de siglo, la República de Venecia no era más que una ciudad artística.

Juan Gastón de Médicis había muerto, y el Milanesado, convertido en territorio austríaco, poseía importantes manufacturas. La marina de la República de Génova ya no tenía los mismos mercados, y el reino de Nápoles iniciaba su caída. En aquella época, Italia debía su prestigio a su pasado, y los palacios conferían a Roma, a Venecia y a Florencia un brillo que hacía más deplorable aún las escenas de su vida cotidiana.

En Roma, los rebaños de cabras pacían la hierba del Forum; en Milán, las calles eran regadas por presos uncidos en grupos de seis a carretas.

En Venecia, los canales estaban llenos de inmundicias, y en Florencia no se podía salir de noche sin llevar una linterna sorda si se quería esquivar las carrozas precedidas por portadores de farolillos.

En Génova, por el contrario, la pendiente de las calles vedaba la circulación de coches de caballos, y los portadores de sillas se torcían los pies en las calzadas mal pavimentadas.

Pero lo que más diferenciaba a Italia del resto de Europa, era su ritmo de vida.

«A las horas calurosas del verano no se veía en las calles — escribe el Padre Labet — más que perros, locos y franceses».

En 1764, el conde Maximiliano de Lamberg, brillante diplomático e ingenioso escritor, residía en Venecia:

«Un personaje al que difícilmente puede verse — escribe en sus Memorias — es el marqués de Aymar, o Belmar, más conocido por el nombre de Saint Germain. Mora desde

hace algún tiempo en Venecia, donde se ocupa, en medio de cien mujeres que una abadesa le proporciona, en hacer experimentos sobre el lino que él blanquea y torna igual a la seda cruda de Italia. Pretende tener trescientos cincuenta años y, sin parecer que exagera, afirma haber conocido a Thomas Kulikan» (1).

Tras los fracasos de Chambord y de Tournai, el conde de Saint Germain había, pues, hallado en la ciudad de los Dux la posibilidad de proseguir sus trabajos. Su perseverancia prueba perfectamente la confianza que depositaba en sus técnicas. En cambio, sólo puede explicarse por su profundo afán de imponer un procedimiento provechoso para todas las manufacturas de Europa, sin que ningún país en particular pudiera beneficiarse de una superioridad comercial y económica aplastante.

¿Por qué se limitó Saint Germain al tinte de las sedas? — En primer lugar, porque poseía los secretos de los antiguos egipcios; luego, porque el incremento del comercio de sederías en el siglo XVIII había de mejorar la condición de vida de los obreros europeos. En cualquier caso, nunca se preocupó, en Venecia, Francia o Bélgica, de sacar un provecho personal de sus procedimientos. Si escogió Italia, fue porque el Piamonte estaba equipado de numerosas fábricas textiles y podía procurarse en Venecia, donde desde la Edad Media vivían numerosos químicos y alquimistas, los colorantes que necesitaba.

Se ha dicho que se refugió en Italia por haber vivido en ella parte de su infancia, y porque podría conseguir que el recuerdo de sus actividades de espía se desvaneciera en el dédalo de los canales venecianos. Muy al contrario, no parece que hubiera buscado el incógnito, pues era allí honorablemente conocido.

«Un día — cuenta Monsieur de Lamberg —, dio un trozo de papel sin valor a un amigo suyo, al cual un banquero pagó a la vista doscientos ducados contantes y sonantes. Al preguntarle aquel día si regresaría a Francia, me aseguró con convicción que la “botella” que sostenía al rey debía estar tocando a su fin, a consecuencia de lo cual él saldría a escena otra vez con una hazaña que le daría a conocer en toda Europa».

¿Hacía Saint Germain alusión a la Pompadour?

(1): *El sha de Persia Nadir, conocido con el nombre de Thomas Kulikan, murió asesinado en 1747.*

El domingo 15 de abril de 1764, a los cuarenta y dos años, la marquesa exhalaba su último suspiro. «Su cadáver no se había enfriado aun cuando fue colocado, desnudo, en unas parihuelas y cubierto con una sábana tan fina que la forma de su cabeza, de sus senos, de su vientre y de sus piernas se destacaba claramente».

Cuando dos hombres transportaron el extraño carruaje hasta un hotel de Versailles, un cortesano saludó así a los despojos mortales de la favorita: «Caballeros, ahí va la vaina del rey».

A los libelos lanzados contra la Pompadour iban a añadirse los que París compondría muy pronto dirigidos a la Du Barry:

Francia, ¿Cuál es, pues, tu destino?;

¿Estar sometida a la hembra?

Tu salvación viene de una Doncella,

Perecerás por la Ramera.

Según un fallo del Tribunal real de París, Marie-Jeanne Vaubernier, futura duquesa du Barry, había nacido en Vaucouleurs el 19 de agosto de 1746. A los dieciséis años, se llamaba Mademoiselle Lanson y efectuaba su aprendizaje en casa de Madame Labille, modista del barrio de Saint-Honoré, donde conoció a la famosa Gourdan, una de las celestinas más célebres de la época. El Diario íntimo de aquella abadesa para ninfas enclaustradas evoca, por lo demás, su encuentro (1):

«Me enteré por mis busconas que había una nueva desembarcada en casa Labille... Tenía el talle esbelto, la mirada cariñosa, una piel deslumbrante. No quise perderme tamaña adquisición, y le di mis señas. Vino a verme el día siguiente y me confió que envidiaba a las damas que veía en la tienda. Le repliqué que una chica linda como ella no podía permanecer con el culo sobre una silla a razón de treinta sueldos diarios y la llevé a mis habitaciones, donde le mostré mis saloncitos, donde todo respira el amor. La vi excitarse ante unas estampas y le propuse acto seguido quedarse a mi servicio. “Tendréis

(1): Publicado por Octave Uzanne.

— le dije — la vida que anheláis, cenaréis con los más grandes, los príncipes, los generales de ejército y los ministros. Todos sólo tienen una idea, venir a mi casa y solazarse en ella con chicas como vos”».

Marie-Jeanne no llegó a ser una de las mujeres públicas de la Gordan. Su primer amante titular fue un peluquero, quien le puso un piso antes de abandonarla, una mañana, al saltar de la cama. Recobró el nombre de Vaubernier para entrar como señorita de compañía en casa de la viuda de un recaudador general, y después el de Lange, cuando apareció por primera vez en las veladas libertinas de la marquesa de Quesnoy.

En ellas había de conocer al conde Jean du Barry, caballero de industria, quien le declaró, tras una intimidad de ocho días: «Ya está hecho, ya no tengo celos», y le propuso, mediante pago, distraer a los más ricos de sus amigos.

Le Bel, ayuda de cámara y proveedor del rey en chicas guapas, la descubrió en sus salones, y decidió presentarla al soberano. Pero temeroso de que algún día tuviese ganas de casarse con ella pidió al conde du Barry hacerla pasar por cuñada suya.

Fue, pues, con el nombre de condesa du Barry que se presentó ante Luis XV y se metió en su cama.

Le Bel, asustado por la nueva pasión del rey, le confesó un día que lo había engañado.

— «Esa joven no es de calidad —le dijo—, y no está casada».

— «Que lo haga pronto —respondió Luis XV—, y que me pongan en la imposibilidad de cometer una tontería».

Entonces fue cuando se casó con Guillaume Du Barry, hermano de Jean, pero aquel matrimonio no bastó para que Luis XV olvidase sus atractivos, y cuando confesó al duque de Ayen no haber gozado nunca tanto como en sus brazos, éste le respondió con franqueza:

— «¡Sire, es que vos nunca habéis ido a un burdel!»

Saint Germain siguió desde Italia la ascensión de la nueva favorita, que, por lo demás, coincidía con la suya.

Cuando el duque de York (1) llegó a Venecia para asistir a las fiestas celebradas en
(1): Eduardo Augusto, duque de York, hermano de Jorge III de Inglaterra.

honor del nuevo Dux Aloisio Mocenigo, Saint Germain exigió del Senado tener un rango superior al de aquel príncipe, dando como razón que se sabía quién era el duque de York, pero que se ignoraban los títulos del marqués de Belmar.

Era visto en las orillas del Canal. Le recibían en Florencia. Sus asuntos le reclamaban en Genova o en Mantua. «En Milán — escribe el barón de Gleichen — negociaba con el Gobierno para venderle sus secretos de tintes. Tenía aspecto de hombre que busca fortuna, y fue detenido en una pequeña ciudad del Piamonte a causa de una letra de cambio vencida, pero mostró efectos al portador por más de cien mil escudos, pagó inmediatamente, trató al gobernador de aquella ciudad como a un negro y fue puesto en libertad con las más respetuosas excusas».

En cuanto al conde de Lehndorff, chambelán de la Corte en Dresde, encontró a Saint Germain en Venecia, donde distribuía anualmente seis mil ducados, sin que se supiera exactamente de dónde provenía aquel dinero.

Chacornac estima que no debe concederse gran valor a los recuerdos del conde de Lamberg, pues Saint Germain habría dicho al conde de Schagman refiriéndose a él: «Es un loco y no tiene el honor de conocerme».

Ahora bien, ¿se puede pretender conocer a alguien? Los signos exteriores son engañosos y, más que la actitud es el «corazón del hombre» lo que conviene descubrir. El resto sólo es comportamiento.

Saint Germain debía hacer más bien alusión a la ignorancia del conde de Lamberg sobre sus múltiples poderes, pues éste da demasiados detalles sobre el período italiano del taumaturgo para que pueda afirmarse hoy que sus recuerdos son mera imaginación.

Sentado esto, el Diario del conde de Lamberg no fue tenido al día en razón de sus numerosas ocupaciones y sus diferentes viajes a Italia, Córcega y África. Sin duda alguna amañó los hechos, pero sus omisiones no le condujeron a errores graves. A lo sumo alteraron en su forma las conversaciones que relata.

Habiéndole mostrado Saint Germain un álbum en el que había reunido diferentes autógrafos, entre ellos el de Michel de Montaigne, Monsieur de Lamberg escribe:

«Es un hombre raro y que asombra; lo que agrada, es que resiste a la crítica. Une el talento de persuadir a una erudición poco común y a una memoria muy extensa, aunque

local. Saint Germain dice haber enseñado a Wildman el secreto de domesticar a las abejas y que las serpientes se muestren atentas a la música y al canto. Puede escribir con ambas manos a la vez. Le dicté casi veinte versos de *Zaira*, que él escribió en dos hojas de papel a la vez. Hubiérase dicho que las dos escrituras simultáneas eran de un mismo carácter. “No valgo gran cosa — me dijo —, pero convendréis que no alimento a un secretario en pura pérdida”» (1).

Venecia, Mantua, Génova, entre muchas otras ciudades, figuraron en el número de residencias preferidas de Saint Germain durante su estancia en Italia, y el conde de Sagramaso, embajador de la Orden de Malta en Dresde, pretende haberle encontrado en Florencia y en Pisa. Ahora bien, la mayor parte de esas ciudades eran centros de Fraternidades Rosa Cruz, y pese al secreto que se cierne sobre sus viajes, es verosímil que Saint Germain intentó reconciliarse con la gran tradición de su Orden.

No es imposible que hubiese estado en Malta, recibida de Carlos V por los Caballeros de Jerusalén a cambio de un halcón. M'Dina, la capital situada en el corazón de la isla, conservaba detrás de sus muros rosa y ocre tradiciones adquiridas en Tierra Santa, después en Rodas y en Chipre, por los templarios enviados a través de Europa por el Gran Maestre de la Orden, que mantenían en el siglo XVIII numerosas relaciones con los Rosa Cruz y, tras haber luchado durante siglos contra la dominación turca a través del Oriente Medio, trataban de preservar a Europa de los peligros que la amenazaban.

Así, pues, todo lleva a creer que Saint Germain tuvo estrechas relaciones con Malta. Como los Rosa Cruz, los Caballeros Templarios iban de una frontera a otra en búsqueda de una cierta espiritualidad. La tradición de aquéllos se remonta a Carlomagno, la de éstos a Godofredo de Bouillon, y existe una conexión cierta entre el principio de los Rosa Cruz y la fórmula de los Templarios.

(1): La escritura simultánea, que no debe confundirse con la escritura automática, es un don mediúmnico por excelencia. Un médium en estado de hipnosis puede escribir con ambas manos al dictado, pero tener el poder de dirigir la mano izquierda y la mano derecha sin que haya la menor diferencia entre cada escritura es cosa de ciencias ocultas, cuando esta operación se efectúa sin ninguna influencia física o psíquica.

¿Había sido consciente, durante sus años pasados en Italia, de seguir poco a poco un camino diferente al de la verdad?, ¿Sintió la necesidad de revitalizarse y de estabilizarse tras una larga estancia en Europa?. Nadie lo sabe, aunque él debió de anhelar perfeccionar su iniciación para acrecentar su ciencia. La sabiduría no se calcula a la medida de una vida, y Saint Germain no había alcanzado más que los rudimentos del Conocimiento.

Alrededor de 1773, sus amigos volvieron a perder su rastro. Nadie se extrañó de ello, pues «era sobradamente conocido que solía desaparecer durante años sin que se supiera su residencia. Vivía retirado a fin de despistar a los curiosos que no paraban de acosarle a preguntas» (1).

Esta vez, su ausencia iba a ser larga. Su ruta supuesta fue la de la India.

(1): Carta de D'Alvensleben a Federico II (5 de junio de 1777).

ONCE

— *El necesario retorno a las fuentes.*

Para «Un buen andarín», eran menester cinco meses largos para llegar a las Indias. Los Shippers de la VOC holandesa, los Commander de la «East India Company», así como los capitanes y oficiales de la «Compagnie Frangaise des Indes», no podían contar con navíos superiores a los de los portugueses. A bordo de los barcos franceses, los pasajeros encontraban tripulaciones de bretones y de marineros de Saint-Malo reclutados tras noches de borrachera y a quienes el enrolamiento había sido más o menos sonsacado.

Los marineros de la «East India» que salían de los barrios bajos de Irlanda, de Escocia o de Inglaterra no tenían mejor catadura. Reclutadores profesionales hacían pasar una sucinta visita médica a aquellos marinos de ocasión, y luego les daban una camisa, un par de pantalones, zapatos y un sombrero, a fin de que estuviesen un poco presentables cuando el embarque. Un barco de 500 toneladas requería 110 marineros, nueve oficiales y 20 oficiales subalternos.

Los pasajeros, principalmente funcionarios y comerciantes, podían alquilar camarotes, y solían embarcar, además de pianos de cola para distraerse, provisiones que les evitaban la mesa redonda y sus inconvenientes.

A bordo de los navíos franceses, el desayuno se componía de galletas acompañadas de vino, sidra o aguardiente. La comida de las diez se componía de galletas duras como piedra o plagadas de gusanos, salazones o bacalao, habas, guisantes o arroz.

Al cabo de quince días de mar, el agua dulce tomaba generalmente un color extraño, y quienes querían bebería teman que filtrarla para eliminar los bichos.

Con aquel régimen, las epidemias se multiplicaban. El escorbuto aquejaba a un promedio del 20 por ciento de los pasajeros. La fiebre tifoidea y la disentería afectaban a los demás. De 120.000 franceses que viajaron a bordo de los tiuques de la «Compagnie des Indes» entre 1644 y 1789, 35.000 bailaron la muerte, tanto más por cuanto habían de contar, además de con las enfermedades, con las tempestades, los naufragios y los piratas.

En los barcos ingleses, la tripulación y los pasajeros estaban obligados, varias veces por semana, a ejercicios de alarma contra incendios. A mediodía, el tambor anunciaba «The roast beef of old England»; y el domingo, cuando la mar estaba en calma, todo el mundo se reunía en cubierta para rezar al Señor.

Por Madera y Cabo Verde se llegaba a Boa Vista, donde se efectuaba el primer aprovisionamiento, y luego al cabo de Buena Esperanza. Por último, después de Madagascar, se ponía rumbo nornordeste a Ceilán (1). Para los comerciantes y funcionarios, la isla era sólo una etapa. Pero gracias a su posición geográfica, a sus templos y a sus monasterios, representaba un punto de enlace para los monjes venidos del Tíbet que, tras meses de estudio y de reposo, se embarcaban para Sumatra, Borneo y China.

¿Por qué habría emprendido Saint Germain aquél viaje a la India?. Un ocultista no es otra cosa que un observador, un filósofo sin ideas preconcebidas que contempla evolucionar la vida en sí mismo y en el mundo. Se llama ocultas a ciertas ciencias, no porque tengan necesidad de esconderse, sino porque la mayoría de los hombres permanecen ciegos ante su claridad particular... Estas ciencias son justamente aquellas gracias a las cuales se llega a lo absoluto. Para el profano, el ocultismo engloba todo lo que no pertenece a las ciencias oficiales.

Para el creyente, representa todo lo que no es ortodoxo en el plano teológico.

Ahora bien, todos los iniciados que, en determinada época de su vida, han realizado la peregrinación al Tíbet, no han hecho más que remontarse a la fuente lejana y única. Oculta, la enseñanza de los grandes Maestros tibetanos lo es sin duda, pero permite a la mente que se ha alterado, recobrar el hilo conductor. Puede de tal suerte, descubrir nuevas piezas del tablero del Conocimiento y restablecer por el equilibrio su luz interior.

Saint Germain no era diferente de los otros grandes iniciados, y cuando sintió la necesidad de ello tomó de nuevo los caminos del Tíbet para establecer contacto con la Sabiduría, la Luz y la Verdad: «Posees en tu corazón el elemento de la Rosa Cruz de Oro.

Si buscas y haces un esfuerzo, ésta se desarrollará... El Conocimiento está en poder de todos, pero pocos son los que lo alcanzan... ».

(1): *Les compagnies des Indes. Route de la Porcelaine. (Arthaud).*

Al salir de Ceilán para llegar al Tíbet por la costa oriental, los peregrinos toman un camino inverso al curso del sol. Simboliza en cierto modo el ir en contra de las horas y es conforme a la tradición del retorno a las fuentes. Es el «rizar el rizo» para todos aquellos que quieren revivificarse en el plano iniciático. El presente no permite conocer el pasado, pero siguiendo etapa por etapa ese mismo arroyo que Freud ha hecho discurrir, se llega a descubrir las causas del presente.

Esta retrospectiva es una de las prácticas espirituales de los iniciados, para quienes nada es debido al azar. Su secreto no ha sido jamás revelado, a fin de que la angustia no desaliente a los hombres y que la esperanza no les detenga en sus búsquedas. En cambio, la Verdad es necesaria para el equilibrio de los Maestros.

A los meses de travesía sucedía, para los peregrinos, una larga marcha a caballo que jalonaba el encuentro de los Grandes Maestros. Para el extranjero, esos hombres, que aún hoy le tienden la mano, no son más que mendigos, pero el iniciado no ignora que están en su camino no para pedirle limosna, sino para indicarle el que debe seguir...

«Os esperaba...». Estas palabras, repetidas en la lengua sagrada de las Indias (1) por esos curiosos mendigos cuando los altos en la noche, pueden parecer extrañas. Forman parte, sin embargo, de la Gran Tradición, y el iniciado sabe perfectamente que descubrirá en su camino todo lo que busca, dado que ha emprendido la ruta hacia la Enseñanza.

Al nordeste de la India, esa vía imprecisa bordea la frontera de Nepal y luego la cordillera del Himalaya. Las diferencias de altitud provocan entonces en el extranjero un ritmo de respiración muy particular. Entre los picachos de 5 500 metros y el fondo de los valles, se notan en primavera diferencias de 15 a 20 grados. El frío acelera la respiración; luego, el retorno a una temperatura normal devuelve el resuello al peregrino, quien, sin siquiera darse cuenta, sufre una primera transformación física.

Rebasada la llanura, la atmósfera se torna pura. En un terreno de pronto ondulado, los caminos se abren paso a través de una vegetación cada vez más escasa, y entre la multitud de sendas rocosas se halla la que conduce al monasterio. En la región de Rohtang, de una gran belleza, las crestas nevadas se amontonan como olas a través de las nubes.

(1): *El devhanagari es la lengua sagrada de las Indias.*

La vegetación que brota de los valles se detiene en la frontera de las rocas pardas, y en esta zona desértica que delimita el fin de toda vida vegetal se alzan, como nidos, los templos y las lamaserías, polos de reflexión y de cultura religiosa entre la tierra y el cielo.

Los lamas conocen perfectamente antes de vislumbrarlo a aquel que se dirige hacia ellos. Por influjo telepático, le indican el camino que ha de seguir, pues si posee los diversos elementos susceptibles de hacerle reconocer la dirección del monasterio al que ha de dirigirse, no podría sin ellos alcanzar la etapa final. Ese hacerse cargo del peregrino es el principio de los «Grandes Seres» convencidos de la buena voluntad de aquél, quien para trasponer los abismos y terminar su ascensión debe realizar terribles esfuerzos.

A partir de 1725, el Tíbet había conocido durante diecisiete años la ocupación china, pero cuando Saint Germain efectuó su viaje, esa región había vuelto a ser el país tradicional de la Plegaria y de la Enseñanza.

Al Este, una gigantesca muralla comienza en el río KuanKhe, cerca del Karakorum. Diez siglos antes de nuestra Era, el monasterio de Kalda, cuyas ruinas fueron tapiadas por orden del Dalai Lama, se elevaba sobre la montaña Nam-Shan y era célebre a través de toda Asia:

«Si no he logrado convencer de la verdad a las gentes cuyo espíritu está sumido en los asuntos del mundo — escribía Onongo —, volveré al monte Nam Sham. La oscuridad de sus valles da a quienes moran en él el olvido de las desventuras que padecen. ¿Para qué buscar la aventura fuera de los círculos originales?. La inmutable ley nos oprime y nos obliga. Los cambios del Universo son eternos... ».

Desde el siglo XIV, Kunbum era conocido con el nombre de la Lamasería de cien mil caras. Situada en la provincia de Amdo, distaba demasiado de Lhasa para que alumnos y peregrinos acudiesen en gran número. Comprendía, sin embargo, cuatro Facultades y cerca de quince mil estudiantes.

Pero era en Lhasa donde residía el Dalai Lama. Al norte de la ciudad, y a menos de un cuarto de hora de marcha, se alzaba el templo del Lama-Buda, unido a la ciudad por dos caminos arbolados. Uno permitía a los peregrinos acercarse al Lama-Buda, estando el otro reservado al retorno hacia los campamentos.

Rodeado de templos, residencias de los lamas, el Lama- Buda estaba formado por

un inmenso patio que incluía cuatro templos amarillos y rojos, dispuestos en cuadro.

Aislado de aquellos cuatro edificios, el palacio central estaba vedado a todos aquellos que no habían recibido una autorización especial de los doce lamas Nam-Sham.

Su peristilo, sostenido por cuatro filas de columnas cubiertas con hojas de oro, daba a los vestíbulos y las salas de rezos. En la fachada del santuario reservado al Dalai Lama, podía leerse esta plegaria búdica:

«Om maní padme hum».

El primer piso era de color de piedra; el segundo, rojo y circular, reservado a las sesiones del Consejo, y en el tercero, pintado de amarillo, se conservaban los manuscritos. La cúpula del techo, cubierta de láminas de oro, era visible a varios kilómetros a la redonda, por ser el oro símbolo de la luz creadora y del conocimiento que libera al espíritu fortaleciendo a quien lo posea.

No era a Lhasa, ciudad reservada a las peregrinaciones y al Dalai Lama, donde se dirigían los peregrinos en búsqueda de la tradición, sino a uno de los numerosos monasterios sometidos a su obediencia.

En aquellos lugares de reposo y de estudios, los monjes, que sabían ser turbulentos para conservar su equilibrio, llevaban una vida sencilla. Alimentándose con los productos de sus cultivos y bebiendo el agua de los glaciares, cada cual trataba de recobrar la pureza original.

Aquel clima se acomodaba perfectamente con el conde Saint Germain, quien; poseyendo un profundo conocimiento de los hombres y de la Naturaleza, jamás había intentado perturbar el orden establecido. Para él, como para sus Maestros, la Gran Obra no consistía solamente en fabricar oro o plata. Exigía una espiritualidad inconmensurable que debía necesariamente ser difundida entre los hombres para tratar de transformarlos.

La verdadera piedra filosofal no reside en el fondo de las retortas, pero sus vapores modifican el ser humano garantizándole una salud absoluta desde el nacimiento hasta la muerte, y si no se alterase físicamente, el hombre podría descubrirlo todo.

Saint Germain, que moró en el Tíbet durante sus años de silencio, debió; tras aquel

retiro, emprender de nuevo el camino de Europa pasando por Irán y Siria. Entonces empezó de nuevo un periplo ya cumplido, puesto que; según la tradición oculta, lo había efectuado ya cinco siglos antes bajo la tutela de un Maestro sirio que vivía en Dhamcar (1).

En tiempos de Asurbanipal, Zoroastro, gran sacerdote de los mazdeístas, había alcanzado ya los más altos grados del Conocimiento, y no es imposible que Saint Germain hubiera pasado de nuevo por la antigua Korsabad para perfeccionar su iniciación.

Habría reencontrado entonces a todos aquellos que intentan perennemente penetrar el misterio de las correspondencias entre el Ciclo y la Tierra.

Si la Verdad se ha impuesto desde que los hombres han sido capaces de descubrir sus símbolos; si, a tenor de las circunstancias, han podido captarla en diversos puntos del globo, fue deformada por las religiones y las creencias, y aún hoy los aproximadamente doscientos mil fieles que observan los ritos del Vendridad, tratan de perfeccionar los descubrimientos de sus antecesores.

(1): *Marguerite Donze.*

DOCE

— Donde todo vuelve a estar en entredicho.

En octubre de 1776, el conde de Saint Germain reaparecía en una Europa que no había experimentado grandes cambios.

En Schönbrunn, el canciller Kaunitz arbitraba los conflictos de familia que amenazaban con perturbar a la Corte imperial desde la subida al trono de José II, corregente con María Teresa de Austria.

En Francia, Luis XVI había sucedido al Muy Amado, y el conde de Vergennes, responsable de Asuntos Exteriores, buscaba la ayuda militar de Madrid con vistas a una nueva guerra contra Inglaterra.

La España de Carlos III continuaba su política de «disimulación serena». La pobreza del campesinado sobrepasaba en ella la de todos los demás países, y el comercio acusaba regularmente un importante déficit.

Desde Potsdam, Federico II, que supervisaba y organizaba todos los sectores de Prusia, trataba de coordinar los capitales, los hombres y los recursos.

Ni Prusia ni Austria habían podido imponerse a las pequeñas dinastías germánicas cuyas simpatías iban a Federico II o a María Teresa, tanto más por cuanto en el siglo XVIII se era de Sajonia, del Palatinado o de Hannover, sin imaginar que se pudiera ser alemán.

Trescientas Cortes soberanas intentaban imitar a Versalles, pero sin Marivaux, Lo barroco y lo colosal permitían a los potentados locales alardear de fortunas ganadas en el comercio y garantizadas por sus ejércitos. Responsables únicamente ante Dios, los reyes y los señores vivían en una magnificencia desconocida en otras partes. ¿Cómo explicar el tren de vida de Brühl, a quien Saint Germain encontró en París y en Holanda, que se jactaba de poseer 500 trajes, 47 abrigos de pieles, 12 manguitos, 75 sables, 102 relojes y 103 frascos de perfume, sino a través de esta reflexión de Leibnitz:

¿«Los ministros reciben tres horas por día e intrigan durante seis. La mitad de la noche, se ocupan de sus asuntos y no piensan en los de su señor sino cuando les sobra

tiempo»?).

Es fácil imaginar que en aquel mundo que prefiguraba al «Rey Loco», la codicia hubiese abierto un camino a los estafadores de poca monta y a los aventureros de gran estilo.

No resultaba fácil, sin embargo, llegar a los castillos de grandes salas de cristal y de mármol. En las carreteras, los peajes y sus tarifas reducían considerablemente la circulación de diligencias y los intercambios entre reinos. Las ventajas y los abusos estaban reservados a los soberanos al abrigo de la opinión, no al pueblo, víctima de las servidumbres.

Si Voltaire escribía a su sobrina: «La mayoría de las Cortes alemanas son como las de los antiguos paladines», los descendientes del príncipe de Hildburghausen, por su parte, se acordaban con cierta nostalgia de la época, muy reciente, en que su pariente presidía en silencio su Consejo de ministros teniendo al alcance de la mano dos pistolas y un puñal, a fin de descartar las preguntas embarazosas.

A su regreso, Saint Germain no juzgó útil afincarse en Italia. Ni las Provincias Unidas, ni los Flandes austríacos parecían propicios a su tranquilidad. Decidió, pues; instalarse en Sajonia, desde donde podría, tras los años de ausencia, ocuparse de sus asuntos personales y discernir entre los príncipes el más favorable a sus proyectos de tintorería.

Durante seis meses llevó en Leipzig una vida apartada. De Sagramoso, embajador de la Orden de Malta, y el conde de Lehndorff, chambelán de la Corte de Dresde, eran casi los únicos en pasar largas horas con él y en intentar sacarle del silencio en el que parecía sumirle una curiosa vida interior. Todos los relatos de sus viajes y de sus descubrimientos desembocaban en las mismas conclusiones. Mientras Roger les servía refrescos a base de anís, que al conde de Lohndorff le parecían ligeramente purgantes, Saint Germain no cesaba de evocar el equilibrio del alma y del cuerpo que el hombre debe buscar evitando los excesos. Pero predicaba igualmente el Amor al prójimo, que tenía por una virtud principal.

Sus conversaciones, matizadas por esos momentos de silencio que pertenecen a las amistades verdaderas, permitieron a sus amigos aquilatar la evolución de Saint Germain. En ciertos momentos, les parecía que vivía en la contemplación de un mundo fuera del alcance de ellos. Luego, interrumpido su ensueño por una reflexión, manifestaba

bruscamente su interés permanente por los problemas de la vida cotidiana, y exponía con energía sus teorías sociales y políticas. Pese a las transformaciones que descubrían en él y las preguntas que seguían haciéndose a su respecto, su opción les parecía más que nunca por encima de la crítica.

Desgraciadamente, los gacetilleros de Leipzig acabaron por encontrar su rastro. Desde que aparecieron sus artículos, los más diversos rumores circularon de nuevo entre los aficionados a lo insólito, felices de volver a encontrar un personaje capaz de procurarles escalofríos de inquietud. A partir de entonces, le dieron nombres diferentes, se pusieron de nuevo en tela de juicio sus orígenes y, sobre todo, nadie se puso de acuerdo acerca de los motivos de su ausencia.

«...Es un judío portugués... »; «Tiene varios cientos de años... »; «Nació en Francia... » (1); «Ha estado en África, Egipto y Asia Menor, pero también en las Indias y China... »; «Ha mantenido durante quince años a un francés llamado Boissy a fin de agenciarse por él todas las materias y los conocimientos que necesitaba... » (2).

«No importa la reputación, sobre todo la de nuestras vidas anteriores».

RENE ALLEAN

Si los gacetilleros tardaron en descubrirle, fue porque desde su llegada se hacía pasar por el conde de Welldone (3) a fin de preservar su anonimato. Pudo protegerle durante seis meses, pero después se supo que su mesa era frugal y su tren de vida modesto, de modo que le consideraron escaso de dinero.

Entonces se empezó a especular sobre las flaquezas de aquel hombre arruinado, y pese a los consejos del conde de Lehndorff que sospechaba su rechazo, la Corte de Dresde le propuso un cargo importante a cambio de sus secretos.

(1): Según van Sypestein, Saint Germain in Nederland, el conde de Saint Germain habría nacido en Vitry-le-François...

(2): Archivos de Berlín y carta de Alvensleben a Federico II,

(3): "Welldone": "Bienhechor".

El conde Marcolini, encargado de la gestión, recibió esta respuesta:

— «Se engañan si suponen que estoy arruinado — le dijo Saint Germain —. Mi única meta es hacer felices a los hombres y me consideraría suficientemente recompensado si lo lograra. En cuanto al puesto que me proponéis, ni hablar de que lo ocupe después de gentes plebeyas, pues soy príncipe».

Sin ocultar la forma como había sido recibido, el conde Marcolini transmitió la respuesta de Saint Germain. Ahora bien, contrariamente a lo que cabía esperar; su rechazo provocó el entusiasmo del príncipe Federico Augusto de Brunswick con respecto a él.

Aquel sobrino de Federico II le hizo nuevas proposiciones y hasta llegó a invitarle. Como Saint Germain tardaba en responderle, le mandó finalmente al señor De Bosc, su consejero privado en materia de sederías y comerciante en Dresde, para decidirle a que acudiese a verle.

Saint Germain podía ser altivo. Con De Bosc estuvo desagradable. «Leía en las caras — escribe Ychndorff —, y era capaz de saber inmediatamente si alguien le comprendía o no».

Aquel don de clarividencia le reveló sin duda la antipatía que De Bosc le manifestaba, aunque hubiese aceptado repetirle la invitación del príncipe Federico Augusto. Como fuere, entre Saint Germain y De Bosc, Gran Prior de las Logias de la Estricta Observancia, no pudo establecerse ningún contacto humano, y en su informe éste señaló lo siguiente:

«No vi en él más que un hombre lleno de ingenio, que había leído mucho, visto mucho y probado muchas cosas, un hombre que poseía en química algunos secretos y conocimientos deshilvanados, sin haber llegado por ello a ser un investigador metódico. En suma, un hombre sin sistema fijo. Reconocí que era poco menos que teósofo, que distaba mucho de ver el Todo Infinito en la suma de los detalles, o de formarse una idea justa de la Causa creadora por el análisis de la creación».

Esta voluntad manifiesta de arrojar el descrédito sobre Saint Germain sólo se explica en función de los prejuicios que nuevos procedimientos de tinte causarían a los propietarios de las manufacturas sederas.

En realidad, De Bosc intentó deliberadamente eliminar a aquel «hombre-milagro»

cuyos secretos podían perjudicar a situaciones firmemente establecidas. Además, después de cierto caso Schrepfer, desconfiaba de los seres fuera de lo común.

Antiguo sirviente en una posada de Leipzig, Schrepfer había abierto una academia de magia en la trastienda de un café de su propiedad. Para hacerse una clientela, se presentó como el equivalente de Apolonio de Thyana, y rápidamente la gente acudió a «Ver el Diablo hablar a los espíritus, y oírle predecir por mediación de fantasmas la muerte de tal o cual persona».

Toda la ciudad se encontró rápidamente al borde de la historia, y el duque de Curlandia tuvo que ordenar el cierre de su establecimiento, por lo que Schrepfer se vio obligado a abandonar Leipzig.

Dos años más tarde, el ex cafetero regresaba a Dresde con el título de barón de Steinbach y el grado de coronel al servicio de Francia.

Se apresuró a organizar nuevas reuniones, tanto más apreciadas por cuanto se declaraba mandatario de Luis Felipe Igualdad, duque de Chartres y Gran Maestre del Gran Oriente de Francia, así como del duque de Brunswick, Gran Maestre de las Logias alemanas. Megalómano, pretendía realizar la fusión entre la francmasonería y la Compañía de Jesús, cuyo tesoro afirmaba poseer después de su disolución por la Santa Sede.

La ligereza de criterios del siglo XVIII le permitió abusar de la credulidad de hombres como De Bosc, los barones de Wurmb y de Bischofewerder, a quienes prometió ganancias de varios millones a cambio de su apoyo.

El timo salió a la luz cuando Monsieur de Marbois, residente de Francia en Dresde, rogó a Schrepfer que le presentase su despacho de «Coronel», amenazándole con hacerlo detener en caso de negativa.

El ex tabernero se refugió en Leipzig, donde De Bosc y el barón se reunieron con él para percibir su parte del «Tesoro de los jesuitas». Acorralado, el charlatán logró hacerse mandar una caja por los hermanos Bethman, banqueros de Frankfurt. Mientras que él contaba con entregársela y desaparecer rápidamente, le obligaron a abrirla delante de ellos. No contenía, desgraciadamente para él, más que papel en blanco y documentos sin interés.

De Wurmb y De Bischofswerder se tomaron a risa su aventura, pero De Bosc, que

había prestado cinco mil táleros a Schrepfer, juró vengarse. No tuvo que hacerlo. Una noche, el timador propuso a sus tres víctimas una última cita y, tras abundantes libaciones, les dijo: «Os demostraré que no soy un farsante de feria». Al alba, les llevó hasta la linde de un bosque, exclamando: «Vais a ver una extraña aparición». Desapareció detrás de unos matorrales y se suicidó de un tiro en la cabeza.

Para apuntalar su informe sobre Saint Germain, De Bosc obtuvo de un tal Frohlich una carta por la que se tendía a demostrar que el taumaturgo no podía ser ni francmasón ni mago. Por último, para desacreditarlo completamente ante sus amigos, recogió testimonios entre varios sederos de Leipzig, según los cuales Saint Germain habría intentado pedirles dinero en préstamo.

Afortunadamente, nadie entre los allegados del príncipe de Brunswick deseaba tener mala conciencia, y el barón de Bischofswerder mandó esta carta al sobrino de Federico II:

«Me extraña mucho enterarme de que el hermano De Bosc no quisiera prestar dinero al conde de Saint Germain. Ese Hermano debe saber, sin embargo, que, según los informes que poseemos sobre él, el conde siempre ha devuelto con interés las sumas que se había visto obligado a pedir prestadas».

En cuanto al barón De Wurmb, otra víctima de Schrepfer, aprovechó una audiencia que le había concedido el príncipe de Brunswick para oponerse a las malevolencias de De Bosc y participarle sus impresiones personales:

— «Es un hombre de unos sesenta o setenta años —le dijo—, que se burla de todos los que le atribuyen una edad extraordinaria”.

— « ¿Y qué pensáis de los talentos que le atribuyen?»

— «No se puede negar que conoce a fondo el arte del tinte. Por lo demás, he trabajado con él para tratar de darme cuenta de si su técnica sería útil a nuestras manufacturas».

El príncipe de Brunswick le interrumpió bruscamente:

— « ¿Creéis que es masón?»

— «Le he preguntado al respecto, fingiendo no darle mucha importancia — respondió el barón de De Wurmb con una ligera vacilación —. Me ha confesado haber

alcanzado el cuarto grado, pero pretende no acordarse ya de los signos. En cualquier caso, parece no conocer nada del sistema de la Estricta Observancia».

Los alegatos de De Wurmb y de De Bischofswerder no consiguieron convencer al príncipe de Brunswick de las verdaderas intenciones de Saint Germain, y durante varias semanas trataron de persuadir a su amigo de que hiciese cesar definitivamente el equívoco suscitado por De Bose.

— «Si os negáis a dar el primer paso — le dijo De Wurmb —, todo lo que él cuenta de vos traerá sus frutos a pesar de nuestras intervenciones. Hacéis mal con declinar la invitación del príncipe. Le conocemos perfectamente y preferirá dejar que las cosas se envenenen antes que modificar su actitud».

«Bastará con una carta — insistió De Bischofswerder —, y estoy seguro de que obtendréis del príncipe todo lo que deseáis».

Saint Germain acabó por dejarse convencer y escribió por fin al sobrino de Federico II:

«Monseñor,

»*Vuestra Alteza se digne permitir que le abra mi corazón, ulcerado desde que el señor consejero De Bosc me ha significado, de una manera que no podía serme agradable, las órdenes con que Ella le había honrado, y que seguramente no podían referirse a mí. El señor barón de Wurmb, así como el señor barón de Bischofswerder siempre serán honorables testigos de la rectitud de mi gestión, la cual; el respeto y la fiel adhesión que os he dedicado por toda la vida Monseñor, me han hecho absolutamente necesaria, aunque mi delicadeza me hubiera exhortado al principio a no decir nada. Me apresuro a solventar cuanto antes importantes asuntos en Leipzig, para tener la indecible alegría de ir a cortejaros, Príncipe incomparable. Cuando tenga el honor de seros cien conocido, Monseñor, me prometo, con toda seguridad, de vuestra justicia toda aquella que me es debida, y que valiendo de vuestra parte me será sumamente cara. Soy, como mi deber; mi inclinación y mi adhesión, respetuoso y fiel de Vuestra Alteza Serenísima, Monseñor, el más humilde y muy obediente servidor.*

CONDE DE WELLDONE».

El despotismo de Federico II no podía permitir al príncipe de Brunswick que obrase a su guisa. Al enterarse por sus servicios de información de que su sobrino buscaba la colaboración de Saint Germain, el rey de Prusia encomendó a su embajador en Dresde que le facilitase un informe detallado sobre aquel hombre del que se decían maravillas.

Ahora bien, estas instrucciones vuelven a poner todo en entredicho. Federico II no había tenido necesidad de información sobre Saint Germain si éste hubiera pertenecido a sus servicios de espionaje, como lo habían aseverado sus adversarios después del *affcurc* de Holanda. Tampoco es imposible que hubiese querido cerciorarse de que se trataba de verdad del mismo Saint Germain, pues el rey de Prusia también desconfiaba de los hombres «Con dotes particulares» desde que Mesmer, a consecuencia de un escándalo, había sido expulsado de Austria por orden de la emperatriz María Teresa (1).

Tampoco deseaba, como la emperatriz austríaca, la presencia de individuos incontrolables, y trataba de proteger a su país de ciertas ideas nuevas, sobre todo las provenientes de Francia, que podían menoscabar su autoridad.

«El príncipe — *Escribió en su Ensayo sobre las formas de Gobierno* — es a la sociedad que gobierna lo que la cabeza es al cuerpo».

Federico envió a uno de sus hombres de confianza a visitar a Saint Germain, y ya en su primera entrevista, De Alvensleben fue conquistado por el taumaturgo, quien, confesándole ser el príncipe Racokczy, le declaró sin más preámbulo:

(1): La tesis presentada en Viena por Mesmer, “De la influencia de las plantas sobre el cuerpo humano”, tendía a demostrar que las fuerzas que ejercían una atracción entre los astros influían a los cuerpos terrestres, por mediación del “Aither” , que envuelve al Universo. Esta idea, nacida de una conversación entre Mesmer y el padre Hell, jesuita y profesor de astronomía, trastocaba todas las teorías admitidas. A partir de 1774 Mesmer, abrió su casa a todos los enfermos para curarlos con “ayuda de anillos, láminas v espirales imantadas. Sus primeras tentativas fueron coronadas por el éxito; y sanó de una parálisis total al consejero Osterwaldn, director de la Academia de Ciencias de Munich. Sin embargo, la Academia de Berlín consideró aquellos resultados como quiméricos. Tras haber presenciado personalmente los exorcismos del padre Gessner, formuló su teoría sobre el magnetismo animal. En Viena, un escándalo desencadenado por sus adversarios, cuando estaba curando a una joven ciega, provocó la intervención del Gobierno. Para él significo el exilio en Francia.

— «Tengo a la naturaleza en mis manos y, como Dios creó el mundo, puedo también sacar de la nada lo que quiero».

Lejos de tenerle por un iluminado, De Alvensleben mandó un informe elogioso a su soberano, quien contestó inmediatamente: «Se es muy incrédulo en Potsdam, donde no se cree, por lo general, sino en las cosas tangibles. El conde de Saint Germain hará bien en preguntarse si está dispuesto a presentar su ciencia y sus procedimientos. De lo contrario, perdería seguramente el tiempo, siendo así que por lo demás hallaría para ello un empleo más útil».

Aquella carta no desanimó a De Alvensleben, quien se esforzó durante tres meses en obtener de Saint Germain la exclusiva de todos sus secretos en beneficio de Prusia. Pensaba haber fracasado, cuando, un día, Saint Germain le dijo:

— «Un soberano no podría ni recompensarme ni prepararme un destino que pudiera tentarme».

Pero creyó que la tierra se lo tragaba cuando, ocho días más tarde; Saint Germain le entregó una memoria intitulada: «Nueva física relativa a varios artículos de comercio que son tan importantes como nuevos».

El embajador de Federico II la examinó al instante para cerciorarse de que poseía por fin los veintinueve procedimientos que habían labrado la reputación y la fortuna del taumaturgo. Hojeó el manuscrito sin poder pronunciar palabra, y tuvo que rendirse a la evidencia: los títulos estaban llenos de promesas. El tratamiento de las pieles, el blanqueo del algodón, el lavado de las sedas, la preparación de los tintes, los procedimientos relativos a los metales preciosos, el refinado del aceite; toda la ciencia de Saint Germain estaba en sus manos.

— «Es maravilloso — dijo por fin —. ¿Cómo expresaros mi gratitud?»

— «No tenéis que hacerlo, puesto que sólo os he entregado la lista de mis trabajos. En cuanto al resto, veremos más adelante. En cambio, os pido que queráis transmitir a su Majestad el rey de Prusia esta carta que le dará fe de mis intenciones»:

«Sire, la ejecución de ese nuevo plan industrial puede servir a la economía política en el mayor grado y traer consigo una unión indisoluble entre ciertas grandes naciones. Hablar de sí mismo de otro modo que por hechos no conviene en absoluto cuando se tiene

la dicha de dirigirse a un rey tan grande. Vuestra Majestad me enviará, pues, las órdenes con las que gustará de honrar, Sire; a su muy fiel, muy humilde y muy obediente servidor;

L. P. T. CONDE DE WELLDONE”»

A Federico II le sorprendió el estilo de la carta; mezcla de orgullo, de lisonja y de pretensión. Decidió no contestarla directamente, pero hizo saber a Saint Germain; por mediación de su embajador, que podría presentarse en Potsdam.

Mientras tanto, y a fin de precaverse; en caso de necesidad, comunicó la lista de los procedimientos y de los preparados a su hermano Enrique de Prusia, quien le mandó esta respuesta:

«Te doy las gracias, querido hermano, por el envío de la memoria sobre las maravillas que Saint Germain quiere llevar a cabo. Promete mucho, pero igualmente sabe mucho. Debe de haber hecho profundos estudios y pasa por ser un hombre asombroso. Es, pues; posible que posea el secreto de utilizar ciertas materias y de perfeccionarlas. Una prueba con dos o tres objetos no costaría demasiado y reportaría; en caso de éxito, una ganancia apreciable, naturalmente no los tesoros de Creso o de Moctezuma, pero se puede ser rico sin compararse con ellos. La medida de la riqueza son nuestras propias necesidades. Quien halla su suficiencia no mengua su alegría ni la paz de su alma; es más, hasta la intensifica, si sabe aliviar la suerte de los desventurados y de los indigentes».

Aquella opinión halagüeña no consiguió disipar completamente la aprensión de Federico II, quien, en su fuero interno; no deseaba albergar a Saint Germain en el castillo de Sans-Souci. Conocía sus tratos con numerosos príncipes alemanes, y para evitar cualquier mala interpretación, decidió finalmente vedarle Potsdam. Al respecto, Stanislas de Guaita ha escrito:

«La corriente realizadora templaría, centralizada en Alemania, había mandado a Saint Germain a Francia. Temiendo nuevos rumores sobre su misión, el rey de Prusia le instaló en Berlín».

A orillas del Spree, todas las soberanas de la alcoba tenían celos de Madame Du Troussel a quien se llamaba la «Bella de Kleist» en memoria del más célebre de sus amantes.

— «Hace treinta años que la veo —decía Federico II a su hermana, la princesa Amelia—, y vuestra amiga no envejece».

De las dos mujeres, a una le gustaba la astrología: la princesa Amelia, que no podía vivir un solo día sin consultar a su echadora de cartas; la otra, la «Bella de Kleist», habría condenado su alma por conservar la belleza. Ambas decidieron, desde su llegada a Berlín, acaparar a Saint Germain para hablarle de la piedra filosofal y descubrir el futuro.

Sin embargo, el conde de Saint Germain ya no era aquel personaje que, veinte años atrás, había trastornado a Mademoiselle de Crest y hecho estremecer el corazón de Mademoiselle Lambert. Pese al régimen severo que seguía imponiéndose, había engordado. También se había vuelto taciturno y, aparte de algunos amigos, ya no recibía a nadie en el apartamento que ocupaba en una de las posadas más renombradas de Berlín.

El marqués de Pons Saint-Maurice, enviado de branda en Prusia, y D. Thiebault disponían del raro privilegio de poder presentarse en su casa sin siquiera ser invitados. Habían tomado la costumbre de caminar juntos hasta su hotel y durante el paseo no paraban de estudiar su pasado.

— «Es curioso de todos modos — dijo un día Thiebault — que después de haber estado tan bien situado en Versalles, esté ahora reducido, como lo diría...?»

— «A esa penumbra» — dijo Monsieur de Pons.

— «Es exactamente lo que quise decir».

— «A mi parecer... — continuó Monsieur de Pons —, no hay ningún misterio: Saint Germain... Vamos a ver, suponeos... ».

— «Hablad».

— «Suponeos que un hombre decide desempeñar un papel extraordinario».

— «¡ Es precisamente su caso, imagino!».

— «No me interrumpáis, querido amigo... Decía, pues: supongamos a un hombre que ha escogido asombrar las mentes y causar sensación. ¿Qué hará? ¡ Bueno, contestad!»

— “ ¿A qué? *A priori*, no veo... ».

— «Pues bien, estimo que si da pruebas de perseverancia, siempre tratará de dar el pego, tanto con su presencia de ánimo como por su habilidad en hacer creer a los demás lo que él quiere hacerles creer».

Thiebault se quedó un momento silencioso y luego, volviéndose bruscamente hacia Pons Saint-Maurice, dijo:

— «Estoy de acuerdo con vos sobre ese punto preciso, pero; de todos modos, eso no basta para explicar su fortuna».

— «Sin duda, pero supongamos también... — Monsieur de Saint-Pons reflexionó como si quisiera poner en orden cada uno de sus argumentos —. Sí, esto es — continuó — un hombre ha recibido, o adquirido una cuantiosa fortuna — dijo, encogiéndose ligeramente de hombros, como si dejase la elección a su amigo —, 25 000 libras de renta, por ejemplo. ¿Os dais cuenta de lo que quiero decir?»

— «La verdad, no exactamente».

— « ¿Qué hará ese hombre?».

Esta vez, Thiebault se quedó sin responder.

— «En primer lugar — prosiguió el marqués de Saint Maurice —, él no hablará nunca de su país de origen, a fin de que se ignore de dónde proviene su riqueza, y considero que incluso tratará de crear cierto misterio en torno a su pasado. Por último, viviendo algunos años fuera del mundo, ahorrará sus rentas y aumentará su capital. ¿Me seguís bien?».

— «Sí, naturalmente».

— «Por consiguiente, con 25 000 libras podrá hacer creer que recibe cuatro veces más cada año».

— « ¿Y eso cómo?».

— «Es bien sencillo. Supongamos que reciba 25 000 libras de un Banco de Berlín. Guarda 1 000, reexpide 24 000 a Hamburgo, que mediante una pequeña comisión se las vuelve a expedir. Manda 20 000 a Frankfurt... y así sucesivamente. Por supuesto, pierde en cada operación, pero si no lleva un tren de vida fastuoso, no habrá perdido al cambio, puesto que todo el mundo acabará por creer que recibe sumas considerables de todos los Bancos de Europa».

— « ¿Y entonces...?».

— «Entonces, ¿Creéis que alguien puede permanecer insensible al misterio y a la fortuna, sobre todo cuando ésta da lugar a operaciones bancadas?».

Pero cabe formular conjeturas mucho más importantes sobre la fortuna de Saint

Germain. Su colección de pinturas, sus piedras preciosas, en suma; todo cuanto constituía su riqueza, podía provenir del inmenso tesoro acumulado desde siglos por los Rosa Cruz. En efecto, ¿por qué sus superiores no habrían decidido hacer de él un hombre poderoso, confiándole sus secretos para asombrar e inquietar a quienes les rodeaban?. Durante cuarenta años, habría dispuesto así de una fortuna considerable, siempre que él cumpliera su misión. Sólo fue en el momento que los Rosa Cruz comprendieron que su apoyo a la monarquía francesa se hallaba irremediabilmente abocado al fracaso (1) cuando la ruptura intervino en el plano financiero.

Ello explicaría el testimonio de G. Van Rijnbeck: «Saint- Germain llegó a Schleswig con sólo un baúl y algunos utensilios».

Ahora bien, admitiendo que los Rosa Cruz le hubiesen privado de toda ayuda material, ¿Cabe imaginar que Saint Germain se convirtiese en viajante de la magia y del ocultismo? ¡No, sin dudar!. «Aunque ambos fuesen enemigos, en comarcas muy distantes una de otra, el Destino les reunirá... ».

Al príncipe de Hesse le dirá: «Las piedras preciosas cuestan su compra, pero aumentan infinitamente de valor cuando se conoce el arte de mejorarlas».

«En Aliona — escribe Philippe Dreser —, no carecía de dinero y se daba la gran vida en la "Posada del Kaiserhof", punto de reunión de todas las personalidades de Schleswig. Un consejero de la legación de Dinamarca afirmaba haberle conocido en París, en Londres y en La Haya, donde había sido objeto de distinciones particulares. Pretendían que escribía día y noche para corresponder con las más grandes testas coronadas, pero nadie supo nunca quién era él».

Esto prueba que Saint Germain seguía disponiendo de holgados medios de existencia. Además, no era por casualidad que había escogido la ciudad de Altona.

El príncipe Carlos, Landgrave de Hesse y nieto de Jorge II, elevado al grado más alto de la logia masónica de la Estricta Observancia, pertenecía igualmente a la Orden de los Martinistas. Ahora bien, la Estricta Observancia propagaba la doctrina de la reencarnación, y el martinismo había surgido directamente de los Rosa Cruz.

(1): En 1789, de 41 diputados elegidos en la Asamblea. 35 eran francmasones.

En efecto, Martínez de Pasqually y su discípulo Louis-Claude de Saint-Martin habían conservado las tradiciones herméticas, a despecho de su escisión con los Rosa Cruz de Inglaterra, y fundaron, ya en 1750, el rito de los Elegidos-Cohens para perpetuar la enseñanza de los hierofantes de la Antigüedad y de los magos de la Edad Media. «La única iniciación que propugno y que busco — escribía L. C. de Saint-Martin — es aquella por la cual podemos entrar en el corazón de Dios y hacer que el corazón de Dios entre en nosotros para constituir un maridaje indisoluble que nos devuelva el amigo, el hermano y la esposa de nuestro divino reparador».

El martinismo representaba para Saint Germain un clima favorable a la educación del «hijo espiritual» que había escogido. Ahora bien, había designado al príncipe de Hesse como heredero de sus conocimientos, pues aunque un Rosa Cruz nunca entrega su secreto total, tiene el deber de transmitir lo que es importante en los planos material y espiritual, a fin de que la tradición no muera» (1).

Fue por mediación del barón de la Housse, ministro de Francia en Hamburgo, que Saint Germain pudo acercarse a Carlos de Hesse. «Pareció cobrarme afecto — dirá éste más tarde —, sobre todo cuando supo que yo no era cazador y que no tenía ninguna pasión contraria al estudio de los altos conocimientos de la naturaleza. Entonces me dijo: “Iré a veros en Schleswig y veréis las grandes cosas que haremos juntos”».

Al principio, Carlos de Hesse trató de disuadirlo, y cuando Saint Germain le dijo: «Sé que debo ir a vuestra casa para hablaros», rogó a su chambelán, el coronel Koeppern, que le hiciese comprender que era inútil insistir, pues no tenía intención de recibirle.

— «Podéis decir lo que queráis — declaró el taumaturgo al coronel Koeppern —; tengo que ir a Schleswig y no me arredraré. Por lo demás, os agradecería que me hicierais preparar allí una vivienda».

Si el príncipe de Hesse rechazaba cualquier trato con Saint- Germain, era porque le creía encargado de una misión política. Prueba de ello es su conversación con el coronel Frankenberg, encargado de asuntos militares de la Embajada de Prusia.

— «Vuestra Alteza puede estar persuadida — le dijo el representante de Federico II
(1): *J L, Bernard.*

— de que posee profundos conocimientos.

Ignoro, os lo aseguro, si desempeña algún cometido diplomático, pero mi mujer y yo hemos tenido ocasión de encontrarlo en Dresde. Ella intentaba vender unos zarcillos, y un joyero acababa de ofrecerle una bagatela por ellos, cuando el conde de Saint Germain le pidió que se los confiase. Dos días después, se los devolvió. Pues bien, no sólo el joyero al cual volvimos a presentarlas no quiso admitir que se trataba de las mismas perlas, sino que nos ofreció el doble por ellas».

En espera de que el príncipe de Hesse se dignase interesarse por él, Saint Germain trabó amistad con el duque Fernando de Brunswick. Pronto, en todo Schleswig no se habló sino de su facultad de entrar en comunicación directa con Dios y de dominar las fuerzas naturales para comunicarse con los espíritus (1).

Su reputación hacía mucho tiempo que había traspasado los muros de su castillo de Gottorp, mientras Carlos de Hesse seguía dudando. Fue menester que el duque de Brunswick le asegurase que no arriesgaba nada para que por fin aceptase verlo.

«No tenía ningún deseo de ello — escribirá más tarde —, pero no quise rechazar más tiempo sus importantes conocimientos por una falsa idea de prudencia o de avaricia, y me hice discípulo suyo».

Sus relaciones no tardaron en dar paso a una honda amistad. Como si deseara recuperar el tiempo perdido, Saint Germain alababa durante horas sus procedimientos de tinte, su arte de embellecer las piedras preciosas y sus técnicas para la transformación de los metales.

«Me confió — dice Carlos de Hesse — casi todos los conocimientos de la Naturaleza, sometiéndome a pruebas para descubrir los medios de triunfar. De botánica, lo sabía todo; y había inventado medicinas de las que se servía continuamente para prolongar su vida y su salud».

Unas semanas más tarde, Saint Germain había de conseguir sus propósitos. Carlos de Hesse le propuso la colaboración del doctor Lossau, un ex boticario, quien mediante 1 200 táleros anuales se encargó de preparar los medicamentos que serían vendidos a los

(1): *Le Forestier*.

ricos y distribuidos a los pobres.

Para el barón de Knigge, «Aquel té purgaba tan radicalmente a las gentes que estaba a punto de mandarlas al otro mundo». Nadie, sin embargo, murió de ello en Schleswig, y Carlos de Hesse escribió:

«Amigo de la Humanidad (Saint Germain), amigo también de los animales, su corazón sólo se ocupaba de la felicidad de los demás. Creía hacer feliz al mundo procurándole nuevos goces, telas más hermosas y colores más bellos, mucho más baratos. Nunca he visto un hombre de mente más clara que la suya».

Siempre, según Carlos de Hesse, los principios filosóficos de Saint Germain se resolvían en un puro materialismo, pero sabía presentarlos tan atinadamente que resultaba muy difícil oponerle razonamientos victoriosos. No dejaba de adorar a Jesucristo, pero se permitía con respecto a Él palabras poco agradables: «Mi querido conde — le dije un día —, podéis creer lo que queráis sobre Jesucristo, pero os confieso francamente que vuestras palabras me apenan profundamente». Se quedó pensativo, y me respondió: «Siento causaros pena en algo, así es que os prometo no volver a hablaros de Él» (1).

En cambio, la amistad y el respeto creciente de Carlos de Hesse suscitaron rápidamente nuevas envidias. En su Diario, F. Warnstedt escribe (2):

«Contamos también con el famoso aventurero Saint Germain. El cual resulta ser el más completo charlatán, desatinado, *windbentel* (3) y bribón que existe desde luengos (largos, lejanos) años. Nuestro príncipe le aprecia y le honra con todas sus fuerzas y todo su corazón, pues tiene una inclinación cierta para esa clase de gente... Es un hombre de brillante imaginación, la cual quizá hace que se engañe como él engaña a los demás... No tiene, creo, ninguna religión, es un materialista, otro La Mettrie».

«En cuanto a mí, estoy persuadido de que es un judío portugués o español, y juzgo esto por su fisonomía y su pronunciación... Dice no tener más que ochenta y seis años...

(1): Según J. L. Bernard, "si el conde de Saint Germain disponía de una memoria atávica que englobaba los ciclos olvidados de Occidente, se comprende su indiferencia con respecto a Cristo".

(2): Cartas del 24 de noviembre y el 11 de diciembre de 1779.

(3): "Vejiga llena de aire".

Por lo demás, hago mal al murmurar de él, pues me aprecia mucho... ».

Los ataques no acabaron ahí. Después del Gran Congreso masónico de Wilhemsbad, Guillermo de Hesse se alzó contra las investigaciones esotéricas y los trabajos de su hermano, que acarreaban tremendos gastos:

«Cuando mi hermano Carlos vino a Wilhemsbad, mi alegría de volver a verlo era extraordinaria... Pero pronto me percaté del cambio completo de su ser, de su carácter o de su manera de pensar. Todo ello era causado por una nueva filosofía, o, mejor dicho, por las artes peligrosas de un alquimista, Saint Germain o Welldone, a quien albergaba desde hacía tres años. Seducido por los engaños de ese miserable; se ocupaba de todos los secretos imaginables de la Naturaleza, de la cual se imaginaba desgraciadamente ser el señor. Aquí, en Hanau, ha pedido prestados y disipado cuarenta mil florines para las mixtificaciones de ese Saint Germain y de sus criaturas. Está completamente enredado en sus embaucamientos, en los que cada día se sumerge más. No se vislumbra el asomo de un éxito o de lo que pudiera parecer tal, que pudiera sustituir para su familia y sus hijos, que tanto quiero; los sacrificios cotidianos que en su credulidad ofrece a ese pordiosero, a ese supuesto filósofo y a sus ayudantes, peores que él mismo. Se trata de una nueva medicina universal, de gotas de oro líquido que tragar para sanar todos los males sin excepción. Y, con esa especie de cosa, un príncipe que posee tanto ingenio y genio militar pierde su tiempo y su dinero».

Carlos de Hesse, completamente subyugado por su Maestro, al que cada día admiraba más, desdeñó los consejos de su familia, y cuando Saint Germain le propuso instalar un taller de colorantes, compró seguidamente las edificaciones de una antigua tintorería de Eckenfoérde. La habilitó a sus expensas, y a principios de 1781 encargó todas las sedas y las lanas que podía necesitar. Pronto experimentó el gozo de fabricar personalmente en inmensos calderos «Los más bellos colores imaginables, rosa, paja, gris claro y azul oscuro, que nada podía dañar; ni el sol, ni el aire ni el tiempo lluvioso».

Seguro de su logro, Carlos de Hesse decidió, a partir de aquel momento, organizar en Schleswig un importante complejo de tejidos y tintes. Para empezar, la ayuda de un técnico le pareció indispensable. Pensó en Jean-Baptiste Willermoz, sedero lionés y martinista, cuyos negocios se hallaban momentáneamente afectados por la crisis de las

manufacturas francesas.

Habló de ello a Saint Germain, pensando en pedir a Willermoz que fuese a instalarse en Eckenfoerde, pero finalmente persuadido de poder dirigir el negocio solo, le escribió:

«Mi querido hermano, os enviaré muestras de sedas teñidas y vos me fijaréis los precios que juzguéis razonables. Os garantizaré entonces su venta en exclusiva en Francia dejándooslas a un tanto por ciento muy inferior. Además, añadiré una muestra de seda blanca permanente del señor de Welldone. Tal vez, si me lo permite, me atreveré a confiaros un secreto».

Desgraciadamente, en el transcurso de los meses siguientes, Carlos de Hesse había de perder una gran parte de su fortuna, sin reconsiderar por ello ni mucho menos su amistad para con Saint Germain.

En efecto, las pruebas a las que sometió Willermoz todas las muestras que el landgrave le mandara nunca fueron satisfactorias, y durante casi diez meses Carlos de Hesse intentó convencer al técnico, que le aconsejaba interrumpir sus trabajos:

— «Ninguno de esos colores tiene la fijeza, ni de lejos, de nuestro carmesí fino... »;
«A la prueba del tinte, la más rigurosa y menos usada, todos esos colores han quedado destruidos... »;

«Al zumo de limón, todos han quedado un poco alterados».

Tales son algunas de las observaciones de Willermoz sobre los experimentos de Eckenfoerde, y añadía, en julio de 1781: «La primera de las tres cartas susodichas, que contenía un extracto de la respuesta del señor conde de Saint Germain y Welldone a Vuestra Alteza Serenísima, a propósito de mis observaciones sobre los nuevos tintes, me ha causado alguna pena, mezclada de sorpresa, al ver que el señor conde sólo atribuía a una gran inexperiencia las diversas pruebas que he hecho con sus muestras».

Es, por lo tanto, cierto que Saint Germain trató de impugnar su fracaso pretextando la impericia de Willermoz. Pero tampoco es imposible que se hubiera opuesto al proyecto inicial de Carlos de Hesse: encomendar a Willermoz la organización de la fábrica, y que este le hubiese guardado cierto rencor por ello.

Por último, es probable que Willermoz no se mostrara demasiado entusiasta respecto a nuevos procedimientos que podían arruinar definitivamente las manufacturas

de Lyon o al menos asestar un grave golpe a los métodos tradicionales (1).

En cambio, si el asunto no culminó, fue, sencillamente; según A. Joly, porque el barón de Plessen reveló a J. B. Willermoz que el conde de Saint Germain no pertenecía a la logia de la Estricta Observancia.

Si bien este argumento pesó en la balanza hasta el punto de que el industrial lionés rehusó participar en los proyectos de Carlos de Hesse; no dejó por ello de admitir los talentos de curandero de Saint Germain, y aun denigrando sus procedimientos le suplicó repetidas veces que le mandase un remedio destinado a aliviar a su hermano, que sufría de un cálculo en la vejiga.

Por lo demás, no fue el único en recurrir a sus remedios: el conde de Augwitz, medio ciego, se felicitó de una receta milagrosa que el landgrave le había enviado por indicación de Saint Germain:

«Echar veinte libras de cal viva en sesenta litros de agua hirviente. Hacer hervir una hora y luego dejar enfriar tras haber echado dos libras de corteza de pan blanco. Revolver bien y dejar reposar veinticuatro horas. Quitar entonces la película que se ha formado encima y tomar una taza de agua clara, a la que se añadirán algunas gotas de agua de hinojo y de agua de Reina de Hungría. Hay que verter colirio gota a gota con una pluma mojada dentro... ».

Saint Germain curó igualmente al conde Von der Lippe Biesterfeld y a su amante de una sífilis perniciosa, y sus dotes de curandero salvaron a la princesa de Hesse de una epidemia de forma catarral que en aquel entonces hacía estragos. No escatimaba ni su tiempo ni su salud, y acabó por transmitir a su discípulo el secreto de todos sus remedios. Sin embargo, su arte no impidió que el taumaturgo contrajese reumatismos agudos en los húmedos locales de su tintorería.

La muerte, es una etapa necesaria.

(1): Según determinados industriales alemanes del siglo XIX. Sus técnicas estarían inspiradas en los métodos de Saint Germain. Y en el siglo XX, numerosos descubrimientos suyos estarían industrializados.

Las crisis se hicieron rápidamente más fuertes cada día, y al reaccionar mal su cuerpo a los remedios con los cuales confiaba sanar, tuvo que guardar cama.

Tras una larga ausencia, el príncipe de Hesse volvió a Eckenhoerde a principios de 1783, y Saint Germain, que ya no podía salir de su habitación, le pidió el mismo día de su llegada que cenase con él.

«Me pareció en trance de muerte — escribe el príncipe de Hesse —. Me hizo sentar junto a su cama y entonces me habló claramente de muchas cosas, me pronosticó otras muchas más y me dijo que volviese lo antes posible».

Tan pronto podía librarse de sus quehaceres, el landgrave acudía a su cabecera, y los meses pasaron sin que se produjese el desenlace que él temía.

En primavera, y contra lo que cabía esperar, Saint Germain pudo levantarse.

— «Como veis — le dijo a Carlos de Hesse —, mi cura de rejuvenecimiento ha sido beneficiosa. Desgraciadamente, creo que sólo ha obrado en mi cuerpo y en mi alma. Queda por cumplir un trabajo más difícil. Tengo que sanar la cabeza, sede del espíritu (1).

Desgraciadamente, el 27 de octubre Carlos de Hesse escribió a un amigo:

«Vive todavía de una manera soportable, pero parece al límite de sus fuerzas. Si la humedad no le asesta el golpe de gracia, quizá sobreviva al invierno. Espera mi regreso para darme sus últimas instrucciones y luego, cuando Dios quiera, se dormirá plácidamente... ».

En el curso de una de sus últimas entrevistas, Saint Germain le dirá también:

— « Si muero durante vuestra ausencia, encontraréis un billete escrito por mí».

— « ¿No podéis decirme ahora lo que un día he de saber?».

— « ¡Ah, qué infeliz sería, mi querido príncipe, si me atreviese a hablar...!» — le respondió el taumaturgo.

Carlos de Hesse no había de volver a ver con vida a su amigo. Completamente paralizado por el reuma, el conde de Saint- Germain «murió» el 27 de febrero de 1784.

Algunas horas antes, había llamado al doctor Lossau. — «Diréis al príncipe de Hesse... —le dijo con un postrer esfuerzo—, le diréis que Dios me ha concedido la gracia de hacerme cambiar de opinión antes de morir...

(1): Correspondencia de Carlos de Hesse, 30 de abril de 1783.

Le diréis también que haré mucho por su felicidad en otro mundo... ».

Y el doctor Lossau puntualizará: «El conde de Saint Germain ha muerto con pleno conocimiento».

Según los archivos de Eckenfoérde, la puerta de su habitación fue sellada, y en cuanto el príncipe de Hesse estuvo de regreso hizo proceder al inventario de sus bienes. Fue muy rápido, pues sólo se hallaron «documentos sin importancia». Ochenta y dos táleros y trece chelines y medio en dinero líquido (1), Algunos trajes, entre ellos un frac verde con vueltas rojas, un chaleco recamado de oro, y otro de gamuza. Un pantalón de Manchester, una camisa de algodón, otra de franela; un par de botas de paño azul, medias de seda blanca, un sombrero con trencillas de oro. Guantes de piel y una espada oxidada. Seis gorros de algodón, corchetes de plata, un clister de estaño, seis navajas de afeitar, tres pares de tijeras, un cortaplumas, dos peines, unas gafas verdes, un corchete de metal para pantalón, dos cepillos de dientes, dos bolsas para tener los pies abrigados, dos pistolas, y, por último, diversas piezas de cuero nuevo y de franela usada, así como un sillón tapizado de cuero rojo.

En cambio; no existía ningún rastro del escrito del cual Saint Germain había hablado al príncipe de Hesse. Tampoco se encontró ningún libro de magia ni ningún manuscrito. Por lo tanto, cabe preguntarse si Saint Germain poseía verdaderamente aquella memoria fenomenal que le permitía recordar, sin ayuda de la más pequeña nota, lo más ínfimo de sus secretos. ¿Hay que concluir, por el contrario, que murió en la más absoluta miseria, tras haber dispuesto generosamente de las larguezas de su protector?, ¿No habría, más bien, legado una parte de su fortuna a Carlos de Hesse, y expedido algún tiempo antes de morir su dinero a un país donde sabía que algún día podría recuperarlo?

Cabe suponerlo todo, pues el misterio de su miseria coincide con el de sus restos mortales. Sólo le fueron concedidos funerales civiles, pues la Iglesia denegó cualquier ceremonia religiosa.

Ahora bien; aún hoy, se plantea una cuestión: ¿Qué ha sido del conde de Saint Germain, puesto que, según J. L. Bernard, «su tumba no encerró jamás sino el vacío»?

(1): Para Rijnberk, 264 táleros y 6 chelines.

No es imposible que le hubiesen enterrado en otra parte, pues los Rosa Cruz esconden sus tumbas como los elefantes.

Esta eventualidad es confirmada, por lo demás, por H. S. Olcott (1):

«Siempre es dudoso que un adepto muera como parece hacerlo en un cuerpo particular. Dado el poder de ilusionista que poseen, el entierro de su cadáver ni siquiera es una prueba de la realidad de su muerte».

No es imposible tampoco que la muerte de Saint Germain sólo hubiese sido aparente.

(1): H. S. Olcott fue presidente de la Sociedad de Teosofía.

TRECE

— ¡Qué inquietante es el descubrimiento de los misterios vedados!

El 3 de abril de 1784, el burgomaestre de Eckenfoérde hacía fijar este aviso en las paredes de la ciudad:

«Aquel que era conocido, tanto aquí como en el extranjero, con el nombre de conde de Saint Germain y Welldone y que vivió en nuestro país durante estos cuatro últimos años, ha fallecido recientemente en nuestra ciudad. La sucesión ha quedado legalmente sellada, precaución considerada necesaria con respecto a los herederos, puesto que no hemos hallado testamento».

Nadie ha prestado atención a los últimos segundos que precedieron a la muerte del taumaturgo, ni siquiera Carlos de Hesse-Cassel, quien, dos años después de la muerte de su Maestro, era elegido Gran Maestro de los Hermanos de Asia y caballero de la Verdadera Luz (1).

¿Ingratitud o indiferencia?. No, sin ninguna duda Ferviente discípulo de la reencarnación, defendió las teorías de Saint Germain, hasta el momento en que la muerte debía sorprenderle a su vez; y siempre siguió estando convencido del retorno de su Maestro.

Para los iniciados, la muerte prepara otro nacimiento, pues el cuerpo desgastado sólo desaparece para facilitar una nueva vida. A la fe en la felicidad eterna, al miedo a lo desconocido y a la nada; se sustituye en ellos una ansiedad pasajera provocada por el abandono de la envoltura física y la ignorancia de las vidas futuras.

Para ellos, la muerte no se identifica ni con el dolor ni con las lágrimas. Marca solamente el final de una etapa en el camino de un mundo mejor. Durante sus fines de vida, los menores acontecimientos de la existencia surgen al ritmo precipitado de sus últimos alientos en una sucesión de imágenes registradas por el subconsciente.

(1): Van Rijnberk, *ob. Cit.*

Es, finalmente, el tiempo del remordimiento y de la añoranza, pues ocurre que «El guijarro reprocha al anciano la patada que éste le había dado en su infancia». Es, igualmente, el instante preciso en que el alfa alcanza al omega y en que el microcosmos se torna parte integrante del macrocosmos. Pero únicamente seres de excepción pueden ser conscientes de los progresos efectuados en sus vidas sucesivas para llegar a la postrera revelación, físicamente ellos pueden comparar el pasado anterior con el pasado definitivo por su nueva muerte.

En la ignorancia de sus vidas sucesivas y al no poder imaginar sus existencias futuras, los hombres no comprenden las verdaderas razones de vivir. Otros, que poseen la memoria de los siglos; no pueden emitir hipótesis concernientes a su porvenir. **Saint Germain, uno de los raros privilegiados capaces de conservar en sí el recuerdo del Pasado, poseía el secreto del Futuro. Aquel que se acuerda de lo que fue y sabe lo que será, depende del Presente. No tiene ni comienzo ni fin. Es inmortal.**

Antes de abandonar su cuerpo, ¿Había confiado realmente Saint Germain todos sus secretos a Carlos de Hesse?

— « ¡Ah!; ¡Sería yo un infeliz, mi querido príncipe, si pudiese hablar! »

Estas últimas palabras reflejan el drama de un hombre que debió de observar el secreto más absoluto sobre las verdades eternas, temeroso de ser maldito.

Entre esos secretos, el más importante es el de la Verdadera Tradición, y Saint Germain sabía que durante su próxima existencia debería someterse una vez más a la Iniciación, para encontrar en el curso de su reencarnación una pureza espiritual comparable a la de los filósofos que, siglos tras siglos; han proseguido su búsqueda de la Sabiduría.

¿De dónde provenía la Tradición egipcia? - De Nubia, la antigua tierra de Kern, considerada mucho antes que Egipto como el pivote de las grandes corrientes del ocultismo y de la magia africana.

Siguiendo el curso del Nilo y luego las rutas marítimas del Mediterráneo, se había desparramado poco a poco a través de Europa y del mundo.

Al cabo de tres mil años, ¿Qué ha quedado de ella? - Todo se torna borroso en sus formas, pero todo permanece intacto en su espíritu. En los últimos instantes de su vida,

Saint Germain no ignoraba que la Iniciación a la cual había estado sometido cincuenta o sesenta años atrás, conservaría las mismas resonancias durante milenios. Siempre ocurriría así con la única Tradición, y siempre ocurrirá para quienes hasta el fin de los tiempos escojan la búsqueda de la Sabiduría.

Hace tres mil años, la base de las pirámides egipcias (1) estaba orientada de tal suerte que una de sus caras se encontraba al Norte, la segunda estaba vuelta hacia Oriente, dominio de Alfa, y la tercera dirigida hacia Occidente, simbolizaba el Omega. Una de las cimas del triángulo de base centrado hacia el Sur designaba el reino de las tinieblas y el de las sombras.

Cheops, la mayor de las tres pirámides, expresaba la fuerza de la Naturaleza, la segunda, construida a un tiro de flecha, representaba el Movimiento, la tercera, a menos de un tiro de piedra de esta última, simbolizaba el Tiempo, y por tanto, la Eternidad.

Al sur de la tercera pirámide, pero orientados de Este a Oeste, se alineaban otros tres monumentos. A algunos metros de ellos había piedras amontonadas, ruinas de un séptimo edificio, de admitir que las cimas de esos siete colosos se identificaban con las siete agujas de los siete montes planetarios que rigen el Universo.

Cerca de las Pirámides se alzaba la Esfinge, cuya cabeza personifica la inteligencia humana que debe analizar sus metas, definir los medios de que dispone y establecer la lista de los obstáculos que deberá salvar para llegar al Conocimiento. Sus flancos de toro recordaban a quien acudía a aquellos lugares en demanda de su Iniciación, que no trazaría su ruta hacia el logro, sino a fuerza de voluntad y de paciencia. Sus garras de león significaban que para alcanzar su meta, el hombre debe no solamente querer, sino osar y utilizar su fuerza para combatir. Por último, las alas del águila encogidas sobre su espalda representaban el secreto que debe presidir todos los propósitos hasta el momento en que la acción permite alcanzar las cimas de la audacia.

La Esfinge es pues, esa fuerza incalculable de la cual se beneficia la voluntad cuando está dirigida por una inteligencia excepcional. Es el alfa y el omega expresados ya en las pirámides, el primer y el último término de la más Alta Iniciación.

(1): Existe en Sudán la huella de pirámides preubianas.

Los Antiguos sólo la concedían a los seres designados por el colegio de Grandes Sacerdotes. Una larga investigación permitía establecer las intenciones del beneficiario, y un voto secreto decidía la admisión del candidato a las pruebas.

Tras un retiro de cuarenta días, dos tesmotetas iban a buscarlo y después de haberle ordenado que mantuviera una discreción absoluta, le vendaban los ojos.

Los tres trasponían una puerta de granito situada en los flancos de la Esfinge, la cual se abría sobre una sala desprovista de adornos. Sólo un altar de mármol blanco sostenía dos máscaras. Una de ellas representaba una cabeza de león, genio del Sol, y la otra una cabeza de toro, genio de la Luna.

Los dos tesmotetas, vestidos con ropajes de lino blanco y cinturón de oro y de plata consagrados al Sol y a la Luna, conducían al candidato hasta el centro de la sala.

«Detente — le mandaba uno de ellos —, pues serías precipitado al abismo que rodea el templo y que defiende sus misterios de la curiosidad de los profanos. Para cruzarlo, no existe más que un puente reservado a quienes son admitidos a la iniciación».

Uno de los magos le quitaba entonces la venda al candidato. Con una atronadora explosión se abría una trampilla y daba paso a un espectro armado de una hoz:

« ¡Malhaya el profano que viene a turbar la paz! » — Exclamaba, rozando por siete veces la garganta del neófito. Si el neófito resistía a la aparición, los tesmotetas le decían:

«Has dominado los terrores de tu espíritu y reprimido los de tu carne. Tu fuerza y tu coraje podrían hacer de ti un héroe, pero hay una virtud más alta: la humildad que triunfa del orgullo. Nuestros hermanos te esperan en el santuario. A cambio de la sumisión que mostrarás, te darán la ciencia que te dará acceso al poder supremo. ¿Aceptas someterte a la prueba impuesta al orgullo?»

— «Me someteré a ella».

— «Está bien. Toma esta lámpara, que es la imagen de tu conciencia».

Una parte del muro se abría sobre un largo pasillo abovedado, símbolo del sepulcro donde se tiende todo ser humano en el umbral de su vida terrena y que debe despertar en la aurora eterna de la vida de los espíritus.

— «Has vencido al espectro de la muerte. Ahora, triunfa del espanto de la tumba».

El muro se cerraba detrás del candidato, quien, para sobrevivir, debía seguir el

angosto camino.

Entonces retumbaba una voz:

«Aquí perecen los insensatos que han codiciado la ciencia infinita y el poder supremo».

Turbado ya por aquella amenaza, perdía a cada paso toda noción de distancia. El suelo parecía hurtarse bajo sus pasos y hundirse en la tierra. Tenía la sensación de estar abocado a una horrible muerte, muerto de inanición y desesperanza. Poco a poco la luz de su lámpara se debilitaba, pero si buscaba una salida a lo largo de su terreno, llegaba finalmente a una escala de 78 barrotes adornados con anáglifos y fijados en el granito. Al llegar al último escalón, acababa, sin comprenderlo; de salvar los 78 pisos del destino (1).

Delante de él se abría entonces un pozo inmenso del que se elevaba el ruido de un torrente. Para un espíritu débil, era una nueva amenaza de muerte. Para quien se acordaba de las palabras proféticas de los tesmotetas: **«No tienes que temer nada sino de ti mismo»**, era la salvación, pues más allá del pozo un pasadizo se abría sobre una escalera de caracol.

Si lograba aferrarse a las asperezas del muro, alcanzaba el primero de los 22 peldaños de la escalera, que correspondían a los 22 arcanos de la magia.

En la cima, una reja impedía el acceso a una vasta galería de 24 cariátides de mármol negro que sostenían una bóveda constelada. Once luces situadas sobre una esfinge de cristal alumbraban 22 hornacinas decoradas con frescos que representaban los 22 arcanos mayores de la Ciencia hermética. Guardián de aquellos símbolos sagrados, el pastóforo acogía al recipiendario:

«Bienvenido seas a este templo, hijo de la Tierra. Pocos aspirantes a la Iniciación que desean tener la revelación de los misterios de la ciencia han triunfado de la prueba de la soledad. Puesto que tu perseverancia y tu coraje te han permitido llegar hasta aquí, es que la gran Isis, soberana diosa de los seres y de las cosas, te protege». En mi calidad de guardián de los símbolos sagrados representados en torno tuyo, debo recompensar tu fuerza y revelarte que su inteligencia es el preludio de la ciencia. Gracias al Conocimiento, los reyes serán menos poderosos que tú, cuando vuelvas a la Tierra.

(1): Estas etapas corresponden a las 78 misteriosas láminas del Tarot.

No olvides nunca que el Infinito del Mundo pertenece a la luz, y que el Infinito de la Luz es el trono reservado a la Voluntad. La dicha, fruto de la ciencia del Bien y del Mal, no puede ser cosechada por el hombre, si no es bastante dueño de sí para acercarse a ella sin codiciarla. La Voluntad ilustrada por la Ciencia confiere un poder del cual puede usar o abusar según su inspiración. Tomando equilibrio en la Prudencia, consigue dominar las oscilaciones de la Fortuna. La fuerza santificada por el sacrificio, la abnegación o la expiación, triunfa de la Muerte y se eleva a las regiones del Infinito, donde la Inmortal Iniciación se opone a las mentiras de la Fatalidad. Más allá del crepúsculo de las Decepciones, aparece la Aurora de la Esperanza. Con la renovación del ser, el Sol de la Felicidad despunta detrás de la tumba y le abre una esfera más grande. Toda voluntad que se deja gobernar por sus instintos está abocada a los yerros. Toda voluntad que se expresa a través de Dios es Verdad. Es la recompensa de los espíritus liberados».

El pastóforo llevaba entonces al postulante hacia un nuevo lado que desembocaba en una hoguera: «Los peligros de Muerte sólo espantan a los débiles».

El recipiendario debía escoger: Renunciar y morir por haber querido penetrar misterios a los cuales no podía acceder, o bien demostrar que era digno de salvar aquella barrera de fuego. Si salía vencedor de aquel tercer postigo iniciático, llegaba entonces a un lago. Las llamas le cortaban toda retirada, el lago podía sumergirlo. A cada paso, iba hundiéndose más... Pero el suelo se elevaba en el instante en que creía anegarse.

Exhausto, alcanzaba por fin una puerta de bronce de hojas separadas por una columna salomónica, sobre la cual una cabeza de león sostenía en sus fauces una serpiente que se mordía la cola (1).

Si el postulante podía asir la serpiente, un mecanismo abría una trampilla bajo sus pies. Si soltaba prenda, era la caída. Si tenía bastantes fuerzas para quedar suspendido de la anilla, la puerta giraba sobre sus goznes. Doce neócoros, conservadores del santuario, le esperaban junto a doce puertas que cortaban la galería conducente a la Gran Pirámide, sede del colegio de los Magos.

(1): *Éste es el símbolo del "Oroburos".*

Dominaban el centro de una cripta decorada con los cuarenta y dos genios del año, los siete genios de los Planetas, los trescientos sesenta genios de los días. Aquella Biblia en imágenes, dividida por láminas de oro, contenía todas las tradiciones reveladas por Hermes Thot. La ciencia sacerdotal estaba escrita debajo de cada cuadro. Sólo podían ser interpretadas por aquel a quien el hierofante había confiado la clave del Alfabeto sagrado, tras haberle hecho jurar el más absoluto secreto. Aquel juramento ligaba a todos los adeptos hasta el Rosa Cruz de grado noveno, poseedor de la suprema Iniciación.

En los cuatro ángulos de la cripta se alzaban cuatro estatuas de bronce: Una mujer, un toro, un león y un águila, divisiones simbólicas de la Esfinge. Encima de cada estatua brillaba una corona luminosa, y en el centro de la sala siete lámparas de tres brazos rodeaban un rosetón de oro de siete rayos.

El hierofante, rodeado de magos con alba blanca, y a su vez vestido de púrpura y tocado con un círculo de oro de siete estrellas, ocupaba un trono de plata. Detrás de él se alzaba la estatua de Isis, en aleación de plomo, azogue, plata, estaño, hierro, oro y cobre consagrados a los genios de los planetas (1).

Llevaba una diadema de plata formada de airones de doce rayos y, sobre el pecho, una rosa de oro, símbolo de la Esfera Universal, encerrada en el centro de una cruz que indicaba los cuatro puntos cardinales y las avenidas del Infinito: altura, longitud y profundidad. La separación de sus brazos extendidos formaba un triángulo equilátero cuya cima es situada en lo alto de su frente. Los dedos de sus manos abiertas proyectaban diez rayos de oro hacia la Tierra. Aquellos diez rayos, añadidos a los doce airones de su diadema, recordaban los veintidós arcanos de la Ciencia hermética.

Frente al areópago se alzaba una mesa de plata circular sostenida por doce cariátides que figuraban los doce signos del Zodíaco.

Cada uno de éstos estaba igualmente grabado en un círculo de oro dividido en doce partes iguales y que podía girar para permitir conducir a Occidente el signo astrológico correspondiente a la fecha de nacimiento del celador.

En el centro de la mesa, un pivote atravesaba las cabezas de siete agujas móviles, hechas con el metal consagrado al genio planetario que representaba.

(1): El estaño está consagrado a Pi-Zeus (Júpiter), el hierro a Ertosi (Marte), el oro a Pi-Re (Sol), el cobre a Surot (Venus), el plomo a Rempha (Saturno), el azogue a Toth (Mercurio), y la plata a Pi-oh (la Luna).

Fijado ya el círculo zodiacal, el mago-observador dirigía el planeta designado por cada aguja hacia el punto determinado por los cálculos. El oriente y el occidente del planisferio estaban indicados por dos zócalos de plomo en los que se apoyaban dos tablillas embadurnadas con cera sobre las cuales el mago veía los resultados de su estudio. Aquel estudio constituía la prueba suprema de la Iniciación. El recipiendario recibía entonces del hierofante el tema de un horóscopo, que debía explicar inmediatamente ante la asamblea. Al primer error, le era denegado el grado de mago de la Rosa Cruz. Si acertaba, los doce neócoros iban a alinearse a su lado:

«Hijo de la Tierra — exclamaba el hierofante —, has deseado penetrar nuestro secreto... Dueños de tu vida y de tu muerte, podemos hacer lo que queramos de ti, pero nuestra clemencia es más grande que tu sinceridad. Júranos no revelar jamás lo que has visto aquí».

Prestado ya el juramento, el hierofante continuaba:

«Si fueses perjuro, nuestra venganza seguirá tus pasos. Dondequiera que estés, seas quien fueres, pagarías con la vida tu traición, pues desde ahora figuras en el número de los discípulos de la Sabiduría».

Dos neócoros ponían entonces dos copas encima del altar que los melanóforos (1) habían cubierto con un velo negro.

«Una de esas copas — anunciaba el hierofante — contiene veneno. La otra no ofrece peligro, no tienes más que escoger».

Si el postulante rehusaba, se le concedían siete horas de reflexión. Si superaba aquella nueva prueba, le confesaban acto seguido que las que había atravesado antes, no eran sino ilusiones; pues el vacío, el fuego, el agua y el subterráneo sólo eran efectos de óptica y de sonido.

La asamblea concedía entonces al celador algunos instantes de reposo, para que se preparase a la última fase de la iniciación, la más dura y peligrosa.

Unos servidores le desnudaban y luego le daban masaje antes de vestirle con un ropaje de lino. Le presentaban después una bandeja repleta de manjares y de raros vinos.

(1): *Oficiantes de los funerales.*

En el mismo instante, varias muchachas casi desnudas penetraban a la estancia para cubrirlo de flores y de perfumes.

Si intentaba el menor gesto hacia ellas, era inmediatamente apuñalado por un neócoro. Si resistía a la tentación, las muchachas desaparecían rápidamente y los magos acudían a felicitarle por haber triunfado de aquella última prueba.

«La Magia se compone de dos elementos — decía entonces el hierofante —: La Ciencia y la Fuerza. No existe fuerza completa sin la Ciencia, pero sin la fuerza completa nadie alcanza la Ciencia. Saber sufrir para tornarse impasible. Saber morir para tornarse inmortal. Saber abstenerse para merecer el obtener, tales son los primeros secretos de la vida nueva a la cual acabamos de iniciarte. Todo mago es llamado a ser el Señor de la Verdad, es decir; el confidente de esos misterios y el poseedor de esas fuerzas. Aprende sin cesar, a dominar tus sentidos para conservar la libertad de tu alma. Es el prólogo de nuestros estudios sagrados. La intuición de Dios será el comienzo de ellos si sabes ser infatigable en tu perseverancia; las inteligencias firmes llegan entre nosotros a la Profecía y a la Teúrgia. El primero de esos poderes resucita al pasado, hace renacer las razones del presente y revela el porvenir. El segundo permite crear obras semejantes a la de Dios, cuando se han descubierto los secretos de la vida universal. Puedes llegar al grado de Profeta y de teúrgo mediante siete años de labor y exámenes sobre todas las ramas del saber asequible al hombre. Prosigue tu carrera de iniciado como has comenzado, y que la gran Isis acuda en tu ayuda. Pero sea que aceptes vivir con nosotros entre el estudio y los deberes de las funciones que te serán encomendadas, si te muestras digno de ellas; sea que prefieras volver a tu patria para enseñar en ella la Verdad y la Justicia, acuérdate del juramento que has pronunciado, y para que no se borre jamás de tu memoria ven a contemplar, antes de resucitar sobre la Tierra, el castigo reservado a los perjuros».

La procesión de los magos volvía entonces al santuario. El hierofante empuñaba el cetro y la espada sagrados, abría los brazos en cruz y exclamaba en el silencio general:

— «Hermanos, ¿qué hora es?»

— «La hora de la Justicia» —respondían los magos.

Una campanilla lúgubre, cuyo eco se elevaba de la tierra, tocaba siete veces lentamente a intervalos regulares:

— «Puesto que es la hora de la Justicia —continuaba el hierofante—, ¡hágase justicia!»

Delante del altar se abría entonces una trampilla de bronce de la que se escapaban alaridos, los de un encadenado a quien un lince laceraba a zarpazos.

— « ¡Así perecen los perjuros!» — gritaba una voz (1)

Saint Germain, que pudo en los últimos segundos de su vida revivir las diferentes fases de su iniciación, no había sido perjuro, muy al contrario.

(1): *Esta iniciación ha sido referida por P. Christian en su obra Histoire de la Magie, París, 1904.*

CATORCE

“Toda cosa oculta debe ser puesta al descubierto. Así es como después de mí, aparecerá un Ser que revelará muchas cosas”

PARACELSO.

El conde de Saint Germain ha suscitado tantas y tan diversas opiniones que, todavía hoy, cabe preguntarse si, cada uno a su manera; sus admiradores y sus detractores no han contribuido a mantener el aspecto fantástico del personaje.

A los polemistas hay que añadir diversos novelistas, entre ellos Lamothe-Langon, quien creó numerosos Recuerdos a la condesa de Adhémar y, para acomodarse a la Verdad, dio paso a unas Memorias más que dudosas. Pese a una acusada inclinación a la moraleja, ¿Acaso no ha hecho en realidad obra de autor partiendo de sucesos auténticos, y no han tenido algunos historiadores por exactos los hechos más aventurados?

En cambio, es seguro que denigradores y adversarios de Saint Germain no han tenido demasiados miramientos. Después de su muerte; unos cubrieron de oprobio a los fuertes de espíritu que rehusaban creer en su reaparición, y otros trataron de locos a sus fieles que pretendían seguir teniéndole con ellos.

La Gaceta de Brunswick del 6 de abril de 1784 lanzó el primer ataque:

«El gran químico P. J. Macquer —escribió el doctor J. A. Remmer— ha muerto en París, el mes pasado, así como el viajero charlatán conde de Saint Germain».

Este suelto provocó una reacción inmediata, y el mismo periódico publicaba, unos días más tarde, la siguiente nota:

«El conde de Saint Germain, cuya muerte ha sido mencionada en estas páginas, no merece los adjetivos empleados. Poseía particularidades que se encuentran en todos los genios. Personas que le han conocido de cerca y cuyo juicio no puede ser sospechoso, certifican que era un hombre de una gran profundidad en materia de conocimiento de la Naturaleza, y que hasta el fin de su vida empleó lo que sabía para el bien de la Humanidad. Grandes príncipes, llenos de discernimiento, le otorgaron su benevolencia y su protección. Cuando fue aquejado de parálisis, permaneció plenamente consciente y soportó la decisión del Gran Ser causal del Todo con una sumisión particularmente ejemplar».

Este artículo, seguramente inspirado por Carlos de Hesse, fue seguido por numerosas intervenciones en la Prensa de la época:

«Por mi parte — escribía un autor cuyo anonimato no ha podido ser desvelado —, me inclino a creer que no ha muerto. Sus enemigos habrán hecho correr ese rumor por pura malevolencia, y seguramente el patriarca vaga todavía entre las sombras, quiero decir entre nosotros... » (1)

Nada en verdad pudo hacer que sus amigos renunciasen a la idea de su supervivencia. Nada, ni siquiera este soneto sobre la Creación, gracias al cual Saint Germain evocó su muerte:

*Curioso escrutador de la naturaleza entera, he conocido del gran Todo el principio y el fin,
he visto el oro en potencia en el fondo de su miseria, he captado su materia y sorprendido
su germen.*

*...Expliqué con qué artes el alma de seno materno hace su casa, lo lleva, y como una
simiente puesta junto a un grano de trigo, bajo el húmedo polvo, planta una y cepa otra,
son el pan y el vino.*

*Nada existía, Dios quiso, nada tornóse algo, lo dudaba; busqué sobre qué el Universo se
posa, nada guardaba el equilibrio y servía de apoyo.*

Por fin, con el peso del elogio y de la reprobación, pesé al eterno, Él llamó a mi alma.

Morí, adoré, yo no sabía ya nada (2).

Eteilla, célebre «astrólogo» que pretendía ser discípulo suyo, afirmaba, en París, que Saint Germain seguía estando en este mundo, mientras que en Londres un ritual de magia alcanzaba un éxito considerable. Su título, La Magia santa revelada a Moisés, hallada en un monumento egipcio y preciosamente conservada en Asia, bajo el lema de un Dragón alado, corría parejas con su enseñanza.

(1): Paul Chacornac, ob. cit.

(2): Poèmes philosophiques sur L'Homme, pp. 93-94. En esta nota se añaden las variantes de los dos últimos versos:

Pesé al mismo Dios, él llamó a mi alma, el cadáver cayó, adoré, todo en bien.

Pesé al eterno, él llamó a mi alma, el cadáver cayó, yo no sabía ya nada.

Vuelvo a ser el mismo Dios y ya lo sospechaba.

«Ofrecido por el muy sabio conde de Saint Germain que ha recorrido el mundo», permitía encontrar las cosas perdidas en los mares desde el trastorno del mundo, descubrir las minas de diamantes, de oro y de plata y, por último, prolongar la vida más allá de un siglo... ».

Mucho más que su ciencia, la inmortalidad de Saint Germain siempre ha sido invocada como si cada cual tratase, según el caso, de mantener su leyenda o de desmitificarla.

Embajador de Italia en Portugal cuatro años después de su muerte, presente en París cuando la ejecución de María Antonieta, testigo del fin del Directorio y de los principios del Consulado, tal fue Saint Germain para Lamothe-Langon, quien lo presenta como un parangón de la Eternidad haciéndole asistir al duque de Enghien en sus últimos momentos, y al duque de Berry la víspera de su asesinato...

Ahora bien, Kurt Seligman (1) sostiene una tesis equivalente cuando pretende que Saint Germain volvió a Francia varios años después de su muerte...

Tras la toma de la Bastilla, María Antonieta recibió una carta:

«Quitad cualquier pretexto a los rebeldes dejando de asociaros con gentes que ya no os gustan. Abandonad a los Polignac y a las personas de su séquito, Todos están abocados a la muerte y destinados a caer bajo los golpes de los asesinos de la Bastilla... ».

A la misma hora, Madame D'Adhémar, confidente de María Antonieta, recibía este billete:

«Todo está perdido. Sois testigo de que he hecho todo lo que podía por dar otro curso a los acontecimientos. Me han vuelto a enviar demasiado tarde. He querido contemplar la obra preparada por ese demonio de Cagliostro. Es infernal Os prometo veros, pero no me pidáis nada. No puedo ayudar ni al rey, ni a la reina, ni a la familia real».

Ambos textos estaban firmados: Conde de Saint Germain.

En realidad, todo parecía demostrar que Saint Germain no murió en Eckenfoérde.

¿Cómo se podría, de otro modo, explicar su presencia en Europa, en Egipto y hasta en América?.

(1): *Miroir de la Magie, Fasquelle, 1956.*

Puede dudarse del rigor de las hipótesis de Lamothe-Langon; cabe no otorgar sino un valor relativo a las aseveraciones de Mademoiselle Lenormand, que ha escrito:

«Algunos cabalistas pretenden que el famoso conde de Saint Germain vive aún, y los adeptos de esa ciencia hermética aseguran que ese gran químico se ocupa diariamente en hacer oro; que viaja ora en un país, ora en otro, que no tiene domicilio fijo, y que el universo es ahora su patria. Como un nuevo Sosas, goza del privilegio inmutable de volver a ver a sus amigos, pero en forma de un adolescente».

En cambio, no se puede sospechar que F. Wittemans o Serge Liutin escriben en la anécdota sin verificar la autenticidad de sus teorías. «Un año después de su muerte — escribe F. Wittemans (1) —, se esforzaba durante la Convención masónica de Wühemsbad en reconciliar a los Rosa Cruz con los Iluminados, los cabalistas y los Humanitarios. El mismo año, tomaba parte en la Gran Conferencia de París, donde estaban reunidos Lavater, Louis-Claude de Saint-Martin, Mesmer, Wollner, De Gleichen y Cagliostro.

En cuanto a Serge Liutin (2), propone una tesis fantástica: «Según todas las probabilidades, el general Bonaparte fue admitido, cuando su expedición a Egipto, en una logia militar de los Caballeros de Malta, heredera de las Tradiciones templarias. El Gran Maestro de la Orden, entonces conocido con el nombre de Hompesh, se parecía al conde de Saint Germain de manera tan impresionante que el teósofo C. W. Leadbater no se engañó y lo identificó con el Maestro de Transilvania. De ahí esta probabilidad extraordinaria: contacto directo entre Bonaparte y Saint Germain en persona, quien le habría transmitido una iniciación templaria altamente cualificada... ».

Franz Graffer dudó durante cincuenta años antes de revelar la extraña aventura ocurrida, alrededor de 1790, a su hermano Rudolf: «Habiendo corrido el rumor de que el más enigmático de todos los incomprensibles se encontraba en Viena. Rudolf, joven adepto Rosa Cruz; decidió verle. En compañía de su amigo el barón de Linden, fue primeramente a Hiniberg para recoger, entre los papeles que conservaba en su casa de campo, una carta de presentación, dirigida al taumaturgo, que Casanova le había entregado.

(1): *Histoire des Rose-Croix*, Adyar, 1925.

(2): *S. Hutin*, *Revue asírale*, 42, *ruc des Marais*, París.

Cuando, la misma noche, regresó a Viena, su criado parecía preocupado.

— « ¡Ah, Señor, temí que hoy no os vería! ».

— « ¿Por qué? ».

— « ¡Hace menos de una hora, alguien ha preguntado por vos! ».

— « ¿Ah, sí?; ¿Y quién era? ».

— « Lo ignoro, señor. Pero hablaba francés. Sólo ha dicho: “Diréis a vuestro señor que ocupo en el Fedalhof, el antiguo apartamento de Leibniz...” ». Ese gentilhomme, señor — continuó el criado —, pues seguramente era un gentilhomme, no tenía nada de extraordinario, pero desde que le he visto ya no soy como antes ».

Rudolf Graffer no perdió un instante. Seguro de que aquel visitante no podía ser otro que Saint Germain, se fue al Fedalhof, pero no encontró a nadie, y el barón Linden le propuso volver a casa.

— « ¡No!. Pasemos por la Landstrasse » —decidió Rudolf.

Los Rosa Cruz de Viena habían instalado un templo-laboratorio en aquella calle, situada detrás del hospital. «Ahora bien — cuenta Franz Graffer —, desde el umbral ellos vieron a un hombre que leía, sentado junto a una mesa. No se atrevieron a moverse, por miedo a interrumpirle». «Emanaba de él — me dijo más tarde mi hermano — una dignidad tal, que no nos atrevimos a dirigirle la palabra». Pero, adivinando su presencia, Saint Germain cerró el libro y se acercó a ellos.

«Sabía — les dijo — que vendrías aquí. Se igualmente que poseéis una carta de recomendación de Monsieur de Seingalt, pero es inútil. Le diréis que, desgraciadamente, nada puedo hacer por su hermano Jacques-Francois. Uno de sus pulmones está afectado y morirá el 8 de julio de 1805».

Sin comprender, los dos jóvenes le miraron.

«Y ahora — prosiguió Saint Germain —, puesto que deseáis verme, ¿Puedo seros útil?».

Para darse aplomo a sí mismo, Linden puso tres vasos en la mesa, dejando luego a Rudolf y Saint Germain para ir a buscar vino.

— «Sabía — dijo el taumaturgo — que vuestro amigo Linden se retiraría. Por lo demás, no hubiera podido hacer de otro modo. Quiero veros a solas».

— « ¿Para qué? » — logró murmurar Rudolf.

— « Sois aquel a quien deseo servir. ¡Angelo Solimán, a quien favorecí en África, me ha hablado de vos! ».

En aquel momento Linden entró en la estancia y puso dos botellas sobre la mesa.

— « ¿Aceptaríais un poco de ese tokay? » — preguntó.

— « Caballero — respondió Saint Germain, sonriendo —, nadie me ha visto nunca beber ni comer. Pero — añadió examinando las botellas — este tokay no es de Hungría; procede de las bodegas de mi amiga Catalina de Rusia, quien mandó una barrica a Jacques-Francois Casanova para agradecerle uno de sus lienzos de batallas... ».

« Rudolf v Linden — cuenta Franz Graffer — quedaron estupefactos una vez más, pues aquel vino había sido comprado efectivamente a J. F. Casanova por los hermanos Rosa Cruz de Viena ».

Entonces, Saint Germain les pidió dos plumas de oca y una hoja de papel, que partió en dos. Colocó los pedazos uno al lado del otro y luego se puso a escribir simultáneamente con ambas manos. Tras haber firmado cada una de las páginas, las aplicó una sobre otra y las presentó a la luz de una ventana. En transparencia, las dos escrituras se cubrían sin ninguna diferencia y parecían salir de una misma plancha de grabado.

« Mientras ellos miraban las escrituras idénticas — continúa Franz Graffer —, Rudolf me confesó, más tarde, que Saint-Germain pareció cambiar de aspecto. Sus ojos se velaron ligeramente y durante unos segundos su cuerpo pareció contraerse. Luego, el fenómeno desapareció ».

— « Tengo que irme — les dijo entonces —. Volveréis a verme otra vez. En Constantinopla me necesitan, y luego; también en Inglaterra, para preparar dos inventos que serán ampliamente utilizados el próximo siglo: Los ferrocarriles y los barcos de vapor. Después, regresaré a Alemania. En un próximo futuro, las estaciones sufrirán gradualmente importantes cambios; en primer lugar, la primavera, luego el verano; habrá el paro gradual del tiempo que anuncia el fin de nuestro ciclo. Creedme, todo eso lo veo. Los astrólogos no saben nada, pues no han estudiado como yo lo hice en las Pirámides... A fines de este siglo, desapareceré de Europa y me iré a la región del Himalaya, donde descansaré. Necesito descansar. Dentro de ochenta y cinco años exactamente, las gentes se acordarán de mí... »

Adiós, amigos míos, os quiero... ».

«Saint Germain — termina Franz Graffer — hizo un signo con la mano. Los dos adeptos, anonadados por sus palabras, abandonaron precipitadamente el laboratorio. En el mismo instante estalló una violenta tormenta. Buscando cobijo, mi hermano y su amigo Linden volvieron a la estancia donde normalmente debía estar Saint Germain... ¡Había desaparecido!».

Según O. R. Georgi D. C. (1), Saint Germain volvió, efectivamente, en 1798, a Viena; donde le conocían con el nombre de «Der Amerikaner», a causa de la prolongada estancia que habría efectuado en América durante las guerras de la Revolución.

En cambio, según E. Oetinger (2), el taumaturgo habría vuelto a Francia mucho antes de la fecha anunciada a Rudolf Graffer y al barón Linden. Hacia 1835, E. Detinger tenía la costumbre de pasar los domingos en casa de Tules Janin, quien organizaba partidas de billar para descansar de la redacción de sus artículos en el *Journal des Dóhats*.

«Una noche — cuenta —, un amigo de Janin llegó a la rué de Tournon, cuando acabábamos de empezar una partida. Su físico no tenía nada de particular y me limité a preguntar su nombre». — «Es un hombre del cual seguramente habéis oído hablar» — respondió la amiga de Janin, que añadió sonriendo —: «Podéis incluso considerar que constituye una notable aparición».

— «Ese hombre... — me dijo ella, por fin, como entre dientes — es el conde de Saint Germain».

Estupefacto, solté el taco de billar. — « ¡Le creía muerto en Silesia!».

— «Es un error, amigo mío. Ese hombre no muere jamás».

— « ¿Quién lo dice?». — «Él mismo».

— « ¿Y vos lo creéis?». — «Creo todo y nada».

La brevedad de las anécdotas referentes a Saint Germain es desconcertante y gustaría saber más acerca de aquel hombre milagro, convertido en el siglo XIX en un personaje episódico.

(1): La *vie nouvelle* (N° 12. 1951).

(2): E. Oetinger. *Le comte de Saint-germain*. Leipzig, 1844.

El ocultismo del siglo XVIII, deslumbrado por sus talentos, se había afianzado en aquel taumaturgo que no había tenido el privilegio de la celebridad, durante sus vidas anteriores. Se le descubría esta vez con un estremecimiento diferente.

Aureolado de misterio, se deslizaba en los salones como si quisiera trastornar las mentes, permaneciendo un enigma inexplicable. Por lo demás, la magia; que con variados aspectos servía de pórtico a las inquietudes del nuevo siglo, mantenía su reputación:

«Existen poderosas razones para creer — escribía J. S. Daniel (1) — que el conde de Saint Germain era uno de los más potentes misioneros de Satán. Desaparecía con la misma facilidad con que aparecía. Se hacía invisible y fue visto en varios sitios a la vez. A pesar de todas las investigaciones, nadie ha podido saber ni su edad, ni su país de origen, ni el lugar de su muerte. Lo que es más; fue visto en Egipto durante la expedición del general Bonaparte, y las balas no lo alcanzaban. **El conde de Saint Germain, preguntado sobre su edad, respondió un día que había visto a Jesucristo.**

Cabe tomar esto por una bravata de charlatán; pero cuando afirmó haber conocido a Jesucristo y dio detalles tales que los historiadores quedaron confundidos, cuando describió tan exactamente el interior de las catacumbas, cuando arrojó sobre la India, entonces desconocida, la viva claridad de revelaciones confirmadas por las investigaciones de la erudición contemporánea, sólo pueden creerse dos cosas: O bien había visto lo que decía, o bien había recibido una tradición ininterrumpida y matemáticamente fiel, lo cual es más difícil de admitir que la manifestación de un ser invisible».

J. S. Daniel, fundador de la Iglesia Gnóstica, tenía sin duda buenas razones para propagar la historia fantástica del conde de Saint Germain.

El abate Mignes tenía, en cambio, el mayor interés en despojarlo de su leyenda. Ahora bien, este catedrático del Vaticano afirma en su *Diccionario de las ciencias ocultas* que Saint- Germain se encontraba en Sceaux el 25 de agosto de 1837, en casa de Madame de Muirán, y que se llamaba entonces el marqués de Kergouët.

«Llovía mucho aquel día, y los invitados de Madame de Muirán se habían acercado a la chimenea».

(1): “Le Lotus Noir” París, 1889.

- « ¿Habéis visto la tumba de Florian? » — Preguntó alguien.
- «No. Cuando estoy en Sceaux — contestó su interlocutor —, os confieso que pienso sobre todo en el duque del Maine... ».
- « ¡Ya!; ¿Y por qué no dejáis en paz a ese pobre hombre? ».
- « ¿Qué entendéis vos por “ese pobre hombre”? ».
- « ¡La Historia, caballero, la Historia nos lo ha enseñado! ».
- « ¿Sabíais que la Historia no lo enseña todo? ».
- « ¿Cómo eso? ».
- «A la muerte de Luis XIV, Francia sólo podía contar con un delfín de cuatro años y un rey casi octogenario. Ahora bien, se entregó al soberano una memoria con miras a que se nombrase un regente para los Estados Generales... ».
- « ¿Ah, sí? ».
- «Perfectamente, caballero, ¿y sabéis a quién pensaba proponer el rey a los Estados Generales para sucederle? »
- «No, verdaderamente no caigo ».
- « ¡Al duque del Maine! ¿Y sabéis, además, quién era el autor de aquella memoria? ».
- « ¡Sigo sin creer en ello! ».
- « ¡Monseñor el duque del Maine! ».
- « ¡Vamos! ».
- «Hizo más. Cuando vio a Luis XIV inseguro, tanto éste temía que la Regencia fuese asignada al duque de Orleans, propuso erigir el Consejo de Regencia en una especie de Tribunal nacional, donde sería admitido un diputado de cada Parlamento, así como otro procedente de los Estados de cada provincia ».
- « ¿Estáis seguro de lo que insinuáis? ».
- «Completamente. El caballero de Lilliers y yo escribimos aquella memoria al dictado del señor duque del Maine ».
- «Pero, en fin, señor, pensad que estarnos en 1837, y que estáis hablando de... ».
- «De julio de 1714, pues el testamento de Luis XIV fue firmado en Marly el 2 de agosto del mismo año... ».

— « ¡Pero si hace más de un siglo!. Y admitiendo que hubieseis tenido veinte años en aquella época, ahora tendríais 141... ».

— «Ciento cincuenta, caballero. Ciento cincuenta por San Martín».

— «Pero, ¿Con quién tengo el honor de hablar?».

— «Con el marqués de Kergouét, caballero. Pero son las diez. Es la hora en la cual Luis XIV daba de comer a sus perras de caza. Por lo demás, un día. Su Majestad, al ver que las admiraba, me ofreció una de ellas. Es la bisnieta de esa perra que me espera. Hasta la vista, caballeros... ».

Y el marqués de Kergouét salió.

Durante el siglo XIX, artículos, novelas y hasta obras de teatro fueron consagrados al conde de Saint Germain, contribuyendo los autores a mantener el enigma que seguía cerniéndose al extraordinario personaje. Superhombre para unos, aborto del infierno según otros, es para Henri d'Almérás, quien evocó hacia 1860 las sesiones organizadas por los magos de Inglaterra, el único poseedor de las fórmulas de Egipto y de Caldea después de Santo Tomás de Aquino, Nostradamus y Alberto el Grande.

No obstante, pese a su predicción; no parece ser que Saint Germain hubiese vuelto a Francia durante la segunda mitad del siglo XIX, como tampoco a principios del siglo XX, y su misterio se quedó en el marco de los estudios que le fueron consagrados.

1939 llegó por fin. Un aviador americano, cuyo aparato se había estrellado cerca de un monasterio tibetano, relató, a su regreso a los Estados Unidos; que entre los monjes encargados de curarle había un europeo vestido como en la Edad Media. «Soy el conde de Saint Germain — le habría dicho él — y pronto volveré a Europa».

No hemos podido hallar la revista americana que publicó esa información, pero, el 6 de marzo de 1940, L. de G... firmaba, en *Paris-Midi*, el artículo siguiente:

«El conde de Saint Germain, el mago famoso del siglo XVIII, ¿Se ha reencarnado en diciembre de 1939?. Los Rosa Cruz, por su parte; están convencidos de ello. El conde de Saint Germain es en verdad el personaje más extraordinario de la historia del ocultismo, y el más atrayente. Su leyenda sobrevivió a su muerte. En efecto, expiró oficialmente en los brazos del margrave de Hesse, Cassel en 1784, pero se reapareció en 1789 a Madame d'Adhémar, a la que predijo punto por punto los episodios revolucionarios, lo cual da a

entender que no era del todo ajeno a ellos. La única explicación es que el conde de Saint Germain había hecho una falsa muerte en Alemania, conforme a las prescripciones rosicrucianas. No obstante, numerosos eran los ocultistas que esperaban su resurrección para 1939. Al respecto; es interesante recordar un hecho poco conocido. El mismo misterio que se cierne sobre Saint Germain, así como sobre su vida; rodea igualmente las circunstancias de la muerte del zar Alejandro I, quien, de pública notoriedad; fue un adepto de la Rosa Cruz.

Escritores tan serios como Paléologos, declaran que no debe descartarse la tesis según la cual Alejandro no habría muerto verdaderamente en 1864, sino mucho más tarde, en el Himalaya; sede de los superiores de los Invisibles de la Rosa Cruz. Místico y ocultista como su abuelo y como la mayoría de los Romanov, Alejandro II recibió en 1880 la visita de un médium, el barón de Langsdorff. Conversó largo tiempo con él de la magia de los Rosa Cruz, mostró a su visitante las extrañas joyas rosicrucianas que todavía podían verse antes de la Revolución en el museo de San Petersburgo, y le interrogó acerca de las circunstancias misteriosas de la muerte de Alejandro I.

Contemplando las joyas, cuyo motivo principal era una rosa de rubíes fijada en una cruz de esmalte negro, Langsdorff se enajenó y dijo: “Mi abuelo llevaba estas joyas que le había dado el gran Saint Germain. No murió en Rusia, sino que fue al Himalaya, donde murió de verdad. Y a él no le fue dado el resucitar. No volverá. Únicamente volverá Saint Germain. Será cuando ya no haya zar en tu país”. “¿Cuándo?”, preguntó. “A finales del año 1939. Entonces el mundo estará desgarrado por la guerra, y él asombrará al pueblo.

Del sufrimiento hará surgir el bien”. Añadamos que aquel médium, el día de la explosión que tuvo lugar en el Palacio de Invierno, advirtió al zar que no se personase allí, con lo que salvó los días de Alejandro II.

Lo que no es menos turbador, es que numerosos Saint-Germanistas aguardaban igualmente la venida de su semidiós en 1939... **Así, Saint Germain estaría entre nosotros, según el principio de la reencarnación de los Rosa Cruz en 1939. ¿En qué forma se ha manifestado entre nuestros contemporáneos?. Va y viene, llevando en sí el secreto de otra vida y conociendo el misterio del más allá... ».**

Por último, Roger Lannes escribió en *Le parisien libéré* del 3 de febrero de 1945:

«Como me esperaba, mis dos notas sobre el Silencio de las Predicciones y sobre Milocz (1) han dado lugar a una copiosa correspondencia, tanto prestigio guarda el porvenir, tanto la esperanza es en verdad esa enfermedad de la que hablaba Nietzsche.

Dejemos a un lado los incoherentes manifiestos en los cuales nuestros corresponsales declaran, todos, que las ciencias augúrales, muy lejos de haber fracasado, sólo son silenciosas en apariencia, sino que los tiempos de las revelaciones capitales no han llegado aún. Cabe preguntarse cuáles serán más propicios. Estamos sobre ascuas. Me comunican desde el Midi que el conde de Saint Germain ha reaparecido y que pronto se sabrá su cometido oculto... ».

A dos siglos de distancia, el conde de Saint Germain, siguiendo escrupulosamente las órdenes de los Maestros de Universo, estaría pues, en Francia.

«El gran Ego es conocido con el nombre de Saint- Germain, y también de Christian Rosenkreuz. A juzgar por las evidencias, él y sus asociados intentan todavía ayudar a los aspirantes serios que se esfuerzan en llevar a cabo la Gran Obra» (2).

Erradicada por los progresos de la ciencia y de la técnica, la alquimia ya no es aquella arma de la cual podía valerse Saint Germain en el siglo XVIII para asombrar a los reyes. Solo quedaría la piedra filosofal, aunque el siglo XX se avendría mejor a tenerla por la Verdad y no por ese elixir milagroso susceptible de procurar la eternidad a los hombres.

Ahora bien, de lo que se trata es precisamente de la Verdad, pues a despecho de su orgullo y de su materialismo, el hombre espera siempre una explicación al angustioso problema de la Muerte. La vida única no es satisfactoria. Si se admite que cada existencia permite al alma enriquecerse con relación al Todo que siempre ha existido, las vidas sucesivas se tornan necesarias.

¿Porque Saint Germain vive en la penumbra de los acontecimientos actuales? – Extraviado en medio de sus dificultades, el hombre ya no es más que el instrumento de una civilización.

(1): En *El apocalipsis de san Juan, descifrado*, O. V. Milocz escribía en 1933: “El estallido se producirá en 1938, y 1944 será el año de la paz”. Dirigido al Papa y a algunas altas personalidades religiosas, esa obra no ha sido puesta nunca a la venta.

(2): *Marguerite Donze*.

El ritmo de la vida le deja poco tiempo para ocuparse de su porvenir, y sus sueños, triturados por el engranaje de lo cotidiano, quedan reducidos a polvo. **Tal vez Saint Germain aguarda el instante en que los hombres vuelvan a fijarse en su vida interior. Entonces el terreno volverá a ser propicio al florecimiento de la Rosa Cruz.**

Sus triunfos y fracasos en el campo de los tintes, así como los del hombre político, no concernían a la acción fundamental de aquel representante de los «Grandes Señores del Universo» que atraviesan los siglos sin entretenerse en sus dramas, y que se consideran desaparecidos, cuando en realidad siguen actuando.

Sin duda sus búsquedas eternas y sutiles permanecen inasequibles a la razón, pero llegará un día en que ya no habrá más variedades en la Verdad.

Finalmente, ¿Qué busca el hombre desde hace milenios? — **UNA RESPUESTA A LA PREGUNTA: « ¿QUIÉN SOY YO?»;** pues permanece, desde que fuera «Alguien», a la espera de una explicación satisfactoria al problema de la Vida y de la Muerte. Ahora bien, todo ello no es más que vuelta a empezar de cara a la Eternidad; pues el mundo no es sino una fase de ese Todo que siempre ha existido. Esta eternidad que da consciencia de la existencia de Saint Germain, dedicada al Silencio constituye un drama. Sólo cabe suponer sus verdaderas intenciones a través del claroscuro de los acontecimientos en los que se vio mezclado.

Nada se trasluce de sus estremecimientos interiores que un Diario íntimo habría traducido sin duda. Su vida de éxitos y de contratiempos se desarrolló en una época crucial, y difícilmente puede admitirse la idea de una aparición gratuita en la medida en que se acepte la posibilidad de segundas vidas.

Sería temerario profundizar las verdaderas razones de su retorno, pero cabe evocar lo maravilloso imaginando a Saint- Germain presente entre nosotros, enigmático y actuando todavía.

¿Cuál sería su nombre?

Hace dos siglos, no quiso revelarlo. ¿Por qué habría de hacerlo hoy día?

Si Jean-Louis Bernard afirma que fue el rey oculto de los celtíberos, aquel clan elegido de la Prehistoria rival de los hebreos, y una especie de rey bohemio que poseía los secretos del más viejo Occidente, representa para nosotros el movimiento perpetuo y

universal de la Gran Tradición esotérica que vive en la Eternidad.

Su acción fue la de los Grandes Seres, cuya existencia siempre sospechada, ha sido vinculada de siglo en siglo a las leyendas que desafían cualquier juicio.

Cada cual podrá sonreír y afirmar su escepticismo ante lo inexplicable. Pero no deja de ser cierto que, vale más el nombre de uno en el corazón y la memoria de los hombres que grabado sobre planchas de mármol.

«Hay hombres — ha escrito V. E. Michelet — que nacen fraternos en siglos diferentes, en partes distintas. Fuera del Tiempo y del Espacio, son hermanos. Puede suceder que el Misterioso Destino que rige los nacimientos reúna a dos o más de ellos en el mismo punto de nuestra Era y de nuestro planeta. Pero normalmente la cadena que los une no está sometida a la acción de todas las contingencias. Esas figuras del cielo donde se inscriben sus íntimas propensiones llevan ciertos signos de semejanza, y sus nombres secretos tienen, en labios más puros que los de los humanos, sonoridades correspondientes. Una misma pasión, un mismo amor les conducen por vías rocosas hacia la Cripta donde por fin verán, a través del velo transparente, la Luz esperada».

El conde de Saint Germain es uno de ellos.



